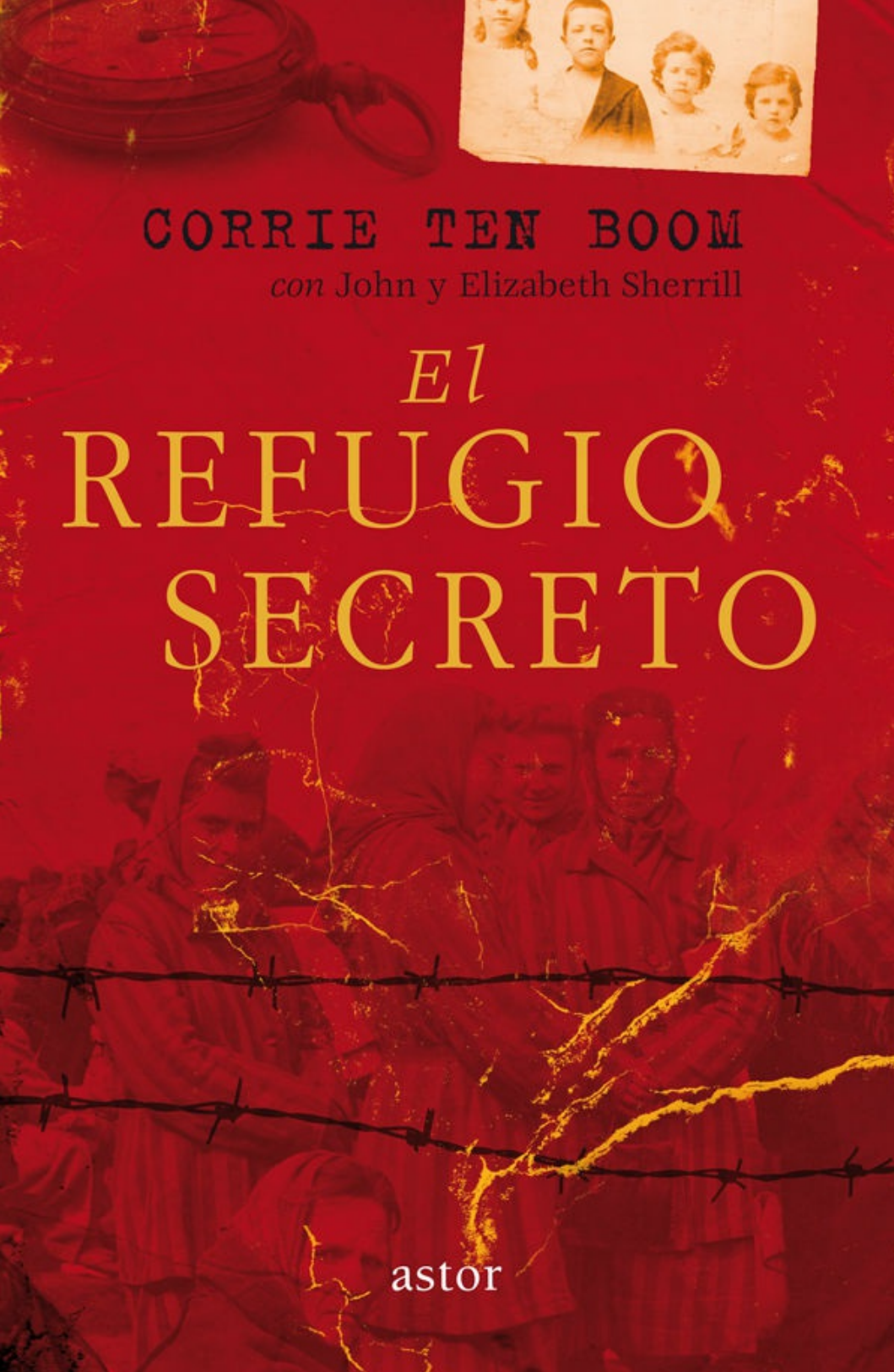

CORRIE TEN BOOM

con John y Elizabeth Sherrill

El REFUGIO SECRETO

astor

CORRIE TEN BOOM

El refugio secreto

con
JOHN Y ELIZABETH SHERRILL

astor

Título Original: *The Hidding Place*

Colección: Astor
Director de la colección: Ricardo Regidor

Copyright © 1971. Originally published in English under the title, THE HIDDING PLACE by Corrie ten Boom John and Elizabeth Sherrill, published by Chosen Books LLC., Mount Kisco, New York USA. All rights reserved.

© Ediciones Palabra, S. A., 2015
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es
Traducción: Felicitas Santiago

Diseño de portada: Raúl Ostos
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-246-0

Todos los derechos reservados
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Índice

1. La fiesta del centenario
2. Mesa completa
3. Karel
4. La relojería
5. Invasión
6. La habitación secreta
7. Eusie
8. Se acercan nubes de tormenta
9. La redada
10. Scheveningen
11. El teniente
12. Vught
13. Ravensbruck
14. El suéter azul
15. Las tres visiones
Epílogo

1. La fiesta del centenario

Salté de la cama por la mañana con una única pregunta en la cabeza: ¿sol o niebla? Por lo general, siempre había niebla en enero en Holanda, una niebla húmeda, fría y gris. Pero de vez en cuando, un día cualquiera, un raro y mágico blanco sol de invierno se abría paso. Me apoyé como pude en la única ventana de mi dormitorio, pues siempre era difícil ver el cielo desde nuestra casa, la Beje. Las paredes de ladrillo blanco me devolvieron la mirada, solo veía los muros de los otros edificios antiguos del poblado, centro de la vieja Haarlem. Pero al estirar el cuello para ver, por encima de los tejados y las extrañas chimeneas retorcidas, logré atisbar un cuadrado de cielo de color perla pálido. ¡Iba a hacer un día soleado para la fiesta!

Intenté bailar un vals mientras sacaba el vestido nuevo del viejo armario que estaba apoyado contra la pared. El dormitorio de papá estaba justamente debajo pero, a sus setenta y siete años, él aún seguía durmiendo profundamente. *Esa es una de las ventajas de envejecer,* pensé, mientras me afanaba metiendo los brazos en las mangas y comprobando el efecto en el espejo de la puerta del armario. Aunque algunas mujeres holandesas en 1937 llevaban las faldas por la rodilla, mi vestido llegaba pudorosamente hasta tres centímetros por encima de los zapatos.

Tú desde luego no aparentas ser cada día más joven, le recordé a mi reflejo. Tal vez era el nuevo vestido el que me hacía juzgarme a mí misma de forma más crítica de lo habitual: 45 años de edad, soltera… y mi esbelta cintura había desaparecido hacía ya tiempo.

Mi hermana Betsie, aunque era siete años mayor que yo, todavía tenía una gracia que hacía que la gente se parara y se girara a mirarla en la calle.

Dios sabe que no era por su ropa; nuestra pequeña tienda de relojes nunca nos había hecho ganar mucho dinero. Pero, cuando Betsie se ponía un vestido, algo maravilloso le sucedía a aquella prenda.

En mí –hasta que Betsie se implicaba– los dobladillos quedaban flojos, las medias tenían carreras y los cuellos quedaban retorcidos. Pero hoy, pensé, colocándome frente al espejo, tan lejos como me lo permitía la pequeña habitación, el efecto oscuro del granate resultaba muy elegante.

Muy por debajo de donde yo me encontraba, abajo en la calle, sonó el timbre. ¿Qué clase de persona podía ser la que estaba llamando antes de las 7.00 de la mañana?

Abrí la puerta de mi habitación y me lancé por la empinada y retorcida escalera. Realmente, estas escaleras fueron una ocurrencia tardía en esta casa vieja y curiosa. Originalmente eran dos casas distintas. La de delante era una vivienda pequeña típica de Haarlem: tres pisos de altura y dos habitaciones por planta; era estrecha, solo el ancho de una habitación. En algún momento desconocido de su larga historia, había sido echado abajo el muro posterior con el fin de unirla a la otra casa, aún más estrecha, y más empinada en la parte posterior de la misma, que tenía solo tres habitaciones, una encima de otra, y esta estrecha escalera de caracol serpenteaba como podía entre los dos edificios.

Más rápida que yo, Betsie ya estaba en la puerta delante de mí. Un enorme ramo de flores ocupaba todo el umbral. Cuando Betsie lo cogió, un pequeño chico de los recados apareció tras él. «Hace un buen día para la fiesta, señorita», dijo, tratando de mirar más allá de las flores como si el café y el pastel pudieran estar ya preparados. Él iba a venir a la fiesta más tarde, como también, al parecer, haría todo Haarlem. Betsie y yo buscamos la tarjeta del ramo. «¡Pickwick!», gritamos las dos al unísono.

Pickwick era un cliente enormemente rico que no solo compraba los más finos relojes, sino que a menudo subía arriba con la familia, a la parte de la casa que se encontraba encima de la tienda. Su verdadero nombre era Herman Sluring; Pickwick era el nombre con el que Betsie y yo solíamos llamarle entre nosotras porque se parecía de una forma increíble al dibujo de la ilustración de nuestro ejemplar de Dickens. Herman Sluring era sin duda el hombre más feo de todo Haarlem. De corta estatura, inmensamente gordo, su cabeza calva parecía un queso holandés. Además era tan bizco que no podía

saberse si te estaba mirando a ti o a otra persona, y tan amable y generoso como poco agraciado.

Las flores habían llegado por la puerta lateral, la puerta que la familia utilizaba siempre, que daba a un pequeño callejón, y Betsie y yo las llevamos desde el recibidor a la pequeña tienda. Primero se encontraba la zona de trabajo donde se colocaban los relojes para repararlos. Allí estaba la gran mesa en la que papá había trabajado durante tantos años, haciendo el delicado y minucioso trabajo que era reconocido como el mejor de toda Holanda. Y allí, en el centro de la habitación, estaba mi mesa y, al lado, la de Hans el aprendiz; y contra la pared, la del viejo Christoffels.

Más allá de esta zona estaba la parte de la tienda en la que se atendía a los clientes, con su mostrador de cristal lleno de relojes, y con todos los impresionantes relojes de pared. Eran cerca de las 7.00 de la mañana y Betsie seguía ocupada con las flores buscando el sitio más artístico para ponerlas. Desde muy pequeña me encantaba entrar en esta habitación, donde un centenar de voces que hacían tictac me daban la bienvenida. El interior todavía permanecía en penumbra porque no se habían levantado aún las persianas de los escaparates. Abrí la puerta y salí a la calle Barteljorisstraat. Las demás tiendas, situadas arriba y abajo de la estrecha calle, aún permanecían cerradas y en silencio: la óptica de al lado, la tienda de ropa, la peletería y la tahona de Weil, el panadero del otro lado de la calle.

Subí nuestras persianas y me quedé por un instante admirando el escaparate que Betsie y yo habíamos preparado no hacía mucho, llegando a un acuerdo entre las dos. Este escaparate se convertía con frecuencia en una importante fuente de debate entre nosotras; yo quería enseñar tantos relojes como fuera posible, aprovechando al máximo los estantes, y Betsie consideraba que poner solo dos o tres hermosos relojes, con tal vez un pedazo de seda o una cinta de satén, era más elegante y atractivo. Pero esta vez el escaparate nos satisfizo a ambas: se exponía una colección de relojes de pulsera y de bolsillo, todos con al menos cien años de antigüedad, prestados para la ocasión por amigos y anticuarios de toda la ciudad, por ser el centenario de la tienda. En este mismo día en enero de 1837, el

padre de papá había colocado en este escaparate un cartel: TEN BOOM. RELOJES.

Hacía ya diez minutos que, con un desprecio altivo por las precisiones del paso del tiempo, las campanas de la iglesia de Haarlem habían sonado dando las 7.00. Y ahora, a media manzana en la plaza de la ciudad, la gran campana de San Bavón tañía solemnemente su dong siete veces. Yo me quedé en la calle contando las campanadas, aunque hacía frío en la madrugada de enero.

Por supuesto, todos los vecinos de Haarlem tenían ahora aparatos de radio, pero yo aún podía recordar cuando la vida de la ciudad se regía por la hora de San Bavón, y solo los ferroviarios y otras personas que necesitaban saber la hora exacta venían aquí para ver el «reloj astronómico». Papá cogía el tren a Ámsterdam cada semana para traer de vuelta el tiempo desde el Observatorio Naval y era una fuente de orgullo para él que nuestro reloj astronómico nunca erraba en más de dos segundos en siete días. Allí permanecía, todavía en pie, como pude comprobar al dar un paso atrás para entrar en la tienda, todavía alto y reluciente en su pedestal, pero despojado ya de eminencia.

El timbre de la puerta del callejón estaba sonando de nuevo; más flores. Y así continuó durante una hora; grandes ramos de flores y también pequeños, elaborados a mano, fruto del cultivo doméstico en macetas. Porque, aunque la fiesta era por el cien aniversario de la tienda, el afecto de la ciudad era para papá. Había sido nombrado «Anciano sabio de Haarlem», y él se disponía a probar que el título era merecido.

Cuando tanto por la tienda como por el taller dejaron de recibirse más ramos, Betsie y yo empezamos a subirlos y distribuirlos en las dos habitaciones de encima de la tienda. A pesar de que habían pasado ya veinte años desde su muerte, estas eran todavía «Las habitaciones de la tía Jans». Tía Jans era la hermana mayor de mamá y su presencia aún persistía en la ingente cantidad de muebles oscuros que había dejado tras ella. Betsie colocó un jarrón de tulipanes de invernadero y dio un paso atrás con un pequeño grito de placer: «¡Corrie, mira cómo ahora todo parece más brillante!».

Pobre Betsie. La Beje estaba tan encerrada por las casas de alrededor que las plantas que ponía cada primavera en la ventana nunca crecían lo suficientemente alto para florecer.

A las 7.45 llegó Hans, el aprendiz; a las 8.00, Toos, nuestra vendedora-contable. Toos era una mujer ceñuda con perenne gesto agrio, cuyo mal humor le había impedido mantener un trabajo.

Hacía diez años que había empezado a trabajar para papá. Papá, hombre cortés y de trato fácil, había conseguido desarmarla y suavizarla y, aunque ella habría muerto antes que admitirlo, lo amaba con tanta ferocidad como aborrecía al resto del mundo. Dejamos a Hans y a Toos para atender el timbre de la puerta y Betsie se fue arriba a preparar el desayuno. *Solo tres a la mesa*, pensé, mientras ponía los platos. El comedor estaba en la parte trasera de la casa, cinco escalones más alto que la tienda pero por debajo de las habitaciones de tía Jans. Para mí, esta habitación, con su única ventana que daba al callejón, era el corazón de la casa.

Esta mesa, con una manta echada sobre ella, se había convertido de tienda de campaña o en una cueva de piratas cuando era pequeña. Yo había hecho mis deberes aquí cuando iba al colegio. Aquí mamá me leía a Dickens en voz alta, en las noches de invierno, mientras el carbón silbaba en la chimenea de ladrillo y desprendía un rojo resplandor sobre la frase del azulejo: «Jesús es el Vencedor».

Ahora, utilizábamos solo una esquina de la mesa papá, Betsie y yo, pero, para mí, el resto de la familia siempre se encontraba ahí. Estaba la silla de mamá, y los sitios de nuestras tres tías (no solo el de tía Jans, sino también el de las otras dos hermanas de mamá, que también habían vivido con nosotros). A mi lado, se había sentado mi otra hermana, Nollie, y Willem, el único varón de la familia, solía sentarse allí, al lado de papá.

Nollie y Willem habían formado sus propios hogares hacía ya muchos años, y mamá y las tías estaban muertas, pero aun así me parecía verlos aquí. Por supuesto, sus sillas no se habían quedado vacías durante mucho tiempo. Papá nunca pudo tener una casa sin hijos, y, cada vez que tenía noticia de un niño que necesitaba un hogar, un nuevo rostro aparecería en la mesa.

De alguna manera, con su tienda de relojes, con la que nunca ganó mucho dinero, alimentó, vistió y cuidó once hijos más después de haber criado a sus propios cuatro retoños. Pero ahora estos otros también habían crecido y se habían casado o se habían ido a trabajar fuera, y por eso solo tuve que poner tres platos en la mesa.

Betsie trajo el café de la pequeña cocina, que era poco más que un armario al lado del comedor, y sacó el pan del cajón del aparador. Lo estaba poniendo sobre la mesa cuando oímos los pasos de papá, que bajaba por la escalera. Venía un poco más despacio, según bajaba los escalones por la escalera de caracol; pero tan puntual como uno de sus propios relojes. Entró en el comedor, como hacía todas las mañanas desde que podía recordar, a las 8.10.

—¡Papá! –le dije, besándole y aspirando el aroma a puros que siempre impregnaba su larga barba–. ¡Hace un día soleado para la fiesta!

Papá tenía ahora el pelo y la barba tan blancos como el mejor mantel que Betsie había elegido para este día tan especial. Pero el azul de sus ojos detrás de las gruesas gafas redondas era tan suave y alegre como siempre, y nos miraba a cada una de nosotras con franco deleite.

—¡Corrie, querida! ¡Mi querida Betsie! ¡Que alegres y hermosas estáis las dos! Inclinó la cabeza mientras se sentaba, pronunció la bendición sobre el pan, y luego continuó con entusiasmo–: ¡Cómo le habría gustado a vuestra madre poder veros a ambas, tan hermosas, con estos vestidos tan modernos!

Betsie y yo nos quedamos mirando fijamente nuestros cafés para evitar reírnos.

Estos «vestidos tan modernos» eran fruto de la desesperación de nuestras jóvenes sobrinas, que estaban tratando siempre de enfundarnos en colores más alegres, faldas más cortas y escotes más pronunciados. Pero, si bien es cierto que nuestros modelos eran muy conservadores, no menos cierto era que mamá nunca había llevado nada más vistoso que mi vestido marrón oscuro o que el azul oscuro de Betsie. Desde el día de su boda, las mujeres casadas –y también las mujeres solteras «de cierta edad»– iban vestidas de negro desde la barbilla hasta el suelo. Nunca jamás había visto a mamá ni a las

tías vestidas de ningún otro color.

—¡Cómo le habría encantado a mamá todo lo de hoy! –dijo Betsie–. ¿Recuerdas lo que le gustaban los «acontecimientos»?

Mamá podía estar preparando un café y tener un pastel en el horno más rápido de lo que la mayoría de la gente tardaba en decir «hasta luego». Y como conocía a casi todo el mundo en Haarlem, especialmente a los pobres, enfermos y abandonados, no había día en el año en que no fuera para alguien, como decía siempre con los ojos brillantes, «¡una ocasión muy especial!».

Y así nos sentamos con nuestro café, como se debe hacer en todos los aniversarios, y miramos atrás, remontándonos a la remota época en la que mamá aún estaba viva, y más allá.

Volvimos a la época en que papá era un niño que crecía en esta misma casa.

—Nací justo en esta sala –dijo, como si no nos los hubiera contado antes un centenar de veces–. Por supuesto, entonces esto no era el comedor, sino un dormitorio. Y la cama era entonces una especie de mueble cama, y la pared sin ventanas no dejaba pasar ni luz ni aire de ningún tipo. Yo fui el primer bebé que sobrevivió. No sé cuántos hubo antes que yo, pero todos murieron. Parece que mi madre tenía tuberculosis, y que entonces no se sabía nada sobre la importancia de la ventilación, ni se sabía que había que mantener al bebé alejado de las personas enfermas para que no se contagiara.

Fue un día para los recuerdos. Un día para sacar a relucir el pasado. ¿Cómo podríamos haber adivinado allí sentados, dos solteronas de mediana edad y un hombre viejo, que los recuerdos estaban a punto de ser sustituidos por una serie de aventuras como nunca habíamos soñado? Aventura y angustia, el horror y el paraíso estaban a la vuelta de la esquina, y nosotros no lo sabíamos.

¡Oh papá! ¡Betsie! Si lo hubiera sabido, ¿quizá habría podido ir adelante? ¿Acaso podría yo haber hecho las cosas que hice?

Pero ¿cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a imaginarme, peinando ya canas, que este hombre, llamado Opa *(Abuelo)* por todos los hijos de Haarlem, cómo iba a imaginar que este hombre iba a ser arrojado por unos desconocidos a una fosa común?

Y Betsie, con su cuello alto de encaje y su don para generar

belleza a su alrededor, ¿cómo iba a imaginar que la persona más querida de la tierra para mí, acabaría de pie desnuda en una sala llena de hombres? En esa habitación en ese día, esos pensamientos no eran ni siquiera imaginables.

Papá se levantó y tomó la Biblia de la caja grande de latón con bisagras que había en la estantería cuando Toos y Hans llamaron a la puerta y entraron. La lectura de la Biblia a las 8.30 cada mañana, para todos los que estuvieran en la casa, era otro de los actos inmutables alrededor de los cuales giraba la vida en la Beje. Padre había abierto el gran volumen y Betsie y yo conteníamos la respiración. Seguramente en ese día, cuando había tanto por hacer, no leré un capítulo entero. Pero se puso a buscar el Evangelio de Lucas (justo donde nos habíamos quedado el día anterior). Son muy largos los capítulos de Lucas. Con el dedo en el versículo, papá levantó la vista.

—¿Dónde está Christoffels? –dijo.

Christoffels era el tercer empleado de la tienda. Era un hombrecillo enjuto y encorvado que parecía más viejo que papá, aunque en realidad era diez años más joven. Recordé el día, seis o siete años atrás, cuando había llegado a la tienda; por lo extraño de su aspecto y lo acongojado que parecía, yo había asumido que era uno de los mendigos que venían a la Beje en busca de una comida segura. Ya estaba a punto de enviarlo a la cocina, donde Betsie mantenía una olla de sopa hirviendo, cuando anunció con gran solemnidad que estaba buscando un empleo estable, y que había decidido ofrecernos sus servicios primero a nosotros.

Resultó que Christoffels pertenecía a un gremio casi desaparecido: el de los reparadores de relojes itinerantes, que iban a pie a lo largo y ancho del país, poniendo en hora y reparando los altos relojes de péndulo que eran el orgullo de cada granja holandesa. Pero, si me sorprendió la gran dialéctica de este pequeño hombre andrajoso, aún me quedé más atónita cuando papá lo contrató en el acto.

—Son los mejores técnicos que pueden encontrarse –me dijo después–, no hay un trabajo que no hayan logrado concluir con solo las herramientas que llevan en su saco.

Y, por lo que había demostrado a través de los años, personas de todos los lugares traían sus relojes a Haarlem para que él los reparase. Lo que hacía con su salario nunca lo supimos, ya que su ropa había permanecido tan andrajosa y raída como siempre. Papá le dio a entender tanto como se atrevió que debía abandonar su desaliño. Pero, como Christoffels hacía un trabajo de gran calidad y evidentemente tenía un gran orgullo, finalmente lo dejó.

Y ahora, por primera vez en la historia, Christoffels llegaba tarde.

Papá limpió las gafas con la servilleta y comenzó a leer, deslizando cariñosamente su voz grave y persistente sobre las palabras. Había llegado a la parte inferior de la página cuando oímos unos pasos arrastrando los pies. Christoffels estaba en la escalera. La puerta se abrió y todos nos quedamos perplejos. Christoffels estaba resplandeciente con un traje negro, un chaleco nuevo a cuadros, una camisa blanca como la nieve, corbata de flores y cuello rígido almidonado. Aparté la vista del espectáculo tan rápido como pude, porque la expresión de Christoffels nos prohibía que manifestáramos que pasaba algo fuera de lo común.

—Christoffels, mi querido socio –murmuró papá en su formal y ceremonioso lenguaje–. ¡Qué alegría verte en este propicio día! –y a toda prisa volvió a la lectura de la Biblia.

Antes de llegar al final del capítulo, los timbres comenzaron a sonar; tanto la campanilla de la tienda en la calle como la campanilla de la familia en el callejón.

Betsie corrió a hacer más café y puso los pasteles en el horno mientras Toos y yo nos encaminamos apresuradamente a las puertas. Parecía que todo el mundo en Haarlem quería ser el primero en estrechar la mano de papá. En poco tiempo un flujo constante de invitados pasó por la estrecha escalera a las habitaciones de tía Jans, donde se sentaron casi sepultados entre un bosque de flores. Estaba ayudando a subir a uno de los invitados más mayores por las empinadas escaleras cuando Betsie me agarró con fuerza del brazo.

—¡Corrie, vamos a necesitar las tazas de Nollie de inmediato! ¿Cómo podríamos…?

—¡Iré a por ellas enseguida!

Nuestra hermana Nollie y su marido iban a venir por la tarde, tan pronto como sus seis hijos llegaran a casa de la escuela. Me precipité escaleras abajo, cogí mi abrigo y la bicicleta que estaba en el interior de la puerta del callejón, y la saqué rodando por encima del umbral cuando la voz de Betsie llegó hasta mí, suave pero firme.

—¡Corrie, tu vestido nuevo!

Así que volví a subir las escaleras hasta llegar a mi habitación, me puse mi falda más vieja, y salí a las calles de adoquines llenas de baches. Siempre me había encantado ir en bicicleta a casa de Nollie. Ella y su marido vivían a una distancia de alrededor de unos dos kilómetros de la Beje, fuera del hacinado casco antiguo de la ciudad. Allí las calles no solo eran más amplias y rectas; incluso el cielo parecía más grande. Pedaleé atravesando la plaza del pueblo, sobre el canal en el puente Grote Hout y a lo largo de la Wagenweg, deleitándome en el fino sol de invierno. Nollie vivía en Bos en Hoven Straat, en un edificio de casas adosadas idénticas con cortinas blancas y macetas en las ventanas.

¿Cómo podía prever, mientras torcía la esquina, que en un día de verano, cuando los jacintos de los puestos de flores estuvieran maduros, frenaría aquí la bicicleta y me quedaría con el corazón en la garganta, sin atreverme a acercarme por miedo a lo que estaba pasando detrás de las cortinas almidonadas de Nollie?

Pero ese día salté corriendo a la acera y entré por la puerta sin ni siguiera llamar.

—¡La Beje está ya atestada de gente, Nollie! ¡Deberías verlo! ¡Necesitamos tus tazas ahora mismo!

Nollie salió de la cocina, con su cara redonda bastante enrojecida a causa del horno.

—Todos estarán ya allí. La casa estará abarrotada hasta la puerta. Me gustaría poder irme allá contigo, pero todavía tengo que hornear galletas y además les he prometido a los niños que, cuando volvieran, los estaría esperando.

—Está bien, vendréis todos, ¿verdad?

—Sí, Corrie, Peter estará allí –Nollie estaba metiendo las tazas en las bolsas de la bicicleta. Como tía diligente y responsable, yo trataba de amar a todos mis sobrinas y sobrinos por igual. Pero

Peter… bien, era Peter. A los trece años ya era un prodigio musical y un pilluelo y el orgullo de mi vida–. Incluso ha escrito una canción especial en honor del día de hoy –dijo Nollie–. Tendrás que llevar esta bolsa en la mano, así que ten mucho cuidado.

La Beje estaba más llena que nunca cuando regresé; el callejón estaba atascado con las bicicletas, así que tuve que dejar la mía en la esquina. El alcalde de Haarlem estaba allí con su frac y su reloj de bolsillo con su cadena de oro. Y el cartero y el maquinista del tren y media docena de policías de la Jefatura de Policía de Haarlem se encontraban a la vuelta de la esquina.

Después del almuerzo empezaron a llegar los niños y, como siempre hacían, fueron directamente a ver a papá. Los más mayores se sentaron en el suelo a su alrededor, los más pequeños se subieron a su regazo. Ya que, además de sus ojos centelleantes y su larga barba dulce por el olor a puro, papá hacía tictac. Los relojes colocados en el estante siempre andaban de forma diferente a los que llevaba encima. Papá siempre llevaba encima los que estaba arreglando. Sus trajes de chaqueta tenían cuatro enormes bolsillos interiores, cada uno equipado con ganchos para una docena de relojes, para que, donde quiera que fuera, el zumbido de cientos de pequeñas ruedas le acompañara alegremente. Ahora, con un niño en cada rodilla y diez más sentados cerca, sacó de otro bolsillo su pesada cruz en forma de llave, cada uno de cuyos cuatro extremos estaba formado por un reloj de diferente tamaño. Con un suave movimiento de su dedo, lo hizo girar, brillante, reluciente…

Betsie se paró en la puerta con una bandeja de pasteles.

—No se da cuenta de si hay alguien más en la habitación –dijo.

Yo llevaba una pila de platos sucios por la escalera cuando un chillido me indicó que Pickwick había llegado.

Nosotros, los que lo queríamos, solíamos olvidarlo, pero la primera vez que se le ve puede resultar chocante para un extraño. Corrí hasta la puerta, le presenté a toda prisa a la esposa de un comerciante de Ámsterdam, y le acompañé hasta el piso de arriba. Hundió su pesada figura en una silla al lado de Padre, con un ojo fijo en mí, el otro en el techo, y dijo: –Cinco terrones, por favor.

¡Pobre Pickwick! Adoraba a los niños tanto como papá, pero,

mientras que los niños se acercaban a papá nada más verle, Pickwick tenía que ganárselos. Sin embargo, tenía un truco que nunca fallaba. Le llevé la taza de café, cargado y con azúcar, y lo vi mirar a su alrededor simulando una profunda consternación.

—¡Pero, mi querida Cornelia! –exclamó–. ¡No hay una mesa sobre la que dejarlo! –miró con un ojo por toda la estancia para asegurarse de que los niños lo estaban mirando–. ¡Bueno, es una suerte que me haya traído la mía! –Y acto seguido se puso la taza y el plato en su propia barriga prominente.

Yo nunca había conocido a un niño que hubiera podido resistirse; pronto un círculo considerable se había reunido en torno a él.

Un poco más tarde llegaron Nollie y su familia.

—¡Tía Corrie! –me saludó Peter con inocencia–. ¡No aparentas cien años! –y, antes de que pudiera achucharlo, él ya estaba sentado en el piano vertical de tía Jans, llenando la vieja casa con su música. La gente le pedía canciones populares, selecciones de corales de Bach, himnos… y pronto toda la habitación se le había unido haciéndole los coros.

¡Cuántos de los que estábamos allí, aquella tarde feliz, se encontrarían muy pronto teniendo que afrontar circunstancias muy diferentes! Peter, los policías, el querido y feo Pickwick, todos nosotros estábamos allí excepto mi hermano Willem y su familia. Me pregunté por qué tardaban tanto. Willem, su esposa e hijos vivían en la ciudad de Hilversum, a cincuenta kilómetros de distancia. Pero aun así ya deberían haber llegado.

De pronto la música se detuvo y Peter, desde su posición en el banco del piano, silbó a través del cuarto: –¡Aquí llega la competencia!

Eché un vistazo por la ventana. Entonces, aparecieron en el callejón el Sr. y la Sra. Kan, dueños de la otra tienda de relojes de la calle. Según las normas de Haarlem, los Kan eran apenas unos recién llegados, ya que habían abierto su tienda en 1910 por lo que llevaban en Barteljorisstraat tan solo veintisiete años. Pero ya que vendían bastante más relojes de los que nunca habíamos vendido nosotros, consideré el comentario de Peter bastante objetivo. Papá,

sin embargo, estaba azorado.

—¡Competidores no, Peter! –dijo en tono reprobatorio–. ¡Colegas! –y, levantando a los niños rápidamente de sus rodillas, se apresuró a lo alto de la escalera para saludar a los Kan.

Papá trataba las frecuentes visitas del Sr. Kan a la tienda como visitas sociales, como veladas que pasaba con un amigo apreciado.

—¿Acaso no se da cuenta de lo que está haciendo? –rabiaba yo después de que el Sr. Kan se hubiera ido–. ¡Se entera de cuánto cobramos nosotros y luego nos hace competencia desleal!

El escaparate del Sr. Kan siempre mostraba sus precios exactamente cinco florines por debajo de los nuestros. Y la cara de papá se iluminaba con una especie de alegre sorpresa como siempre ocurría en las raras ocasiones en las que pensaba en el lado comercial del negocio.

—¡Pero Corrie, la gente ahorrará dinero cuando le compren a él! –y luego siempre añadía–: Me pregunto cómo lo hace.

Papá era tan inocente en cuanto a conocimientos empresariales como su padre lo había sido antes que él. Era capaz de trabajar durante días en un problema de difícil reparación y luego olvidarse de enviar una factura para el cobro. Cuanto más raro y más caro era un reloj, menos era capaz de pensar en términos del dinero. «¡Un hombre debería pagar por el privilegio de trabajar en un reloj semejante!», decía. En cuanto a los métodos comerciales, durante los ochenta primeros años de la historia de la tienda las puertas de la calles se habían cerrado cada tarde puntualmente a las 6.00. Solo cuando yo misma había entrado en el negocio, hacía veinte años, me había fijado en las multitudes de transeúntes que atestaban las estrechas aceras cada tarde y había reparado en que las otras tiendas permanecían con los escaparates iluminados y sus puertas abiertas. Cuando se lo señalé, papá se mostró tan encantado como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—Y si la gente ve los relojes entonces podrían decir: ¡quiero comprar uno! ¡Corrie, querida mía, qué inteligente eres!

El Sr. Kan se dirigía hacia mí en ese momento, cargado de pasteles y saludando atentamente. Sintiéndome culpable de los pensamientos envidiosos que albergaba, aproveché la muchedumbre

y me escabullí hacia abajo. El taller y la tienda se encontraban aún más atestados de admiradores que los cuartos de arriba. Hans pasaba bandejas de pasteles en el cuarto trasero, mientras Toos lo hacía en el delantero, esbozando la cosa más parecida a una sonrisa que sus labios, perpetuamente estirados hacia abajo, le permitían. En cuanto a Christoffels, estaba sencilla y asombrosamente ampliado. Resultaba imposible reconocer al pequeño hombre en la gloriosa figura que se inclinaba sobre la puerta, saludando a los recién llegados con una bienvenida formal, seguida de una implacable visita a la tienda. Resultaba evidente que era el mejor día de su vida.

Hasta el final de la corta tarde de invierno siguieron llegando personas que se consideraban amigos de papá. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, académicos y analfabetos, a papá le parecía que eran todos iguales. Ese era su secreto: no es que pasara por alto las diferencias entre la gente; sencillamente no sabía que dichas diferencias existieran.

Y todavía Willem no había llegado. Me despedí de algunos clientes en la puerta y me paré un momento mirando hacia arriba y hacia abajo en la Barteljorisstraat. Aunque solo eran las 4.00 de la tarde, las luces de las tiendas estaban ya encendidas en aquel atardecer de enero. Yo aún sentía una gran adoración por este gran hermano, cinco años mayor que yo, ministro ordenado y el único Ten Boom que había ido alguna vez al colegio. Willem percibía las cosas. Él sabía lo que estaba ocurriendo en el mundo.

A menudo, de hecho, me hubiera gustado que Willem no fuera así, porque muchas de las cosas que había visto resultaban aterradoras. Diez años atrás, en 1927, Willem había escrito en su tesis doctoral, realizada en Alemania, que un terrible mal estaba arraigando en esa tierra. Directamente en la universidad, dijo, se plantan las semillas de un desprecio absoluto por la vida humana, como el mundo nunca ha conocido. Los pocos que habían leído el documento se habían reído.

Ahora, por supuesto, nadie se reía de lo que sucedía en Alemania. La mayoría de los buenos relojes venía de allí, y recientemente varias empresas con las que habíamos trabajado durante años, simplemente, habían tenido que cerrar

misteriosamente. Willem creía que era parte de una premeditada cruzada a gran escala contra los judíos; cada una de las empresas que se cerraba era judía. Como cabeza del programa de la Iglesia Reformista Holandesa para llegar a los judíos, Willem se había mantenido en contacto con todo ello.

Mi querido Willem, pensé mientras me metía dentro y cerraba la puerta, era casi tan buen valedor de la Iglesia como papá lo era de los relojes. Si había convertido a un solo judío en los últimos veinte años, yo no tenía constancia de ello. Willem no trataba de cambiar a la gente, solo intentaba ayudarles. Había ahorrado el suficiente dinero para destinarlo a construir una casa para ancianos judíos en Hilversum –de hecho era para las personas mayores de todas las creencias, porque Willem estaba en contra de cualquier sistema de segregación–. Pero, en los últimos meses, la casa había sido invadida con la llegada de personas más jóvenes, todos judíos y todos de Alemania. Willem y su familia habían renunciado a sus propias habitaciones y dormían en un pasillo. Pero las personas sin hogar, asustadas, seguían llegando, y con ellos las historias de una situación de locura.

Me acerqué a la cocina, donde Nollie acababa de preparar más café, tomé la jarra y subí por las escaleras a las habitaciones de tía Jans.

—¿Y qué quiere? –intervine preguntando a un grupo de hombres que estaban alrededor de la tarta mientras colocaba la bandeja en la mesa–. ¿Este hombre en Alemania quiere la guerra? –sabía que no era adecuado ponerme de parte de nadie en una fiesta, pero de alguna manera los pensamientos de Willem siempre se quedaban grabados en mi mente.

Un frío silencio cayó sobre la mesa y se extendió rápidamente por toda la habitación.

—¿Qué importa? –una voz lo rompió–. Deja a los grandes países que luchen contra él. A nosotros no nos afectará.

—¡Así es! –dijo un vendedor de relojes–. Los alemanes nos dejaron solos en la Gran Guerra. Les compensa que seamos neutrales.

—Es fácil hablar así para usted –gritó un hombre al que le

solíamos comprar piezas de reloj–. Su stock viene de Suiza. ¿Qué pasará con nosotros? ¿Qué debo hacer entonces si Alemania va a la guerra? ¡Una guerra podría sacarme del negocio!

Y en ese momento Willem entró en el cuarto. Detrás de él venía Tine, su esposa, y sus cuatro niños. Pero todos los ojos estaban fijos en la figura que Willem sostenía en su brazo. Era un judío de unos treinta años. Portaba el sombrero negro de ala ancha típico y un abrigo negro muy viejo. Pero lo que realmente atraía las miradas era su cara. La tenía quemada. Delante de su oreja derecha colgaba un gris y cansado tirabuzón, como el pelo de un hombre muy viejo. El resto de la barba había desaparecido, dejando solo una herida en carne viva.

—Este es Herr Gutlieber –anunció Willem en alemán–. Acaba de llegar a Hilversum esta misma mañana. Herr Gutlieber, mi padre. Salió de Alemania en un camión de leche –nos dijo Willem acto seguido en holandés–. Le pararon en una gran manifestación de jóvenes adolescentes en Múnich y le prendieron fuego a la barba, –papá se había levantado de la silla y estrechaba con nerviosismo la mano del recién llegado. Le traje una taza de café y un plato de las galletas de Nollie. Qué agradecida me sentía ahora por el empeño de papá de que sus hijos hablaran alemán e inglés casi tan pronto como el holandés. Herr Gutlieber se sentó rígidamente en el borde de una silla y fijó su ojos en la taza de su regazo. Coloqué una silla a su lado y dije algunas tonterías sobre el inusual clima que teníamos en enero. Y alrededor de nosotros la conversación se reinició otra vez, un zumbido que subía y bajaba.

—¡Matones! –oí que decía el vendedor de relojes–. ¡Jóvenes gamberros!

Y así las sombras comenzaron a caer en aquella tarde invernal de 1937, pero de modo suave. Nadie podía imaginarse que aquella pequeña nube fuera a crecer hasta cubrir todo el cielo. Y nadie sabía que, en aquella oscuridad, cada uno tenía que cumplir un papel. Papá y Betsie y el Sr. Kan y Willem… E incluso la vieja Beje, donde las plantas no encajaban entre sí y se encontraban a diferente nivel.

Por la tarde, después de que el último invitado se hubo ido, subí por la escalera hasta mi cuarto pensando solo en el pasado. En mi cama estaba el nuevo vestido granate; había olvidado volver a ponérmelo. *Nunca me ha preocupado mucho la ropa*, pensé. *Ni siquiera cuando era joven…*

Escenas de mi infancia se apresuraron a regresar a mí durante esa noche, extrañamente cercanas y urgentes. Hoy sé que esos recuerdos no son la llave del pasado, sino la del futuro. Sé que las experiencias de nuestras vidas, cuando dejamos que Dios las utilice, se convierten en una misteriosa preparación para el trabajo que nos va a encomendar.

Yo tampoco sabía entonces que, efectivamente, hubiera ningún nuevo futuro para el que prepararme en una vida tan aburrida y predecible como la mía. Solo sabía, allí tumbada en mi cama en lo alto de la casa, que ciertos momentos de hace mucho tiempo se destacaron entre las imágenes borrosas de años y años. De alguna extraña manera aparecían vívidos y cercanos, como si todavía no hubieran terminado, como si tuvieran algo más que decir.

2. Mesa completa

Era el año 1898 y yo tenía seis años. Betsie me puso de pie, frente al espejo del armario y me dio una charla. «¡Mira cómo llevas las botas! ¡Has perdido otro botón de cada una! ¿Y pretendes llevar esas medias, viejas y rotas, en tu primer día de clase? ¡Fíjate en Nollie! Así es como hay que arreglarse».

Nollie y yo compartíamos habitación en la última planta de la Beje. Miré a mi hermana. Ella tenía ocho años y, efectivamente, sus botas de botones estaban perfectamente abrochadas. De mala gana, me quité los zapatos mientras Betsie rebuscaba en el armario.

A los trece años, Betsie parecía casi una adulta a mi lado. Por supuesto Betsie siempre había parecido más mayor de lo que era porque no podía correr ni jugar como lo hacíamos los demás niños. Ella había nacido con una anemia maligna. Y así, mientras los demás jugábamos al pilla-pilla, al balón prisionero o echábamos peligrosas carreras patinando por los canales congelados en invierno, Betsie dedicaba los sábados a hacer cosas de adultos, tan poco interesantes como bordar. Pero Nollie jugaba tanto como el que más y no era mucho mayor que yo y me daba rabia que lo hiciera todo tan bien.

—Betsie –dijo Nollie con sinceridad–, no puedo ir a la escuela con este enorme y horrible sombrero solo porque tía Jans nos lo haya comprado. El del año pasado también era feo y gris. ¡Pero el de este año es aún peor!

Betsie la miró con cariño:

—Bueno, pero… no se puede ir a la escuela sin un sombrero y tú y yo sabemos que no podemos permitirnos otro.

—¡Y no tenemos por qué comprarlo! –contestó Nollie dirigiendo una mirada nerviosa hacia la puerta. Se puso de rodillas, buscó bajo la cama individual que ocupaba toda una pared de nuestra pequeña habitación, y sacó una sombrerera redonda. Dentro estaba el sombrero más pequeño que yo había visto en toda mi vida. Era de

piel y tenía una cinta de raso azul para atarlo bajo la barbilla.

—¡Oh, qué cosa más preciosa! –Betsie levantó con admiración la caja y la sostuvo justo en el haz de luz que entraba a duras penas en la habitación, luchando con los altos edificios de los alrededores, que se lo impedían.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha regalado la señora Van Dyver –los Dyver eran los dueños de la tienda de sombreros que estaba dos puertas más abajo–. Me vio mirándolo y luego vino a casa y me lo trajo, después de que tía Jans eligiera… eso. –Nollie señaló hacia la parte superior del armario. Un bonete marrón de ala ancha, adornado con un ramo de lavanda y rosas de terciopelo, que armonizaba a la perfección con la persona que lo había elegido. Tía Jans, una hermana mayor de mamá, se había venido a vivir con nosotros al morir su marido, para pasar –según sus propias palabras– «los pocos días de vida que me quedan», aunque tuviera solo alrededor de unos cuarenta años.

Su llegada había complicado mucho la vida en la antigua casa ya plagada de gente, debido a que las otras dos hermanas de mamá, tía Bep y tía Anna, también se habían venido a vivir a la Beje anteriormente; y tía Jans se había traído consigo cantidades ingentes de muebles, todos del mismo estilo, demasiado grandes para las pequeñas habitaciones de nuestra casa.

Para su uso particular, tía Jans eligió las dos habitaciones del segundo piso, en la parte delantera de la casa, situadas exactamente encima de la relojería y el taller. En el primer cuarto escribió un provocador tratado cristiano, por el que fue conocida en toda Holanda, y en el segundo recibía a las adineradas señoras que patrocinaban su trabajo.

Tía Jans creía que nuestro bienestar en el más allá dependía directamente de los logros que obtuviéramos aquí en la tierra. Para dormir, dividió con un armario su sala de redacción, dejando un cubículo muy pequeño en el que apenas podía colocarse una cama. A menudo decía que la muerte la estaba acechando, a la espera, para poder arrebatarle su trabajo; y, así, el tiempo que dedicaba al reposo era muy breve, escasamente el absolutamente imprescindible.

Yo no era capaz de recordar la vida en la Beje antes de la llegada

de tía Jans, ni tampoco recordaba cómo habían sido antes esas dos habitaciones. Encima de ellas había una buhardilla estrecha, justo debajo del empinado tejado inclinado de la primera casa. Desde que tuve uso de razón, este espacio estaba dividido en cuatro habitaciones en miniatura. La primera de ellas, con vistas a la calle Barteljorisstraat –y la única con una ventana de verdad–, era la de tía Bep. Detrás de esta, ensartadas como los vagones de un ferrocarril, al lado de un estrecho pasillo, estaban la de tía Anna, la de Betsie y la de nuestro hermano Willem. Cinco escalones más arriba, por detrás de estas habitaciones, en la segunda casa (la de atrás), estaba la pequeña habitación que compartíamos Nollie y yo, y, debajo de la nuestra, la habitación de papá y mamá. Y, justo debajo de ellos, el comedor, con la cocina acoplada a su lado como una ocurrencia de última hora.

Si la llegada de tía Jans a esta casa llena de gente había supuesto un trastorno, nunca lo notamos ninguno de los que ya vivíamos en ella. Todo el mundo acababa haciéndole un hueco a tía Jans de forma natural. Durante todo el día, el sonido de los cascos de los caballos que tiraban del tranvía retumbaban en nuestra casa, según pasaban en dirección a la parada que tenían en la Grote Markt, la plaza central de la ciudad, situada a una manzana de la Beje. Bueno, al menos esa era la parada para el resto de la gente. Cuando tía Jans deseaba ir a algún sitio, se plantaba en la acera, justo enfrente de la puerta de la relojería, y, al llegar los caballos, apenas levantaba un solo dedo enguantado. Me parecía que era más fácil detener el sol en el cielo que conseguir que se detuviera justo un tranvía en el sitio designado por ella. Pero se detenían delante de tía Jans; los frenos chirriando, los caballos frenando en seco hasta casi chocar entre sí, y el conductor quitándose el sombrero de copa mientras ella subía a bordo.

Y este ojo crítico era el que había que superar si Nollie quería usar el pequeño sombrero de piel. Tía Jans nos había comprado la mayor parte de nuestra ropa a las tres chicas desde que se vino a vivir con nosotros, pero sus regalos tenían un precio. Para tía Jans, la ropa que estaba de moda cuando ella era joven representaba la última palabra de Dios en lo que se refería a la indumentaria; todas

las novedades introducidas desde entonces habían entrado a formar parte del «libro de estilo del demonio». De hecho, en uno de sus panfletos más conocidos lo personificaba como el inventor de las mangas abombadas y las faldas para montar en bicicleta.

—¡Ya sé! –dije entonces, mientras Betsie me abrochaba los zapatos con dedos veloces–. El sombrero de piel cabe perfectamente dentro del bonete. Así que, cuando salgamos, te puedes quitar el bonete y ya está.

Nollie estaba absolutamente perpleja:

—¡Eso no sería ético! –y, dirigiéndole una torva mirada al sombrero marrón grande, cogió el pequeño y se dirigió escaleras abajo para desayunar.

Yo, por mi parte, elegí el sombrero gris del año pasado que tanto despreciaba, y la seguí, pegada a la barandilla. Muy bien, que lo vea tía Jans. Realmente no me importaba. Nunca llegué a entender todo el alboroto que se armaba a causa de la ropa.

Lo que sí comprendía perfectamente, lo que me resultaba horrible y aterrador, era ese día en el que iba a empezar la escuela. Tendría que salir de mi querida y antigua casa, situada encima de la relojería. Iba a tener que dejar a mamá, a papá y a las tías; en definitiva, iba a salir para dejar atrás todo lo que amaba y me hacía sentir segura. Agarraba con tanta fuerza la barandilla que la palma de mi mano chirriaba como un freno. Era cierto que la escuela primaria estaba a solo una manzana y media de distancia. Además, Nollie había asistido a clases allí durante dos años sin ninguna dificultad. Pero Nollie era muy distinta a mí; ella era una chica bonita y de modales refinados que sabía guardar las formas en todo momento.

Y entonces, al llegar al último recodo de la escalera, me vino la solución a la cabeza, tan sencilla y evidente que me eché a reír en voz alta. ¡Yo no iría a la escuela! Podía quedarme en casa y ayudar a tía Anna con la cocina. Mamá me enseñaría a leer y así nunca me vería obligada a tener que entrar en ese edificio tan feo y extraño. Me invadió una ola de alivio y alegría y bajé los últimos tres escalones de un salto.

—¡Shhh! –Betsie y Nollie me estaban esperando junto a la

puerta del comedor–. Por el amor de Dios, Corrie, no hagas méritos para que tía Jans empiece mal el día –dijo Betsie–. Te aseguro –añadió totalmente insegura– que con los votos de papá, mamá y tía Anna el sombrero de Nollie ganará.

—Desde luego, con el de tía Bep no –le dije.

—A ella nunca le gusta nada –dijo Nollie–, así que no cuenta.

Tía Bep, con su perpetuo ceño fruncido en señal de desaprobación, era la más mayor de nuestras tías y a la que menos le gustaban los niños. Había trabajado durante treinta años como institutriz para familias ricas y siempre estaba comparando nuestro comportamiento con el de las jóvenes señoritas y los jóvenes caballeros a los que estaba acostumbrada.

Betsie señaló el reloj frisio que estaba en la pared y, poniendo un dedo sobre los labios, abrió silenciosamente la puerta del comedor. Eran las 08.12 y ya todos habían empezado a desayunar.

—¡Dos minutos tarde! –gritó Willem triunfalmente.

—Los niños Waller nunca llegaban tarde –dijo tía Bep.

—¡Pero ya están aquí! –dijo papá–. ¡Y ahora la habitación es más hermosa!

Pero ninguna de las tres apenas escuchábamos lo que decían: la silla de tía Jans estaba vacía.

—¿Dónde está tía Jans? ¿Se ha tenido que quedar hoy en la cama? –preguntó Betsie mientras todas pensábamos que ojalá y colgábamos los sombreros en la percha.

—No. Se está haciendo un tónico en la cocina –dijo mamá. Acto seguido se inclinó hacia adelante para servir el café y bajó la voz–. Hoy todos debemos ser especialmente considerados con nuestra querida Jans. Hoy es el aniversario del día en que murió la hermana de su marido, hace ya algunos años. ¿O era su prima?

—Creo que era su tía –dijo tía Anna.

—Era un primo lejano y su muerte fue una bendición –dijo tía Bep.

—En cualquier caso –se apresuró mamá–, ya sabéis cómo afectan estos aniversarios a nuestra querida Jans, así que tenemos que intentar ser pacientes con ella.

Betsie cortó tres rebanadas de pan de molde mientras yo miraba

en torno a la mesa, tratando de decidir cuál de los adultos se mostraría más de acuerdo con mi decisión de quedarme en casa. Papá, yo lo sabía, le daba una importancia casi religiosa a la educación. Él había tenido que dejar la escuela muy pronto para ponerse a trabajar en la relojería, y, a pesar de que había aprendido Historia, Teología y Literatura en cinco idiomas por sus propios medios, siempre se estaba lamentando de la escolarización perdida. Él quería que yo fuera a la escuela, y lo que papá quería, mamá también lo quería.

¿Entonces tía Anna, tal vez? Muchas veces me había dicho que yo le resultaba imprescindible para hacer recados y para ayudarla a subir las empinadas escaleras. Desde que mamá se encontraba débil, tía Anna había asumido la mayor parte de las tareas domésticas más duras para ayudar a nuestra familia de nueve personas. Ella era la más joven de las cuatro hermanas y tenía un espíritu tan generoso como el de la propia mamá. Había un rumor en nuestra familia, y yo creía firmemente que era verdad, que afirmaba que tía Anna recibía un salario por este trabajo; y en realidad papá le pagaba fielmente un florín cada sábado. Pero el miércoles, cuando llegaba el verdulero, a menudo tenía que volver a pedírselo de nuevo, y ella siempre lo tenía, íntegro y dispuesto. Sí, ella sería mi aliada en este asunto.

—Tía Anna –comencé–, he estado pensando en que vas a tener que trabajar demasiado durante todo el día cuando yo esté en la escuela y… –un profundo y espectacular suspiro nos hizo levantar la vista a todos. Tía Jans estaba de pie en la puerta de la cocina. Llevaba un vaso grande en la mano, que contenía un líquido de color pardo, y, cuando hubo llenado su pecho de aire de nuevo, cerró los ojos, levantó la copa y tomó un buen trago. A continuación, con un suspiro dejó salir el aire otra vez, puso el vaso en el aparador y se dejó caer en la silla.

—De todas formas –dijo como si hubiéramos estado hablando del tema–, ¿qué saben los médicos? El Dr. Blinker me ha recetado este brebaje, pero ¿para qué sirve en realidad un medicamento? ¿Qué puede hacer por una cuando le llega la hora? –yo miré en torno a la mesa; nadie pareció inmutarse. La preocupación de tía Jans por la muerte podría haber resultado cómica, pero ella ya no era joven y

yo sabía que el miedo nunca es divertido.

—Sin embargo, Jans –protestó papá suavemente–, la medicina le ha prolongado la vida a mucha gente.

—¡Pues no consiguió ayudar a Zusje! Y ella tenía los mejores médicos de Rotterdam. Fue en esta misma fecha cuando Dios la llamó a su lado y no era mayor de lo que soy yo ahora. Se había vestido para el desayuno, igual que lo he hecho hoy yo.

—Estaba explicando minuto a minuto el último día de Zusje, cuando sus ojos se clavaron en la percha de la que colgaba el sombrero nuevo de Nollie.

—¿Un manguito de piel? –inquirió, pronunciando cada palabra con recelo–, ¡en esta época del año!

—No es un manguito, tía Jans –replicó Nollie con voz suave.

—Y ¿se puede saber qué es, entonces?

—Es un sombrero, tía Jans –respondió Betsie en su lugar–. Ha sido una sorpresa de la señora van Dyver. ¿A que ha sido muy amable?

—¡Ah no!, Nollie ya tiene un sombrero de ala ancha, como todas las niñas bien educadas que conozco. Yo misma lo elegí, lo compré y lo pagué.

Había fuego en los ojos de tía Jans y lágrimas en los de Nollie, cuando mamá se lanzó al rescate.

—¡Hmm! ¡No estoy del todo segura de que este queso esté fresco! –entonces empezó a oler la gran olla de queso amarillo que estaba en el centro de la mesa y después la empujó hacia papá–. ¿Qué te parece a ti, Casper?

—Papá, que era incapaz de practicar el más mínimo engaño, y ni siquiera sabía reconocer uno, realizó una larga y profunda aspiración. —¡Te aseguro que está perfectamente bien, querida! Tan fresco como el día que salió de la quesería del Sr. Steerwijk, como siempre.

Yo miré a mamá y ella estaba mirando turbada a tía Jans: –¡Oh… Eh…! Jans, ¿tú qué opinas?

Tía Jans tomó la olla y miró en su interior con recelo. Si había un asunto al que le había dedicado todas sus energías de forma aún más concienzuda que al de la ropa, era al de los alimentos en mal

estado. Por fin –me pareció que de mala gana– aprobó el queso y el sombrero pasó al olvido.

Se había sumido de nuevo en la tristeza con la historia de un conocido «de mi misma edad» que había muerto después de comer un pescado de dudosa frescura… cuando llegaron los trabajadores de la tienda y mi padre tomó la pesada Biblia de su repisa. Solo había dos empleados en la relojería en 1898, el encargado de los relojes y el joven aprendiz/chico de los recados de papá. Cuando mamá se había servido su café, papá se puso las gafas sin montura y comenzó diciendo:

—Tu palabra guía mis pasos, es una luz en mi camino… Tú eres mi refugio y mi escudo: mi esperanza está en tu palabra…

¿Dónde podría encontrar un refugio, un escondite?, me preguntaba ociosamente mientras miraba la barba castaña de papá subir y bajar leyendo la Palabra de Dios. ¿De qué había que esconderse?

Fue un salmo largo, muy largo; a mi lado, Nollie empezaba a moverse impaciente. Cuando por fin papá cerró el gran volumen, ella, Willem y Betsie ya estaban de pie y, en menos de un segundo, ya habían cogido sus sombreros. Acto seguido se dedicaron a echar una carrera en los últimos cinco escalones y a salir disparados por la puerta del callejón.

De modo más premioso, los dos empleados se levantaron y los siguieron por las escaleras, dirigiéndose al taller y a la entrada de la tienda. Solo entonces los cinco adultos se dieron cuenta de que yo todavía permanecía sentada a la mesa.

—¡Corrie! –gritó mamá–. ¿Pero cómo han podido olvidarse de que ya eres una chica mayor? Hoy vas a ir a la escuela. Date prisa y coge la cartera, o tendrás que cruzar la calle tú sola.

—No voy a ir.

Hubo un corto silencio de sorpresa, roto por todos a la vez.

—Cuando yo era una niña –comenzó tía Jans.

—Los niños de la señora Waller –dijo tía Bep.

Pero la profunda voz de papá se impuso:

—¡Por supuesto que no vas a ir sola! Nollie estaba muy emocionada hoy y por eso se ha olvidado de esperarte, eso es todo.

Yo voy a llevar a Corrie a la escuela hoy.

Y, dicho esto, cogió mi sombrero de la percha, me puso la bufanda, me tomó de la mano y salimos de la habitación.

¡Iba de la mano de papá! Normalmente eso significaba ir a ver el molino de viento del Spaara o los cisnes en el canal, ¡pero esta vez me estaba llevando a un sitio al que yo no quería ir! Había una barandilla a lo largo de los cinco escalones inferiores: la agarré con la mano libre y me aferré a ella. Pero sus expertos dedos de relojero se cerraron sobre los míos y deshicieron la presión suavemente. Y chillando y resistiéndome fui conducida lejos de mi mundo hacia otro que sabía que era más grande, un mundo extraño, uno más aterrador…

Los lunes, papá iba en tren a Ámsterdam para certificar la hora directamente del Observatorio Naval de aquella ciudad. Ahora que ya había empezado a ir a la escuela, solo podía acompañarlo durante el verano. Yo salía corriendo escaleras abajo hasta la tienda, impecable, reluciente, lo suficientemente arreglada para que Betsie me considerara «pasable». Papá le daba las instrucciones de última hora al aprendiz. «La señora Staal vendrá esta mañana a recoger su reloj. Este reloj hay que enviarlo a la panadería de Bloemendaal».

Y entonces nos dirigíamos a la estación, su mano agarrando la mía, yo alargando mis pasos y él acortando los suyos para mantener el ritmo. El viaje en tren a Ámsterdam duraba apenas media hora, pero era siempre un viaje maravilloso. Primero el edificio de la vieja Haarlem daba paso a las casas con pequeños terrenos a su alrededor. Y luego los espacios entre casa y casa aumentando poco a poco, volviéndose cada vez más amplios. Después, pasábamos por las extensas llanuras holandesas, ocupadas por tierras de cultivo, que se extendían hasta el horizonte, recorridas por profundos canales de riego que se sucedían, uno tras otro, en la ventanilla. Y, por fin, Ámsterdam, incluso más grande que Haarlem, con su desconcierto de calles extrañas y canales.

Papá siempre llegaba un par de horas antes de la señal horaria con el propósito de visitar a los comerciantes que le suministraban relojes y piezas. Muchos de estos eran judíos, y estas eran las visitas

con las que ambos disfrutábamos más. Después de la discusión, lo más breve posible, acerca del negocio, papá sacaba su pequeña Biblia de viaje; y el mayorista por su parte, cuya barba era aún más larga y espesa que la de papá, se dirigía hacia un cajón, sacaba un pergamino de oración, golpeándose la cabeza con él; y los dos iniciaban la discusión, argumentando, comparando, interrumpiéndose… deleitándose en la compañía del otro.

Y entonces, justo cuando me parecía que esta vez realmente se habían olvidado de mí, el comerciante alzaba la vista, me miraba como si fuera la primera vez que me viera, y se golpeaba la frente con la palma de la mano:

—¡Una invitada ha cruzado el umbral de mi puerta y no le he ofrecido ni un refresco! –y, de un salto, se ponía a rebuscar bajo los estantes y en los armarios, y, en menos que canta un gallo, tenía en mi regazo un plato de los más deliciosos dulces del mundo: tortas de miel, pasteles y una especie de golosina de nueces, frutas y azúcar. Los postres eran poco frecuentes en la Beje, y desde luego estos deliciosos bollos eran algo completamente desconocido.

Y, justo cinco minutos antes del mediodía, estábamos de vuelta en la estación, de pie, en un punto concreto del andén en el que hubiera una buena panorámica de la torre del Observatorio Naval. En la parte superior de la torre, donde podía ser visto por todos los barcos del puerto, había un mástil alto con dos brazos móviles. Al filo de las 12.00 horas cada día bajaban los brazos. Papá se situaba en su puesto de observación en el andén, casi de puntillas, con la alegría de la precisión, buscando en su bolsillo una libreta y un lápiz.

—¡Ya está! Cuatro segundos más rápido –al cabo de una hora, el «reloj astronómico» de la tienda en Haarlem sería preciso al segundo.

Durante el viaje de vuelta a casa ya no mirábamos por la ventanilla del vagón. En lugar de eso, hablábamos de cosas diferentes, como, por ejemplo, del transcurrir de los años o la graduación de Betsie en la escuela secundaria –a pesar de los meses de clase que había perdido por su enfermedad–. Hacíamos conjeturas sobre si Willem, cuando se graduara, obtendría la beca

que le permitiría ir a la universidad, o sobre si Betsie empezaría a trabajar como contable en la tienda.

A menudo me gustaba utilizar ese viaje de vuelta para sacar a colación temas de los que no me atrevía a hablar en casa, ya que cualquier cosa que comentaba allí era respondida de inmediato por las tías.

Una vez –debía de tener yo alrededor de diez u once años– le pregunté a papá acerca de un poema que había leído en la escuela el invierno anterior. Un verso describía a «un hombre joven, cuyo rostro estaba ensombrecido por la obsesión por el sexo». Mi timidez me había impedido preguntarle al profesor qué significaba aquello. Y la cara de mamá se había puesto roja como un tomate cuando se lo consulté. En aquella época, justo con el cambio de siglo, jamás se mencionaba el sexo, ni siquiera en casa.

Así que la palabra se me había quedado grabada en la mente: «Sexo»; yo estaba bastante segura de que se refería a la diferencia que había entre ser un niño o una niña y al «pecado» –como solía decir tía Jans muy enfadada–, pero lo que no alcanzaba a entender era qué podían significar las dos cosas juntas. Y entonces, sentada junto a papá en el vagón del tren, de repente le pregunté: «Papá, ¿qué es el sexo?».

Se dio la vuelta para mirarme, como hacía siempre cuando yo le planteaba una duda, pero, para mi sorpresa, no dijo nada. Al fin se puso de pie, sacó la maleta del portaequipajes que había sobre nuestras cabezas y la puso en el suelo.

—¿Podrías sacarla del tren, Corrie? –dijo él. Me levanté y tiré de ella. Estaba repleta de relojes y de piezas de repuesto que papá había comprado esa misma mañana.

—Pesa demasiado –le dije.

—Sí –respondió–. Y sería muy mal padre si le pidiera a mi niña que llevara una carga tan pesada. Ocurre exactamente lo mismo con el conocimiento, Corrie. Algunos aspectos del saber son demasiado pesados para los niños. Cuando te hagas mayor y más fuerte podrás soportarlos. Pero por ahora debes confiar en mí para cargar con ellos en tu lugar.

Y me quedé satisfecha. Más que satisfecha, maravillosamente

tranquila. Siempre encontraba una respuesta a todas las preguntas difíciles que le planteaba. Y, por ahora, estaba dispuesta a dejar la carga sobre los hombros de mi padre.

Por las noches, en la Beje siempre teníamos invitados y música. Los huéspedes traían flautas o violines y, como cada miembro de la familia cantaba o tocaba un instrumento, todos formábamos una orquesta, reunidos alrededor del piano vertical que había en la habitación que estaba delante de la de tía Jans.

La única noche en la que no interpretamos nuestra propia música fue cuando se organizó un concierto en la ciudad. No podíamos permitirnos pagar el precio de las entradas, pero había una puerta lateral en la sala de conciertos, que conducía justo al escenario, por la que se percibían claramente los sonidos. Allí, en el callejón, junto a esa puerta, nosotros y unas cuantas decenas de amantes de la música de Haarlem disfrutamos de cada nota. Mamá y Betsie no eran lo suficientemente fuertes como para soportar allí tantas horas, pero algunos de nosotros permanecimos allí, bajo la lluvia y la nieve y las heladas. Y mientras que en el interior ya se empezaban a escuchar algunas toses y movimientos, ninguno de los oyentes de la puerta emitió el más mínimo sonido.

Pero lo mejor de todo era cuando había conciertos en la catedral, porque un pariente nuestro era sacristán. Un banco de madera se situaba a lo largo de la pared de su pequeña sacristía privada, y allí nos sentábamos, con las espaldas frías por la piedra antigua, pero con los oídos y los corazones ardiendo por la música.

El gran órgano dorado era uno en el que Mozart había interpretado sus piezas, y algunas de sus notas parecían llegar desde el mismísimo cielo. De hecho, yo estaba segura de que el cielo debía ser como la Catedral de San Bavón, y probablemente más o menos del mismo tamaño. Yo sabía que el infierno era un lugar muy caliente, así que el cielo debía de ser como este sitio: frío y húmedo; un lugar sagrado, donde el humo se elevaba como el incienso de los calientapiés de los feligreses más adinerados. Yo creía firmemente que en el cielo todo el mundo tenía calientapiés. Incluso en verano, el frío se apoderaba de las losas de mármol de las tumbas que había

en el suelo. Pero, cuando el organista pulsaba las teclas, apenas lo notábamos –y, cuando empezaba a interpretaba a Bach, el frío desaparecía del todo.

Recuerdo seguir a mamá y a Nollie subiendo unas oscuras escaleras en las que las telarañas se aferraban a nuestro cabello y los ratones se escabullían por delante de nosotras. El edificio estaba a menos de una manzana de la Beje y, probablemente, era como un siglo más nuevo, pero aquí no tenía a tía Anna para encerar y restregarlo todo.

Estábamos visitando a una de las muchas familias pobres que mamá había adoptado en el barrio. Nunca se me había ocurrido pensar que cualquiera de los niños que vivían entre nosotros pudiera ser pobre; «los pobres» eran las personas que se dedicaban a pedir. Mamá siempre se encargaba de cocinar caldos sustanciosos y guisos reconfortantes para los ancianos olvidados y las madres jóvenes y enfermas; claro está, siempre y cuando ella se encontrara lo suficientemente fuerte como para estar en la cocina.

La noche anterior, había muerto un bebé y, con una cesta de pan fresco que ella misma había horneado, mamá acudió a socorrer a aquella familia. Subió penosamente las gastadas escaleras, parándose a menudo para poder respirar. En la parte superior, había una puerta abierta que conducía a una habitación que, obviamente, servía tanto para cocinar como para comer y dormir. Ya había muchos visitantes allí y la mayoría no tenían sillas en las que sentarse. Mamá se dirigió hacia la joven madre, pero yo me quedé congelada en el umbral de la puerta. Justo a la derecha, aún en la casa, dentro de su cuna, estaba el bebé. Es curioso que, en una sociedad en la que se les oculta a los niños el hecho de tener relaciones sexuales, no se haga, sin embargo, el más mínimo esfuerzo para protegerlos de la muerte. Yo me quedé mirando a la pequeña figura inmóvil mientras mi corazón emitía extraños ruidos sordos, chocando contra mis costillas. Nollie, siempre más valiente que yo, extendió su mano y tocó la cara de color blanco-marfil. Yo quería hacerlo también, pero estaba paralizada por el miedo. Durante unos instantes, la curiosidad y el terror lucharon en mi interior, hasta que por fin me decidí a poner un dedo sobre su mano agarrotada.

Estaba fría.

Y ese frío me traspasó. Y me quedé fría mientras caminábamos hacia la Beje, fría mientras me lavaba para ir a cenar, fría, incluso en el comedor, al calor de la estufa de la pequeña habitación.

Esos pequeños dedos helados se interponían entre mí y cada uno de los rostros familiares que había alrededor de la mesa. Antes, cuando tía Jans hablaba del tema, la muerte había sido solo una palabra. Ahora sabía que realmente podía suceder: si le había ocurrido al bebé, luego podría llegarle el turno a mamá, a papá, ¡a Betsie!

Seguí a Nollie hasta nuestra habitación, sintiendo aún un frío intenso, y me deslicé en la cama, acurrucándome junto a ella. Por fin escuchamos los pasos de papá, subiendo las escaleras de caracol. Para mí, el mejor momento del día era cuando papá venía a arroparnos. Nunca nos quedábamos dormidas hasta que nos colocaba las mantas a su manera especial y nos acariciaba la cabeza con su mano. Entonces, intentábamos no mover ni un dedo. Pero esa noche, cuando salió por la puerta, rompí a llorar.

—¡Te necesito! –sollocé–. ¡No te puedes morir! ¡No puedes!

Nollie se sentó a mi lado en la cama:

—Hoy hemos ido a ver a la señora Hoog –explicó–. Y Corrie no ha probado ni un bocado de la cena.

Papá se sentó en el borde de la estrecha cama:

—Corrie –dijo suavemente–, cuando tú y yo vamos a Ámsterdam, ¿cuándo te entrego tu billete? –inspiré un par de veces, reflexionando acerca de lo que me estaba preguntando.

—¿Por qué?, justo antes de subir al tren.

—Exactamente. De la misma forma, nuestro sabio Padre celestial sabe también cuándo vamos a necesitar determinadas herramientas. No adelantes acontecimientos, Corrie. Cuando llegue el momento en el que algunos de nosotros tengamos que morir, buscarás en tu corazón y encontrarás la fuerza que necesitas, justo a tiempo.

3. Karel

Conocí a Karel en una de las «ocasiones» por las que mamá era famosa. Luego, no he podido recordar si se trataba de un cumpleaños, un aniversario de bodas, el nacimiento de un bebé… porque mamá era capaz de organizar una fiesta con cualquier excusa. Willem nos lo presentó como un amigo de Leiden y él nos fue saludando a todos con un apretón de manos. Cuando agarré esa mano fuerte y miré sus ojos profundos de color marrón, me enamoré irremediable y perdidamente.

En cuanto terminé de servir el café a todos los invitados, me senté justo enfrente de él para poder contemplarlo. No parecía ser consciente de mi presencia, pero eso era algo normal. Yo solo era una niña de catorce años, mientras él y Willem ya estaban en la universidad. Eran hombres a los que ya les había crecido una barba rala y que exhalaban el humo de sus cigarros mientras hablaban. Pero, para mí, me parecía más que suficiente estar en la misma habitación que Karel.

En cuanto a lo de pasar inadvertida, estaba más que acostumbrada a que ocurriera. Era a Nollie a la que los chicos miraban siempre aunque, al igual que les pasaba a muchas otras chicas guapas, a ella parecía no importarle. Cuando un chico le pedía un mechón de pelo –el método habitual empleado en aquellos tiempos para declarar el amor–, ella me pedía que arrancara unas cuantas hebras de la antigua alfombra de pelo gris que había al lado de la cama en nuestra habitación; que le pusiera un romántico lazo azul, y que se lo entregara al mensajero. La alfombra seguía teniendo bastante pelo por el momento; mientras, el colegio se estaba llenando de corazones rotos.

Yo, por el contrario, me había enamorado de todos los chicos de mi clase, uno por uno, en una especie de desesperado ritmo regular. Pero, entre que yo no era muy bonita y que además era demasiado tímida para expresar mis sentimientos, toda una generación crecía

sin ser consciente de la presencia de la niña que se sentaba en el número treinta y dos.

Pero Karel, pensé mientras lo observaba echarse una cucharada de azúcar en el café, era diferente. Iba a amar a Karel para siempre.

Transcurrieron dos años antes de volver a verle de nuevo. Fue durante el invierno de 1908. Nollie y yo hicimos un viaje a la universidad de Leiden para hacerle una visita a Willem. Su habitación, pobremente amueblada, estaba en la cuarta planta de una casa particular. Willem nos rodeó a Nollie y a mí en un enorme abrazo de oso y luego se dirigió corriendo hacia la ventana.

—Aquí está –dijo, tomando del alféizar un bollo de crema que había puesto allí para que se mantuviera fresco–. He comprado esto para vosotras. Es mejor que os lo comáis rápido, antes de que lleguen mis amigos muertos de hambre.

Nos sentamos en el borde de la cama de Willem saboreando el delicioso manjar. Sospeché que para poder comprarlo Willem habría tenido que quedarse sin almuerzo. Un segundo después, la puerta se abrió de golpe y, causando un gran estrépito, entraron cuatro de sus amigos: hombres jóvenes, altos, de voz grave, envueltos en abrigos de cuello vuelto y puños raídos. Entre ellos se encontraba Karel.

Me tragué el último bocado del bollo de crema, me limpié las manos en la parte posterior de la falda y nos pusimos de pie. Willem empezó a presentarnos a Nollie y a mí. Pero, cuando llegó a Karel, este le interrumpió:

—Nos conocemos ya… –se inclinó ligeramente–. ¿Te acuerdas? Nos conocimos en una fiesta en tu casa.

Dirigí la mirada de Karel a Nollie… pero no, él me estaba mirando directamente a mí. Mi corazón dio un vuelco de alegría, pero, como todavía tenía la boca llena de restos pringosos de bollo, las palabras nunca llegaron a mis labios.

Enseguida los jóvenes se sentaron a nuestros pies en el suelo; todos hablando a la vez, llenos de entusiasmo.

Encaramada a mi lado, Nollie se comportaba con total naturalidad, como si visitar una universidad fuera algo que hiciera a diario. Por un lado, la diferencia entre nosotros era notoria: a los dieciocho años, ella ya usaba falda larga, mientras yo era muy

consciente de los 15 centímetros de distancia que había entre el dobladillo de mi vestido y la parte superior de mis zapatos, mostrando claramente mis medias de colegiala. Por otro, Nollie siempre sabía de qué hablar; el año anterior, había comenzado a asistir a la Escuela de Magisterio. En realidad, no quería ser maestra, pero en aquellos días las universidades no ofrecerían becas a las chicas y estas Escuelas no eran caras. Y, así, sabía charlar con facilidad, demostrando estar bien informada sobre los temas que interesaban a los estudiantes, como la nueva teoría de la relatividad, postulada por un hombre llamado Einstein, y si el almirante Peary conseguiría realmente alcanzar el Polo Norte.

—Y tú, Corrie, ¿también te gustaría llegar a ser maestra? –sentado en el suelo a mis pies, Karel me estaba sonriendo ¡a mí! Sentí cómo el rubor salía por debajo de mi cuello alto–. El año que viene, quiero decir –insistió–. Este es tu último año en la secundaria, ¿no?

—Sí. Quiero decir, no. Yo me quedaré en casa con mamá y tía Anna –¡me había salido tan breve y tan bajito! ¿Por qué había dicho algo tan simple cuando lo que quería transmitir era tan importante?… Que en primavera terminaría el colegio y me haría cargo de la familia.

Esa primavera, terminé el colegio y me encargué de las labores del hogar. Es algo que tenía previsto desde siempre, pero ahora había una razón añadida: tía Bep tenía tuberculosis.

La enfermedad había sido calificada como incurable: el único tratamiento conocido era descansar en un sanatorio y eso estaba solo al alcance de unos pocos. Así que, durante muchos meses, tía Bep permanecía en la cama de su pequeña habitación, mientras la tos la mantenía alejada de la vida.

Para disminuir el riesgo de contagio, solo tía Anna entraba o salía del cuarto, cuidando de su hermana mayor durante todo el día. Y como además se pasaba muchas noches en vela, sin conseguir pegar ojo, recayeron en mí las tareas de cocina, de lavado y de limpieza de toda la familia. Me encantaba el trabajo y, salvo por la situación de tía Bep, yo habría sido completamente feliz. Pero, por

encima de todo, percibía su sombra: no solo la de su enfermedad, sobre todo la de su vida, con tantas contrariedades y decepciones.

A menudo me gustaba echar un vistazo dentro de la habitación, cuando le llevaba una bandeja a tía Anna. Allí podía ver uno de los pocos y patéticos recuerdos de los treinta años que tía Bep se había pasado trabajando en las casas de otras personas: frascos de perfume, vacíos ya desde hacía muchos años –porque las «familias bien» siempre regalaban a la institutriz un perfume por Navidad– y algunas viejas fotografías de los niños que, a juzgar por su estado, ya debían de tener sus propios hijos e incluso sus nietos. Acto seguido, la puerta se cerraba, pero yo me quedaba siempre en ese estrecho pasillo, bajo los aleros del tejado, deseando encontrar algo que decirle para poder aliviarla.

Me hubiera gustado haber aprendido a quererla mejor.

Una vez le hablé de mis sentimientos a mamá. Ella también necesitaba guardar reposo, cada vez con más frecuencia. Antes, siempre que el dolor de los cálculos biliares se volvía insoportable, se había podido solucionar con una operación. Pero, a causa de un pequeño derrame cerebral producido después de la última, hizo imposible practicarle más cirugías. Así, muchos días, cuando le llevaba una bandeja a tía Bep, tenía que dejarle también otra a mamá en el primer piso.

En aquella ocasión, al llevarle su almuerzo, me encontré que estaba escribiendo cartas. Cuando mamá no se dedicaba a aprovisionar a todo el barrio con gorras y con trajecitos para bebés que ella misma cosía, se dedicaba a escribir mensajes alegres para todos aquellos que no podían salir de casa en Haarlem. El que ella misma se hubiera visto obligada a permanecer encerrada durante gran parte de su vida no había parecido afectarle nunca.

—Qué pena me da este pobre hombre, Corrie –exclamó cuando entré–, que ha estado encerrado en una habitación él solo durante tres años. Piénsalo, hija, ¡encerrado sin poder ver el cielo!

Miré por la única ventana que había en esa habitación observando la pared de ladrillo, apenas a tres metros de distancia.

—Mamá –le dije mientras dejaba la bandeja en la cama y me sentaba a su lado–, ¿no podríamos hacer algo por tía Bep? Me

refiero a que ¿no es triste que la pobre tenga que pasar sus últimos días aquí, en un lugar que odia tanto, en lugar de pasarlos donde fue tan feliz? ¡No sé! En la casa de los Wallers o en cualquier otro hogar.

Mamá dejó su pluma y me miró:

—Corrie –dijo finalmente–, Bep ha sido igual de feliz aquí con nosotros, como antes en cualquier otro sitio.

La miré fijamente, sin comprender.

—¿Sabes cuándo comenzó a elogiar tanto a los Wallers? –continuó mamá–. El día en que salió de su casa. Durante todo el tiempo con ellos, tía Bep no hacía más que quejarse. Los Wallers no podían compararse con los van Hooks, los dueños de la casa donde había estado antes. Pero en casa de los van Hooks, ella había sido realmente desgraciada. La felicidad no es algo que dependa de nuestro entorno, Corrie. Es algo que tenemos que buscar en nuestro interior.

La muerte de tía Bep afectó a cada una de sus hermanas de una forma diferente. Mamá y tía Anna redoblaron sus esfuerzos cocinando y cosiendo para los más necesitados del barrio, como si se dieran cuenta de lo breve que era la vida para cualquier persona dedicada al servicio de los demás. En cuanto a tía Jans, su propio fantasma particular parecía rondar más cerca que nunca. «Mi propia hermana», exclamaba de vez en cuando, en los momentos más extraños del día. «¿Por qué?, ¡también podría haber sido yo!».

Un año después de la muerte de tía Bep, un nuevo médico se hizo cargo de las visitas que nos hacía el Dr. Blinker. El nombre del nuevo médico era Jan van Veen, y con él llegó su joven hermana y enfermera, Tine van Veen. También trajo consigo un nuevo artilugio para tomar la tensión arterial. No teníamos ni idea de para qué valía conocer la tensión, pero todos en casa nos prestábamos para que nos pusiera aquella banda de tela alrededor del brazo y nos la apretara insuflando aire en ella.

Tía Jans, que adoraba la parafernalia médica de todo tipo, consideró que el nuevo médico era una maravilla y, desde luego, lo consultó con toda la frecuencia que sus finanzas le permitían. Y así,

el Dr. van Veen, al cabo de un par de años, fue el primero en descubrir que tía Jans padecía diabetes.

En aquellos días, la diabetes suponía una sentencia de muerte tan segura como lo había sido la tuberculosis. Nuestra casa se quedó como atontada durante varios días a causa del shock. Después de tantos años temiendo lo peor, al fin salía a la luz. Tía Jans se metió directamente en la cama al enterarse de la noticia. Pero la inactividad era incompatible con su fuerte personalidad, y una mañana, para sorpresa de todos, se presentó para el desayuno en el comedor a las 8.10 exactamente, anunciando que los médicos «a menudo se equivocan».

A partir de entonces, ella se dedicó, con más ímpetu que nunca, a escribir, a dar charlas y discursos, a participar en la organización de clubes y a lanzar nuevos proyectos. Holanda en 1914, al igual que el resto de Europa, se preparaba para la guerra, y las calles de Haarlem estaban llenas, de repente, de hombres jóvenes vestidos de uniforme. Desde sus ventanas con vistas a la calle Barteljorisstraat, tía Jans los observaba vagar sin rumbo fijo, mirando los escaparates, la mayoría de ellos muy jóvenes, paupérrimos y solitarios.

Y entonces concibió la idea de crear un centro para soldados. Fue una iniciativa novedosa en su día, en la que tía Jans volcó toda la pasión de su naturaleza. El tranvía de caballos había sido reemplazado recientemente por un nuevo tranvía eléctrico. Pero todavía las ruedas seguían chirriando al parar, saltando chispas de los raíles cuando tía Jans esperaba impaciente frente a la Beje. Se subía a bordo, barriendo el suelo con su larga falda negra, que sujetaba con una mano, mientras en la otra llevaba una lista de las señoras que iban a convertirse en las patrocinadoras de la nueva empresa…

Solo los que la conocíamos bien sabíamos que bajo aquella actividad desenfrenada se ocultaba el monstruo de su miedo.

Y, mientras tanto, su enfermedad le estaba provocando serios problemas financieros. Cada semana tenían que hacerle una prueba, para determinar el contenido de azúcar de su sangre: y un proceso complicado y muy caro que requería que el Dr. van Veen o su hermana vinieran a casa.

Al final, Tine van Veen me enseñó cómo realizar aquel chequeo semanal para hacerlo yo misma. Había muchos pasos que tenía que seguir al pie de la letra; el más importante consistía en calentar la mezcla final, exactamente a una temperatura concreta. Era muy difícil hacerlo con precisión, con nuestra vieja y oscura cocina de carbón, pero finalmente di con ello y, a partir de entonces, cada viernes mezclaba los productos químicos y además hacía la prueba yo misma. Si el resultado final quedaba de color claro al calentarlo, significaba que todo estaba bien. Solo si se ponía de color negro, había que notificárselo al Dr. van Veen.

Aquella primavera Willem vino a casa para pasar sus últimas vacaciones, antes de ordenarse. Se había graduado en la universidad dos años antes y ahora estaba cursando los últimos meses de la escuela de teología. Una cálida noche, durante aquella visita, los encontrábamos a todos sentados en la mesa del comedor. Papá, con treinta relojes delante de él, iba escribiendo en un pequeño cuaderno, con su precisa y hermosa letra: «dos segundos atrasado», «cinco segundos adelantado», mientras Willem leía en voz alta una historia de los holandeses reformistas.

Todos giramos la cabeza a la vez al sonar la campana de la puerta que daba al callejón. Por fuera de la ventana del comedor había un espejo que daba justo a la puerta del callejón, así que pudimos comprobar quién llamaba, antes de bajar a abrir. Tras echar un vistazo me levanté de la mesa de un salto.

—¡Corrie! –dijo Betsie en tono de reproche–. ¡Cuidado con la falda!

Nunca me acordaba de que ahora llevaba falda larga, y Betsie se pasaba muchas noches remendando las rasgaduras que me hacía en ella, cuando me movía demasiado deprisa. Luego bajé los cinco escalones de un salto. Fuera, en la puerta, con un ramo de narcisos en la mano, estaba Tine Van Veen. No sé si fue la noche suave de primavera la que me despejó la mente, o quizá la fuerte y modulada voz de Willem, entrenada en el púlpito, pero de repente caí en la cuenta de que estas dos personas se conocieron en aquel momento y que iba a ser algo muy especial.

—Para tu madre, Corrie –dijo Tine, tendiéndome las flores

cuando le abrí la puerta–. Espero que esté…

—¡No, no, lleva tú las flores! ¡Estás preciosa con ellas! –y sin siquiera recogerle su abrigo, la empujé escaleras arriba, obligándola a subir delante de mí. Le di un codazo para que cruzara el umbral de la puerta del comedor, y me pegué a ella como una lapa para poder ver la reacción de Willem. Sabía exactamente cuál iba a ser; me había pasado toda la vida leyendo novelas románticas y viviendo a través de ellas. Me las llevaba de la biblioteca en inglés, en holandés y en alemán; y muchas veces había leído las que más me gustaban en los tres idiomas, y había soñado un millón de veces con esa típica escena en la que el héroe se encuentra con la heroína.

Willem levantó la vista y se puso de pie muy lentamente con los ojos clavados en Tine. Papá se puso de pie también.

—Señorita van Veen –dijo empleando su fórmula pasada de moda–, permítame presentarle a usted a nuestro hijo, Willem. Willem, esta es la joven dama, de cuyo talento y amabilidad te hemos estado hablado.

Dudo que ninguno de los dos hubiera escuchado la presentación. Se estaban mirando el uno al otro, como si no hubiera nadie más en la habitación ni en el mundo entero.

Willem y Tine se casaron dos meses después de ordenarse; y, durante la última semana de preparativos, un único pensamiento se repetía una y otra vez en mi cabeza: Karel estará allí.

El día de la boda amaneció fresco y luminoso. Mis ojos reconocieron a Karel inmediatamente entre la multitud que se congregaba frente a la iglesia: iba vestido con sombrero de copa y frac, como todos los demás, pero, sin duda alguna, era el más guapo de todos.

En cuanto a mí, era consciente de la transformación que yo había vivido desde que lo había visto por última vez. La diferencia entre mis veintiún años y sus veintiséis no era, después de todo, tan grande como lo había sido antes.

Pero era algo más que eso; me sentí…, ¡no!, la palabra no es «guapa». Ni siquiera en un día tan romántico como ese, podía yo persuadirme de eso. Yo sabía que mi mandíbula era demasiado

cuadrada, mis piernas demasiado largas, mis manos demasiado grandes. Pero yo creía sinceramente –y los libros me daban la razón– que yo debería parecerle hermosa al hombre que me amara.

Betsie me había peinado esa mañana, trabajando una hora entera con el rizador, hasta que los bucles se amontonaron en mi cabeza y, por ahora, aún permanecían ahí milagrosamente.

También me había hecho el vestido de seda que llevaba, tal y como había hecho para todas y cada una de las mujeres de la familia, trabajando por las noches bajo la luz artificial del cuarto de estar; porque la tienda abría seis días a la semana y ella no cosía en domingos.

Ahora, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que nuestros trajes, hechos en casa, eran tan elegantes como cualquier otro de los que veía. Nadie habría adivinado jamás –pensé mientras nos dirigíamos tranquilamente hacia la puerta de la iglesia– que papá había renunciado a sus cigarros y tía Jans, al fuego del carbón de sus habitaciones para poder comprar la seda que ahora se movía tan elegantemente al ritmo de nuestros pasos.

—¿Corrie?

Frente a mí estaba Karel, con el alto sombrero negro en las manos y sus ojos escudriñando mi cara como si no estuviera muy seguro.

—¡Sí, soy yo! –le dije, riéndome de él–. *¡Aquí me tienes, Karel y soy toda tuya, y este es el momento con el que he estado soñando desde que te conocí!*

—¡Pero has crecido mucho! Perdóname, Corrie, ¡claro que eres tú! Es que siempre te he recordado como la niña de los enormes ojos azules –me miró durante unos instantes más y luego añadió–: Y ahora la niña es ya una mujer, y además preciosa. De repente, la música del órgano se elevaba en el aire y salía por la puerta, era solo para nosotros; el brazo que me ofreció era la luna, y mi mano enguantada reposando en su brazo, era la única cosa que me mantenía en el suelo, impidiéndome alzar el vuelo por encima de los tejados de Haarlem.

Era una ventosa y lluviosa mañana de viernes de enero, cuando

los ojos me confirmaron lo que al principio mi cerebro se negaba a entender… El líquido del vaso de vidrio que tenía sobre el fogón de la cocina era una masa oscura de color negro.

Me apoyé en el viejo fregadero de madera y cerré los ojos. ¡Por favor, Dios mío, que haya cometido un error! Fui repasando mentalmente todos los pasos, comprobando los frascos de los productos químicos y las cucharas de medir. No. Lo había hecho todo exactamente igual que siempre. *Entonces será esta maldita habitación, todo resulta oscuro en este pequeño armario que tenemos por cocina*. Tomé rápidamente el vaso y corrí con él a la ventana del comedor.

Negro. Negro como el miedo.

Sin soltar el vaso, bajé los cinco escalones golpeándolos furiosamente y entré por la puerta trasera de la tienda. Papá, con su monóculo de joyero puesto, se inclinaba por encima del hombro del último aprendiz, seleccionando con destreza una pieza infinitesimal de la matriz de un reloj, que se hallaba ante ellos en la mesa de trabajo.

Miré hacia la tienda a través del cristal de la puerta, pero Betsie estaba detrás del pequeño mostrador de la caja, atendiendo a un cliente. *No es una cliente*, me corregí, *solo es una molestia*. Conocía a aquella mujer y sabía que solo había venido a nuestra tienda para obtener asesoramiento sobre relojes y luego los compraría en ese sitio nuevo, Kan, al otro lado de la calle. Ni a papá ni a Betsie parecía importarles que esto estuviera sucediendo cada vez con más frecuencia.

En cuanto se fue, me precipité dentro con el vaso delator en la mano.

—¡Betsie! –rompí a llorar–. ¡Oh, Betsie, es negro! ¿Cómo vamos a decírselo? ¿Qué vamos a hacer?

Betsie llegó rápidamente a mi lado desde detrás del mostrador, y me rodeó con sus brazos. Papá entró detrás de mí en la tienda. Él miraba alternativamente al vaso, a Betsie y, por último, a mí.

—¿Lo has hecho correctamente, Corrie? ¿Has seguido todos y cada uno de los pasos?

—Me temo que sí, papá.

—Estoy seguro de ello, cariño. Pero debemos pedir la opinión del médico.

—Se lo llevaré inmediatamente –les dije.

Y, entonces, puse el horrible líquido en una botella pequeña y corrí con ella sobre el pavimento resbaladizo, mientras la lluvia limpiaba las calles de Haarlem. Había una enfermera nueva en el consultorio del Dr. van Veen, y tuve que pasar media hora, que se me hizo eterna, en silencio, en la sala de espera. Al fin, terminó de atender al paciente y el Dr. van Veen cogió la botella y se dirigió con ella a su pequeño laboratorio.

—No hay ningún error, Corrie –dijo al salir–. A tu tía le quedan unas tres semanas, como máximo.

Celebramos una reunión familiar urgente en la relojería en cuanto regresé: mamá, tía Anna, papá, Betsie y yo (Nollie no llegaba a casa de su trabajo como maestra hasta por la noche). Acordamos que tía Jans debía saberlo cuanto antes.

—Se lo diremos todos –decidió papá–. Aunque yo tendré que hablar lo necesario. Y tal vez… –según lo decía, su rostro se iluminó– tal vez consiga que se dé cuenta de todo lo que ha conseguido. Jans ha logrado cumplir sus objetivos y, ¿quién sabe?, ¡quizá se lo tome bien!

Y, entonces, la pequeña procesión subió los escalones hasta la habitación de tía Jans.

—Adelante –respondió cuando papá llamó a la puerta. Y añadió, como siempre hacía– y cerrad la puerta antes de que me muera de frío. Estaba sentada en la mesa redonda de caoba, trabajando en otro proyecto para su Centro de soldados. Cuando se percató de la cantidad de personas que habían entrado en la habitación, dejó caer la pluma. Se quedó mirando nuestros rostros, uno a uno, hasta que llegó al mío y dio un pequeño suspiro de comprensión. Era viernes por la mañana, y yo aún no había llegado con los resultados de la prueba.

—Mi querida cuñada –comenzó papá con delicadeza–, hay un alegre viaje en el que todos y cada uno de los hijos de Dios nos tenemos que embarcar tarde o temprano. Y, Jans, algunos tienen que presentarse ante el Señor con las manos vacías, ¡pero tú llegarás a

Su lado con las manos llenas!

—Todos tus clubs… –aventuró tía Anna.

—Tus escritos… –añadió mamá.

—Los fondos que has recaudado… –dijo Betsie.

—Nuestras conversaciones… –comencé yo.

Pero nuestras palabras bienintencionadas eran inútiles. Todos vimos cómo se arrugaba su rostro orgulloso; tía Jans se puso las manos sobre los ojos y empezó a llorar. «¡Vacías, vacías!», decía ahogada, a causa de sus lágrimas. «¿Cómo podemos llevarle nada a Dios? ¿Qué le importan a él nuestros pequeños trucos y baratijas?».

Y, entonces, todos contemplamos con incredulidad cómo retiraba las manos de la cara y, con las lágrimas aún corriéndole por el rostro, susurró: «Querido Jesús, te doy las gracias porque tengamos que presentarnos ante ti con las manos vacías. Te doy las gracias también porque Tú lo hiciste todo –todo– por nosotros en la cruz, y lo único que necesitamos, en la vida o la muerte, es estar seguros de ello».

Mamá le echó los brazos y las dos se fundieron, juntas, en un abrazo. Pero yo me quedé petrificada en mi sitio, sabiendo que acababa de presenciar un misterio. Era el billete de tren del que papá me había hablado, entregado en el momento preciso.

Con un gesto de su pañuelo y sonándose contundentemente la nariz, tía Jans nos dejó claro a todos que el momento para el drama ya había pasado.

—Si me pudierais dejar a solas durante un rato –dijo ella–, quizá podría adelantar un poco más de trabajo.

Entonces miró a papá, y en esos ojos severos apareció lo más parecido a un brillo que no le había visto nunca.

—No es que el trabajo tenga importancia, Casper. Realmente no tiene ninguna… –nos despachó educadamente…–. Pero no voy a dejar un escritorio desordenado, para que otra persona tenga que venir detrás a limpiarlo y ordenarlo.

Habían pasado cuatro meses del funeral de tía Jans, cuando por fin llegó la invitación que tanto esperábamos: Willem iba a pronunciar su primer sermón. Después de pasar poco menos de un

año como ayudante del pastor de Uithuizen, le habían destinado a su propia parroquia en Brabant, una hermosa zona rural, al sur de Holanda.

Y, en la Iglesia Reformista Holandesa, el primer sermón de un ministro en su primera iglesia constituía la ocasión más solemne, alegre y emocionante que un pueblo poco dado a las emociones podía concebir. Los familiares y amigos llegarían desde muy lejos y permanecerían allí durante días.

Desde la parroquia en la que estaba de ayudante, Karel escribió que, por supuesto, él también asistiría y que tenía ganas de vernos a todos de nuevo. Doté a la palabra «todos» de un significado especial para mí; y me lancé a empaquetar varios vestidos apretujándolos dentro de la maleta en un delirio de anticipación.

Mamá estaba atravesando una de sus peores épocas. Se había acurrucado en un rincón del compartimento del tren, y sus nudillos se volvían blancos, cuando tenía que apretar la mano de papá, cada vez que el tren traqueteaba o se bamboleaba. Pero mientras los demás contemplábamos el paisaje, admirando las largas hileras de chopos, el color verde brillante propio del mes de junio, los ojos de mamá no dejaron de observar el cielo. Lo que para nosotros fue un viaje a través del país, para ella era un festín de nubes, luz e infinitas distancias azules.

Tanto los habitantes de aquel pueblo como el número de fieles de la parroquia de Willem se habían visto reducidos en los últimos años. Pero el edificio de la iglesia, que se remontaba a tiempos mejores, era grande, y también era grande la casa de Willem y Tine, situada al otro lado de la calle. De hecho, comparada con la Beje, resultaba enorme; durante las primeras noches el techo parecía tan lejos que no pude dormir. Tíos, primos y amigos llegaban cada día, pero, a pesar de que muchas personas iban acomodándose en las habitaciones, a mí me seguía pareciendo que estaban medio vacías.

Tres días después de llegar, me dirigí a la puerta, respondiendo a los aldabonazos, y allí estaba Karel; el polvillo del carbón del viaje en tren todavía manchaba sus hombros. Arrojó su bolsa de viaje marrón en el salón, agarró mi mano, y me sacó a la calle, bajo el sol de junio. «¡Es un precioso día, Corrie!», gritó. «¡Vamos a dar un

paseo!». A partir de ese momento, casi se dio por sentado que Karel y yo salíamos de paseo cada día. Cada vez nos aventurábamos más lejos, siguiendo las sendas que partían en todas las direcciones, todas llenas de barro y que eran tan distintas de las calles bien pavimentadas de Haarlem. Resultaba imposible creer que, en aquellos momentos, el resto de Europa estuviera sumida en la guerra más sangrienta de la historia. Parecía que aquella locura se estaba propagando incluso a través del océano; según la prensa, parecía que América también iba a entrar en el conflicto.

Aquí, en la Holanda neutral, los días soleados se sucedían, uno tras otro. Solo unas pocas personas –Willem entre ellas– insistían en que la guerra era una tragedia que también afectaba a Holanda. Su primer sermón fue sobre este tema. Europa y el mundo están cambiando, dijo; no importa qué bando gane, una forma de la vida se ha perdido para siempre. Miré alrededor, fijándome en los miembros de su congregación, personas rudas y agricultores, y me di cuenta de que a ellos no les importaban en absoluto tales ideas.

Después del sermón, la familia más lejana y los amigos menos íntimos comenzaron a abandonar la casa. Pero Karel continuó allí. Nuestros paseos se prolongaban cada vez más. A menudo hablábamos del futuro de Karel y, de repente, estábamos hablando no sobre lo que Karel iba a hacer, sino acerca de lo que *nosotros* íbamos a hacer; imaginándonos que teníamos una enorme mansión antigua, como esta, que decorar, y regocijándonos al descubrir que nos encantaban las mismas flores; incluso coincidíamos en nuestros colores favoritos. Solo había un tema en el que no estábamos de acuerdo: los niños. Karel quería cuatro, mientras que yo defendía obstinadamente que el número ideal era el de seis. Y todo esto sin que la palabra «matrimonio» se mencionara siquiera.

Un día, cuando Karel estaba en el pueblo, Willem salió de la cocina con dos tazas de café. Tine estaba justo detrás de él con su propia taza.

—Corrie –dijo Willem, entregándome el café y hablando como si le costara mucho–. ¿Karel te ha hecho pensar que él va… en serio? –Tine terminó la frase por él. El odioso rubor que yo nunca había podido controlar hizo que me ardieran la mejillas.

—No… yo… nosotros… ¿por qué?

El rostro de Willem enrojeció también.

—Porque, Corrie, lo vuestro es algo que nunca va a poder ser. Tú no conoces a la familia de Karel. Ellos han deseado una única cosa desde que era un niño pequeño. Se han sacrificado por él, planeándolo todo para él, construyeron toda su vida en torno a ello. Karel debe… *Casarse bien*. Creo que así lo dicen.

La gran sala se volvió repentinamente aún más vacía.

—Pero… ¿y qué pasa con lo que quiere Karel? ¡Él ya no es un niño pequeño!

Willem fijó sus ojos sobrios y profundos en los míos.

—Él no lo va a hacer, Corrie. Yo no digo que no te quiera. Pero para él esto supone simplemente un hecho de la vida, como cualquier otro. Cuando hablábamos de las chicas que nos gustaban en la universidad, él siempre acababa diciendo: «Por supuesto, nunca podría casarme con ella. Eso supondría matar a mi madre».

El café caliente me escaldaba la boca, pero aun así me lo tragué rápidamente y me escapé, escondiéndome en el jardín. Yo odiaba esa casa sombría y antigua; y a veces casi odiaba también a Willem, que siempre veía el lado más oscuro y difícil de las cosas. Aquí, en el jardín, todo era distinto. No había un arbusto o una flor que Karel y yo no hubiéramos contemplado juntos, que no estuviera impregnada de lo que sentíamos el uno por el otro…

Willem podía saber más que yo sobre teología y sobre la guerra o política, ¡pero sobre amor…! El dinero, el prestigio, las expectativas familiares… todo se desvanecía siempre, como las nubes, en los libros que había leído.

Karel se marchó una semana más tarde, y sus últimas palabras hicieron que mi corazón se desbocara. Solo unos meses después recordaría la forma tan extraña en la que me había hablado, y la urgencia, casi la desesperación en su voz. Estábamos en la entrada de la casa, esperando a que llegara el carro de caballos, que por entonces se seguía considerando como el único medio de transporte fiable, cuando no había un tren que coger. Nos había dicho adiós a la hora del desayuno y, aunque una parte de mí sabía que no debía

proponérmelo, otra parte solo deseaba estar junto a él. Entonces, de repente, me cogió las dos manos.

—¡Corrie, por favor, escríbeme! –dijo, pero no con alegría. Más bien era una súplica–. ¡Escríbeme acerca de la Beje! ¡Quiero saberlo todo! Quiero todos los detalles de esa casa tan fea, tan hermosa y tan destartalada. ¡Escríbeme de tu padre, Corrie! Cuéntame cómo se olvida de enviar las facturas. ¡Oh Corrie!, ¡esa es la casa más feliz de toda Holanda!

Y así fue, en efecto, cuando regresamos papá, mamá, Betsie, Nollie, tía Anna y yo. Siempre había sido un lugar feliz; pero ahora cada pequeño acontecimiento parecía brillar, porque, de una manera especial, podía compartirlo con Karel. Cada comida que cocinaba era una ofrenda para él, cada maceta que cuidaba era un poema, cada vez que barría, un acto de amor.

Sus cartas no llegaban tan a menudo como las mías, yo se las mandaba volando. Pero yo lo achacaba a su trabajo. El pastor con el que estaba colaborando escribió que necesitaba mucha ayuda: era una parroquia rica y los contribuyentes más generosos esperaban que los clérigos les visitaran frecuentemente y sin prisas.

Con el paso del tiempo, sus cartas empezaron a llegar más de tarde en tarde. Pero yo lo compensaba con la mías y seguí canturreando en mi nube durante todo el verano y el otoño. Un espléndido y fresquito día de noviembre, cuando toda Holanda estaba cantando conmigo, sonó el timbre. Yo estaba fregando los platos de la comida en la cocina, pero atravesé el comedor y bajé los escalones antes que el resto de la familia pudiera moverse.

Abrí la puerta del callejón y allí estaba Karel.

Junto a él había una mujer joven.

Ella estaba sonriendo. Tomé su sombrero de plumas, el cuello de armiño, y me fijé en el guante blanco que cubría la mano que ella tenía apoyada en el brazo de Karel. A continuación, comenzó a difuminarse la escena, pues Karel estaba diciendo: «Corrie, quiero que conozcas a mi novia». Seguramente debí de contestar algo. Les tuve que haber llevado hasta la antigua habitación de tía Jans, en la parte de delante, que ahora utilizábamos como salón. Y solo consigo

recordar que mi familia se lanzó al rescate, hablando, repartiendo apretones de manos, cogiendo los abrigos, sacando sillas… todo para evitar que yo tuviera que hacer o decir algo. Mamá batió su propio récord haciendo café; tía Anna pasaba la bandeja con tortas. Betsie se dedicó a charlar con la joven acerca de la ropa de moda en invierno y papá mantenía a Karel en un rincón, bombardeándolo con preguntas sobre la situación internacional. ¿Qué opinaba él de la noticia de que el Presidente Wilson estaba enviando tropas americanas a Francia?

De alguna manera, aquella media hora pasó. Y, no sé cómo aún, pero me las arreglé para estrechar su mano, y luego la mano de Karel, y desearles toda la felicidad del mundo. Betsie los acompañó hasta la puerta. Y, antes de que se cerrara, yo huí por las escaleras hacia mi habitación, en la parte superior de la casa, donde podía llorar sin reparos.

¿Cuánto tiempo permanecí tumbada en mi cama, llorando por el amor de mi vida? No lo sé. Más tarde, oí el sonido de los pasos de papá subiendo las escaleras. Por un momento me sentí como si fuera una niña otra vez, esperando a que él me arropara, metiendo las mantas apretadas bajo el colchón. Pero esta herida no podía curarse con unas mantas y, de repente, tuve miedo de las palabras de papá. Miedo de que me dijera: «encontrarás a otra persona muy pronto», y que, después, esa falsedad se interpusiera para siempre entre nosotros. Porque algo en mi interior me decía que en mi corazón no podría haber nadie más: ni pronto, ni tarde, ni nunca. El dulce olor a cigarro penetró en la habitación junto con papá. Y, por supuesto, él no pronunció aquellas palabras falsas y vanas.

—Corrie –comenzó–. ¿Sabes lo que es el amor? El amor es la fuerza más poderosa que existe en el mundo, y cuando esta fuerza se frustra produce un gran dolor. Hay dos cosas que podemos hacer cuando esto sucede. Podemos matar al amor para que deje de doler. Pero entonces, por descontado, una parte de nosotros también muere. O, Corrie, también puedes pedirle a Dios que abra otra vía para que ese amor pueda irradiarse. Dios ama a Karel, incluso más de lo que tú lo amas, y, si se lo pides, él te dará Su amor por este hombre, un amor que nada puede impedir, que no puede ser

destruido. Cuando no podemos amar a nuestro modo humano, Corrie, Dios puede darnos la manera perfecta de amar.

Mientras escuchaba los pasos de papá volviendo por las escaleras de caracol, yo no lo sabía, pero él me había dado la clave para superar ese duro momento. No sabía que había puesto en mis manos el secreto que abriría estancias mucho más oscuras que esa en la que yo me encontraba, lugares en los que, a nivel humano, no había nada de amor en absoluto. Por aquel entonces, yo todavía estaba en el jardín de infancia en estas cuestiones del amor.

En ese momento mi tarea sería la de renunciar a mis sentimientos por Karel, sin renunciar a la alegría y la fascinación que habían crecido en mi interior junto con él. Y así, en esa triste hora, tendida sobre la cama, recé la siguiente oración:

«Señor, te entrego lo que siento por Karel y también la ilusión que me había hecho con nuestro futuro. ¡Ya lo sabes! ¡Todo! Te ruego que, a cambio, me enseñes a verlo como tú lo ves. Ayúdame a amarlo de la manera tan intensa como tú lo amas».

Y, en cuanto pronuncié esas palabras, me quedé dormida.

4. La relojería

Yo estaba subida en una silla, limpiando el gran ventanal del comedor y saludando con la mano de vez en cuando a los transeúntes que pasaban por el callejón, mientras en la cocina mamá pelaba patatas para el almuerzo. Era 1918; la terrible guerra había terminado definitivamente. Incluso desde allí arriba, se podía percibir una nueva esperanza en el aire, simple en cómo caminaba la gente.

No debe de ser mamá, pensé, *alguien está dejando correr el agua; mamá nunca desperdicia nada.*

—Corrie –hablaba en voz baja, casi en un susurro.

—¿Sí, mamá?

—Corrie –dijo de nuevo.

Y, acto seguido, escuché cómo se derramaba en el suelo el agua fuera de la pila. Salté de la silla y corrí hasta la cocina. Mamá estaba con la mano apoyada en el grifo, mirándome de una forma muy extraña, mientras el agua del fregadero seguía desbordándose, cayendo directamente sobre sus pies.

—¿Qué te pasa, mamá? –grité y, alcanzando el grifo, separé sus dedos agarrotados haciendo palanca, cerré el agua, y la aparté del charco que se había formado en el suelo.

—Corrie –dijo de nuevo.

—¡Mamá, estás enferma! ¡Tenemos que meterte en la cama!

—Corrie.

Sujetándola por debajo de los hombros, la guié a través del comedor y comenzamos a subir las escaleras. Al oírme llorar, tía Anna bajó corriendo y cogió a mamá del otro brazo. Juntas, la metimos en su cama y luego bajé corriendo a la tienda para avisar a papá y a Betsie.

Durante una hora, los cuatro pudimos observar cómo el efecto del derrame cerebral iba extendiéndose lentamente por todo su cuerpo. La parálisis parecía haber afectado primero a las manos, y

después fue propagándose a lo largo de sus brazos y luego hacia abajo, a las piernas.

El aprendiz fue corriendo a buscar al Dr. van Veen, pero no podía hacer por ella mucho más que lo que ya habíamos hecho nosotros.

La conciencia fue lo último que perdió; sus ojos permanecieron abiertos y alerta, mirándonos con cariño a todos y cada uno de nosotros hasta que, muy lentamente, se cerraron y, entonces, tuvimos la certeza de que se había ido para siempre. Sin embargo, el Dr. van Veen dijo que solo se trataba de un estado de coma muy profundo, del que podría deslizarse hacia la muerte o quizá volver a la vida.

Durante dos meses, mamá permaneció inconsciente en la cama, y los cinco nos turnábamos para permanecer siempre a su lado; Nollie hacía siempre el turno de noche.

Y entonces, una mañana, tan inesperadamente como había sufrido el derrame, abrió los ojos y miró a su alrededor. Al final fue recuperando la movilidad de los brazos y las piernas; lo suficiente como para ser capaz de moverse con algo de ayuda; aunque jamás pudo volver a agarrar con las manos sus agujas de ganchillo o las de tejer. La trasladamos de su pequeño dormitorio, que daba a la pared de ladrillo, a la habitación delantera de tía Jans, desde la que podría observar la ajetreada vida de la calle Barteljorisstraat.

Su mente pronto recuperó la claridad, volviendo a ser tan activa como siempre, pero no pudo recuperar la capacidad de hablar, a excepción de tres palabras. Mamá podía decir «sí», «no» y –tal vez porque era lo último que había pronunciado– «Corrie». Y mamá nos llamaba «Corrie» a todos.

Para poder comunicarnos, ella y yo nos inventamos un juego; algo así como las veinte preguntas.

—Corrie –decía ella.

—¿Qué pasa, mamá? ¡Estás pensando en alguien!

—Sí.

—Alguien de la familia.

—No. –¿Alguien que has visto en la calle?

—Sí.

—¿Era un viejo amigo?

—Sí.

—Un hombre.

—No.

Era una mujer que mamá conocía desde hacía mucho tiempo.

—Mamá, apuesto a que es el cumpleaños de alguien –y yo iba diciendo todos los nombres que se me ocurrían hasta que la oía decir encantada: «¡Sí!».

Entonces, yo escribía una pequeña nota, diciendo que mamá había visto a esa persona y que le deseaba un feliz cumpleaños. Al final, siempre le ponía la pluma en sus dedos entumecidos para que pudiera firmarla. Un garabato angular era lo único que quedaba de su hermosa firma, pero pronto fue reconocido y apreciado por todas partes en Haarlem.

Era realmente asombroso contemplar la calidad de vida que mamá era capaz de llevar dentro de ese cuerpo tullido, y, observándola durante sus tres años de parálisis, hice otro descubrimiento importante sobre el amor.

El amor de mamá siempre había sido del tipo demostrativo. Ella se daba a los demás a través de las ollas de sopa y la costura. Pero, ahora que todo eso le resultaba imposible, el amor parecía estar tan presente como antes. Se sentaba en la silla junto a la ventana y nos amaba a nosotros. Pero su amor iba mucho más allá: amaba a la gente que veía en la calle; su amor se propagaba por toda la ciudad, amaba al país de Holanda y al mundo entero. Y, así, aprendí que el amor es mucho más grande que las paredes que lo encierran.

Cada vez más, la conversación de Nollie en la mesa, durante la cena, giraba en torno a un joven maestro de la escuela donde ella trabajaba: Voltear van Woerden. El Sr. van Woerden solicitó una visita formal con papá, quien había ensayado y pulido su pequeño discurso de bendición como una docena de veces.

La noche antes de la boda, cuando Betsie y yo la levantamos de la cama, mamá de repente se echó a llorar.

Con las «veinte preguntas», descubrimos que no, no era que no estuviera contenta con el matrimonio; sí, a ella le gustaba Flip,

muchísimo. Lo que le sucedía era que la solemne charla madre-hija, prometida a lo largo de los años para esta noche (toda la educación sexual que nuestra sociedad, siempre tan reservada, era capaz de proveer), no iba a ser posible.

Al final, sería tía Anna la que subiría esa noche las escaleras hasta la habitación de Nollie, con los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas.

Años atrás, Nollie se había trasladado de nuestra habitación, en la parte superior de las escaleras, al rincón de tía Jans; y allí estuvieron las dos, Nollie y tía Anna, encerradas durante la media hora prescrita. Probablemente no habría nadie, en toda Holanda, menos informada sobre matrimonio que tía Anna, pero este era el ritual: la mujer de más edad aconseja a la más joven, uno no podía casarse sin pasar por ello, de la misma forma que no se puede prescindir del anillo.

Nollie estaba radiante al día siguiente, ataviada con su largo vestido blanco. Pero yo no podía apartar los ojos de mamá. Vestida de negro, como siempre, sin embargo parecía de repente joven; una niña, cuyos ojos centelleaban a causa de la alegría, por la «Ocasión» más importante que los ten Booms hubiéramos celebrado nunca. Betsie y yo la llevamos a la iglesia temprano y estábamos seguras de que la mayor parte de la familia van Woerden y sus amigos nunca habrían podido imaginarse que la señora amable y sonriente que se sentaba en el primer banco no podía andar sola ni hablar.

Solo cuando Nollie y Flip recorrieron el pasillo juntos, me permití pensar por primera vez en mis propios sueños de que un día fuera yo quien lo recorriera con Karel. Observé a Betsie sentado al otro lado de mamá, tan alta y encantadora. Betsie siempre había sido consciente de que nunca podría tener hijos; y por esa razón había decidido, hacía mucho tiempo ya, que no se casaría nunca. En ese momento, yo tenía veintisiete años, y Betsie estaba en la mitad de la treintena; y ambas sabíamos cuál iba a ser nuestro destino: Betsie y yo seríamos las hijas solteras que vivirían en casa, en la Beje.

Pero no fue una ida triste, sino feliz. Y en ese momento supe con certeza que Dios había aceptado el ofrecimiento que le había hecho de mis emociones y sentimientos hacía ya cuatro años. Pues, al

pensar en Karel, ya no quedaba en mí el menor rastro de dolor.

Bendice a Karel, Señor Jesús –murmuré en voz baja–. *Y bendícela a ella también. Mantenlos al uno cerca del otro y a ambos cerca de Ti.* Y yo sabía a ciencia cierta que esa oración no se le podría haber ocurrido a Corrie ten Boom sin ayuda.

Pero el gran milagro vino después. Para clausurar la ceremonia habíamos elegido el himno favorito de mamá: «Mi señor Jesús es el más justo». Y, cuando el coro lo estaba interpretando, oí detrás de mí la voz de mamá, que estaba cantando también; palabra tras palabra, estrofa tras estrofa. Mamá, que no podía pronunciar cuatro palabras seguidas, estaba cantando la hermosa canción sin titubear. Su voz, que antes había sido tan dulce y clara, sonaba ahora ronca y rasgada; pero para mí era la voz de un ángel. Durante ese tiempo, mientras cantaba, permanecí mirando al frente, sin atreverme a darme la vuelta, por miedo a romper el hechizo. Cuando por fin todos nos sentamos, los ojos de mamá, los de Betsie y los míos estaban llenos de lágrimas. En un primer momento, albergamos la esperanza de que fuera el principio de su recuperación. Pero era incapaz de pronunciar las palabras que había cantado y tampoco pudo volver a cantar de nuevo. Había sido un suceso aislado, un regalo de Dios; su particular y especial regalo de bodas. Cuatro semanas más tarde, mamá se durmió con una sonrisa en los labios y nos dejó para siempre.

Fue a finales de noviembre de ese año cuando un típico resfriado marcó una gran diferencia. Betsie comenzó a toser y a estornudar y papá decidió que no pasaría ni un minuto más detrás del mostrador de la caja donde, cada vez que se abría la puerta de la tienda, se notaba la corriente del gélido aire invernal. Pero se estaba acercando la Navidad, y la tienda estaba más concurrida que nunca.

Así que, con Betsie guardando reposo en la cama, me dediqué a ayudar en la tienda tan a menudo como pude; atendiendo a los clientes, envolviendo los paquetes y evitando que papá tuviera que encaramarse a su alto banco de trabajo una docena de veces cada hora.

Tía Anna insistió en que ella era perfectamente capaz de cocinar

y de cuidar a Betsie. Así que me instalé en el escritorio de Betsie para analizar las ventas y los gastos de las reparaciones, las anotaciones del dinero invertido en piezas y suministros para hojear los últimos registros contables, con creciente incredulidad. Pero ¡si no había ningún sistema para comprobarlo! Resultaba imposible saber si una factura había sido abonada o no, o si el precio que estábamos cobrando era alto o bajo; en realidad no había manera posible de saber si estábamos ganando dinero o perdiéndolo.

Salí corriendo hacia la calle de las librerías, al caer la tarde, para adquirir una nueva colección de libros de contabilidad y comencé a poner orden en medio del caos. Muchas noches, después de que la puerta de la tienda estuviera cerrada y los cierres bajados, me ponía bajo la luz parpadeante de la lámpara de gas, examinando los inventarios y los albaranes de los mayoristas.

O le preguntaba a papá:

—¿Cuánto le cobraste al Sr. Hoek por la reparación del mes pasado?

Papá se me quedaba mirando sin comprender:

—¿Por qué… eh… cariño…? Realmente no puedo…

—Un viejo Vacheron, papá. Tuviste que enviar todas las piezas a Suiza, y aquí está la factura y… –su rostro se iluminaba:

—¡Por supuesto que me acuerdo! Un hermoso reloj, Corrie. Fue una alegría poder trabajar en él. Muy antiguo. Habían dejado que el polvo entrara en su interior. ¡Un buen reloj debe mantenerse siempre limpio, querida!

—Sí. ¿Pero cuánto le cobraste, papá?

Desarrollé un nuevo sistema de facturación y logré que, poco a poco, mis columnas de cifras comenzaran a corresponder a las transacciones reales. Y me iba dando cuenta de que me encantaba hacerlo. Yo siempre me había sentido feliz en esta pequeña tienda, con sus diminutas voces y sus estanterías llenas de pequeñas caras brillantes. Pero ahora había descubierto que, además, me gustaba el lado empresarial; me encantaban los catálogos y los listados de stock, me gustaba el ajetreado mundo del comercio. Y, de repente, me acordaba de que el frío se había asentado en el pecho de Betsie y amenazaba, como siempre ocurría, con convertirse en neumonía.

Entonces me reprochaba a mí misma por no estar nada angustiada por la situación actual. Y por la noche, cuando oía desde abajo el tormento de la tos en su habitación, me ponía a rezar, suplicando con todo mi corazón que se recuperara cuanto antes. Y entonces, una noche, dos días antes de Navidad, cuando había cerrado la tienda para pasar la noche trabajando y estaba cerrando la puerta del pasillo, Betsie llegó tosiendo desde el callejón, con las manos llenas de flores. Al verme, sus ojos adoptaron la típica mirada de un niño pillado en falta.

—¡Son para Navidad, Corrie! –suplicó–. ¡Tenemos que tener flores en Navidad!

—¡Betsie ten Boom! –exploté–. ¿Cuánto tiempo hace que empezaste a toser? ¡No me extraña que no hayas mejorado!

–Me he quedado en la cama la mayor parte del tiempo, de verdad –se detuvo mientras la sacudían violentas toses–. Te aseguro que solo me he levantado para hacer cosas realmente importantes.

La metí en la cama y luego me dediqué a deambular por las habitaciones, abriendo bien los ojos, para comprobar cuáles eran para Betsie las «cosas realmente importantes». ¡Qué poca atención le había prestado últimamente a la casa! Betsie había realizado cambios por todas partes. Me fui a su habitación y me enfrenté a ella con aquellas evidencias.

—Betsie, ¿era muy importante reorganizar la vajilla del armario del rincón?

Ella me miró y su cara se puso roja como un tomate.

—¡Sí, lo era!, –me dijo desafiante–. Tú siempre la dejas en cualquier sitio.

—¿Y la puerta de la habitación de tía Jans? Alguien le ha aplicado un removedor de pintura y también ha utilizado un papel de lija. ¡Y eso es un trabajo duro!

—¡Pero es que hay una hermosa madera debajo! ¡Yo solo quiero que sepas que, durante años, he deseado poder retirar ese viejo barniz para que se viera! ¡Ay Corrie! –dijo; de repente su voz sonaba pequeña y arrepentida–. Sé que es algo horrible y muy egoísta por mi parte, cuando tú has tenido que estar en la tienda día tras día. Te prometo que, a partir de ahora, me cuidaré mejor y así

no tendrás que hacerlo durante mucho más tiempo; pero… ¡Ah! –suspiró–, pero ha sido tan maravilloso estar aquí todo el día, imaginándome que yo era la responsable de todo, ¡ya sabes!, planificando todo lo que me gustaría hacer…

Y así hicimos. Desde entonces nos dividimos el trabajo. Y fue asombroso comprobar lo bien que resultó todo, una vez que hubimos hecho el cambio. La casa había estado limpia bajo mi cuidado; pero bajo el de Betsie brillaba. Contemplaba la belleza de la madera, en la decoración, en los colores, y nos ayudó a que también lo viéramos nosotros. El pequeño presupuesto para comida, que a duras penas lograba sobrevivir a mis visitas al carnicero, desaparecía por completo en cuanto iba a la panadería: estirado bajo el criterio de Betsie, llegaba para comprar toda clase de cosas deliciosas, que nunca antes habían estado en nuestra mesa.

—¡No os podéis imaginar el postre sorpresa que vamos a tomar a mediodía! –nos decía en la mesa del desayuno; y durante toda la mañana, en la tienda, la curiosidad rondaba por la cabeza.

La olla de hervir la sopa y el puchero de hacer café, para los que yo nunca parecía encontrar tiempo, estaban cociendo a fuego lento de nuevo, en la parte posterior de la estufa, desde la primera semana en la que Betsie se hizo cargo de las labores domésticas; y pronto, un goteo de carteros, policías, ancianos abandonados y jóvenes recaderos, muertos de frío, estaban haciendo una pausa en el interior de nuestra puerta del callejón, para poner sus pies junto a la estufa y sus manos alrededor de las tazas calientes, igual que se había hecho siempre cuando mamá estaba a cargo.

Y, mientras tanto, yo estaba encontrando en la tienda una alegría en el trabajo con la que nunca había soñado. Pronto supe que quería hacer algo más que atender clientes y mantener al día las cuentas. Quería aprender el oficio de la reparación de relojes.

Papá asumió con entusiasmo la tarea de enseñarme. Al final, llegué a aprender a distinguir las partes móviles de las que iban fijas; aprendí la química de los aceites y las soluciones, a utilizar las herramientas y las técnicas con la muela y la lupa. Pero la paciencia de papá y su relación, casi mística, con las armonías del reloj era algo que no podían enseñarse.

Los relojes de pulsera se habían puesto de moda y yo me inscribí en una escuela especializada en este tipo de trabajo. Tres años después de la muerte de mamá, me convertí en la primera mujer relojera licenciada en Holanda.

Y así se estableció el patrón de nuestras vidas, que seguiría tal cual durante más de veinte años. Cuando papá había devuelto la Biblia de nuevo a su estante, después del desayuno, él y yo bajábamos por las escaleras a la tienda, mientras Betsie removía la olla de sopa y realizaba su magia con tres patatas y una libra de carne de cordero. Con mi contabilidad, basada en los ingresos y los desembolsos que hacíamos en la tienda, las cosas estaban funcionando mejor y pronto tuvimos la capacidad económica necesaria para contratar a una vendedora que atendiera a los clientes, mientras papá y yo trabajábamos en la trastienda.

Había una procesión constante de gente en este pequeño taller. A veces era un cliente; aunque lo más habitual es que fuera simplemente una visita, tanto un granjero con siete vacas como un armador de barcos; todos venían a contarle sus problemas a papá. Sin el más mínimo atisbo de pudor, a la vista de los clientes de la tienda y de los empleados que trabajaban con nosotros, él inclinaba la cabeza y rezaba para que todos obtuvieran la respuesta necesaria.

También rezaba por el trabajo. No había muchas averías que no hubiera sido capaz de reparar. Pero, de vez en cuando, se presentaba alguna que lo desconcertaba incluso a él; y entonces le escuchaba decir: «Señor, Tú que haces girar las ruedas de las galaxias, Tú que sabes lo que hace que los planetas giren y que sabes lo que hace que este reloj funcione…».

Los detalles concretos de la oración siempre eran diferentes; papá amaba la ciencia y era un ávido lector de una docena de revistas universitarias. Durante años, había encomendado sus relojes parados «a Quien había puesto los átomos a bailar» o «a Quien mantiene circulando las corrientes a través del mar». Las respuestas a estas oraciones parecían llegar a menudo en medio de la noche; muchas mañanas, al subirme a mi taburete con todas ellas encontraba el reloj que habíamos dejado, desmontado en cien piezas sueltas, encajadas y juntas y haciendo tic-tac alegremente.

Había una cosa que nunca aprendí a hacer tan bien como Betsie: preocuparse por cada persona que cruzaba el umbral de la puerta. A menudo, cuando acababa de entrar un cliente, me escabullía por la puerta trasera e iba hasta la cocina, junto a Betsie para preguntarle: «¡Betsie! ¿Quién es la mujer con el reloj Alpina en la solapa, en una cinta de terciopelo azul? Fuerte, aproximadamente unos cincuenta años…».

—Esa es la señora van den Beukel. Su hermano volvió de Indonesia con malaria y ha estado cuidando de él. ¡Corrie! –decía cuando ya estaba bajando las escaleras apresuradamente–, pregúntale cómo está el bebé de la señora Rinker.

Y la señora van den Beukel, al dejar la tienda unos pocos minutos más tarde, le comentaría a su esposo: «¡Esta Corrie ten Boom es igual que su hermana!».

Incluso tras la muerte de tía Anna, a finales de 1920, las camas vacías en la Beje se reducían a cero, debido a la sucesión de hijos adoptivos que, desde hacía más de diez años, cobijaban aquellas viejas paredes, que resonaban con las risas y Betsie se mantenía ocupada abajo, arreglando dobladillos de pantalones.

Y, mientras tanto, Willem y Nollie estaban formando sus propias familias: Willem y Tine tenían cuatro hijos; y Nollie y Flip, seis. Willem hacía tiempo que había dejado de predicar en sus parroquias, donde su costumbre de decir la cruda verdad había dado como resultado una sucesión de congregaciones descontentas, y había inaugurado un hogar de ancianos en Hilversum, a cuarenta y ocho kilómetros de Haarlem.

A la familia de Nollie la veíamos más a menudo, ya que su escuela –de la que Flip era ahora el director– estaba justo al lado de Haarlem. Era raro el día en que alguno de sus seis hijos no viniera a la Beje, a visitar al abuelo en su trabajo o a sus compañeros de taller, a tomar un tazón de tía Betsie o a echar carreras, arriba y abajo por las sinuosas escaleras con los hijos adoptivos.

De hecho, fue en la Beje donde descubrimos por primera vez las dotes musicales del joven Peter. El hecho se produjo gracias a la radio. Él había oído hablar de este moderno artilugio en casa de un

amigo. «Toda una orquesta», no se cansaba de repetir a todos los que, de alguna manera, se mostraban escépticos a creer que fuera posible producir esos sonidos dentro de una caja. Entonces, empezamos a poner unos céntimos para conseguir comprar una radio propia. Pero mucho antes de conseguir la suma necesaria, papá cayó enfermo de hepatitis, y casi le cuesta la vida. Durante su larga estancia en el hospital su barba se volvió blanca como la nieve.

El día en que, por fin, volvió a casa, una semana después de su septuagésimo cumpleaños, una pequeña comitiva nos visitó, en representación de los tenderos, barrenderos, un propietario de la fábrica, un barquero del canal… En definitiva, personas que se habían dado cuenta de lo que papá significaba para ellos, durante su enfermedad. Habían juntado sus recursos y le regalaron una radio. Era un gran modelo de mesa, con un altavoz con forma de concha, que nos trajo muchos años de alegría. Betsie repasaba cada domingo el periódico británico, el francés y el alemán, así como en el nuestro propio, ya que contenían la programación de la radio de las emisoras de toda Europa, y planificaba el programa de conciertos y recitales para toda la semana.

Fue una tarde de domingo en la que Nollie y su familia estaban de visita, cuando Peter, de repente, habló en medio de un concierto de Brahms.

—Es curioso que pongan un mal piano en la radio.

—¡Sshhh! –dijo Nollie.

—¿Qué es lo que quieres decir, Peter? –preguntó papá.

—Una de las notas es incorrecta –todos los demás nos miramos: ¿qué podía saber un niño de ocho años?

Pero papá puso al niño delante del viejo piano vertical de tía Jans.

—¿Qué nota, Peter?

Peter fue pulsando la escala en las teclas justo hasta llegar a «Si». «Esta», dijo. Y, después, todos los que estábamos en el cuarto lo oímos también: el «Si» del piano del concierto sonaba mal. Me pasé el resto de la tarde sentada al lado de Peter, en el banco del piano, haciéndole preguntas simples acerca de música, y descubriendo una memoria musical fenomenal y un tono perfecto.

Peter se convirtió en mi alumno de música hasta que –en aproximadamente unos seis meses– había aprendido todo lo que yo sabía y continuó recibiendo clases de profesores más expertos.

La radio trajo otro cambio a nuestras vidas; uno al que papá se resistió al principio. Cada hora, en la BBC, podíamos oír las señales horarias del Big Ben. Entonces, con su cronómetro en la mano, ajustado al reloj astronómico de la tienda, papá tuvo que admitir que la primera campanada del reloj inglés coincidía una y otra vez con la hora correcta. Papá continuó, sin embargo, desconfiando del tiempo inglés. Conocía a varios ingleses, y estos llegaban invariablemente tarde. Tan pronto como se encontró lo suficientemente fuerte para viajar de nuevo en tren, reanudó sus viajes semanales a Ámsterdam para obtener la hora exacta del Observatorio Naval.

Pero, a medida que pasaban los meses y el Big Ben y el Observatorio continuaban en perfecto acuerdo, papá empezó a viajar con menos frecuencia, hasta que, al final, dejó de ir. El reloj astronómico, al fin y al cabo, acababa tan zarandeado a causa del constante tráfico de automóviles que había fuera en la estrecha calle que ya no era la máquina de precisión que había sido antes. La última ignominia tuvo lugar el día en que papá ajustó el reloj astronómico directamente con el de la radio.

A pesar de estos cambios, nuestra vida –la de papá, Betsie, y la mía– continuó siendo básicamente la misma: nuestros hijos adoptivos crecieron y se marcharon a buscar trabajo o se casaron, pero, a menudo, continuaban viniendo a visitarnos a casa. El centenario llegó y pasó, y, al día siguiente, papá y yo tuvimos que volver a nuestra mesa de trabajo, como siempre.

Incluso era absolutamente previsible a quiénes íbamos a encontrarnos en nuestros paseos diarios. Aunque hubieran transcurrido varios años desde su enfermedad, papá todavía andaba de forma inestable y yo le acompañaba en su paseo diario por las calles de la ciudad. Iniciábamos nuestro paseo siempre en el mismo momento: después de la comida del mediodía y antes de volver a abrir la tienda; y siempre seguíamos la misma ruta. Y, como nuestros vecinos eran tan regulares en sus hábitos como nosotros, sabíamos exactamente a quién nos encontraríamos. Muchos de los

que saludábamos con la cabeza eran viejos amigos o clientes; a otros, solo los conocíamos de vista por nuestros paseos: la mujer que barría la escalera en Koning Straat, el hombre que leía el *World News* mientras esperaba el tranvía en la parada de la plaza Grote Markt… Y nuestro favorito, el hombre al que llamábamos «el Bulldog». Y no solo porque nunca lo habíamos visto sin sus dos grandes bulldogs al extremo de su correa, sino porque tenía la cara arrugada, papada y unas piernas cortas y arqueadas, exactamente igual que una de sus propias mascotas. Su evidente afecto por los animales era lo que más nos había conmovido: al sacarlos a pasear, les hablaba constantemente y se preocupaba por ellos. Papá y el Bulldog siempre inclinaban sus sombreros ceremoniosamente, dirigiéndose el uno al otro cuando nos encontrábamos.

Y, mientras Haarlem y el resto de Holanda paseaban y saludaban y barrían sus escaleras, nuestro vecino del este se estaba preparando para la guerra. Sabíamos lo que estaba ocurriendo, era imposible no saberlo. Muchas veces, por la tarde, girando el dial de la radio, escuchábamos una voz procedente de Alemania. Todo lo que decía esa voz no lo decía hablando; lo gritaba. Y, curiosamente, era la apacible Betsie la que reaccionaba de forma más contundente, precipitándose de su silla y lanzándose a la radio para quitarle el sonido.

Pero todavía, en los interludios, nos olvidábamos del asunto. Incluso cuando Willem nos visitaba y no dejaba que nos olvidáramos, o cuando nos devolvían las cartas que enviábamos a los proveedores judíos de Alemania con la anotación: «dirección desconocida», todavía lográbamos creer que aquello era fundamentalmente un problema alemán.

—¿Cuánto tiempo van a tolerarlo? –nos decíamos–. Los alemanes no van a aguantar a ese hombre durante mucho tiempo.

Pero, en una ocasión, lo que estaba pasando en Alemania alcanzaba a nuestro pequeño negocio de la calle Barteljorisstraat; y fue a causa de la llegada de un joven relojero alemán. Con frecuencia, los alemanes venían a trabajar con papá durante un tiempo, porque su reputación se había extendido incluso más allá de nuestras fronteras. Así que, cuando este alto y guapo joven aprendiz

apareció con referencias de una buena firma de Berlín, papá lo contrató sin dudarlo. Otto nos dijo con orgullo que pertenecía a las juventudes hitlerianas. De hecho, era un misterio para nosotros por qué había venido a Holanda, ya que se pasaba el tiempo poniéndoles faltas a los holandeses y a sus productos. «El mundo va a ser testigo de lo que los alemanes son capaces de hacer», decía a menudo. La primera mañana que trabajó con nosotros, subió arriba para tomar el café y escuchar la lectura de la Biblia con los demás empleados; pero, después de ese día, se quedaba sentado a solas, esperando en la tienda. Cuando le preguntamos por qué lo hacía, nos contestó que, aunque no había entendido las palabras en holandés, había visto que papá estaba leyendo el Antiguo Testamento, que, nos informó, era el «Libro de las mentiras de los Judíos».

Me quedé muy sorprendida, pero papá solamente se entristeció.

—Él ha aprendido mensajes equivocados –me dijo–. Pero cuando nos conozca más, viendo que nos encanta este libro y que somos personas de bien, se dará cuenta de su error.

Pero, varias semanas después, Betsie abrió la puerta del taller que daba al pasillo y nos hizo señas a papá y a mí.

Arriba, en la silla alta de caoba de tía Jans, estaba sentada la señora que regentaba la pensión en la que vivía Otto. Nos dijo que esa mañana, cuando se disponía a cambiar las sábanas de su cama, se había topado con algo debajo de la almohada. Y, entonces, sacó de su bolsa de la compra un cuchillo con una hoja curvada de veinticinco centímetros.

Una vez más, papá intentó encontrar la interpretación más benévola del asunto.

—Probablemente, el muchacho está asustado, al estar solo en un país extraño. Seguramente lo compró para protegerse.

Sin duda era cierto que Otto estaba solo. No hablaba ni una palabra de holandés, ni tampoco había hecho ni el más mínimo esfuerzo por aprenderlo; y, además de papá, Betsie y yo, pocas personas hablaban alemán en esta parte de la ciudad. Volvimos a invitarle para que nos acompañara por las tardes, pero, como no sentía el menor aprecio por los programas de radio que elegíamos, o quizá porque la tarde terminaba siempre tal y como la mañana había

comenzado, rezando y leyendo la Biblia, rara vez aceptaba la invitación.

Al final, papá acabó echando a Otto, que se convirtió así en el primer y único empleado al que se había despedido nunca en más de sesenta años de negocio. Y no fue el cuchillo o su antisemitismo lo que finalmente causaron la decisión, sino la forma en que Otto trataba al viejo reparador de relojes, Christoffels.

Desde el primer momento, me había desconcertado su brusquedad con el anciano. No era nada de lo que hacía, no al menos delante de nosotros. Se trataba más bien de lo que nunca llegaba a hacer. No esperaba para dejar que el hombre de más edad pasara primero, ni lo ayudaba con su capa, ni recogía una herramienta que se le hubiera caído. Era algo difícil de precisar.

Un domingo, cuando papá, Betsie y yo estábamos cenando en Hilversum, les comenté que había llegado a la conclusión de que Otto, probablemente, no se daba cuenta de esos detalles.

Willem negó con la cabeza.

—Es más que deliberado –dijo–. Se comporta de ese modo porque Christoffels es viejo. La edad no tiene valor para el Estado. Los ancianos también son más difíciles de entrenar en las nuevas formas de pensar. Alemania está enseñando sistemáticamente la falta de respeto a la vejez.

Nos quedamos mirándolo, tratando de comprender ese concepto.

—¡Seguramente estás equivocado, Willem! –dijo papá–. Otto es muy cortés conmigo. Diría que incluso exageradamente. Y yo soy unos cuantos años más viejo que Christoffels.

—En tu caso es diferente. Tú eres el jefe. Esta es otra parte del sistema: el respeto a la autoridad. Son el viejo y el débil quienes deben ser eliminados.

Nos subimos al tren de camino a casa en un silencio aturdido; y comenzamos a vigilar a Otto más estrechamente. Pero ¿cómo podíamos saberlo?, ¿cómo podríamos haber adivinado, en la Holanda de 1939, que no era en la tienda donde podíamos vigilarle, sino en los rincones y callejones donde Otto sometía a Christoffels a un verdadero y particular acoso? Colisiones «casuales» y ligeros empujones, una zancadilla o un pisotón en un dedo del pie estaban

convirtiendo los viajes al trabajo del viejo relojero en una pesadilla. Aquel hombre tan gastado era demasiado orgulloso para contarnos lo que estaba sucediendo a cualquiera de nosotros.

No fue hasta una gélida mañana de febrero en la que me encontré a Christoffels en el comedor, con una mejilla sangrando y el abrigo rasgado, cuando la verdad salió a la luz. Pero, incluso entonces, Christoffels no dijo nada. Cuando bajé corriendo a la calle para recoger su sombrero, me encontré con Otto, rodeado por un grupo indignado de personas que habían visto lo que había ocurrido. Al doblar la esquina del callejón, el joven había empujado deliberadamente al anciano contra el muro del lateral del edificio, inmovilizando su rostro contra el áspero ladrillo.

Papá trató de razonar con Otto cuando le invitó a marcharse, tratando de hacerle darse cuenta de que su comportamiento era incorrecto. Otto ni siquiera le contestó. En silencio, recogió las pocas herramientas que había traído consigo y, en silencio, abandonó la tienda. Solo cuando llegó a la puerta, se volvió hacia nosotros, y nos dedicó la mirada cargada del desprecio más absoluto que yo jamás había visto.

5. Invasión

Las delgadas manillas del reloj de pared de la escalera señalaban las 9.25 cuando nos fuimos al comedor esa noche, algo que, de por sí, era inusual en nuestras ordenadas vidas. Papá tenía ochenta años en ese entonces y, puntualmente, a las 8.45 de cada noche, una hora antes de lo que lo hacía antiguamente, abría la Biblia, hacía la señal para iniciar las oraciones, leía un capítulo, le pedía a Dios que derramara su bendición sobre nosotros esa noche y a las 9.15 subía las escaleras para ir a su dormitorio. Esta noche, sin embargo, el primer ministro se dirigía a la nación a las 9.30.

Una pregunta, angustiosa como un largo aliento contenido, se extendía a través de toda Holanda: ¿Habrá guerra?

Trazamos un círculo para subir el tramo de escaleras hasta las habitaciones de tía Jans y papá se fue a calentar la mesa donde escuchábamos la radio. Por aquel entonces, ya no pasábamos tan a menudo las noches aquí, escuchando música. Inglaterra, Francia y Alemania estaban en guerra; sus emisoras emitían, en su mayoría, informes o mensajes cifrados y muchas frecuencias se habían bloqueado. Incluso la mayoría de las emisoras holandesas transmitían noticias acerca de la guerra, que podíamos escuchar también en la pequeña radio portátil que teníamos ahora en el comedor; un regalo que nos había hecho Pickwick la Navidad pasada.

Esta, sin embargo, iba a ser una emisión importante; tanto, que todos pensamos que merecía que la escucháramos en el gran aparato antiguo, con su altavoz tan lleno de adornos. Nos sentamos, tensos y en posición vertical, en las sillas de madera de respaldo alto, evitando, como si de una especie de premonición se tratase, el respaldo acolchado, los cojines y los cómodos sillones, esperando a que llegaran las 09.30.

A la hora prevista, la voz del primer ministro, sonora y tranquilizadora, se dirigió a la nación. No habría guerra. Él tenía la

certeza, procedente de fuentes de las altas esferas de ambos bandos. La neutralidad de Holanda se respetaría. Habría una Gran Guerra de nuevo, pero no había nada que temer. Él invitaba a los holandeses a permanecer tranquilos y…

La voz se cortó en seco, pues papá había lanzado el aparato al suelo. En sus ojos azules había un fuego que no habíamos visto nunca antes.

—No es correcto dar esperanza a la gente cuando no hay esperanza posible –dijo–. Es incorrecto basar nuestra fe en meros deseos. Habrá guerra. Los alemanes atacarán y nosotros caeremos.

Aplastó la colilla de su cigarro en el cenicero que estaba al lado de la radio y con ella, al parecer, aplastó también su ira, porque su voz se volvió más suave de nuevo.

—¡Oh, queridas, lo siento por todos los holandeses que no conocen el poder de Dios! Porque nosotros seremos derrotados. Pero Él, no.

Acto seguido nos besó y nos dio las buenas noches y, al momento, oímos los pasos del anciano subiendo las escaleras para irse a la cama. Betsie y yo nos quedamos sentadas, clavadas en nuestras sillas. Papa era un experto en encontrar el lado positivo de todas las situaciones y le costaba mucho creer en el mal. Si él preveía la guerra y la derrota, entonces no cabía otra posibilidad en absoluto.

Me senté de golpe en la cama. ¿Qué había sido eso? ¡Ya está! ¡Ahí está *otra vez*! Un destello brillante, seguido, unos segundos más tarde, por una explosión que sacudía mi cama. Peleándome con las contraventanas, conseguí abrirlas y me incliné sobre el alféizar para mirar. El trozo de cielo que podía vislumbrarse por encima de las chimeneas brillaba, era de un color rojo anaranjado. Busqué mi albornoz en la oscuridad y metí los brazos en las mangas, mientras bajaba por las escaleras. Al llegar junto a la habitación de papá, apoyé la oreja contra la puerta. Entre el fragor de las explosiones de las bombas, oí el ritmo regular de su respiración.

Me lancé hacia abajo, unos escalones más, y entré en las habitaciones de tía Jans. Betsie se había trasladado desde hacía

mucho tiempo al pequeño cubículo que tía Jans utilizaba para dormir, porque así estaba más cerca de la cocina y del timbre de la puerta. Estaba sentada en la cama. La busqué a tientas en la oscuridad y nos lanzamos la una hacia la otra, abrazándonos.

Entonces, las dos dijimos al unísono en voz alta: «La Guerra». Solo habían pasado cinco horas del discurso del Primer Ministro. ¿Cuánto tiempo permanecimos juntas, escuchando? Realmente no lo sé. El bombardeo parecía proceder del aeropuerto. Al fin, de puntillas y con pasos inciertos, salimos a la habitación exterior de tía Jans. El cielo brillaba, iluminando intensamente la habitación con un brillo extraño. Las sillas, la estantería de caoba, el viejo piano vertical; todo temblaba bajo una misteriosa luz.

Betsie y yo nos arrodillamos junto a la banqueta del piano durante lo que me parecieron horas, y rezamos por nuestro país, por los muertos y los que resultaran heridos esa noche, por la Reina… Y luego, increíblemente, Betsie comenzó a rezar por los alemanes que estaban en los aviones, atrapados bajo el puño del mal gigantesco que se había desatado en Alemania. Miré a mi hermana arrodillada a mi lado, a la luz de una Holanda que estaba ardiendo.

—Oh, Señor –le susurré–, escucha a Betsie, no me escuches a mí; porque yo soy absolutamente incapaz de rezar por esos hombres.

Y precisamente entonces tuve un sueño. No podría tratarse de un verdadero sueño porque no estaba dormida, pero la escena se encontraba de repente y sin razón aparente en mi cabeza: Yo estaba viendo la plaza Grote Markt, a media manzana de distancia, tan claramente como si estuviera allí mismo de pie; veía el ayuntamiento de la ciudad y la iglesia de San Bavón y el mercado del pescado. Entonces, mientras miraba, vi una especie de extraño y viejo carromato de granja, que estaba completamente fuera de lugar en medio de una ciudad. Poco a poco, se arrastró pesadamente por la plaza, tirado por cuatro enormes caballos negros. Para mi sorpresa, me di cuenta de que yo misma estaba sentada en el carromato. ¡Y papá también! ¡Y Betsie! Había muchos otros; algunos desconocidos, algunos amigos. Reconocí a Pickwick y Toos, a Willem y al joven Peter. Nos estaban recogiendo a todos lentamente a lo largo de la plaza. Nosotros no podíamos bajarnos del carro; eso

era lo más terrible. Nos iban a llevar lejos, muy lejos, yo lo sabía, pero nosotros no queríamos ir…

—¡Betsie! –grité, poniéndome de pie de un salto, y apretando los puños sobre los ojos–. ¡Betsie, he tenido un sueño horrible!

Sentí su brazo alrededor del hombro.

—Bueno, bajemos a la cocina, allí no se ven las luces, y vamos a hacer una taza de café.

El fragor de las bombas era menos frecuente y parecía más lejano cuando Betsie puso el agua al fuego. Mucho más próximas se oían las alarmas contra incendios y las sirenas de los camiones de bomberos. Mientras nos tomábamos el café de pie en la cocina, le conté a Betsie lo que había visto.

—¿Acaso me estoy imaginando cosas porque estoy asustada? ¡Pero no lo parecía! Era muy real. ¡Oh Betsie!, ¿será algún tipo de visión?

El dedo de Betsie trazó un dibujo en el fregadero de madera, desgastado por el uso de diez generaciones.

—No lo sé –dijo ella en voz baja–. Pero, si Dios nos ha mostrado que se avecinan malos tiempos, para mí es suficiente con que Él sepa lo que va a ocurrir. Por eso a veces nos muestra las cosas, ya sabes, para decirnos que esto también está en sus manos.

Durante cinco días, Holanda se mantuvo firme contra el invasor. Mantuvimos la tienda abierta, no porque alguien estuviera interesado en comprar relojes, sino porque la gente quería ver a papá. Algunos le pedían que rezara por sus maridos y sus hijos, destacados en las fronteras del país. Otros, me daba la impresión, venían solo para verlo sentado allí, detrás de su mesa de trabajo, tal y como lo había hecho durante sesenta años, y también para poder escuchar a los relojes marcando, con su tic-tac, un mundo de orden y razón. No volví a sentarme más en mi mesa de trabajo, sino que me uní a Betsie para hacer café y llevarlo abajo. También pusimos abajo la radio portátil, y seleccionamos la emisora. La radio se había convertido en los ojos y los oídos de Haarlem y la que nos daba el pulso de la situación; después de aquella primera noche, a pesar de que a menudo escuchábamos los aviones pasando por encima de

nosotros, los bombardeos nunca llegaron a estar tan cerca de nuevo.

La primera mañana, tras el bombardeo, en la radio dieron instrucciones para sellar los ventanales de las plantas bajas. Arriba y abajo en la calle Barteljorisstraat, los propietarios estaban fuera, en la aceras; había un inusitado sentimiento de vecindad. Todos pensaban y se aconsejaban mutuamente sobre cómo utilizar los rollos de cinta adhesiva, y las historias de terror de la noche pasada se propagaban de puerta en puerta. Un propietario de una tienda, un antisemita declarado, estaba ayudando a Weil –el peletero judío– a poner las juntas de un panel de cristal que se había aflojado. El dueño de la óptica que estaba al lado de la relojería, un hombre silencioso y retraído, vino y nos ayudó a pegar con cinta adhesiva la parte superior de nuestro escaparate donde Betsie y yo no alcanzábamos.

Unas noches más tarde, la radio nos dio la noticia que más nos temíamos: la Reina se había marchado. Yo no había llorado la noche de la invasión pero lloré entonces, ya que nuestro país estaba perdido. Por la mañana, la radio anunció que los tanques estaban avanzando sobre la frontera. Y, de repente, todos en Haarlem habían salido a las calles. Incluso Papá, cuyo paseo diario era tan previsible como los propios carillones del reloj, rompió su rutina para salir a la inusitada hora de las 10.00 de la mañana. Era como si quisiéramos afrontar lo que se nos avecinaba todos juntos; toda la ciudad se unió, como si cada uno pudiera obtener la fuerza necesaria de los demás holandeses.

Y, así, los tres nos fuimos caminando, empujados por la multitud, por el puente sobre el Spaarne, todo el camino hasta el gran cerezo silvestre, cuyas flores cada primavera formaban tal gloria de color blanco que se le llamaba «la novia de Haarlem». Unos pocos pétalos descoloridos seguían aferrándose aún a las ramas, pero la mayoría de las flores de la novia se habían caído, formando una alfombra marchita bajo nuestros pies. Una ventana de la calle se abrió de golpe.

—¡Nos hemos rendido!

La procesión se detuvo en seco. Y cada uno le dijo a su vecino lo que ya todos habíamos oído. Un muchacho de unos quince años se

volvió hacia nosotros con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Yo habría luchado hasta el final; ¡yo jamás me habría rendido!

Papá se agachó para recoger un pequeño pétalo magullado del pavimento de ladrillo; y tiernamente se lo colocó en el ojal.

—Eso es bueno, hijo mío –le dijo al joven–. Porque la batalla apenas acaba de empezar para Holanda.

Pero, durante los primeros meses de la ocupación, la vida no fue tan insoportable. A lo que más costaba acostumbrarse era a ver el uniforme alemán por todas partes, a los camiones alemanes y los tanques en la calle, la lengua alemana en las tiendas. Con frecuencia los soldados visitaban nuestra tienda; cobraban buenos salarios y los relojes eran una de las primeras cosas que se compraban. Se dirigían a nosotros con un tono de superioridad, como si estuvieran en presencia de niños poco inteligentes. Pero entre ellos, cuando les escuchaba hablar de sus cosas, mostraban tal entusiasmo por lo que habían comprado que parecían solo unos turistas jóvenes de vacaciones. La mayoría elegían los relojes para regalárselos a sus madres y novias al volver a casa.

De hecho, la tienda nunca había hecho tanto dinero como durante el primer año de la guerra. Sin posibilidad de recibir nuevas mercancías, la gente compraba todo lo que teníamos en stock, incluso las *winkeldochters*, mercancías que llevaban expuestas desde hacía tanto tiempo que ya parecían parte del mobiliario. Incluso vendimos el reloj de la chimenea de mármol verde, con los dos cupidos gemelos de bronce.

El toque de queda tampoco nos supuso ningún problema al principio, ya que, durante los primeros días, se estableció a las 22.00; mucho después de que nosotros ya estuviéramos en casa, en cualquier caso. A lo que realmente nos oponíamos era a los carnets de identidad que se emitieron para cada ciudadano. Cada vez que nos las pidieran, teníamos que enseñar a demanda esas pequeñas cartulinas con nuestra fotografía y nuestras huellas dactilares. Cualquier soldado o cualquier policía –y los policías de Haarlem estaban ahora bajo el mando directo del Comandante alemán– podían parar a un ciudadano cuando quisieran y pedirle documentación; así que había que llevarla en una bolsa atada al

cuello. También emitieron cartillas de racionamiento, pero, al menos durante el primer año, la comida y la mercancía que podía obtenerse con los cupones estaban realmente disponibles en las tiendas. Cada semana, los periódicos anunciaban por qué podían cambiarse los cupones en vigor.

Había otra cosa a la que era difícil acostumbrarse: el que los periódicos ya no publicaran noticias. Podíamos leer largos informes de los éxitos del ejército alemán en sus varios frentes. Elogios de los líderes alemanes, denuncias a los traidores y saboteadores y llamamientos constantes a la unidad de los «pueblos nórdicos». Pero ya no había noticia alguna en la que pudiéramos confiar. Por eso, dependíamos nuevamente de la radio.

Al principio de la ocupación, los vecinos de Haarlem recibieron la orden de entregar todos sus aparatos de radio. Al darnos cuenta de que resultaría muy extraño que en nuestra casa no hubiera ni siquiera uno, decidimos entregar la radio portátil y ocultar el aparato grande, que era más potente, en uno de los muchos huecos que quedaban por debajo de la vieja y retorcida escalera.

Ambas sugerencias fueron de Peter. Tenía dieciséis años en el momento de la invasión y compartía con otros adolescentes holandeses una inquieta energía de ira e impotencia. Peter instaló la radio de mesa debajo de una curva de las escaleras, justo por encima de la habitación de papá y, con gran destreza, volvió a colocar en su sitio las viejas tablas, mientras yo llevaba la radio pequeña a los grandes almacenes Vroom en Dreesman, donde se estaban recogiendo los aparatos.

El oficial del ejército alemán me miró por encima del mostrador.

—¿Es esta la única radio que posee?

—Sí.

Consultó una lista que tenía ante él.

—Ten Boom, Casper, ten Boom, Elizabeth, también viven en la misma dirección. ¿Ninguno de ellos posee una radio?

Yo había sabido, desde mi más tierna infancia, que la tierra se abriría y los cielos escupirían fuego sobre los mentirosos, pero me encontré con su mirada penetrante…

—No.

En cuanto salí del edificio empezaron a temblarme las piernas. No porque, por primera vez en mi vida, había dicho una mentira consciente. Sino porque había sido terriblemente fácil. Pero habíamos salvado nuestra radio. Cada noche, Betsie o yo quitábamos la madera de los escalones y nos inclinábamos sobre la radio, con el volumen apenas audible para poder oír las noticias de Inglaterra, mientras la otra golpeaba las teclas del piano en el cuarto de tía Jans, con tanta fuerza como le era posible. Y, al principio, las noticias que emitía la radio y las noticias de nuestra prensa cautiva eran más o menos las mismas: La ofensiva alemana, de la que siempre salían victoriosos. Mes tras mes, las emisiones libres solo nos instaban a esperar, a tener el valor necesario y a creer en la contraofensiva que, seguramente, se montaría algún día.

Los alemanes habían reparado los daños causados por las bombas en el aeropuerto y en la actualidad lo estaban utilizando como base para los ataques aéreos contra Inglaterra. Noche tras noche, cuando nos tumbábamos en la cama, escuchábamos el rugir de los motores hacia el oeste. En alguna ocasión, los aviones ingleses aliados contraatacaban interceptando a los pilotos alemanes directamente sobre Haarlem.

Una noche se produjeron varias escaramuzas que duraron más de una hora, iluminando mi porción de cielo con el fuego de las bombas y de los incendios. Al fin oí a Betsie atareada en la cocina y corrí a reunirme con ella.

Estaba haciendo té. Lo llevó al comedor, cuyas ventanas habíamos cubierto con grueso papel negro, y sacó las mejores tazas. En algún lugar de la noche se produjo una explosión que hizo temblar los platos de la alacena. Durante una hora, estuvimos bebiendo té y hablando, hasta que se apagó el sonido de los aviones y el cielo quedó por fin en silencio. Le di las buenas noches a Betsie en la puerta, salí de las habitaciones de tía Jans y, a tientas, seguí mi camino a oscuras, subiendo las escaleras hasta mi dormitorio. La luz producida por el fuego ya no estaba en el cielo. Sentí que había algo sobre mi cama: y no era la almohada. Entonces, en la oscuridad, cerré la mano sobre algo duro. ¡Y también afilado! Sentí un hilillo de sangre goteando por el dedo. Era una pieza dentada de metal, de

unas diez pulgadas de largo.

—¡Betsie!

Corrí escaleras abajo con el fragmento de metralla en la mano. Volvimos al comedor y lo miramos detenidamente bajo la luz, mientras Betsie me vendaba la mano.

—En la almohada –repetía.

—Betsie, si no te hubiera escuchado en la cocina… –pero Betsie me puso un dedo en la boca.

—¡No lo digas, Corrie! No existen los «si hubieras» en el reino de Dios. Y no hay lugares más seguros que otros. Los designios de Su voluntad son nuestra única seguridad. ¡Oh! Corrie, ¡recemos para que siempre seamos conscientes de ello!

El verdadero horror de la ocupación fue apoderándose de nosotros muy lentamente. Durante el primer año del gobierno alemán, hubo solo algunos ataques menores a los judíos holandeses. Una piedra que atravesaba el escaparate de una tienda cuyo propietario era judío; un insulto garabateado en el muro de una sinagoga. Era como si estuvieran tratando de poner a prueba el temple del país. *¿Cuántos holandeses se unirían a ellos?* Y la respuesta, para nuestra vergüenza, era que muchos. El NSB, el Enlace Nacional Socialista, la organización colaboracionista de Holanda, se hizo más grande y más fuerte con cada mes de ocupación. Algunos se unieron al NSB simplemente por los beneficios que obtenían a cambio: más alimentos, más cupones de ropa, los mejores puestos de trabajo y vivienda. Pero otros se convirtieron en miembros del NSB por pura convicción. El nazismo era una enfermedad a la que los holandeses también estaban expuestos, y los que tenían un sesgo antisemita fueron los primeros en caer enfermos.

Durante nuestros paseos diarios, papá y yo pudimos comprobar cómo los síntomas iban extendiéndose. Un cartel en un escaparate: «NO SE ATIENDE A LOS JUDÍOS», o a la entrada de un parque público: «JUDÍOS NO». En la puerta de la biblioteca, delante de los restaurantes, de los teatros, incluso en la sala de conciertos (desde cuyo callejón habíamos oído mejor los conciertos que en los propios

asientos).

Un día, una sinagoga comenzó a arder y acudieron varios camiones de bomberos, pero solo para evitar que las llamas se propagasen a los edificios que había a ambos lados.

Un mediodía, mientras papá y yo hacíamos nuestra ruta habitual, nos dimos cuenta de que las calles brillaban con las estrellas amarillas cosidas en los abrigos y las solapas de las chaquetas. Hombres, mujeres y niños llevaban la estrella de seis puntas con la palabra «Judío» en el centro. Nos sorprendió comprobar, mientras caminábamos, que muchas de las personas con las que nos encontrábamos a diario eran judíos. El hombre que leía las noticias del periódico en la parada de la Grote Markt llevaba una estrella en su bien planchado traje de negocios. También la llevaba el Bulldog; su rostro mofletudo estaba surcado por arrugas más profundas que nunca, su voz sonaba tensa y aguda al llamar a sus perros.

Lo peor eran las desapariciones. Un reloj, reparado y listo, permanecía colgando de su gancho en la trastienda, mes tras mes. Una casa en el bloque de Nollie, misteriosamente desierta, y la hierba creciendo sin control en el jardín de rosas.

Un día, la tienda del Sr. Elan, que estaba en nuestra calle, no abrió. Papá llamó a la puerta, ya que era más de mediodía, a ver si había alguien dentro, pero no hubo respuesta. La tienda permaneció clausurada, las ventanas oscuras y silenciosas durante varias semanas. Entonces, aunque la tienda siguió cerrada, una familia del NSB se trasladó al apartamento de arriba.

Nunca supimos si estas personas habían sido detenidas por la Gestapo o si habían desaparecido en la clandestinidad, antes de que pudiera llegar a sucederles algo. Sin duda alguna, creció el número de arrestos, sin la más mínima intención de ocultarlo. Un día, cuando papá y yo volvíamos de nuestro paseo, nos encontramos la Plaza Grote Markt acordonada por un doble anillo de policías y soldados. Un camión estaba estacionado en la parte delantera del mercado de pescado; y un grupo de hombres, mujeres y niños, todos vestidos con la estrella amarilla, iban subiendo a la parte de atrás. Y no sabíamos por qué motivo les habían elegido a ellos y precisamente en este lugar en particular y en ese momento concreto.

—¡Papá! ¡Esa pobre gente! –lloré. El cerco policial se abrió, dejando paso al vagón. Lo seguimos con la mirada hasta que dobló la esquina.

—Esa pobre gente –resonó la voz de papá. Pero, para mi sorpresa, vi que él estaba mirando a los soldados, ahora formando en filas para iniciar la marcha–. Me compadezco de los pobres alemanes, Corrie. Me temo que ellos han despertado la ira de Dios.

A menudo hablábamos, papá, Betsie y yo, sobre lo que podríamos hacer si se presentara la ocasión de poder ayudar a alguno de nuestros amigos judíos. Sabíamos que Willem había encontrado algunos escondites, a principios de la ocupación, para los judíos alemanes que habían estado viviendo en su casa. Últimamente había trasladado también a algunos judíos holandeses más jóvenes al centro de ancianos.

—Mis viejos, no –diría él–. Seguramente no tocarán a mis viejos.

Willem tenía direcciones. Conocía granjas en las zonas rurales donde había pocas tropas… Sin duda era a Willem a quien debíamos preguntar.

Era una mañana lluviosa de noviembre de 1941, un año y medio después del comienzo de la invasión. Cuando salí afuera para subir el cierre de la tienda, vi a un grupo de cuatro soldados alemanes que bajaban por la calle Barteljorisstraat. Llevaban los cascos de combate bien calados, y los rifles sujetos al hombro. Me escondí, retrocediendo, detrás de la puerta, y me puse a observar. Estaban comprobando los números de las tiendas mientras caminaban. El grupo se detuvo justo delante de la peletería de Weil, que se encontraba justo a nuestro lado. Uno de los soldados tomó el arma y golpeó con la culata en la puerta. Estaba preparándose para dar otro golpe, cuando la puerta se abrió y los cuatro entraron en tromba.

Crucé la tienda precipitadamente y llegué hasta el comedor, donde Betsie estaba preparando la mesa para tres comensales.

—¡Betsie! ¡Date prisa! Algo terrible está sucediendo en la tienda de Weil.

Llegamos a la puerta de entrada en el momento justo para ver al

señor Weil saliendo de espaldas de su tienda, con el cañón de una pistola presionándole el estómago. Cuando le hubo empujado durante un corto tramo por la acera, el soldado volvió a entrar en la tienda y cerró la puerta. *Entonces no se trataba de un arresto.*

En el interior, podía oírse ruido de cristales rotos. Los soldados comenzaron a sacar montones de pieles. Una multitud fue congregándose, a pesar de la hora tan temprana de la mañana. El Sr. Weil no se había movido de donde lo había dejado el soldado en la acera.

Por encima de su cabeza se abrió una ventana y comenzaron a arrojar desde ahí un montón de ropa, cayendo sobre él pijamas, camisas, ropa interior… Muy despacio, mecánicamente, el viejo peletero se inclinó y comenzó a recoger su ropa. Betsie y yo corrimos hacia la calle para ayudarle.

—¡Su esposa! –susurró Betsie con urgencia–. ¿Dónde está la Sra. Weil? –el hombre se limitó a mirarla fijamente, sin parpadear.

—¡Debe venir con nosotras! –le dije cogiendo rápidamente calcetines y pañuelos de la acera–. ¡Rápido, venga adentro! –y empujamos al desconcertado anciano al interior de la Beje. Papá estaba en el comedor cuando entramos y saludó al Sr. Weil sin el más leve signo de sorpresa. Al parecer, su naturalidad consiguió que el peletero se relajara un poco. Su esposa, dijo, estaba visitando a una hermana en Ámsterdam.

—¡Tenemos que encontrar un teléfono y advertirle de que no se le ocurra volver a casa! –dijo Betsie.

Como a la mayoría de los teléfonos privados, habían desconectado el nuestro muy pronto, al inicio de la ocupación. Había teléfonos públicos en varios lugares de la ciudad, pero, por supuesto, las llamadas eran filtradas por los alemanes, por lo que no era seguro conectar la familia en Ámsterdam para contarles lo que estaba ocurriendo aquí. Por otro lado, si la señora Weil no podía venir a casa, ¿dónde iría? ¿Dónde iban a vivir los Weils? Ciertamente no con su hermana, pues allí podrían rastrear su rastro fácilmente y encontrarlos… Papá, Betsie y yo intercambiamos unas miradas. Y, casi al unísono, dijimos: «Willem».

Una vez más, no era el tipo de asunto para hablarlo a través del

sistema público de teléfonos. Alguien tenía que ir y hablar con él personalmente, y yo era la opción más evidente. Los trenes holandeses estaban sucios y abarrotados bajo la ocupación; el viaje, que debería haber durado menos de una hora, tardó casi tres.

Willem no estaba allí cuando finalmente llegué al gran Hogar de Ancianos, poco después del mediodía, pero Tine y su hijo de veintidós años de edad, Kik, sí estaban. Les conté lo que había ocurrido en la Barteljorisstraat y les di la dirección de Ámsterdam.

—Dile al Sr. Weil que esté listo tan pronto como haya oscurecido –dijo Kik.

Pero eran casi las 21.00 –la nueva hora del toque de queda – cuando Kik llamó a la puerta del callejón. Hicimos un fardo con la ropa del Sr. Weil y lo pusimos bajo el brazo. Kik condujo al hombre hacia la oscuridad.

Habían pasado más de dos semanas cuando volví a ver a Kik de nuevo, y pude preguntarle qué era lo que había pasado. Se rió de mí, con esa sonrisa amplia y sincera que yo había adorado desde que era un niño.

—Si vas a trabajar con el movimiento clandestino, tía Corrie, debes aprender a no hacer nunca preguntas.

Eso fue todo que llegamos a saber de los Weils. Pero las palabras de Kik resonaron una y otra vez en mi cabeza: El movimiento clandestino… *«Si vas a trabajar con el movimiento clandestino»*. ¿Era Kik el que trabajaba con este grupo secreto e ilegal? ¿*O era Willem?*

Naturalmente, sabíamos que había un movimiento clandestino en Holanda. Y sospechábamos que la mayoría de los sabotajes no se sabían en la prensa censurada, pero abundaban los rumores. Habían volado una fábrica. Un tranvía que transportaba presos políticos había sido detenido y siete o diecisiete, o setenta de ellos se habían fugado. Los rumores tendían a ser más espectaculares cada vez que alguien los repetía. Pero siempre hablaban de cosas que yo creía que estaban mal a los ojos de Dios. Robar, mentir, asesinatos… ¿Era esto lo que Dios realmente quería en estos tiempos? ¿Cómo debía actuar un cristiano cuando el mal estaba en el poder?

Había pasado alrededor de un mes desde el ataque a la peletería, cuando papá y yo, en nuestro paseo habitual, vimos algo tan inusual que ambos nos quedamos paralizados justo a la mitad de una zancada: caminando hacia nosotros, por la acera, como tantas otras veces había hecho antes, venía el Bulldog con su característico vaivén al caminar, a causa de sus piernas cortas. La estrella amarilla ya había dejado de ser algo extraordinario, y entonces me di cuenta de lo que estaba mal. ¡Eran los perros! ¡Sus perros no venían con él!

Pasó a nuestro lado sin dar la sensación de habernos visto. Tras cruzar una mirada de complicidad con papá, nos dimos media vuelta y comenzamos a caminar tras él. Giramos varias esquinas mientras yo cada vez me sentía más avergonzada porque, en realidad, no había nada que justificara ese comportamiento. Aunque papá y él se hubieran saludado el uno al otro con sus sombreros durante años, nunca habíamos intercambiado ni una sola palabra y ni siquiera sabía cuál era su nombre. Por fin, se paró delante de una pequeña tienda de artículos de segunda mano, sacó un manojo de llaves y entró. Miramos desde el escaparate hacia el interior desordenado. Solo un vistazo nos sirvió para darnos cuenta de que esto era algo más que la simple mezcolanza habitual de baratijas y sillas desvencijadas. Alguien que amaba las cosas hermosas, había elegido este lugar para dejarlo todo.

—¡Tenemos que traer aquí a Betsie! –dije.

La campanilla de la puerta sonó cuando entramos. Nos quedamos sorprendidos de ver al Bulldog sin sombrero en el interior del local, mientras abría la caja registradora en la parte trasera de la tienda.

—Permítame que me presente, caballero –comenzó papá–. Yo soy Casper ten Boom y esta es mi hija, Cornelia.

El Bulldog y papá se estrecharon la mano y ¡otra vez! me fijé en los pliegues profundos a lo largo de sus mejillas.

—Harry de Vries –dijo él.

—Señor de Vries, ¡nosotros hemos admirado tantas veces su… eh… afecto por sus bulldogs! Esperamos que estén bien.

El hombrecillo rechoncho nos miró de hito en hito. Poco a poco, sus ojos de pesados párpados se llenaron de lágrimas.

—¿Están bien? –repitió–. Yo confío en que estén bien. Espero que estén bien.

—Están muertos.

—¡Muertos! –dijimos a la vez.

—Yo mismo les puse las medicinas en sus cuencos con mis propias manos y les acaricié hasta que se durmieron. ¡Mis bebés! ¡Mis queridos pequeños! ¡Tendrían que haberlos visto comer!… ¿Saben ustedes? Tuve que esperar mucho tiempo hasta reunir los suficientes cupones para conseguir carne. Antes solían comer carne muy a menudo.

Nos miramos fijamente sin decir nada.

—Eso… –me aventuré a decir– ¿lo que hizo usted fue a causa del racionamiento?

Con un gesto de las manos el hombrecillo nos invitó a pasar a una pequeña habitación en la parte trasera y nos ofreció dos sillas.

—Señorita ten Boom, yo soy judío. ¿Quién sabe cuánto tiempo tardarán en venir para llevarme? Y a mi esposa también, a pesar de que es gentil, ella está en peligro a causa de su matrimonio.

El Bulldog levantó la barbilla tan arriba que la papada se le puso tensa.

—Pero eso no es lo que cuenta. Cato y yo somos cristianos. Cuando nos muramos, vamos a ver a Jesús, y esto es lo único que importa. «Pero», le dije a Cato, «¿qué pasará con los perros? Si nos llevan lejos, ¿quién se va a encargar de darles de comer? ¿Quién se acordará de darles su agua y de sacarlos a pasear? Se quedarán esperándonos y nosotros no llegaremos, y ellos no lo podrán entender». ¡No! Así me quedo en paz.

—¡Querido amigo! –papá sujetó la mano del Bulldog entre las suyas–. Ahora que estos queridos compañeros ya no pasean con usted, ¿nos haría a mi hija y a mí el gran honor de acompañarnos en nuestros paseos?

Pero el Bulldog no lo aceptó.

—Los pondría a ustedes en peligro –continuó diciendo. Sin embargo, sí aceptó una invitación para venir a visitarnos–. Al caer la noche –dijo.

Y así, una noche, a la semana siguiente, el Sr. de Vries llamó a

la puerta del callejón de la Beje trayendo a su dulce y tímida esposa, Cato, y pronto ella y Harry empezaron a venir de visita casi todas las noches en la habitación delantera de tía Jans.

El pasatiempo favorito del Bulldog en la Beje, además de las conversaciones con papá, eran los tomos de teología judía que ahora estaban escondidos en el gran baúl de caoba de tía Jans. Se había convertido al cristianismo unos cuarenta años antes, sin dejar de ser un auténtico judío, ni en lo más mínimo. «¡Un judío total!», solía decirnos sonriendo. «Seguidor de un judío perfecto».

Aquellos libros pertenecían al rabino de Haarlem que se los había traído a papá hacía ya más de un año:

—Por si acaso no fuera capaz de cuidar de ellos… eh… de forma indefinida –había dicho en tono de disculpa, por delante de la procesión de muchachos que venían detrás de él, cada uno tambaleándose bajo el peso de varios volúmenes enormes–. Mi única afición es la de coleccionar libros. Y, sin embargo, viejo amigo, los libros no envejecen como usted y yo. Todavía tendrán mucho que decir a las futuras generaciones que nunca conoceremos cuando ya no estemos aquí. Sí, los libros deben sobrevivir.

—El rabino había sido uno de los primeros en desaparecer de Haarlem.

¡Con cuánta frecuencia es un acontecimiento pequeño, casi inconsciente, el que marca un punto de inflexión! Como las detenciones de judíos en plena calle se habían vuelto cada vez más frecuentes, había comenzado a recoger y a entregar el trabajo para nuestros clientes judíos yo misma, de modo que no tuvieran que arriesgarse a pasar por el centro de la ciudad. Y así, una tarde a principios de la primavera de 1942, yo me encontraba en la casa de un médico y su esposa. Eran una familia holandesa muy antigua: los retratos de sus paredes podrían haber sido un libro de texto de la historia de Holanda. El Dr. Heemstra y yo estábamos hablando de todo lo que por aquel entonces se solía hablar cuando se reunía un grupo de gente: el racionamiento y las noticias de Inglaterra, cuando de pronto, procedente de las escaleras, se oyó un hilo de voz infantil.

—¡Papá! ¡No nos vas a meter ahí adentro!

El Dr. Heemstra se levantó instantáneamente. Con una disculpa

a su esposa y a mí se apresuró escaleras arriba y, en un momento, escuchamos cómo jugaban una partida al escondite y la risa estridente de dos niños.

Eso fue todo. Parecía que nada había cambiado. La Sra. Heemstra siguió con su receta para aprovechar la ración de té con pétalos de rosa. Y, sin embargo, todo era distinto. Ya que, en ese preciso instante, la realidad se abrió paso entre el entumecimiento que, desde el dedo del pie hasta la cabeza, había ido creciendo en mi interior desde la invasión. En cualquier momento podrían golpear la puerta. Esos niños y sus padres podrían verse condenados a subir a la caja de un camión.

El Dr. Heemstra volvió a la sala de estar y reanudamos la conversación, divagando. Pero, por debajo de aquellas palabras, una oración estaba cobrando forma en mi corazón. *Señor Jesucristo, me ofrezco para ayudar a tu pueblo. De cualquier manera posible. En cualquier lugar. En cualquier momento.*

Y después ocurrió una cosa extraordinaria.

Justo cuando estaba rezando, tuve otra vez ese sueño mientras estaba despierta; delante de mis propios ojos, vi otra vez aquellos cuatro caballos oscuros y la Plaza Grote Markt, tal y como los había visto la noche de la invasión. Yo observé a los demacrados pasajeros, que habían sido obligados a subir, en contra de su voluntad, a aquel carromato. Allí estábamos papá, Betsie, Willem y yo misma saliendo de Haarlem, dejando atrás nuestra seguridad y todo lo que conocíamos para ir… ¿adónde?

6. La habitación secreta

Era domingo, 10 de mayo de 1942; habían pasado exactamente dos años desde la caída de Holanda. Eran días soleados y primaverales, las flores brotaban en todas partes, incluso en la base de las farolas, pero todo eso no reflejaba en absoluto el estado de ánimo de la ciudad. Los soldados alemanes vagaban sin rumbo por las calles, algunos con la mirada perdida, como si aún no se hubieran recuperado de una dura noche de sábado, otros afanándose en la búsqueda de chicas y algunos incluso buscando una iglesia.

Cada mes, el peso de la ocupación parecía recrudecerse y las restricciones eran cada vez más numerosas. El último jarro de agua fría para los holandeses fue un edicto por el que se tipificaba como delito el cantar el «Wilhelmus», nuestro himno nacional.

Papá, Betsie y yo íbamos de camino a la Iglesia reformista holandesa de Velsen, una pequeña ciudad no muy lejos de Haarlem, donde Peter había conseguido el puesto de organista, frente a cuarenta de los mejores y más experimentados músicos de Holanda. El órgano de Velsen era uno de los mejores del país; y, aunque el tren parecía ir más lento cada vez, íbamos a escucharlo a menudo.

Peter estaba ya tocando, invisible en lo alto de la caja del órgano, situado en el desván, cuando nos sentamos en un banco lleno de gente. Era algo positivo que habían traído los alemanes: las iglesias estaban ahora llenas.

Después de los himnos y las oraciones llegó el sermón, *un buen sermón hoy*, pensé. Me habría gustado que Peter prestara más atención. Porque pensaba que los sermones solo podían interesarle a las venerables reliquias, como su madre y como yo. Yo había cumplido cincuenta la pasada primavera; para Peter, a esa edad la vida, definitivamente, había pasado de largo. Cuando charlaba con él, intentaba hacerle caer en la cuenta de que la muerte podía sobrevenir a cualquiera, a cualquier edad, especialmente en estos días, pero él respondía con encanto que era un músico demasiado

bueno para morir joven.

Acabábamos de rezar las preces finales. Y de repente, como si una corriente eléctrica hubiera recorrido a todos los asistentes, la iglesia entera se sentó prestando atención. Sin más preámbulos, cada nota empezó a sonar a todo volumen, ¡Peter comenzó a tocar el «Wilhelmus»!

Papá, con sus ochenta y dos años, fue el primero en ponerse de pie. Unos segundos más tarde, todo el mundo se levantó. Desde algún lugar del fondo de la iglesia, una voz empezó a cantar la letra. Otras voces se le unieron y otras más. De repente, todos estábamos cantando juntos, a pleno pulmón, el himno prohibido de Holanda, a una sola voz.

Cantamos desde lo más profundo del corazón; cantamos a nuestra unidad, a nuestra esperanza, cantamos nuestro amor a la reina y al país. En este aniversario de la derrota, casi parecía, por un momento, que hubiéramos sido los vencedores.

Después, esperamos a Peter en la pequeña puerta del lateral de la iglesia. Tardó mucho en liberarse, ya que muchos querían abrazarlo, darle la mano y palmearle la espalda. Resultaba evidente que se sentía enormemente satisfecho de sí mismo.

Pero ahora que aquel momento sublime había pasado, yo estaba, como ya venía siendo habitual, enfadada con él. Seguramente la Gestapo ya estaba al corriente de lo sucedido, porque tenían ojos y oídos en todas partes. Pensé en Nollie, que todos los domingos preparaba la cena para toda la familia. Pensé en los hermanos y en las hermanas de Peter. Y en Flip, y en lo que pasaría si perdía la dirección de la escuela por este motivo. ¿Por qué Peter se había arriesgado tanto para obtener tan poco? No es que hubiera salvado vidas, solo había sido un gesto; un desafío sin sentido.

Sin embargo, en su casa de Hoven Straat, a Peter le recibieron como a un héroe todos y cada uno de los miembros de su familia, al descubrir lo que había sucedido. Los únicos que pensaban como yo fueron las dos mujeres judías que se alojaban en casa de Nollie. Una de ellas era una anciana dama austriaca que Willem había enviado para que se escondiera allí. «Katrien», como la familia la había rebautizado, se hacía pasar por la empleada doméstica de los van

Woerdens, aunque Nollie me confió que le quedaba mucho para poder hacerse incluso su propia cama. Probablemente, no tenía ni idea de hacerse la cama, dado que procedía de una familia rica y aristocrática.

La otra mujer era una joven rubia, de ojos azules; una judía holandesa con unos impecables documentos de identidad falsos, suministrados por el mismísimo movimiento clandestino nacional holandés. Los papeles estaban tan bien hechos que Annaliese no se diferenciaba en nada de los nazis; de hecho, no podía haber nadie más distinto al estereotipo del judío. Tanto era así, que entraba y salía libremente de la casa, iba de compras y ayudaba en la escuela, simulando ser una amiga de la familia, cuyo marido había muerto en el bombardeo de Rotterdam.

Katrien y Annaliese no podían entender, y lo mismo me sucedía a mí, que Peter hubiera hecho algo, así de modo deliberado, pues podría atraer la atención de las autoridades.

Pasé la tarde muy nerviosa, tensa cada vez que oía el ruido de un motor, pues solo la policía, los alemanes y los miembros del NSB tenían automóviles en aquellos días. Pero llegó la hora de volver a casa, a la Beje, y todavía no había sucedido nada.

Seguí preocupada durante un par de días más. Entonces decidí que quizá la Gestapo no se había enterado del episodio, o que quizá, simplemente, tenían cosas más importantes de las que ocuparse.

Era un miércoles por la mañana, justo cuando papá y yo nos encontrábamos preparando nuestras mesas de trabajo. De repente, la hermana pequeña de Peter, Cocky, irrumpió en la tienda.

—¡Abuelo, tía Corrie! ¡Han venido a por Peter! ¡Se lo han llevado!

—¿Quién? ¿Adónde?

Pero ella no lo sabía y tuvieron que pasar tres días antes de que la familia se enterara de que se lo habían llevado a la prisión federal de Ámsterdam.

Eran las 7.55 de la tarde, apenas unos minutos antes de la nueva hora del toque de queda de las 8.00. Peter ya llevaba en la prisión dos semanas. Papá, Betsie y yo estábamos sentados alrededor de la

mesa del comedor. Papá recolocando los relojes que llevaba en los bolsillos y Betsie entretenida con la costura; nuestro gato grande, negro, ligeramente persa, ronroneaba alegremente en mi regazo. Un golpe en la puerta del callejón me hizo echar un vistazo al espejo de la ventana. Allí, bajo el brillante crepúsculo de la primavera, se veía a una mujer. Llevaba una pequeña maleta y –muy raro para la época del año– llevaba también un abrigo de piel, guantes y un pesado velo.

Salí corriendo y abrí la puerta.

—¿Puedo entrar? –preguntó. Su voz sonaba aguda a causa del miedo.

—Por supuesto –retrocedí para dejarla pasar. La mujer miró hacia atrás, por encima de su hombro, antes de atreverse a entrar en el pequeño vestíbulo.

—Mi nombre es Kleermaker. Soy judía.

—¿Cómo está usted? –extendí la mano para tomar su bolso, pero ella lo sostuvo–. ¿Me acompaña arriba? –papá y Betsie se levantaron cuando entramos el comedor–. ¡La Sra. Kleermaker, mi padre y mi hermana estaban a punto de hacer un poco de té!

Betsie dijo: –¡Acompáñenos! ¡Llega usted justo a tiempo!

Papá retiró una silla de la mesa y la Sra. Kleermaker se sentó, todavía agarrando la maleta.

El «té» consistía en unas viejas hojas que habían sido aplastadas y reutilizadas tantas veces, que apenas coloreaban el agua. Pero la Sra. Kleermaker lo aceptó llena de agradecimiento, y se sumergió en la narración de la historia de cómo su marido había sido detenido algunos meses atrás y su hijo había tenido que esconderse. Nos contó que el día anterior, el S.D. –la policía política que trabajaba a las órdenes de la Gestapo– le había ordenado que cerrara la tienda de ropa de la familia. Y ahora tenía miedo de volver al apartamento, que estaba situado justo encima. Había oído que habíamos ofrecido nuestra amistad a un hombre en la calle…

—En este hogar –dijo papá– el pueblo de Dios siempre es bienvenido.

—Tenemos cuatro camas vacías en la planta de arriba –dijo Betsie–. ¡Su único problema consistirá en elegir en cuál de ellas

prefiere dormir! –entonces, para mi asombro, añadió: –Primero, sin embargo, écheme una mano con las cosas del té.

Apenas podía creer lo que acababa de oír. Betsie nunca había dejado a nadie ayudarla en su cocina:

—Es que me he convertido en una solterona quisquillosa –decía siempre.

La Sra. Kleermaker se puso en pie de un salto, con una disponibilidad conmovedora, y ya estaba apilando los platos y las tazas…

Solo dos noches más tarde, volvió a repetirse la misma escena. Otra vez a la misma hora, justo antes de las 8.00 pm, en otra brillante tarde de mayo. Otra vez oímos un golpe furtivo en la puerta del callejón. En esta ocasión, era una pareja mayor la que se encontraba fuera, de pie.

—¡Adelante! –era la misma historia: la misma incautación de sus propiedades de improviso, la misma mirada llena de miedo y el mismo paso inseguro. La historia de unos vecinos detenidos, el miedo a que mañana les llegara a ellos su turno.

Esa noche, después de la oración, los seis nos enfrentamos al dilema que se planteaba.

—La ubicación de este lugar es demasiado peligrosa –le dije a nuestros tres invitados–. Estamos apenas a media manzana del cuartel general. Sin embargo, no se me ocurre ningún otro sitio en el que puedan alojarse.

Estaba claro que era el momento de visitar a Willem de nuevo. Así que, al día siguiente, repetí el duro viaje a Hilversum.

—Willem –le dije–, tenemos a tres judíos alojados en la Beje. ¿Puedes encontrar algún refugio para ellos en algún lugar del país?

Willem presionó sus dedos sobre los ojos y me di cuenta de repente de que se había encanecido muchísimo la barba.

—Cada vez es más difícil –dijo–. Ahora hay escasez de alimentos, incluso en las granjas. Aún tengo algunas direcciones, sí, unas pocas. Pero no admitirán a nadie sin cartilla de racionamiento.

—¡Sin una tarjeta de racionamiento! ¡Pero si a los judíos no se les dan cartillas de racionamiento!

—Lo sé –Willem se volvió para mirar por la ventana. Por primera vez me pregunté cómo se las podían apañar Tine y él para alimentar a todos los hombres y mujeres ancianos que tenían a su cargo.

—Lo sé –repitió–. Y lo peor es que las cartillas de racionamiento no pueden falsificarse. Las cambian con demasiada frecuencia y además son muy fáciles de detectar. Los carnets de identidad son otra cosa; sé de varias imprentas que los hacen. Pero, por supuesto, se necesita un fotógrafo.

¿Un fotógrafo? ¿Imprentas? Pero ¿de qué estaba hablando Willem?

—Willem, si no se pueden falsificar las cartillas, ¿qué es lo que hace la gente? –Willem se dio lentamente la vuelta desde la ventana. Parecía haberse olvidado por completo de mí y de mi problema en particular.

—¿Las cartillas de racionamiento? –él gesticuló vagamente–. Se roban –yo me quedé observando a este clérigo de la Iglesia Reformista Holandesa–.

—Entonces, Willem, podrías robar… quiero decir… ¿se pueden obtener tres tarjetas robadas?

—¡No, Corrie, que te veo venir! ¿No te das cuenta de que vigilan cada uno de mis movimientos? –el puso un brazo alrededor de mi hombro y continuó en un tono más amable–. Incluso, aunque yo pudiera seguir trabajando durante un tiempo, sería mucho mejor para ti que consiguieras tus propias fuentes. Debes mantener la menor relación posible conmigo; es mejor que comiences a relacionarte con cualquier otra persona.

Volví a casa entre sacudidas en el tren atestado de gente. Las palabras de Willem resonaban en mi cabeza, una y otra vez: *Tus propias fuentes*. Eso sonaba tan… ¡tan profesional! ¿Cómo iba a hacer yo para encontrar una fuente de cartillas de racionamiento robadas? A quién conocía yo que… Y en ese momento, un nombre me vino a la mente. Fred Koornstra.

Fred era el encargado de la lectura del contador eléctrico en la Beje. Los Koornstra habían tenido una hija con retraso mental, ahora era ya mujer adulta, que asistía a la iglesia. Yo había estado

acompañando a su hija durante aproximadamente veinte años. Y ahora Fred tenía un nuevo trabajo en el Departamento de Alimentación. ¿Acaso no era ahí donde se expedían las cartillas de racionamiento?

Esa tarde, después de la cena, me dirigí por las calles adoquinadas hacia la casa de los Koornstra. Los neumáticos de mi vieja y fiel bicicleta habían pasado a mejor vida finalmente y no tuve más remedio que sumarme al estrépito de los cientos de llantas de metal que recorría la ciudad. Cada golpe de las ruedas hacía que me acordara de mis cincuenta años.

Fred, un hombre calvo de porte militar, me abrió la puerta y me contempló sin mostrar ninguna expresión cuando le dije que quería hablar con él sobre el servicio religioso del domingo. Me invitó a entrar, cerró la puerta y dijo:

—Corrie, ¿cuál es el verdadero motivo por el que has venido a verme?

(Señor –recé en silencio–*, si no es seguro confiar en Fred, haz que deje esta conversación ahora, antes de que sea demasiado tarde).*

—Antes de nada, quería decirle que hemos recibido algunas visitas inesperadas en la Beje. Primero fue una mujer sola, luego una pareja y, cuando regresé esta tarde, me encontré con otra pareja más –hice una pausa durante un instante–. Son judíos.

—La expresión de Fred no cambió.

—Podemos encontrarles un lugar seguro a estas personas, pero para lograrlo tienen que aportar algo también: cartillas de racionamiento.

Los ojos de Fred sonrieron.

—Ahora ya sé por qué has venido aquí.

—Fred, ¿hay algún modo de que puedas conseguir tarjetas «adicionales»? ¿Más de las que salen en los registros?

—Ninguno en absoluto… Tenemos que contabilizar las tarjetas de una docena de formas diferentes. Todas están comprobadas y verificadas.

La esperanza que había comenzado a despertarse en mi interior se desplomó. Pero Fred frunció el ceño.

—A menos que… –comenzó.

—¿Sí?, ¿a menos que…?

—A menos que se produjera un atraco. El Departamento de Alimentación de Utrecht fue robado el mes pasado, pero los autores fueron capturados.

Se quedó en silencio durante un rato.

—Si ocurriera al mediodía –dijo lentamente– cuando solo el secretario y yo estuviéramos allí… y si nos encontraran atados y amordazados… –él chasqueó los dedos–. ¡Y sé exactamente el hombre que podría hacerlo! ¿Recuerdas el…?

—¡No! –dije, recordando la advertencia de Willem–. No me diga quién. Y no me diga cómo. Limítese a conseguir las tarjetas si puede.

Fred se me quedó mirando un momento.

—¿Cuántas necesitas?

Abrí la boca para decir: «Cinco». Pero el número que, de forma espontánea y sorprendente, salió en su lugar fue «Cien».

Cuando Fred me abrió la puerta solo una semana más tarde, me quedé horrorizada al verlo. Tenía los dos ojos de un color entre el morado y el verde y su labio inferior estaba partido e hinchado.

—Mi amigo se tomó muy en serio su papel –fue todo lo que dijo. Pero tenía las cartillas. En la mesa, dentro de un sobre marrón, había cien pasaportes a la seguridad. Fred había rasgado ya el «cupón de renovación» de cada una. Este cupón había que presentarlo en el Departamento de Alimentación el último día de cada mes para conseguir la cartilla del mes siguiente. Con estos cupones, Fred podría seguir emitiendo «legalmente» cien tarjetas. Estuvimos de acuerdo en que resultaría demasiado arriesgado para mí seguir acercándome hasta su casa cada mes. ¿Y si en lugar de eso fuera él a la Beje, vestido con su viejo uniforme de lector de contadores?

El contador de la Beje estaba situado en la parte trasera del hall de entrada, al pie de las escaleras. Cuando llegué a casa esa tarde, saqué la madera del último escalón de la escalera, tal y como Peter había hecho anteriormente para poder ocultar la radio, y encontré un

hueco interior. Peter se sentiría orgulloso de mí, pensé mientras trabajaba, y me sentí inundada por una ola de soledad, por la ausencia de ese muchacho valiente y demasiado seguro de sí mismo. Pero incluso él tendría que admitir, concluí cuando al fin retrocedí para admirar el refugio terminado, que los ojos y las manos de una reparadora de relojes de pulsera también servían para algo. Las bisagras quedaban ocultas en la madera, el antiguo escalón permanecía inalterado; yo me sentía ridículamente orgullosa de él. Hicimos la primera prueba del sistema el 1 de julio. Fred iba a atravesar la tienda, tal y como siempre lo había hecho, con las cartillas bajo su camisa. Vendría a las 5.30, cuando Betsie tuviera el pasillo libre de visitantes… Para mi horror, a las 5.25 se abrió la puerta de la tienda y entró un policía.

Era un hombre alto, con el pelo corto, de un color rojo anaranjado. Yo lo conocía por su nombre –Rolf van Vliet– pero sabía poco más de él. Había venido a la fiesta del centenario, como la mitad de la población de Haarlem. Ciertamente, él no era uno de los «habituales» del café de la mañana de Betsie en invierno.

Rolf había traído un reloj para hacerle una limpieza, y él parecía tener el estado de ánimo propicio para hablar y conversar. A mí se me secó la garganta, pero papá charló alegremente con él, mientras le quitaba la tapa posterior del reloj de Rolf y lo examinaba, informándole de lo que le íbamos a hacer.

No había manera de avisar a Fred Koornstra. Puntualmente, a las 5.30, se abrió la puerta de la tienda y entró caminando, vestido con su ropa de trabajo azul. A mí me parecía que era evidente que llevaba algo en su pecho porque era demasiado grueso. Con un aplomo impresionante, Fred nos saludó a papá, al policía y a mí.

—Buenas noches –dijo cortés, pero con tono de estar un poco aburrido. Atravesó la puerta de la parte trasera de la tienda y la cerró detrás de sí. Agudicé el oído para escuchar la tapa secreta. *¡Ya está! Seguramente Rolf lo habrá oído también.*

La puerta de la trastienda se abrió de nuevo. Tan grande era el aplomo de Fred, que no se había escabullido por la salida del callejón, sino que volvió a pasar a través de la tienda.

—Buenas noches –dijo de nuevo.

—Buenas noches.

Llegó a la puerta de la calle y se fue. Nos habíamos salido con la nuestra esta vez, pero, de alguna manera, íbamos a tener que idear un sistema de alerta.

Por otro lado, durante las semanas transcurridas desde la visita inesperada de la señora Kleermaker, habían sucedido muchas cosas en la Beje. Conseguimos suministrar cartillas de racionamiento a la señora Kleermaker y a la pareja de ancianos, así como a todos los demás que llegaron a continuación. Y después les encontramos dónde vivir, en lugares más seguros que nuestra casa. Pero, aun así, seguían llegando nuevos perseguidos con sus necesidades, a menudo más complejas que conseguir cartillas de racionamiento o un lugar donde vivir: Si una mujer judía se quedaba embarazada, ¿dónde tendría a su bebé? Si un judío moría en la clandestinidad, ¿cómo se le podrá enterrar? «Desarrolla tus propias fuentes», me había dicho Willem. Y, desde el momento en el que el nombre de Fred Koornstra me había venido a la mente, había comenzado a desarrollar una lucidez extraordinaria. ¡La mitad de Haarlem eran amigos nuestros! Conocíamos a las enfermeras de la maternidad del hospital. Conocíamos a varios empleados de la Oficina de Registros. Teníamos alguna relación con alguien en todos y cada uno de los servicios de la ciudad. No conocíamos, por supuesto, las ideas políticas de todos ellos. Pero –y al pensar en ello el corazón me dio un vuelco– ¡era Dios quien lo había hecho! Mi trabajo consistía simplemente en seguir sus designios, paso a paso; preguntándole qué era lo próximo que tenía que hacer en la oración. Sé que no era un modo muy inteligente o sofisticado de actuar; si la Beje se estaba convirtiendo en un lugar donde acudían tantas personas para cubrir sus necesidades y en busca de suministros, era gracias a una estrategia mucho más elevada que la mía.

Unas noches después de la primera visita de Fred, «el lector de contadores», la campana del callejón sonó mucho después del toque de queda. Me apresuré escaleras abajo, esperando encontrarme a otro refugiado triste y apesadumbrado. Betsie y yo habíamos arreglado ya camas para cuatro nuevos huéspedes esa tarde: una judía con tres niños pequeños. Pero, para mi sorpresa, oculto contra

la pared del oscuro callejón, estaba Kik,

—Coge tu bicicleta –me ordenó con la brusquedad propia de la juventud–. Y ponte un jersey. Hay algunas personas que quiero que conozcas.

—¿Ahora? ¿Después del toque de queda? –pero sabía que era inútil hacer preguntas. La bicicleta de Kik también era incansable; tenía las llantas de las ruedas envueltas en la tela. Envolvió también las mías para reducir el ruido, y pronto estábamos pedaleando por las calles oscuras de Haarlem a una velocidad que me habría asustado incluso a plena luz del día.

—Ve sujetando mi hombro –me susurró Kik–. Conozco bien el camino.

Atravesamos oscuras callejuelas, coronamos puentes y doblamos esquinas con nuestras ruedas invisibles. Por fin, cruzamos el amplio canal y entonces me di cuenta de que habíamos llegado al barrio residencial de moda: Aerdenhout. Avanzamos por una calle bajo la sombra de los árboles. Ante mi asombro, Kik cogió mi bicicleta para llevarla junto con la suya y subimos los escalones delanteros del porche de entrada de una residencia. Una muchacha de servicio, con el delantal blanco almidonado y cofia de volantes, nos abrió la puerta. El hall estaba atestado de bicicletas. Entonces lo vi. Un ojo dirigiéndose hacia mí, el otro hacia la puerta, con su estómago enorme apresurándose por delante de él. ¡Pickwick!

Nos condujo a Kik y a mí hacia el salón en el que, tomando café y charlando en pequeños corros, estaba el grupo de hombres y mujeres más distinguidos que yo hubiera visto nunca. Pero toda mi atención, en ese primer momento, se centraba en el aroma, indeciblemente delicioso, que flotaba en aquella habitación. Sin duda lo reconocí, pero ¿era posible que estuvieran bebiendo café de verdad?

Pickwick me sirvió una taza de la cafetera de plata que había en el aparador. Era café. Después de dos años, un rico café holandés, fuerte, negro. Se sirvió una taza también, poniéndole sus habituales cinco terrones de azúcar, como si el racionamiento ni siquiera se hubiera inventado. Otra muchacha con cofia pasaba una bandeja en la que se apilaban un montón de pasteles.

Engullendo y tragando recorrí todo el cuarto, en pos de Pickwick, estrechando la mano de las personas que él me iba presentando. Eran presentaciones extrañas, sin que se mencionaran nombres, solo, de vez en cuando, una dirección, y «le presento a la señora Smit». Cuando ya había conocido a mi cuarto Smit, Kik me explicó con una sonrisa: «Es el único apellido en la resistencia».

¡Así que esto era real y verdaderamente el movimiento clandestino! Pero ¿de dónde habían salido todas estas personas? Yo nunca había visto antes a ninguna de ellas. Un segundo más tarde me di cuenta, con un escalofrío recorriéndome la espalda, que me encontraba ante el grupo nacional de resistencia. Su misión principal, como pude deducir de los pequeños fragmentos de conversaciones captados al vuelo, consistía en hacer de enlace entre Inglaterra y las fuerzas holandesas que luchaban en el resto del continente, manteniendo también operativa la ruta clandestina, a través del cual los tripulantes de los aviones aliados derribados conseguían llegar a la costa del Mar del Norte.

Pero todos mostraban una gran simpatía al momento. Hacía mis esfuerzos para ayudar a los judíos de Haarlem. Me sonrojé hasta las raíces del pelo, cuando oí que Pickwick me describía como «la cabeza de una operación, aquí, en esta ciudad». Un hueco bajo la escalera y algunas amistades aquí o allí no eran «una operación». Todos los presentes eran, obviamente, competentes, disciplinados y profesionales. Pero me recibieron con gran cortesía, murmurando lo que me podían ofrecer mientras nos dábamos la mano. Falsos documentos de identidad. El uso de un automóvil con placas oficiales del gobierno. Falsificación de firmas…

En una esquina de la sala, Pickwick me presentó a un hombrecillo de aspecto frágil que tenía una perilla poco poblada.

—Nuestro anfitrión me ha informado –comenzó formalmente aquel pequeño hombre– que el edificio de su sede carece de una habitación secreta. Esto es un peligro para todos, tanto a los que están ayudando, como a ustedes y los que trabajan para ustedes. Con su permiso, me gustaría hacerle una visita durante la próxima semana…

Años más tarde, me enteré de que era uno de los arquitectos más

famosos de Europa. Yo lo conocí solo como el señor Smit.

Justo antes de que Kik y yo emprendiéramos nuestro viaje de regreso a la Beje, Pickwick me tomó del brazo.

—Querida mía, tengo buenas noticias. He sabido que Peter está a punto de ser liberado…

Y así fue. Volvió tres días después, más delgado, más pálido y sin aspecto de sentirse intimidado lo más mínimo por los dos meses que había pasado encerrado en una celda de hormigón. Nollie, Tine y Betsie consumieron el azúcar de todo un mes para preparar una ración de pasteles en la fiesta de bienvenida.

Y una mañana, poco después de que entrara el primer cliente en la tienda, apareció un hombre pequeño y delgado con perilla, llamado Smit.

Papá dejó en su estuche su lupa de relojero. Si había algo que le gustara más todavía que hacer un nuevo amigo, era descubrir algún posible vínculo con uno viejo.

—Smit –dijo con entusiasmo–. Conozco a varios Smits en Ámsterdam. ¿Está usted relacionado, por casualidad, con la familia que…?

—Papá –le interrumpí–, este es el hombre del que te hablé. Ha venido a, eh…, a inspeccionar la casa.

—¿Un inspector de edificios? Entonces usted debe de ser el Smit que tiene sus oficinas en la plaza Grote Hout Straat. Me pregunto si no tendré…

—¡Papá! –le supliqué–, él no es un inspector de edificios, y su nombre no es Smit.

—¿No se llama Smit?

Entre el Sr. Smit y yo intentamos explicárselo; simplemente no podía entender que a una persona se le llamara por un nombre que no era el suyo. Cuando conduje al Sr. Smit a través del pasillo de la parte trasera, le oímos meditando consigo mismo:

—Una vez conocí a un Smit en Koning Straat…

Smit examinó y aprobó el escondrijo que había preparado para las cartillas de racionamiento en el último escalón. También calificó de aceptable el sistema de avisos que habíamos elaborado. Se trataba de un pedazo de madera de forma triangular que anunciaba la marca

«Relojes Alpina», colocado en la ventana del comedor. Cuando el anuncio estaba en su sitio, significaba que era seguro entrar. Pero, cuando le mostré un cubículo, situado detrás del armario en un rincón del comedor, sacudió la cabeza. Algún antiguo rediseño de la casa había dejado un espacio reducido en ese rincón, y lo habíamos aprovechado para esconder joyas, monedas de plata y otros objetos de valor en su interior, al principio de la ocupación. No solo el rabino nos había encomendado su biblioteca; también otras familias judías nos habían traído sus tesoros para que las custodiáramos en la Beje. Habíamos pensado que el espacio era lo suficientemente grande para que una persona pudiera refugiarse en su interior, si fuera necesario, pero el Sr. Smit lo desestimó sin echar siquiera un segundo vistazo.

—Es el primer sitio en el que mirarían, pero no se moleste en cambiar estos objetos. Es solo plata. A nosotros lo que nos interesa es salvar vidas, no sus pertenencias.

Luego, empezó a subir por las estrechas escaleras de caracol y, a medida que subía, se elevaba también su ánimo. Se detuvo por puro placer a observar la curiosa situación de los descansillos, golpeando las retorcidas paredes, y se rió en voz alta cuando comprobó que los suelos de las dos antiguas casas aún continuaban desfasados.

—¡No es posible! –dijo con voz alucinada–. ¡Es imposible, improbable, increíble e imprevisible! Señorita ten Boom, si todas las casas hubieran sido construidas como esta, yo habría sido un hombre con muchas menos preocupaciones.

Por fin, en la parte superior de las escaleras, entró en mi habitación y dio un pequeño grito de alegría

—¡Esta es! –exclamó–. El escondite ha de estar lo más alto posible –continuó con gran entusiasmo–. Nos da más oportunidades de llegar hasta él, mientras que la búsqueda se centra en la parte inferior –entonces se asomó por la ventana, estirando su delgado cuello, con esa pequeña barba de fauno señalando el camino.

—Pero… este es mi dormitorio…

El Sr. Smit no me prestó la más mínima atención y se puso a medir. Movió el viejo y pesado armario ropero, lejos de la pared con sorprendente facilidad, y arrastró mi cama hasta el centro del cuarto.

—Aquí, justamente, es donde irá la pared falsa –con excitación sacó un lápiz y dibujó una línea a lo largo del suelo, a unos 80 cm de la pared del fondo. Se levantó y se quedó mirándolo fijamente, de mal humor–. No me atrevo con nada más grande –dijo–. Pero servirá para un pequeño colchón. Sí –Intenté protestar de nuevo, pero el Sr. Smit se había olvidado que yo existía.

A lo largo de los días siguientes, tanto él y como sus trabajadores entraban y salían de nuestra casa constantemente. Nunca llamaban. En cada visita, cada uno llevaba algo consigo: Herramientas dentro de un periódico doblado, unos cuantos ladrillos en un portafolios…

—¡Madera! –exclamó, cuando me aventuré a preguntarle si no sería más fácil construir una pared de madera–. La madera suena hueca. Venga y óigalo un momento. No, no. El ladrillo es el único material que podemos emplear para levantar una pared falsa.

Una vez que el muro estuvo construido, vino el yesero, después el carpintero y, finalmente, el pintor. Seis días después, el Sr. Smit nos llamó a papá, a Betsie y a mí para que viéramos el resultado.

Nos colocamos de pie, en el umbral de la puerta, y nos quedamos boquiabiertos. Había pintura fresca que estaba por todas partes. Pero, sin duda, ¡no había nada en esta habitación que estuviera recién pintado! Las cuatro paredes tenían ese aspecto rayado y sucio que las estufas de carbón dan a todas las habitaciones antiguas de Haarlem. La viga original se deslizaba, ininterrumpidamente a lo largo del techo, astillada y desconchada aquí y allá, obviamente sin dar la impresión de que se hubiera tocado en los últimos ciento cincuenta años.

Antiguas manchas de agua salpicaban la pared del fondo; incluso yo, que había vivido medio siglo en esta habitación, apenas podría creer que aquella pared no fuera la original. Pero en realidad se trataba un precioso falso muro, situado a 80 cm de distancia de la verdadera pared del edificio.

Una vieja librería empotrada se extendía a lo largo de esta pared falsa, viejas, con los estantes combados y cuya madera, llena de astillas, tenía las mismas manchas de humedad que la pared posterior. Abajo, en el lateral izquierdo y debajo del estante inferior,

había un panel deslizante, de 62 centímetros de alto por 62 de ancho, que daba paso a la habitación secreta.

El Sr. Smit se agachó y deslizó en silencio ese panel hacia arriba. Betsie y yo nos metimos a gatas en la estrecha habitación. Una vez dentro podíamos mantenernos en pie, sentarnos o incluso tumbarnos –de uno en uno– en el colchón. Una abertura, hábilmente oculta en la pared original, permitía la entrada de aire fresco del exterior.

—Deje siempre una jarra de agua ahí –dijo el Sr. Smit, agachándose para salir detrás de nosotras–. Cambie el agua una vez por semana. Guarde galletas y vitaminas indefinidamente. Siempre que haya alguien en la casa, cuya presencia no sea oficial, todos sus bienes (salvo la ropa que lleve puesta) deberán almacenarse aquí.

A gatas otra vez, avanzamos lentamente bajo el archivo, hasta llegar a mi dormitorio.

—Recoloquen este cuarto –me dijo–. Déjenlo todo exactamente igual que estaba antes –golpeó la pared con el puño por encima de los estantes de libros–. La Gestapo podría buscar durante un año entero –dijo– y nunca encontrarán este escondite.

7. Eusie

Peter ya estaba en casa, pero no estaba a salvo; no más que lo estaba cualquier otro varón, joven y sano. En Alemania, en las fábricas de municiones había una auténtica desesperación por conseguir más trabajadores. Sin previo aviso, los soldados rodeaban de repente un bloque de pisos y hacían un barrido llevándose a todos los hombres de entre dieciséis y treinta años en camiones, y los transportaban luego hacia el puerto. Este método relámpago de incautación se denominaba «razzia» y todas las familias con hijos jóvenes vivían con el temor de que llegara.

Flip y Nollie habían reorganizado su cocina para habilitar un escondite de emergencia, tan pronto como comenzaron estas razzias. Había una pequeña bodega para las patatas, bajo el suelo de la cocina: ampliaron la trampilla de acceso, pusieron una alfombra grande encima y trasladaron la mesa de la cocina para que quedara justo encima de la puerta de acceso.

Desde la obra realizada por el Sr. Smit en la Beje, me di cuenta de que ese escondrijo bajo el suelo de la cocina era totalmente inadecuado. En primer lugar, estaba situado en una zona demasiado baja de la casa y, como probablemente diría el Sr. Smit, sería «el primer lugar en el que mirarían». Sin embargo, como no se trataba de una búsqueda a conciencia, llevada a cabo por gente entrenada, sino que más bien solía ser una batida rápida realizada por soldados, solo se necesitaba un lugar para ponerse fuera de su alcance durante media hora. Y para eso, pensé, probablemente sí que era suficiente.

Era el día del cumpleaños de Flip, cuando la razzia llegó a esa calle residencial tranquila y casas adosadas idénticas. Papá, Betsie y yo habíamos llegado temprano con un cuarto de libra del auténtico té inglés de Pickwick. Nollie, Annaliese y las dos chicas mayores aún no habían vuelto cuando llegamos. Unos grandes almacenes habían anunciado la llegada de una partida de calzado para hombre y Nollie tenía la determinación de conseguir un par para Flip «aunque

tenga que estar de pie, haciendo cola, todo el día», había dicho.

Estábamos charlando en la cocina con Cocky y Katrien cuando, de repente, Peter y su hermano mayor, Bob, entraron corriendo en la habitación, completamente pálidos.

—¡Los soldados! ¡Rápido! ¡Están dos puertas más abajo y vienen directos hacia aquí!

Empujaron la mesa hacia el fondo, arrancaron la alfombra y abrieron la trampilla. Bob se sentó primero y luego se tendió en el suelo, y Peter cayó justo encima de él. Nosotros volvimos a cerrar la trampilla, tiramos la alfombra sobre ella y, arrastrando la mesa, volvimos a colocarla en su sitio. Con manos temblorosas, lancé a Betsie y a Cocky un largo mantel sobre el que dispusimos cinco tazas para el té.

Hubo un estruendo en el recibidor, cuando la puerta principal se abrió de golpe, y un estallido más pequeño cuando Cocky dejó caer una taza de té. Dos alemanes uniformados entraron en la cocina, con los rifles apuntándonos.

—¡Quedaos donde estáis! ¡No os mováis!

Escuchamos botas de asalto subiendo por las escaleras. Los soldados recorrieron con la mirada toda la habitación, con cara de disgusto, al ver que solo había un grupo de mujeres y un anciano.

Si hubieran mirado con más atención a Katrien, seguramente se habría delatado a sí misma, porque su rostro era una máscara de terror. Pero los soldados tenían otras cosas en mente.

—¿Dónde están los hombres? –preguntó el soldado más bajo a Cocky en un torpe holandés, con marcado acento.

—Estas son mis tías –dijo ella– y este es mi abuelo. Mi padre está en su escuela, y mi madre ha ido de compras y…

—¡No te he preguntado acerca de toda la tribu! –explotó el hombre en alemán. Luego, añadió en holandés–: ¿Dónde están tus hermanos? –Cocky lo miró un segundo y luego bajó la mirada. Mi corazón se detuvo. Sabía cómo había educado Nollie a sus hijos pero, sin duda, de todos los momentos posibles, justo ahora, ¡una mentira era perfectamente admisible!

—¿Tienes hermanos? –le preguntó el oficial, de nuevo.

—Sí –contestó Cocky con un hilo de voz–. Tengo tres.

—¿Qué edades tienen?

—Veintiuno, diecinueve y dieciocho.

Arriba se oían los golpes de las puertas abriéndose y cerrándose y cómo arrastraban los muebles.

—¿Dónde están ahora? –insistió el soldado.

Cocky se agachó y empezó a recoger los trozos rotos de la taza. El hombre le sacudió los hombros.

—¿Dónde están tus hermanos?

—El más mayor, en la Escuela de Teología. No viene a casa la mayoría de las noches porque…

—¿Y los otros dos?

Cocky no perdió ni un segundo.

—Están debajo de la mesa.

Amenazándonos a todos con el arma, para que nos mantuviéramos alejados de allí, el soldado agarró una esquina del mantel. A una señal suya, el hombre más alto se puso en cuclillas con el rifle amartillado. Entonces lanzó hacia atrás el mantel. Por fin, la tensión acumulada explotó: Cocky estalló en espasmos de una risa histérica y estridente. Los soldados giraron sobre sus pies. ¿Esa muchacha se estaba riendo de ellos?

—¡No nos tomes por tontos! –gruñó el más bajo.

Y después salió furioso de la habitación. Unos minutos más tarde, salió toda la compañía, no sin que, por desgracia, el soldado silencioso que nos había estado vigilando se apropiara de nuestro precioso paquete de té.

Fue una extraña cena de cumpleaños, pasando de la acción de gracias más sincera, a lo más parecido a una amarga discusión que hubiera habido nunca en nuestra unida familia. Nollie defendía a capa y espada la actuación de Cocky, insistiendo en que ella habría respondido de la misma forma.

—¡Dios honra a los que dicen la verdad con una protección perfecta!

Peter y Bob, desde la perspectiva de los que habían estado escondidos bajo la trampilla, no estaban tan seguros. Y yo tampoco lo estaba. Yo nunca había tenido la valentía de Nollie, ¡no!, ni tampoco su fe. Pero sí era capaz de detectar la falta de lógica.

—Y, si lo lógico es decir la verdad y no decir nunca una mentira, ¿qué pasa entonces con los papeles falsos de Annaliese y con el uniforme de sirvienta de Katrien?

—«Pon un guarda, oh Señor, ante mi boca» –citó Nollie–. «Vigila la puerta de mis labios». ¡Salmo ciento cuarenta y uno! –terminó triunfalmente Nollie.

—Muy bien, ¿qué pasa con la radio? Tuve que mentir con mis labios para poder conservarla.

—Y, con independencia de lo que saliera de tus labios, Corrie, estoy seguro de que lo dijiste con amor –dijo la voz amable de papá, reprochando mi cara enrojecida por el enfado.

Amor. ¿Cómo podemos demostrarlo? ¿Cómo podría el mismo Dios mostrarnos la verdad y el amor al mismo tiempo en un mundo como este? *Muriendo.* La respuesta me vino a la cabeza aquella noche, más nítida y aterradora que nunca: la cruz grabada en la historia del mundo.

Cada vez se estaba volviendo más y más difícil encontrar lugares seguros en las zonas rurales, para los muchos judíos que acudían en busca de nuestra ayuda, a principios de 1943. Incluso con las cartillas de racionamiento y los documentos falsos que elaborábamos, no había suficientes plazas para todos. Sabíamos que, tarde o temprano, íbamos a tener que empezar a esconder gente aquí, en la ciudad. ¡Qué triste que los primeros tuvieran que ser precisamente los más queridos!

Una mañana, cuando me hallaba sumergida en medio de las tareas de las tiendas, Betsie se deslizó por la puerta del taller.

—¡Harry y Cato están aquí! –dijo. Nos sorprendió a todos. Harry nunca había venido a la Beje de día, porque quería evitar que su estrella amarilla nos causara problemas. Papá y yo nos apresuramos detrás de Betsie por las escaleras.

Harry de Vries nos relató lo ocurrido: la visita, la noche anterior, de un colaboracionista del NSB, que le anunció que la tienda iba a ser confiscada. ¿A quién le importaba que Harry fuera cristiano? Cualquier judío podía convertirse para evitar problemas, dijo el de la NSB. Esta mañana, había aparecido un alemán uniformado para hacerlo oficial: la tienda estaba cerrada «en interés de la seguridad

nacional».

—Pero si yo no soy un riesgo para la seguridad –había contestado el pobre Harry–. Seguramente no se conformarán con confiscarme la tienda.

Sin duda que no. Pero, en ese momento, no había absolutamente ningún lugar disponible fuera de la ciudad. De hecho la única dirección clandestina con la que contábamos en esos momentos era la casa de una mujer llamada de Boer, a menos de cuatro manzanas de la Beje.

Esa misma tarde, llamé a la puerta de la Sra. de Boer. Era una mujer regordeta, vestida con una bata de algodón azul y zapatillas de andar por casa. Les habíamos suministrado las cartillas de racionamiento e incluso habíamos realizado una operación de apendicitis urgente allí mismo. Me mostró la situación del desván: Dieciocho judíos se alojaban allí, la mayor parte de ellos apenas tenían veinte años.

—Han estado encerrados durante demasiado tiempo –dijo–. Cantan y bailan y hacen todo tipo de ruidos.

—Si cree que una pareja más es demasiado…

—¡No! ¡No!… ¿cómo voy a rechazarlos? Tráigalos esta noche, que yo me ocupo de ellos.

Así que Harry y Cato se fueron a vivir con la señora de Boer, y se instalaron en uno de los estrechos dormitorios del ático. Betsie iba todos los días a llevarles un poco de pan hecho en casa, un poco de té y una rodaja de chorizo. Pero Betsie estaba muy preocupada. Y no por su estado de ánimo; Le preocupaba las vidas de Harry y Cato.

—Están en peligro, ya lo sabéis –nos dijo a papá y a mí–. Esos jóvenes están a punto de estallar. ¡Esta tarde estaban armando tanto jaleo, que se les oía perfectamente desde la calle!

Además aquel amargo invierno gris teníamos otras preocupaciones. Aunque aún había poca nieve, el frío llegó pronto y se instaló para quedarse durante mucho tiempo, y el combustible era escaso. Por aquí y por allá, en los parques y en los canales, comenzaron a desaparecer los árboles a medida que la gente los talaba para poder encender las estufas y las chimeneas.

Sin calefacción, la humedad de las habitaciones era muy difícil

de soportar para los más pequeños y los ancianos. Una mañana, Christoffels no apareció a la hora de la lectura de la Biblia en el comedor ni más tarde en el taller. Su casera lo encontró muerto en la cama; el agua del lavabo estaba sólida. Se había congelado. Enterramos al viejo relojero vestido con el espléndido traje de chaleco que se había comprado para la fiesta del centenario, hacía ya seis años, en otra vida anterior.

La primavera llegó lentamente. Celebramos mi quincuagésimo primer cumpleaños con una pequeña fiesta en la alcoba de la buhardilla de los Vries. Y una semana más tarde, el 22 de abril, Cato llegó sola a la Beje. En cuanto cruzó el umbral, estalló en llanto.

—¡Esos jóvenes necios se volvieron locos! Anoche, ocho de ellos salieron de la casa. Naturalmente, fueron detenidos y arrestados porque ni siquiera se habían molestado en cortarse las patillas. A la Gestapo no le costó nada sacarles información.

La casa había sido asaltada, según nos dijo, a las 4.00 de la mañana. Cato fue liberada cuando descubrieron que no era judía.

—Pero se llevaron a todos los demás –incluidos Harry y la señora de Boer–. ¡Esto es demasiado! ¡Oh! ¿Qué será de ellos?

Cato se pasó los siguientes tres días en la comisaría de Haarlem, desde la mañana hasta el toque de queda, molestando a holandeses y alemanes por igual, para que le dejaran ver a su marido. Cuando la despedían, salía a la calle y esperaba silenciosamente en la acera.

Ese viernes, justo antes del cierre del mediodía, cuando la tienda estaba llena de gente, un policía abrió la puerta de la calle, vaciló y luego continuó hasta la habitación trasera. Era Rolf van Vliet, el oficial que se encontraba en la relojería cuando trajeron por primera vez las cartillas de racionamiento. Se quitó la gorra y no pude evitar fijarme, una vez más, en su sorprendente pelo rojo anaranjado.

—Este reloj sigue sin estar en hora –dijo Rolf.

Se quitó el reloj de pulsera, lo colocó en mi mesa de trabajo, y se inclinó hacia adelante. ¿Me estaba diciendo algo? Hice todo cuanto pude para poder escucharle.

—Harry de Vries será trasladado a Ámsterdam mañana. Si quiere verle, venga a las tres en punto esta tarde –y luego–: ¿Lo ve? El segundero sigue temblando un poco al llegar a lo alto de la esfera.

A las tres en punto, Cato y yo atravesamos las altas puertas dobles de la comisaría de policía. El agente de servicio en el puesto de guardia era el mismo Rolf.

—Vengan conmigo –dijo rudamente. Nos condujo por una puerta y a lo largo de un corredor de techos altos. Se paró delante de una puerta metálica cerrada con llave–. Esperen aquí –dijo Rolf. Alguien al otro lado abrió la puerta y Rolf entró. Ya habían pasado varios minutos cuando volvió a abrirse la puerta y nos encontramos cara a cara con Harry. Rolf se apartó cuando cogió a Cato entre sus brazos.

—Solo tienen unos pocos segundos –susurró Rolf. Se separaron, mirándose fijamente a los ojos–. Lo siento –dijo Rolf–. Tiene que volver ya.

Harry besó a su esposa. Después, tomó mi mano y la estrechó solemnemente. Nuestros ojos se llenaron de lágrimas. Entonces, Harry habló por primera vez.

—Recordaré este lugar, dondequiera que nos lleven, cariño –dijo–. Será el estrado donde confiese a Jesús.

Rolf se llevó a Harry, agarrándolo por el codo.

—¡Rezaremos por ti muchas veces cada día, Harry! –lloré cuando la puerta se hubo cerrado. Tuve una corazonada, que no compartí con nadie; esa iba a ser la última vez que vería a nuestro amigo «el bulldog».

Esa noche celebramos una reunión sobre Rolf, Betsie y yo y la docena, tanto de chicos como de muchachas, que actuaban como mensajeros para el movimiento. Si Rolf había arriesgado su propia seguridad para contarnos lo que sabía sobre el traslado de Harry, quizá debería trabajar con nosotros.

—Señor Jesús –dije en voz alta–, esto podría ser muy peligroso para todos y también para Rolf –pero, al salir de mi boca esas palabras, me invadió una ola de seguridad y confianza. ¿Cuánto tiempo íbamos a seguir guiados por este don de la sabiduría?, me pregunté.

Le encomendé a uno de los chicos más jóvenes la tarea de seguir a Rolf desde el trabajo a casa al día siguiente y descubrir así dónde

vivía. Los chicos mayores, con más posibilidad de acabar en las fábricas, los enviábamos ahora solo por la noche; y luego, cada vez con más frecuencia, vestidos de chicas.

A la semana siguiente le hice una visita a Rolf en su casa.

—Usted no tiene ni idea de lo mucho que significó para nosotras poder ver a Harry –le dije cuando ya me encontraba a salvo, en el interior–. ¿Cómo podríamos pagarle esta bondad?

Rolf se pasó las manos por el pelo brillante.

—Bueno, la verdad es que sí hay una manera. La mujer de la limpieza de la cárcel tiene un hijo adolescente, y han estado a punto de llevárselo, ya en dos ocasiones. Está desesperada por encontrarle otro lugar donde vivir…

—Tal vez yo pueda ayudarles –le dije–. ¿Cree que ella podría caer en la cuenta de que necesita que le reparemos su reloj?

Al día siguiente, Toos llamó a la puerta de la habitación de tía Jans, donde yo estaba hablando con dos nuevos voluntarios acerca de nuestro trabajo. Cada vez con más frecuencia, salía del taller y me iba a esa habitación, dejando solo a papá, porque nuestras «operaciones clandestinas» requerían que les dedicara más tiempo.

—Hay una pequeña mujer, de aspecto gracioso, abajo –dijo Toos–. Dice que su nombre es Mietje y que viene de parte de Rolf.

Recibí a Mietje en el comedor. Cuando me saludó, vi que tenía la mano agrietada y curtida por años de trabajo. Un mechón de pelo le había crecido en la barbilla.

—Sé –le dije– que tiene un hijo del que está muy orgullosa.

—¡Oh, sí! –la cara de Mietje se iluminó ante la sola mención de su hijo.

Tomé el viejo y voluminoso reloj despertador que había traído consigo.

—Venga a recoger su reloj mañana por la tarde. Espero tener buenas noticias.

Esa noche escuchamos los informes de nuestros mensajeros. Debido al largo y cruel invierno, había aumentado el número de plazas en varias direcciones. Había un lugar en una granja de tulipanes cercana, pero el agricultor había dicho que teníamos que pagarle por el riesgo que estaba corriendo. Tendríamos que pagarle

sus honorarios en monedas de plata, no en papel moneda, más una cartilla adicional de racionamiento. No era muy habitual que un «anfitrión» pidiera dinero a cambio de sus servicios; pero, cuando uno lo hacía, le pagábamos de buena gana.

Cuando Mietje apareció a la mañana siguiente, saqué un billete pequeño del monedero y le arranqué una esquina.

—Esto es para su hijo –le dije–. Esta noche debe ir a Gravenstenenbrug. Hay un tocón en el lado derecho del puente, talaron el árbol el invierno pasado. Deberá ponerse a su lado, observando el canal. Un hombre subirá y le preguntará si tiene cambio de un billete. Su hijo debe entregar la esquina que le falta, que coincidirá con el suyo, y luego debe seguir a ese hombre sin hacer preguntas.

Betsie entró en el comedor justo cuando Mietje estaba agarrando mi mano entre sus dos «papeles de lija».

—¡Voy a hacer cuanto esté en mi mano por usted! ¡De alguna manera, algún día encontraré la manera de pagarle!

Betsie y yo intercambiamos una sonrisa. ¿Cómo podría esta sencilla y pequeña mujer ayudarnos con el tipo de necesidades que estábamos afrontando?

Y así fue aumentando el trabajo. Cada vez que surgía una nueva necesidad, también encontrábamos una nueva solución. A través de Pickwick, por ejemplo, nos pusimos en contacto con un empleado de la central telefónica, en cuyo departamento se manejaba la conexión y desconexión de las líneas. Con unos pocos cables y haciendo malabares con los números, pronto tuvimos en funcionamiento nuestro propio aparato.

¡Qué día tan glorioso, cuando el viejo teléfono de pared sonó alegremente por primera vez en tres años! ¡Y cómo lo necesitábamos! Porque ahora había también mujeres de ochenta años y ancianos y personas de mediana edad, que trabajaban, junto con los adolescentes, en el «movimiento clandestino de Dios», como a veces nos denominábamos, medio en broma medio en serio. La mayoría de estas personas nunca se vieron las unas a las otras. Intentábamos reducir los contactos directos, a lo mínimo imprescindible. Pero todos conocían la Beje. Era la oficina central,

el centro de difusión de la red; el centro neurálgico, donde todos los hilos se entrecruzaban.

Pero, si el teléfono era una bendición, también era un riesgo añadido, como también lo era cada nuevo colaborador y cada nueva conexión. Pusimos el timbre del teléfono tan bajo como pudimos, ¿pero nadie sabía quién podría estar en el pasillo cuando sonara?

En realidad, ¿cuántos de aquellos ojos curiosos que pasaban a diario por nuestra calle iban a seguir creyendo que una pequeña tienda de relojes podría tener tanto movimiento como parecía? Ciertamente aún teníamos mucha demanda de trabajos de reparación y muchos clientes auténticos que aún seguían viniendo a la relojería. Pero, aun así, había demasiada gente entrando y saliendo, sobre todo a primera hora de tarde. El toque de queda era ahora a las 19.00, lo que en primavera y en verano eliminaba toda posibilidad de que los colaboradores pudieran moverse legalmente durante las horas nocturnas.

Era apenas hora y media antes del toque de queda del día 1 de junio de 1943, y me encontraba en mi mesa de trabajo pensando en todo esto, con gran preocupación. Seis colaboradores todavía no habían regresado, y aún había muchos cabos sueltos que amarrar antes de las 7.00. Por un lado, era el primer día de mes, y por tanto Fred Koornstra tenía que llegar con las nuevas cartillas de racionamiento.

Aquel centenar de cartillas, que me había parecido una petición tan extravagante hacía un año, ahora eran muy pocas para nuestras necesidades y Fred era solo uno de nuestros proveedores; algunas de las tarjetas robadas procedían de lugares tan lejanos como Delft.

¿Cuánto tiempo podremos seguir por este camino?, me pregunté. *¿Durante cuánto tiempo vamos a seguir contando con esta extraña protección?*

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la campanilla de la puerta del callejón. Betsie y yo llegamos a la vez. Allí nos encontramos a una joven judía que acunaba un diminuto bulto cubierto en sus brazos. Detrás de ella reconocí a un médico residente de la maternidad. El bebé, nos dijo ya en el vestíbulo, había nacido prematuramente. Había mantenido a la madre y al niño en el

hospital durante más tiempo de lo permitido porque no tenían ningún otro sitio adonde ir.

Betsie cogió en brazos al bebé y, en ese momento, Fred Koornstra abrió la puerta de la tienda. Parpadeó un momento al ver gente en el hall, y luego se dio la vuelta con gran premeditación, hacia el contador de la pared. El joven doctor, viendo a quien para él era un verdadero lector de contadores, se puso tan blanco como su propia bata. Me entraron muchas ganas de tranquilizar tanto al doctor como a Fred, pero sabía que, cuanto menos supieran del grupo y menos se conocieran los unos a los otros, más seguro sería para todos. El pobre médico tragó saliva y nos dijo un precipitado «adiós», mientras Betsie y yo llevábamos a la madre y al bebé al comedor; y, cerrando la puerta, dejamos a Fred que hiciera su trabajo.

Betsie sirvió un plato de la sopa que había preparado para la cena, con un hueso muy hervido. El bebé comenzó a emitir un alto y fino gemido; lo mecí mientras la madre comía. Aquí teníamos un nuevo peligro, un fugitivo diminuto demasiado joven para comprender que era una auténtica locura hacer el menor ruido. Habían pasado muchos niños judíos por la Beje, durante una o incluso varias noches; y hasta el más joven había desarrollado ese sigilo que caracteriza a las pequeñas piezas de caza. Pero, con solo dos semanas de vida, aún era demasiado pequeño para comprender que el mundo no le daba precisamente la bienvenida; y nosotros necesitábamos encontrarles cuanto antes un lugar, lo más apartado posible del resto de las casas.

Y, a la mañana siguiente, entró en la tienda la solución perfecta. Era un clérigo, amigo nuestro, pastor en una pequeña ciudad, situada en las afueras de Haarlem. Su casa estaba apartada de la calle, en un gran parque lleno de árboles.

—Buenos días, pastor –le dije, uniendo las piezas del rompecabezas que viajaba a toda velocidad en el tren de mi mente–. ¿En qué podemos ayudarle?

Miré el reloj que había traído para reparar: Necesitaba una pieza de repuesto muy difícil de encontrar.

—Pero por ser usted, pastor, haremos todo lo posible. Y ahora

hay algo que tengo que confesarle.

Los ojos del pastor me miraron, escrutadores.

—¿Confesar? –le conduje a través de la puerta trasera de la tienda y subimos la escalera hasta el comedor–. Confieso que yo también busco algo –la cara del pastor estaba arrugada ahora, a causa del ceño fruncido–. ¿Usted estaría dispuesto a alojar a una madre judía y a su bebé en su casa? De lo contrario, es casi seguro que acabarán detenidos.

El color desapareció de la cara del hombre. Dio un paso atrás, alejándose de mí.

—¡Señorita ten Boom! Espero que no se haya involucrado en ningún asunto ilegal ni en negocios turbios. ¡Eso no es seguro! ¡Piense en su padre! Y en su hermana, ¡ella nunca ha sido fuerte!

Impulsivamente, le dije al pastor que esperara y corrí escaleras arriba. Betsie había puesto a los recién llegados en la habitación de Willem, que era el cuarto que estaba más alejado de las ventanas de la calle. Le pedí permiso a la madre para tomar prestado al bebé: Esa cosa tan pequeña no pesaba casi nada en mis brazos.

Ya de vuelta en el comedor, retiré la toquilla de la cara del bebé. Hubo un largo silencio. El pastor se inclinó hacia adelante, extendiendo la mano, casi a pesar de sí mismo, para alcanzar el pequeño puño que estaba cerrado alrededor de la manta. Por un momento, vi en su rostro cómo luchaban la compasión y el miedo. Luego se puso de pie.

—¡No! ¡Definitivamente, no! ¡Podríamos perder la vida por culpa de ese niño judío!

Sin que nadie lo hubiera llamado, papá había aparecido en el umbral de la puerta.

—Dame el niño a mí, Corrie –dijo. Papá sostuvo al recién nacido cerca de su rostro, con su barba blanca acariciando su mejilla, mirando aquella carita con unos ojos azules y tan inocentes como los del propio bebé. Por fin, se dirigió al pastor–. Usted dice que podríamos perder nuestras vidas a causa de este niño. Yo lo consideraría como el mayor honor que podrían hacerle a mi familia.

El pastor giró bruscamente sobre sus talones y salió de la habitación. Así que tuvimos que aceptar una mala solución a nuestro

problema.

En las afueras de Haarlem había una granja en las que escondían a los refugiados durante cortos períodos de tiempo. No se trataba de una buena ubicación, porque la Gestapo ya había estado allí. Pero no había ningún otro lugar disponible a corto plazo. Dos de nuestros colaboradores se llevaron allí a la mujer y al niño esa misma tarde. Pocas semanas más tarde nos enteramos de que habían asaltado la granja. Al llegar la Gestapo a la granja, no fue el bebé, sino la madre quien comenzó a chillar con histeria. Ella, el bebé y todos sus protectores fueron detenidos.

Nunca llegamos a saber lo que les sucedió.

A pesar de contar con un amigo en la central telefónica, no podíamos estar completamente seguros de que nuestro teléfono no estuviera pinchado. Por eso, decidimos desarrollar un sistema para codificar nuestros mensajes clandestinos, en términos de relojes:

«Tenemos un reloj aquí que necesita reparación. Pero no puedo encontrar una pieza maestra. ¿Sabe usted quién podría tener alguna?» (hay una mujer judía que necesita un lugar para esconderse y no podemos encontrarle uno a través de nuestros contactos habituales).

«Tenemos un reloj aquí, con un problema que nos está causando dificultades. Uno de los números se ha aflojado y frena la manecilla. ¿Conoce a alguien que haga este tipo de trabajos de reparación?» (hay un judío cuyos rasgos son especialmente semíticos. ¿Conoce a alguien que estuviera dispuesto a asumir un riesgo adicional?).

«Lo siento, pero el reloj de niño que nos ha dejado no se puede reparar. ¿Tiene el recibo?» (un niño judío ha muerto en una de nuestras casas. Necesitamos un permiso de entierro).

Una mañana de mediados del mes de junio, sonó el teléfono y recibimos este mensaje. «Tenemos un reloj de hombre que nos está dando problemas. No hemos encontrado a nadie capaz de repararlo. Porque, para empezar, es un modelo muy anticuado…». Así que se trataba de un judío cuyas características físicas lo delataban. Este era el tipo de persona más difícil de ubicar.

—Envíenoslo a nosotros. Le echaremos un vistazo y veremos lo

que podemos hacer en nuestro propio taller –le dije.

Puntualmente a las 7.00 de la noche, sonó el timbre de la puerta lateral. Miré el espejo de la ventana del comedor, donde estábamos sentados tomando té de hojas de rosa y tallos de cereza. Incluso viendo solo su cabeza de perfil, me di cuenta de que ese era nuestro «reloj antiguo». Su silueta, su ropa, su misma postura era la típica de una comedia musical judía.

Corrí hacia la puerta.

—¡Rápido, entre!

Un hombre delgado y sonriente, de unos treinta años de edad, con orejas protuberantes, calvo y con unas gafas minúsculas, me hizo una profunda reverencia. Me gustó al instante. Una vez que se hubo cerrado la puerta, sacó una pipa.

—Lo primero que tengo que preguntar –dijo– es si debo abandonar a mi buena amiga, la pipa. Meyer Mossel y su pipa no se separan fácilmente. Pero si a usted le molesta, amable señora, que su olor se meta en sus cortinas, yo, con mucho gusto, le diré adiós a mi amiga la nicotina.

Me reí. De todos los judíos que habían venido a nuestra casa, este fue el primero en entrar alegremente y haciéndome una pregunta acerca de nuestra propia comodidad.

—¡Por supuesto que puede conservar su pipa! –le contesté–. Mi padre se fuma un puro, siempre que es capaz de conseguir uno en estos tiempos que corren.

—¡Ah! ¡Estos tiempos! –Meyer Mossel levantó los brazos y los hombros en un exagerado encogimiento de hombros–. ¿Qué se puede esperar, cuando los bárbaros han invadido el campamento?

Lo llevé hasta el comedor. Había siete personas sentadas a la mesa, una pareja judía esperando un refugio y tres colaboradores de nuestro movimiento clandestino, además de papá y Betsie. Los ojos de Meyer Mossel se dirigieron directamente hacia papá.

—Pero –gritó–. ¡Uno de los Patriarcas! –esa era exactamente la forma correcta de llamar a papá.

—Pero –le respondió papá con el mismo buen humor– un hermano ¡del pueblo elegido!

—¿Puede recitar el salmo ciento sesenta y seis, Opa? –dijo

Meyer.

Papá sonrió. Por supuesto, no existía aquel salmo; el Salterio termina en el 150. Debía tratarse de una broma, y nada podría complacer más a papá que una broma bíblica.

—¡El salmo cien y sesenta y seis! ¿Quiere que lo recite para usted? –preguntó Meyer. Papá hizo un gesto de asentimiento y Meyer se sumergió en los versos.

—¡Pero ese es el salmo cien! –le interrumpió papá. Y luego su cara se iluminó. ¡Ah, claro! El Salmo 66 comienza con las mismas palabras que el 100. Meyer había pedido el Salmo cien y sesenta y seis. Durante el resto de la tarde pude oír a papá, riéndose entre dientes: «¡Salmo cien y sesenta y seis!».

A las 8.45, papá tomó la vieja Biblia y la abrió por el libro de Jeremías, donde lo habíamos dejado la noche anterior, y, a continuación, con una inspiración repentina, puso la Biblia sobre la mesa para entregársela a Meyer.

—Yo consideraría un verdadero honor que usted leyera para nosotros esta noche –dijo papá.

Meyer se puso de pie, levantando el libro con cariño. De un bolsillo sacó una pequeña gorra de oración, y luego, desde lo más profundo de su garganta, medio cantando, medio declamando, leyó las palabras del antiguo profeta, con tanto sentimiento y tan dolorosamente, que nos parecía estar oyendo el mismo grito del Exilio.

Meyer Mossel, según nos contó después, había sido cantor en la sinagoga de Ámsterdam. A pesar de su habitual desenfado, había sufrido mucho. La mayoría de su familia había sido arrestada; su esposa y sus hijos se habían escondido en una granja en el norte, pero habían declinado aceptar a Meyer. Por razones obvias, dijo con una mueca, refiriéndose a sus inconfundibles rasgos.

Y, poco a poco, todos nos dimos cuenta de que ese hombre entrañable había llegado a la Beje para quedarse. Sin duda, no era un lugar ideal, pero para Meyer no había ningún sitio ideal en aquellos momentos.

—Por lo menos –le dije una noche–, que tu nombre no te busque también problemas.

Desde el primer momento en el que lo vi, me acordé de cuando Willem estudiaba historia de la Iglesia; porque me había recordado al venerable Padre de la Iglesia del siglo IV, Eusebius.

—Creo que te voy a llamar así: Eusebio –decidí.

Estábamos sentados en la habitación delantera de tía Jans con Kik y algunos otros jóvenes que nos habían hecho una entrega de permisos de viaje falsificados; y ya era demasiado tarde para volver a casa por el toque de queda.

Meyer se echó hacia atrás y miró al techo, pensativo. Después se quitó la pipa de la boca.

—Eusebio Mossel –dijo saboreando las palabras–. No, no suena del todo bien Eusebio Gentil Mossel.

Todos nos reímos.

—¡No seas ganso! –dijo Betsie–. ¡Hay que cambiar el nombre y el apellido!

Kik miró con picardía a papá.

—¡Opa! ¿Qué tal Smit? Parece que es un nombre muy popular en estos días.

—Realmente sí que lo es –dijo papá, que no había cogido el chiste.

—¡Extraordinariamente popular!

Y así nació Eusebio Smit.

Cambiar el nombre de Meyer fue fácil: al final se convirtió en «Eusie». Pero conseguir que comiera comida no kosher era ya otro cantar. El problema, por supuesto, era que teníamos que agradecer cualquier alimento que obteníamos: había que hacer cola durante horas para conseguir lo que hubiera disponible en este tercer año de la ocupación.

Un día, el periódico anunció que el cupón número cuatro era válido para conseguir salchichas de cerdo. Era la primera carne que habíamos probado en semanas. Betsie preparó el banquete con mucho cariño guardando cada gota de grasa sobrante para dar sabor a otras comidas más tarde.

—Eusie –dijo Betsie mientras ponía en la mesa la cazuela con el guiso de cerdo y patatas al vapor–, el día ha llegado.

Eusie vació la ceniza de su pipa y consideró su grave situación

en voz alta. Él, que siempre había comido kosher, él, el hijo mayor de un hijo mayor de una familia respetada. Realmente a él, Meyer Mossel, Eusebius Smit, le estaban pidiendo, completamente en serio, que comiera carne de cerdo.

Betsie puso una ración de salchichas y patatas ante él.

—*Bon appetit* –el tentador aroma de la carne alcanzó nuestros paladares hambrientos. Eusie se humedeció los labios con la lengua.

—Por supuesto –dijo–, también hay una disposición en el Talmud acerca de esta situación –pinchó la carne con el tenedor, la mordió con avidez y puso los ojos en blanco de puro placer–. Y voy a comenzar a buscarla –dijo–, tan pronto como me termine la comida.

Como si la llegada de Eusie hubiera acabado con nuestras últimas vacilaciones, una semana más tarde, contábamos ya tres nuevas incorporaciones permanentes en casa. Primero llegó Jop, nuestro aprendiz, cuyos viajes diarios desde la casa de sus padres, en las afueras, habían estado a punto de costarle, en dos ocasiones, el ser detenido y mandado a una fábrica. La segunda vez, sus padres nos pidieron que si podía quedarse en la Beje y nosotros estuvimos de acuerdo.

Los otros dos eran Henk, un joven abogado, y Leendert, un maestro de escuela. Leendert hizo una contribución especialmente importante a la vida secreta de la Beje. Instaló un sistema de alarma eléctrico.

Por aquel entonces, había aprendido a hacer de noche el trayecto a casa de Pickwick, casi con tanta habilidad como Kik. Una noche, cuando le había aceptado con gratitud una taza de café, mi amigo, con los ojos mirando a la pared, se sentó frente a mí, para iniciar una conversación.

—Cornelia –dijo, colocando la mole de su cuerpo en una silla forrada de terciopelo, demasiado pequeña para él–, tengo entendido que no tenéis un sistema de alarma en vuestra casa. Eso es una auténtica locura. También me inclino a creer que no estáis llevando a cabo simulacros para casos de emergencia, de modo regular, para vuestros invitados.

Siempre me sorprendía lo bien que sabía Pickwick todo lo que

pasaba en la Beje.

—Sabéis que podría producirse una incursión en cualquier momento –continuó Pickwick–. Y no creo que se pueda evitar. Hay decenas de personas entrando y saliendo constantemente de la tienda, y un agente del NSB está viviendo en la calle Kan. Tu habitación secreta no sirve de nada, si las personas que hay en casa no pueden llegar a tiempo hasta ella. Tengo un amigo que se llama Leendert. Es un buen hombre y un electricista bastante aceptable. Haz que coloque una alarma en cada habitación que tenga una puerta o una ventana que den a la calle. A continuación, realizad simulacros y practicad hasta que tus huéspedes sean capaces de desaparecer en esa habitación, sin dejar rastro, en menos de un minuto. Os voy a enviar a alguien para que os ayude a empezar.

Leendert realizó la instalación eléctrica durante el fin de semana siguiente. Primero instaló un timbre en la parte superior de las escaleras, con un volumen lo suficientemente alto como para ser escuchado en toda la casa, pero no en la calle. Fueron colocando los pulsadores en cada punto donde creían que se podrían detectar los problemas con mayor rapidez. Situaron un botón debajo de la ventana del comedor, justo debajo del espejo que daba a la puerta lateral. Otro se instaló en el salón de la planta baja, justo dentro de la puerta y un tercero, en el interior de la puerta principal de la calle Barteljorisstraat. También colocaron un botón detrás del mostrador, de la tienda y uno en cada mesa de trabajo, así como debajo de las ventanas de las habitaciones de tía Jans.

Estábamos listos para la primera prueba. Los cuatro miembros no autorizados de nuestro hogar ya estaban subiendo a la habitación secreta dos veces al día: una por la mañana, para guardar sus artículos de aseo, su ropa de dormir y su ropa de cama, y otra por la noche para ocultar lo que usaban por el día. Los miembros de nuestro grupo clandestino que tenían que pasar la noche alguna vez, también tenían que guardar sus impermeables, sombreros y todo lo que hubieran traído con ellos, en esa habitación. En definitiva, había un tráfico lento y constante, dentro y fuera de mi pequeño dormitorio, ahora de apenas un metro. Muchas noches, mi última visión antes de dormirme era la de Eusie, en bata larga y gorro con

borlas, introduciendo su ropa de día a través del panel secreto.

Pero el propósito fundamental de los simulacros era comprobar la rapidez con que podían llegar a la habitación a cualquier hora del día o de la noche, sin previo aviso. Un hombre joven, alto y de rostro cetrino, llegó de parte de Pickwick una mañana, para enseñarme la forma en la que debíamos realizar los simulacros.

—¡Smit! –exclamó papá, cuando se presentó–. ¡Esto es algo verdaderamente asombroso! Hemos tenido varios Smits últimamente. Veo que usted tiene un gran parecido con…

El Sr. Smit se deshizo con delicadeza de papá, y de sus investigaciones genealógicas y me siguió arriba.

—La hora de comer –dijo–. Es una de sus horas preferidas para hacer una redada. También en medio de la noche –iba de una habitación a otra, apuntando que, en todas partes, había evidencias de que más de tres personas estaban viviendo en la casa–. Vaciad siempre las papeleras y los ceniceros –se detuvo en la puerta del dormitorio–. Si la redada se produce en mitad de la noche, no solo deben llevarse las sábanas y las mantas, también deben darle la vuelta al colchón. Ese es uno de sus trucos favoritos, descubrir un punto caliente en una cama.

El Sr. Smit se quedó a almorzar. Había once personas a la mesa ese día, incluyendo a una señora judía que había llegado la noche anterior y una mujer gentil y su hija pequeña, miembros de nuestra organización, que actuaban como «acompañantes». Los tres iban a salir hacia una granja en Brabant, después del almuerzo.

Betsie acababa de servir la mesa, con un guiso hecho con tanta maña, que apenas se notaba la falta de carne, cuando, sin previo aviso, el Sr. Smit se inclinó hacia atrás en su silla y pulsó el botón que estaba debajo de la ventana. El timbre sonó en toda la casa y todos saltamos como un resorte, recogiendo rápidamente los vasos y los platos, y subiendo por la escalera, mientras el gato arañaba las cortinas en medio de la confusión. Oímos gritos de «¡más rápido!», «¡no tan fuerte!» y «¡que se le cae!», mientras Betsie, papá y yo reajustábamos a toda prisa la mesa y las sillas para que pareciera un almuerzo para tres personas.

—No, dejen mi plato –nos indicó el Sr. Smit–. ¿Por qué no iban

a poder tener un invitado para el almuerzo? La señora y la niña también se podrían haber quedado.

Por fin nos sentamos a la mesa de nuevo, y el silencio reinó arriba. El proceso entero nos había llevado cuatro minutos. Un poco más tarde, nos reunimos todos juntos, otra vez, alrededor de la mesa del comedor. El Sr. Smit fue exponiendo, ante todos, las pruebas incriminatorias que había encontrado: dos cucharas y un trozo de zanahoria en la escalera, ceniza de pipa en un dormitorio «deshabitado». Todos miramos a Eusie, que se sonrojó hasta la punta de sus grandes orejas.

—También aquellos –dijo señalando los sombreros de madre e hija, que aún seguían colgados en las perchas de la pared del comedor–. Si tienen que esconderse, párense un instante y piensen con qué ropa llegaron. Además de esto, todos han estado sencillamente muy lentos.

A la noche siguiente, di la alarma otra vez y, en esa ocasión, la carrera nos llevó un minuto treinta y tres segundos menos que la vez anterior. En nuestro quinto simulacro, ya estábamos por debajo de los dos minutos. Nunca conseguimos el ideal de Pickwick, de menos de un minuto, pero, con la práctica, aprendimos a dejar rápidamente todo lo que estuviéramos haciendo y conseguimos que todos los que tenían que esconderse en el cuarto secreto estuvieran allí en setenta segundos.

Papá, Toos y yo ideamos algunas «técnicas dilatorias» para cuando la Gestapo entrara por la puerta de la tienda; Betsie inventó una estrategia similar para la puerta del callejón. Con estas tácticas esperábamos poder ganar unos tictacs que sirvieran de salvavidas, concediéndoles setenta segundos a nuestra segunda tripulación. Como los simulacros no hacían sino aumentar el temor, nunca comentado pero siempre presente, que atormentaba a cada uno de nuestros huéspedes, tratábamos de evitar que esos momentos se convirtieran en algo demasiado serio y formal.

—¡Como si fuera un juego! –nos gustaba decirnos los unos a los otros–, ¡un entrenamiento para batir nuestro propio récord!

Uno de los miembros de nuestro grupo era el dueño de la panadería que estaba en la calle de al lado. A principios de mes, le

haría llegar una remesa de cupones para que se abasteciera de azúcar. Cuando decidía que era el momento de otro entrenamiento, iba a verlo para comprar una bolsa de bollos de crema –un lujo impensable en aquellos días de escasez– y guardarlo, en secreto, en mi mesa de trabajo y sacarlo en el momento adecuado, como recompensa por un ejercicio bien hecho.

Cada vez, el pedido de bollos era más grande. Tenía que llegar no solo para los trabajadores, a quienes habíamos querido iniciar en el sistema, sino también para los tres nuevos huéspedes permanentes: Thea Dacosta, Meta Monsanto y Mary Itallie.

Mary Itallie, de setenta y seis años, era la mayor de todos y también la que nos planteaba los mayores problemas. Desde el momento mismo en el que Mary cruzó nuestra puerta, me di cuenta de lo que ocurría. Padecía asma, por lo que respiraba con dificultad y haciendo ruido; por este motivo, otros anfitriones se habían mostrado poco dispuestos a acogerla. Como su afección ponía en peligro la seguridad de los otros, expusimos el problema en el comité. Los siete interesados –Eusie, Jop, Henk, Leendert, Meta, Thea y la propia Mary– nos acompañaron a papá, a Betsie, y a mí en el salón de tía Jans.

—No tiene ningún sentido andarse con tapujos –comencé–, Mary tiene un problema, sobre todo tras subir la escalera, y esto podría poneros a todos en peligro –en el silencio que siguió, la respiración de Mary pareció sonar más fuerte.

—¿Puedo hablar? –preguntó Eusie.

—Por supuesto.

—Me parece que todos los que estamos en vuestra casa se debe a alguna que otra dificultad añadida. Somos niños huérfanos, esos a los que no quiere nadie más. Cualquiera de nosotros pone en peligro a todos los demás. Así que voto que Mary se quede.

—Bien –dijo el abogado Henk–, vamos a someterlo a votación.

Las manos comenzaron a elevarse pero Mary pugnaba por poder hablar.

—Votaciones secretas –consiguió decir al fin–. No quiero que nadie se sienta presionado.

Henk trajo una hoja de papel del escritorio del cuarto de al lado

y lo rasgó en nueve pequeños trozos.

—Ustedes también –dijo, entregándonos papelitos a Betsie, a papá y a mí–. Si nos descubren, ustedes sufrirán las consecuencias, tanto como nosotros.

Repartió lápices para todos: –Escribid «No» si pensáis que es demasiado arriesgado, o «Sí» si creéis que debe permanecer aquí.

Durante unos momentos, los lápices escribieron en los papeles y luego Henk recogió los trozos doblados. Los abrió en silencio, se acercó y los dejó caer en el regazo de María. Nueve pequeños trozos de papel, nueve veces la misma palabra repetida: «Sí».

Y así se formó nuestra «familia». Hubo algunos que se quedaron a pasar un día o una semana, pero estas siete personas conformaban el núcleo de nuestro hogar feliz.

El que llegara a ser feliz, en los tiempos que corrían y en tales circunstancias, era, en gran parte, obra de Betsie. Como las «vidas físicas» de nuestros invitados estaban realmente muy limitadas, por las tardes, bajo la dirección de Betsie, se abrían las puertas al vasto mundo. A veces teníamos conciertos, con Leendert al violín y Thea, un músico realmente consumado, al piano. O Betsie anunciaba «una tarde de Vender» (el Shakespeare holandés), y cada uno de nosotros leía una parte. Una noche a la semana le tocaba a Eusie, que nos daba lecciones de hebreo, otra noche Meta nos enseñaba italiano…

Aquellas actividades nocturnas tenían que ser breves, porque la ciudad sufría cortes de suministro eléctrico cada noche, y teníamos que reservar las velas para las emergencias. Cuando las luces parpadeaban y se apagaban, nos dirigíamos al comedor, donde mi bicicleta nos esperaba en su soporte. Uno de nosotros se subía a ella, y los otros se sentaban y, a continuación, mientras el ciclista pedaleaba furiosamente para que el faro brillara con su resplandor, alguien retomaba directamente el capítulo de la noche anterior. Cambiábamos de ciclista y de lector a menudo, en cuanto las piernas o la voz de turno se cansaban, siguiendo nuestro camino a través de las historias, las novelas o las obras de teatro.

Papá siempre se iba arriba después de las oraciones, a las 9.15, pero todos los demás nos quedábamos, reacios a romper el círculo,

lamentando que llegara el final de noche.

—Oh, bueno –decía Eusie cuando nos dirigíamos por fin a nuestras habitaciones–. ¡Espero que haya un simulacro esta noche! No he probado un solo profiterol en casi una semana…

8. Se acercan nubes de tormenta

Si las tardes eran agradables, los días cada vez se estaban volviendo más tensos. Éramos ya demasiados; el grupo era demasiado grande, y la red se había extendido demasiado. Tras año y medio, todos habíamos ido demasiado lejos con nuestras dobles vidas. Aparentemente, solo seguíamos siendo un anciano relojero, que vivía con sus dos hijas solteronas, encima de su pequeña tienda. Pero, en realidad, la Beje se había convertido en el centro de un círculo clandestino que se extendía ya hasta los rincones más apartados de Holanda. Hasta aquí llegaban, a diario, docenas de colaboradores, con informes y peticiones. Y me temía que, tarde o temprano, pudieran cometer un error.

La hora de la comida era lo que más me preocupaba. Nos reuníamos tantos a comer, que tuvimos que colocar las sillas en diagonal alrededor de la mesa del comedor. Al gato le encantaba esta nueva situación. Eusie le había puesto un nombre hebreo bastante apropiado: «Maher Shalal Hashbaz», que significaba «el que se apresura por los restos, el que se apresura por su presa». Con las sillas tan cerca las unas de las otras, M. S. Hashbaz podía recorrer la mesa entera sobre nuestros hombros, ronroneando frenéticamente, dando vueltas alrededor, una y otra vez. Pero estaba inquieto porque éramos muchos en el comedor.

La habitación se encontraba solo a cinco escalones por encima del nivel de calle; por lo que cualquier transeúnte alto podría asomarse por la ventana. Decidimos colgar una cortina blanca y opaca para que sirviera de pantalla, pero que permitiera entrar la luz. Y, cuando nuestras siluetas oscuras se proyectaban por la noche sobre la pantalla, me sentía verdaderamente intranquila.

Un día, durante el almuerzo, me pareció ver una figura, mirando a través de la cortina, de pie, fuera en el callejón. Cuando volví a fijarme, un minuto más tarde, vi que todavía continuaba allí. No había ninguna razón para quedarse allí de pie, a no ser que tuviera

algún interés especial por lo que sucedía dentro de la Beje. Me levanté y separé de la ventana unos centímetros.

De pie, a unos metros de distancia, aparentemente paralizada por una terrible emoción, ¡estaba la vieja Katrien, de la casa de Nollie!

Salí corriendo por las escaleras, abrí la puerta y tiré de ella hacia adentro. Aunque el día de agosto era cálido, las manos de la anciana estaban frías como el hielo.

—¡Katrien! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estabas ahí, parada?

—¡Se ha vuelto loca! –sollozó–. Su hermana se ha vuelto ¡loca!

—Nollie, ¿qué ha pasado?

—¡Vinieron! –dijo–. ¡El servicio secreto! No sé lo que sabían o quién les había dicho algo. Su hermana y Annaliese estaban en el cuarto de estar cuando ¡la oí! –estalló en sollozos otra vez–. ¡La oí!

—¿Oíste qué? –casi grité.

—¡Oí lo que les dijo! Señalaron a Annaliese y le preguntaron: «¿ella es judía?». Y su hermana dijo: «¡Sí!» –sentí que se me doblaban las rodillas. *Annaliese, rubia, hermosa; Annaliese, joven, con los papeles perfectos. Y ¡había confiado en nosotros! ¡Ah Nollie, Nollie!, mira lo que has logrado con tu rígida honestidad.*

—¿Y luego? –pregunté.

—No lo sé. Salí corriendo por la puerta trasera. ¡Se ha vuelto loca!

Dejé a Katrien en el comedor, saqué la bicicleta y recorrí, tan rápido como pude, la milla y media que me separaba de la casa de Nollie. Hoy el cielo no parecía tan grande sobre la Calle Wagenweg. En la esquina de Bos en Hoven Straat apoyé la bicicleta en un poste de la luz, y me quedé jadeando, con el corazón palpitando en la garganta.

Entonces, intentando parecer tan casual como pude, me paseé por la acera de delante de la casa. Todo parecía engañosamente normal, a excepción de un coche aparcado justo en frente. Pasé por delante. No se oía ni un solo sonido detrás de las cortinas blancas. Nada que distinguiera a esta casa de las otras casas idénticas, situadas a ambos lados de la misma.

Cuando llegué a la esquina me di la vuelta. En ese momento se abrió la puerta y salió Nollie, acompañada por un hombre vestido

con un traje marrón, típico de un hombre de negocios. Un minuto más tarde, apareció un segundo hombre, medio tirando, medio sirviendo de soporte a Annaliese. Su rostro estaba blanco como la tiza; en dos ocasiones, antes de llegar al coche, pensé que iba a desmayarse. El coche dio dos portazos, el motor rugió y, un instante después, se habían ido.

Pedaleé de vuelta a la Beje conteniendo las lágrimas de ansiedad. Pronto nos enteramos de que se habían llevado a Nollie a la estación de policía de la esquina, a una de las celdas de la zona posterior. Pero Annaliese había sido enviado al viejo teatro judío de Ámsterdam desde donde transportaban a los judíos a los campos de exterminio de Alemania y Polonia.

Fue Mietje, encorvada y de aspecto descuidado; la pequeña Mietje, cuya ayuda habíamos desestimado, la que nos mantuvo en contacto con Nollie.

—Ella está de muy buen ánimo –dijo Mietje. Se pasa el día cantando himnos y canciones con su dulce voz de soprano–. *¿Cómo era capaz de cantar cuando había traicionado a otro ser humano?*

Mietje le entregaba el pan que Betsie cocía para Nollie cada mañana, y también le llevó su jersey favorito, el azul con flores bordadas sobre el bolsillo, que Nollie nos había pedido. Mietje nos transmitió otro mensaje de Nollie, dirigido especialmente a mí: «No te preocupes de lo que le pueda pasar a Annaliese. Dios no permitirá que se la lleven a Alemania. Él no va a consentir que sufra porque yo le obedecí».

Seis días después del arresto de Nollie, sonó el teléfono. La voz de Pickwick estaba al otro lado.

—Me pregunto, querida mía, si hay algún problema en que vengas a verme hoy.

Así que se trataba de un asunto que no podía hablarse por teléfono. Fui en bici a la cita en Aerdenhout inmediatamente, llevando conmigo un reloj de hombre, como medida de seguridad.

Pickwick esperó hasta que nos encontramos en la sala de estar, con la puerta cerrada.

—El teatro judío de Ámsterdam fue asaltado anoche. Cuarenta judíos han sido rescatados. Un de ellos, una joven, insistió mucho en

que Nollie lo supiera: «Annaliese está libre».

Él me miró con uno de sus ojos muy separados.

—¿Has entendido lo que te acabo de decir?

Asentí con la cabeza, demasiado aliviada y contenta para poder hablar. ¿Cómo lo había sabido Nollie? ¿Cómo había podido estar tan segura?

Tras permanecer diez días en la cárcel de Haarlem, trasladaron a Nollie a la prisión federal de Ámsterdam. Pickwick me dijo que el doctor alemán, responsable del hospital de la cárcel, era una persona muy humana que, de vez en cuando, arreglaba un alta médica. Fui inmediatamente a Ámsterdam para verle. Pero qué podría decirle, me preguntaba, mientras esperaba en el vestíbulo de su casa. ¿Cómo podría apelar a la buena voluntad de ese hombre?

Tumbados en el vestíbulo, olisqueando de vez en cuando mis piernas y mis manos, había tres dóbermans enormes. Recordé un libro que habíamos leído en voz alta, bajo la luz del faro de la bicicleta, acerca de cómo hacer amigos y conseguir contactos con gente influyente. Una de las técnicas abogadas por Dale Carnegie consistía en encontrar la afición de la persona en cuestión. *Afición, perros… Me pregunto…* Por fin la criada regresó y me acompañó a un pequeño salón.

—¡Qué inteligente por su parte, Doctor! –le dije en alemán al hombre de pelo grisáceo que estaba en el sofá.

—¿Inteligente?

—Sí, el haberse traído estos perros encantadores con usted. Deben de ser la compañía perfecta cuando uno tiene que estar lejos de su familia.

La cara del doctor se iluminó:

—¿Entonces le gustan los perros?

Los únicos perros con los que alguna vez había tenido algo de contacto eran los bulldogs de Harry Vrie:

—Mis favoritos son los bulldogs. ¿A usted le gustan los bulldogs?

—La gente no se da cuenta de ello –dijo el doctor con impaciencia–, pero los buldogs son muy cariñosos.

Durante al menos diez minutos, mientras atormentaba mi cerebro intentando recordar todo lo que alguna vez hubiera oído o leído en cualquier parte, estuvimos hablando sobre los perros. Entonces, repentinamente, el doctor se puso de pie.

—Pero estoy seguro de que usted no ha venido hasta aquí para hablar de perros. ¿Qué la ha traído en realidad? –le miré a los ojos.

—Tengo una hermana en prisión, aquí en Ámsterdam. Y me preguntaba si… No creo que esté bien –el doctor sonrió.

—Así que no le interesan los perros en absoluto.

—Me interesan ahora –dije, sonriendo también–. Pero estoy mucho más interesada en mi hermana.

—¿Cuál es su nombre?

—Nollie van Woerden –el doctor salió del cuarto y volvió con un cuaderno marrón.

—Sí. Una de las recién llegadas. Dígame algo sobre ella. ¿Por qué motivo está en prisión?

Arriesgándome, le dije al doctor que el delito de Nollie consistía en que había estado escondiendo a una judía. También le conté que era la madre de seis niños, que, si se quedaban solos, podrían convertirse en una carga para el Estado. (No mencioné que el más joven tenía en esos momentos diecisiete años).

—Bien, bien. Veremos –se dirigió hacia la puerta del salón–. Ahora, debe perdonarme.

Me sentía muy animada, cuando monté en el tren de vuelta en dirección a Haarlem. Pero pasaron los días, luego una semana, y después dos, y no tuvimos ninguna noticia. Volví a Ámsterdam.

—Vengo para saber qué tal están sus dóbermans –le dije al doctor.

No le hizo gracia:

—No debe molestarme. Sé que no ha venido para hablar de perros. Tiene que darme tiempo –así que no había nada que hacer, salvo esperar.

Un mediodía luminoso del mes de septiembre, cuando diecisiete personas nos apretábamos alrededor de la mesa de comedor, de repente Nils, sentado enfrente de mí, se giró pálido. Nils, uno de nuestros colaboradores, había venido para informarme de que la

vieja Katrien había llegado, sana y salva, a una granja situada al norte de Aikmaar. De repente Nils empezó a hablar en un susurro.

—No te gires. Pero alguien está atisbando por encima de las cortinas.

—¡Por encima de las cortinas! ¡Eso es imposible! Tendría que medir al menos tres metros y medio de alto –se hizo un silencio en la mesa.

—Está subido en una escalera, limpiando la ventana –dijo Nils.

—Yo no he pedido que me limpien las ventanas –dijo Betsie.

Quienquiera que fuese, no debíamos seguir sentados allí sin movernos, en este silencio culpable. Eusie tuvo una inspiración: «¡Feliz Cumpleaños!», cantaba. «¡Feliz cumpleaños para ti!». Todos secundamos la idea y nos unimos en un canto: «Feliz cumpleaños, querido Opa…», la canción se seguía oyendo en toda la Beje, cuando salí por la puerta lateral y me paré al lado de la escalera, alzando la vista hacia el hombre que sostenía el cubo y la esponja.

—¿Qué está haciendo ahí? Nosotros no hemos pedido que nos limpien las ventanas. ¡Y mucho menos durante la fiesta!

El hombre sacó un pedazo de papel del bolsillo de su cadera y lo consultó.

—¿Esto no es la casa de Kuiper?

—Están en la misma calle. Pero, de todos modos, venga y únase a la celebración.

El hombre negó con la cabeza. Me dio las gracias, pero me dijo que tenía trabajo que hacer. Lo observé cruzando la Barteljorisstraat con su escalera hacia Kuiper, la tienda de dulces.

—¿Qué ha pasado? –me preguntó un clamor de voces, cuando regresé al comedor–. ¿Crees que ese hombre era un espía?

No respondí. Realmente no lo sabía.

Eso era lo más duro. No saberlo nunca. Y una las mayores incógnitas era saber cómo me desenvolvería ante un posible interrogatorio. Mientras estuviera despierta me sentía bastante segura de mí misma. Pero si viniesen de noche… Una y otra vez, mi grupo de colaboradores trabajó conmigo. Nils, Henk y Leendert irrumpían en mi habitación, sin previo aviso; yo me despertaba

temblando, mientras me lanzaban mil preguntas.

La primera vez que lo hicieron, estaba convencida de que se trataba de la verdadera redada. Oí un golpe tremendo en la puerta. A continuación, el haz de luz de una linterna me dio directamente en los ojos.

—¡Levántate! ¡Vamos, ponte de pie! –yo no podía ver a quien estaba hablando.

—¿Dónde están escondidos los nueve judíos?

—Solo tenemos seis judíos ahora.

Se produjo un terrible silencio. La habitación se iluminó para mostrar a Rolf golpeándose la cabeza con las manos.

—¡Oh no! ¡Oh, no! –continuó diciendo–. ¡No puede ser que lo hayas hecho tan mal!

—¡Imagínatelo! –dijo Henk justo detrás de él–. La Gestapo está tratando de atraparte. La respuesta es: «¿Qué judíos? ¡Aquí no tenemos ningún judío!».

—¿Puedo probar de nuevo?

—Ahora ya no –dijo Rolf–. Estás despierta.

Lo intentaron de nuevo unas cuantas noches después.

—Los judíos que escondes, ¿de dónde vienen?

Me senté, aturdida:

—No lo sé. Ellos solo llegan a mi puerta.

Rolf arrojó su sombrero al suelo:

—¡No, no y no! –gritó–. ¿Qué judíos? ¡Aquí no hay judíos! ¿Es que no puedes aprender?

—Voy a aprender –le prometí–. Lo haré mejor la próxima vez.

Y, en efecto, la siguiente vez me espabilé un poco más. Media docena de siluetas oscuras llenaban mi habitación.

—¿Dónde tienes escondidas las cartillas de racionamiento? –exigió una voz.

Bajo el último escalón, por supuesto. Pero esta vez no cometí el error de decirlo. Se me ocurrió una respuesta ingeniosa:

—¡En el reloj de Frisia que hay en la escalera!

Kik se sentó a mi lado en la cama y me pasó un brazo por encima de los hombros.

—Eso está mejor, tía Corrie –me dijo–. Lo has conseguido esta

vez. Pero recuerda: tú no tienes cartillas, excepto las tres para ti, Opa y tía Betsie. No hay actividades clandestinas aquí, no entiendes de qué te están hablando…

Poco a poco, repitiendo aquellos ejercicios, llegué a mejor. Aun así, cuando llegara el momento crucial, cuando se trataran verdaderamente de agentes de la Gestapo, realmente entrenados para sacar la verdad a la fuerza, ¿qué tal lo haría?

Las misiones clandestinas de Willem le llevaban con frecuencia a Haarlem. En su rostro podía verse algo parecido a la desesperación, mezclado ahora con las arrugas de preocupación. Los soldados habían estado dos veces ya en la residencia de ancianos, y, aunque había logrado engañarlos sobre la mayoría de los judíos que aún residían allí, se habían llevado a una anciana, ciega y enferma.

—¡Tenía noventa y un años! –repetía Willem–. No podía ni siquiera caminar; tuvieron que llevarla hasta el coche.

Hasta el momento, su posición de ministro de la Iglesia había impedido que llevaran a cabo acciones directas contra él y Tine; pero estaba visto, dijo, que necesitaba, más que nunca, una razón oficial para justificar su visita a Haarlem. Así que comenzó a conducir un grupo de oración semanal en la Beje, los miércoles por la mañana.

Pero Willem no podía hacer nada de manera rutinaria –y mucho menos rezar–; pronto asistieron a la reunión decenas de vecinos, hambrientos de encontrar algo en lo que creer, en aquel cuarto año ya de ocupación. La mayoría de los que venían al servicio de oración no tenían ni idea de la doble vida de la Beje. De manera que eso planteaba un nuevo peligro, ya que nuestros colaboradores y los correos de otros grupos clandestinos seguían yendo y viniendo, arriba y abajo, por las estrechas escaleras. Pero, por otro lado, pensamos que quizá podría ser una ventaja contar con estas bandadas de personas, obviamente inocentes, entrando y saliendo. Esa, al menos, era nuestra esperanza.

Una noche, estábamos holgazaneando alrededor de la mesa de la cena, después del toque de queda, tres ten Booms, los siete «invitados permanentes» y dos judíos más, para los que estábamos

buscando un hogar seguro, cuando sonó el timbre de la tienda.

¿Un cliente después de cerrar? ¿Y con la audacia suficiente como para salir por la calle Barteljorisstraat después del toque de queda? Cogí las llaves de mi bolsillo, salí corriendo hacia el pasillo, abrí la puerta del taller y seguí a tientas, a través del almacén oscuro. Ya en la puerta principal, me quedé escuchando un momento.

—¿Quién está ahí? –pregunté.

—¿Es que no me recuerdas? –respondió la voz de un hombre que hablaba en alemán.

—¿Quién es? –pregunté yo en el mismo idioma.

—Un viejo amigo, vengo a haceros una visita. Abre la puerta.

Busqué la cerradura y tiré de la puerta, con cuidado, hacia atrás. Era un soldado alemán de uniforme. Antes de poder alcanzar el botón de alarma, situado detrás de la puerta, el soldado se abrió paso hacia adentro. Luego se quitó la gorra y, a la luz del ocaso de octubre, reconocí al joven relojero alemán al que papá había despedido… ¿Hacía ya cuatro años?

—¡Otto! –grité.

—Capitán Altschuler –me corrigió–. Nuestras posiciones se han invertido un poco, señorita ten Boom, están los demás, ¿no?

Eché un vistazo a su insignia. No era capitán ni nada que se le pareciera, pero no dije nada. Miró en torno a la tienda.

—El mismo lugar sombrío, poco iluminado –señaló, dirigiéndose hacia el interruptor de la pared, pero yo puse la mano sobre él.

—¡No! La tienda no es un lugar sombrío.

—Bien, vamos arriba donde podamos hablar de los viejos tiempos. ¿Sigue aún aquí el viejo que limpiaba los relojes antiguos?

—¿Christoffels? Murió a causa de la escasez de combustible el invierno pasado –Otto se encogió de hombros.

—¡Enhorabuena! ¿Qué hay del viejo piadoso, lector de la Biblia? –me dirigí hacia el mostrador de la tienda, donde se ubicaba el otro interruptor de la alarma.

—Papá está muy bien, gracias.

—Bien, ¿no vas a invitarme a subir para que le presente mis respetos?

¿Por qué estaba tan ansioso por subir las escaleras? ¿Había venido solo para regodearse y presumir ante sus antiguos compañeros, o sospechaba algo? Mi dedo por fin encontró el botón.

—¿Qué ha sido eso? –Otto se dio la vuelta con recelo.

—¿Qué ha sido qué?

—¡Ese sonido! He oído una especie de zumbido.

—Yo no he oído nada –pero Otto había comenzado a avanzar a través del taller–. ¡Espera! –grité–. ¡Déjame comprobar si he cerrado con llave y subo contigo! Quiero ver cuánto tiempo tardan en reconocerte.

—Me entretuve en la puerta todo el tiempo que me atreví: definitivamente se despertaron sus sospechas. Luego lo seguí por la puerta de la trastienda hacia el pasillo. No se oía ni un sonido en el comedor ni en las escaleras. Corrí a su lado hasta el descansillo y llamé a la puerta.

—¡Papá! ¡Betsie! –grité con un tono de voz, que esperaba que sonara desenfadado–. Os voy a dar… tres… ¡No!, ¡eh!… ¡Seis oportunidades! ¿A que no adiviná is quién está aquí conmigo?

—¡Nada de juegos de adivinanzas! –Otto llegó junto a mí y abrió la puerta.

Papá y Betsie levantaron la vista de su comida. La mesa estaba puesta para tres, mi plato, sin terminar, al otro lado. Era tan perfecta que ni siquiera yo, que acababa de ver a doce personas comiendo aquí, podría creerme que hubiera algo más que un anciano inocente cenando con sus hijas. El cartel de «Alpina» estaba de pie en el aparador: se habían acordado de todo. Sin que nadie le invitara, Otto sacó una silla.

—Finalmente –cacareó– las cosas sucedieron tal como yo dije, ¿no?

—Eso parece –dijo papá suavemente.

—Betsie –dije yo–, ¡sírvele al Capitán Altschuler una taza de té! –Otto tomó un sorbo de la bebida que Betsie le sirvió y nos miró fijamente.

—¿De dónde habéis sacado este té? Nadie más en toda Holanda tiene té –¡qué estúpido por mi parte! El té lo habíamos conseguido de Pickwick.

—Si quieres saberlo –le dije–, nos lo ha proporcionado un oficial alemán. Pero no creo que debas seguir haciendo más preguntas –dije, tratando de simular relaciones clandestinas con un alto oficial de la ocupación.

Otto se quedó otros quince minutos. Y luego, sintiendo quizá que ya había subrayado su victoria lo suficiente, se marchó, paseándose por las calles vacías.

Solo cuando hubo pasado otra media hora más, nos atrevimos a decirles a las nueve personas que se escondían, hacinadas y temblorosas, que el terreno estaba libre.

La segunda semana de octubre, durante una mañana particularmente ajetreada y llena de problemas, sonó el teléfono secreto abajo, en el pasillo. Me apresuré a bajar para cogerlo; únicamente papá, Betsie o yo contestábamos.

—Weill –dijo una voz–. ¿No podríais venir a recogerme? –era Nollie.

—¡Nollie! ¿Cuándo… cómo… dónde estás?

—¡En la estación de ferrocarril de Ámsterdam! Es que no tengo dinero para el billete de tren.

—¡Quédate ahí mismo! ¡Ah, Nollie, enseguida vamos!

Fui volando hasta Bos en Hoven Straat y luego, con Flip y los niños, que resultaron estar en casa, nos dirigimos a toda prisa a la estación de Haarlem. Vimos a Nollie incluso antes de que nuestro tren entrara en la estación de Ámsterdam: ella, con su brillante suéter, parecía un remiendo de cielo azul en la gran nave oscura.

Siete semanas de prisión habían empalidecido su rostro, pero Nollie estaba tan radiante como siempre. Un médico de la prisión, nos contó, había diagnosticado que su baja tensión arterial era grave y que podría dejarla permanentemente discapacitada y convertir a sus seis hijos en una carga para la sociedad. Su cara era la viva imagen de la perplejidad, cuando nos lo contó.

La Navidad de 1943 se acercaba, poco a poco, y la nieve que había caído era lo único que daba un tono festivo a la temporada. Cada familia parecía tener a alguien en la cárcel, en un campo de

trabajo o en la clandestinidad. Por una vez, el lado religioso de las fiestas estaba presente en todo.

En la Beje, no solo celebrábamos la Navidad, sino que también teníamos el Hanukkah, el «Festival de las luces» judío. Betsie encontró un candelabro entre los tesoros que teníamos almacenados detrás del armario del comedor, y lo colocó encima del piano. Cada noche encendíamos una vela más, mientras Eusie leía la historia de los Macabeos. Entonces, cantábamos la melancólica y evocadora música del desierto. Éramos muy judíos aquellas tardes.

Durante la quinta noche del Festival, cuando nos encontrábamos todos reunidos en torno al piano, sonó el timbre de la puerta del callejón. La abrí y me encontré a la señora Beukers, la esposa del óptico de la tienda de al lado, de pie, en la nieve. La Sra. Beukers era rechoncha y tranquila, muy diferente a su marido, que era delgado y parecía siempre preocupado. Pero esa noche su cara regordeta mostraba una mueca de ansiedad.

—¿Cree usted que –susurró– sus judíos podrían cantar un poco más bajo? Se les puede escuchar perfectamente a través de las paredes y, bueno, hay todo tipo de gente en esta calle…

Cuando volví a las habitaciones de tía Jans, reflexionamos sobre estas noticias en medio de una gran consternación. Si la familia Beukers lo sabía todo acerca de nuestros asuntos, ¿cuántas otras personas en Haarlem lo sabrían también?

No pasó mucho tiempo antes de darnos cuenta de que uno de los que lo sabían, era el mismísimo jefe de policía. Una oscura mañana de enero, cuando había empezado otra vez a nevar, Toos irrumpió en medio del «cuartel general» en la habitación trasera de tía Jans, con una carta en la mano. El sobre llevaba el sello de la policía de Haarlem.

Lo abrí. En el interior, escrito en un impreso oficial, había una nota escrita a mano. La leí en silencio, y luego en voz alta: «Venga a mi oficina esta tarde, a las tres».

Durante veinte minutos tratamos de analizar esa nota entre todos. Algunos creían que no era el preludio de un arresto. ¿Por qué iba la policía a darte la oportunidad de escapar? Aun así, lo más inteligente era estar preparados para una posible investigación y

acabar en la cárcel. Los colaboradores fueron deslizándose, fuera de la casa, uno tras otro.

Los que teníamos refugiados vaciaron las papeleras y recogieron los restos de la costura, preparándose para subir urgentemente al cuarto secreto en cuanto fuera necesario. Yo quemé todos los papeles incriminatorios en el hogar del comedor, largamente vacío de carbón. El gato percibía la tensión en el aire y se enfurruñó bajo el aparador. Entonces me bañé (quizá el último baño de los próximos meses) y preparé un bolso para la cárcel, siguiendo las pautas de Nollie y otros que habían pasado por allí: una Biblia, un lápiz, aguja e hilo, jabón –o lo que llamábamos jabón en esos días–, un cepillo de dientes y un peine. Me vestí con la ropa más cálida, con varios juegos de ropa interior y un segundo suéter bajo el primero. Justo antes de las 3.00 pm abracé con fuerza a papá y a Betsie y anduve a través del aguanieve gris hacia la Smedestraat. El policía de servicio era un viejo conocido. Miró la carta y luego a mí con una expresión curiosa.

—Sígame por aquí –dijo.

Llamó a una puerta que tenía una placa en la que ponía «Jefe». El hombre sentado tras la mesa tenía el pelo rojo-grisáceo, peinado hacia adelante sobre una calva. Sonaba una radio. El jefe llegó hasta ella y giró el mando del volumen, pero no para bajarlo, sino para subirlo.

—Señorita ten Boom –dijo–. Bienvenida.

—¿Cómo está usted, señor? –el jefe había abandonado el escritorio para cerrar la puerta tras de mí.

—No. Siéntese –dijo–. Lo sé todo acerca de usted, ya sabe, acerca de su trabajo.

—¿Se refiere a la relojería? Probablemente esté pensando más en el trabajo de mi padre que en el mío –el jefe sonrió.

—No, me refiero a su «otro trabajo».

—¡Ah, entonces está hablando de mi trabajo con niños discapacitados! Sí. Déjeme decirle algo sobre eso…

—No, señorita ten Boom –el jefe bajó la voz–. No le estoy hablando de eso, sino de su otra obra, y quiero que sepa que algunos de los aquí presentes simpatizamos con ella –el jefe estaba

sonriendo ampliamente; yo sonreí tímidamente.

—Ahora, señorita ten Boom –continuó–, tengo una petición que hacerle.

El jefe se sentó en el borde de su mesa de escritorio y me miró fijamente. Bajó la voz hasta que apenas era audible. Él mismo, dijo, estaba colaborando con el movimiento clandestino. Pero un informante, dentro del departamento de policía, estaba filtrando información a la Gestapo.

—No podemos hacer otra cosa con él que matarlo –un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Qué alternativa tenemos? –continuó el jefe en un susurro.

—No podemos arrestarlo; no hay cárceles, excepto las controladas por los alemanes. Pero, si continúa con su labor, morirán muchos otros. Por eso quería preguntarle, señorita ten Boom, si en su trabajo conocen a alguien que…

—¿… Se ocupe de él?

—Sí.

Me eché hacia atrás. ¿Era todo una trampa para engañarme y admitir la existencia de un grupo clandestino y obtener así nombres?

—Señor –le dije al fin, al ver el parpadeo impaciente en los ojos del jefe–. Siempre he creído que mi papel consistía en ayudar a salvar vidas, no a destruirlas. Sin embargo, entiendo su dilema y tengo una sugerencia. ¿Es usted un hombre de fe?

—¿Acaso no lo somos todos en estos días?

—Entonces, oremos juntos para que Dios llegue hasta el corazón de ese hombre, y no siga traicionando a sus compatriotas –se produjo una larga pausa. Entonces el jefe asintió.

—Eso me gustaría mucho.

Y así, allí, en el corazón de la comisaría de policía, con la radio a todo volumen emitiendo las últimas noticias del avance de Alemania, rezamos. Rezamos para que ese holandés llegara a darse cuenta de su valía ante los ojos de Dios y del valor que tenía cada ser humano que había sobre la tierra. Al final, el jefe se puso de pie.

—Gracias. Señorita ten Boom –me dio la mano–. Gracias de nuevo. Ahora sé que no ha sido correcto preguntarle.

Todavía abrazando el bolso que había preparado para la cárcel,

atravesé el vestíbulo y giré en la esquina hacia la Beje. Ya allí, la gente se agolpó alrededor, deseosa de saberlo todo. Pero no lo conté. Al menos no todo. No quise que papá y Betsie supieran que nos habían pedido ayuda para matar a alguien. Para ellos habría sido una carga innecesaria y demasiado pesada.

El episodio con el jefe de policía debería haber sido alentador. Por lo visto, teníamos amigos en las altas esferas. Pero, de hecho, la noticia surtió, curiosamente, el efecto contrario. Comprobamos, una vez más, cómo nuestro secreto no era ningún secreto en absoluto. Todos en Haarlem parecían saber quiénes éramos.

Sabíamos que deberíamos haber dejado nuestras actividades, pero ¿cómo íbamos a hacerlo? ¿Quién mantendría abierta, entonces, la red de suministros y de información, de la cual dependía la seguridad de cientos de personas? Si había que abandonar un escondite, algo que ocurría constantemente, ¿quién se iba a encargar de coordinar el traslado a otra dirección? Teníamos que continuar, pero sabíamos que el desastre no podía tardar en llegar. De hecho, le llegó primero a Jop, el aprendiz de diecisiete años que había solicitado un hogar seguro en la Beje. Una tarde, cerca del final de enero de 1944, Rolf entró sigilosamente en el taller. Miró a Jop. Asentí con la cabeza: Jop formaba parte en todo lo que sucedía en la casa y era de confianza.

—Hay una casa clandestina en Ede que va a ser registrada esta noche. ¿Tienes a alguien que pueda ir a avisarles?

No lo tenía. No había ni un solo mensajero en la Beje aquella tarde.

—Entonces iré yo –dijo Jop.

Abrí la boca para protestar, porque él no tenía ninguna experiencia y porque, si lo detenían en la calle, le podían obligar a ir a las fábricas; pero entonces pensé en las personas que vivían confiadas en Ede. Teníamos un armario con bufandas, vestidos y ropa de mujer…

—Entonces, date prisa, muchacho –dijo Rolf–. Tienes que salir de inmediato.

Le dio a Jop todos los detalles y se alejó rápidamente. Unos

instantes después, Jop reapareció y parecía una muchacha morena muy bonita, con su abrigo largo, un pañuelo a la cabeza y un manguito de piel para las manos. ¿Acaso el chico tuvo algún tipo de presentimiento? Porque, para mi asombro, se dio la vuelta en el umbral de la puerta y me besó.

Se suponía que Jop tenía que estar de vuelta antes de las 7.00 pm, la hora del toque de queda. Pero dieron las siete y pasaron, y nada. Tal vez se había demorado y volvería por la mañana. Efectivamente, tuvimos un visitante al día siguiente, pero no se trataba de Jop. Desde el mismo instante en el que Rolf entró por la puerta, supe que se avecinaban malas noticias.

—Es Jop, ¿no?

—Sí.

—¿Qué pasó?

Rolf se había enterado de lo ocurrido en el despacho del sargento de guardia. Cuando Jop llegó a la dirección indicada, en Ede, la Gestapo ya estaba allí. Jop llamó al timbre; se abrió la puerta y un hombre del servicio secreto fingió ser el dueño de casa, invitándole a entrar.

—Y, Corrie –dijo Rolf–, tenemos que afrontar el hecho de que es más que probable que la Gestapo obtenga información de Jop. Ya se lo han llevado a Ámsterdam. ¿Y cuánto tiempo crees que va a ser capaz de mantenerse callado?

Una vez más, consideramos la posibilidad de parar nuestras actividades. Y de nuevo descubrimos que no podíamos hacerlo. Esa noche, papá, Betsie y yo estuvimos rezando durante mucho rato, después de que los demás se hubieran acostado. Sabíamos que, a pesar de los riesgos de cada día, no nos quedaba otra opción que seguir avanzando. Era la hora del mal y no podíamos escapar. Quizá, cuando haces todo lo que puedes y pones todos los medios humanos posibles, y fracasas, es cuando dejamos las manos libres a Dios para hacer su voluntad.

9. La redada

Ante los sonidos de alguien en la habitación, abrí los ojos dolorosamente. Era Eusie, que llevaba la ropa de cama para guardarla en la habitación secreta. Detrás, le seguían María y Thea con sus bultos.

Cerré los ojos otra vez. Era la mañana del 28 de febrero de 1944. Llevaba ya dos días en cama a causa de la gripe. La cabeza me estallaba y me dolían todas las articulaciones del cuerpo. Cualquier pequeño sonido, el resuello de María o cada vez que abrían el panel secreto, me provocaban ganas de gritar. Oí que entraban Henk y Meta, y acto seguido la risa de Eusie mientras entregaba a los demás, a través de la pequeña puerta, las cosas de día.

Me tuve que morder la lengua para no decir: «¡Largaros todos de aquí! ¡Dejadme en paz!».

Al fin, recogieron su ropa y demás pertenencias y se marcharon, cerrando la puerta tras de sí.

¿Dónde estaba Leendert? ¿Por qué no había llegado? Entonces recordé que Leendert se había ausentado durante unos días, para instalar unos sistemas de alarma eléctricos, como el nuestro, en otras casas de acogida. Caí en un sueño febril.

Lo siguiente que recuerdo es que Betsie estaba de pie, a los pies de la cama, con una taza humeante de té de hierbas en la mano.

—Siento mucho despertarte, Corrie. Pero hay un hombre abajo en la tienda que insiste en que solo hablará contigo.

—¿Y de quién se trata?

—No lo sé. Nunca lo había visto. Dice que es de Ermelo –me senté, con grandes escalofríos y, con voz temblorosa, dije:

—Está bien. De todos modos, tengo que levantarme. Mañana llegan las nuevas cartillas de racionamiento.

Me bebí el té hirviendo y después me esforcé para ponerme de pie. Allí, junto a la cama, yacía la bolsa que había preparado para la cárcel, empacada y lista desde el día en que me había citado el jefe

de policía. De hecho, yo había ido añadiendo algunas cosas; además de la Biblia, la ropa y los útiles de aseo, ahora contenía vitaminas, aspirinas, pastillas de hierro para la anemia de Betsie y muchas otras cosas. Se había convertido en una especie de talismán para mí, una salvaguarda contra el terror que me producía la prisión.

Me fui vistiendo despacio y salí al rellano. La casa parecía tambalearse a mi alrededor. Con cuidado, fui deslizándome hacia abajo, agarrada a la barandilla. Me sorprendió oír voces a través de la puerta de las habitaciones de tía Jans. Así que miré adentro. ¡Por supuesto!, me había olvidado. Era la mañana del miércoles, y había varias personas reunidas para el servicio semanal de Willem. Vi a Nollie pasando una bandeja de «café de la ocupación», como llamábamos a la única cerveza que había en ese momento, hecha a base de raíces secas e higos. Peter ya estaba sentado al piano, como cada semana, para la música. Continué hacia abajo, girando por las escaleras, dejando paso a la corriente incesante de recién llegados que subían para asistir.

Cuando por fin llegué a la tienda, mis rodillas se bambolearon, y un hombre pequeño de pelo rubio saltó hacia adelante a mi encuentro.

—¡Señorita ten Boom!

—¿Sí?

Hay una vieja expresión holandesa: Se puede conocer a un hombre por el tiempo en que tarda en mirarte a los ojos. Este hombre parecía estar concentrándose en algún lugar entre mi nariz y la barbilla.

—¿Necesita que le reparemos su reloj? –le pregunté.

—No, señorita ten Boom, se trata de algo mucho más serio –sus ojos parecían escrutarme la cara.

—Acaban de arrestar a mi esposa. Hemos estado ocultando judíos, ya sabe. Si ella flaquea, nuestras vidas estarán en peligro.

—No sé cómo podría ayudarle –le dije.

—Necesito seiscientos florines. Hay un policía en la comisaría de Ermelo al que se le puede sobornar con esa cantidad. Yo soy pobre y me han dicho que usted tiene ciertos «contactos».

—¿Contactos?

—Señorita ten Boom. ¡Es una cuestión de vida o muerte! Si no lo consigo de inmediato, la trasladarán a Ámsterdam y entonces será demasiado tarde.

Algo en el comportamiento de aquel hombre me hacía dudar. Y, sin embargo, ¿cómo iba a arriesgarme a equivocarme?

—Vuelva dentro de media hora. Tendré el dinero preparado –le dije.

Por primera vez, los ojos del hombre se encontraron con los míos.

—Nunca olvidaré esto –dijo.

Aquella cantidad era más de lo que teníamos en la Beje, así que envié a Toos al banco con instrucciones para que le entregaran en mano el dinero, pero sin dar ninguna información.

Entonces me esforcé en subir las escaleras de nuevo. Solo diez minutos antes ardía de fiebre, pero ahora estaba temblando de frío.

Me detuve en las habitaciones de tía Jans solo el tiempo preciso para coger un maletín con documentos del escritorio. Luego, les ofrecí mis disculpas a Willem y a los demás, y seguí hasta mi habitación. Me desvestí de nuevo, rellené el vaporizador, que silbaba en su pequeña estufa, y me subí a la cama. Durante un tiempo estuve tratando de concentrarme en los nombres y direcciones que había en el maletín. Necesitaban cinco cartillas este mes en Zandvoort, ninguna en Overveen. Dieciocho en… La gripe rugió tras de mis ojos, los papeles nadaban delante de mí. El maletín se me deslizó de la mano y me quedé dormida.

En mi sueño febril sonaba y sonaba un timbre. ¿Por qué no se paraba? Oía el ruido de pasos corriendo, y voces susurrando: «¡Date prisa! ¡Date prisa!».

Me senté de golpe. Todos estaban corriendo por delante de mi cama. Me volví justo a tiempo para ver cómo los talones de Thea desaparecían a través de la pequeña puerta. Meta iba detrás, a continuación, Henk. ¡Pero, si no había previsto ningún ejercicio para hoy! ¿A quién en el mundo…? A menos que, ¡a menos que no fuera un simulacro! Eusie pasó por delante de mí, con el rostro pálido, golpeando la pipa en el cenicero que llevaba en la mano.

Y al fin penetró en mi entumecido cerebro la idea de que había llegado el día fatídico. Una, dos, tres personas estaban ya en la habitación secreta; cuatro, cuando los zapatos negros de Eusie y sus calcetines rojos desaparecieron. Pero María, ¿dónde estaba María? La anciana apareció en la puerta del dormitorio, con la boca abierta, haciendo esfuerzos por conseguir un poco de aire. Salté de la cama y, como pude, la empujé a través del cuarto.

Ya estaba deslizando el panel secreto, cuando irrumpió en la habitación un hombre delgado de pelo blanco. Lo reconocí. Era alguien de la Resistencia nacional, que había visto en casa de Pickwick. No sabía que se encontraba en casa. Se zambulló detrás de María. Cinco, seis. Sí, ese era el número exacto, teniendo en cuenta que Leendert se encontraba fuera de casa.

Las piernas del hombre se desvanecieron y yo volví a colocar el panel hacia abajo, y me metí de nuevo en la cama. A continuación oí portazos y fuertes pisadas por las escaleras. Pero había otro sonido que me helaba la sangre: el sonido de la asfixia, como una escofina raspando, de la respiración de María.

—¡Señor Jesús! –recé–. ¡Tú que tienes el poder de curar! ¡Alivia a Mary ahora!

Y entonces mi mirada se posó en el maletín, repleto de nombres y direcciones. Lo cogí, tiré de la puerta corredera de nuevo, lo arrojé hacia el interior, empujé la puerta hacia abajo y coloqué mi bolso por delante. Alcancé otra vez la cama, a duras penas, en el mismo instante en el que se abrió de golpe la puerta de la habitación.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me incorporé lentamente, fingiendo estar somnolienta.

—¿Qué?

—¡Tu nombre!

—Cornelia ten Boom.

El hombre era alto y corpulento, con un extraño rostro pálido. Vestía un traje azul corriente. Se volvió y gritó hacia las escaleras:

—¡Aquí tenemos una más, Willemse!

Se volvió hacia mí:

—¡Levántate! ¡Vístete!

Cuando conseguí arrastrarme y salir de debajo de las sábanas, el

hombre tomó un pedazo de papel de su bolsillo y lo consultó.

—¡Así que tú eres la líder del grupo! –me miró con nuevo interés–. Ahora, dime, ¿dónde escondes a los judíos?

—No sé de qué me está hablando.

El hombre se echó a reír:

—Y supongo que tampoco sabes nada acerca de un grupo clandestino. ¡Eso ya lo veremos!

No me quitaba los ojos de encima, así que empecé a ponerme la ropa encima del pijama, mientras aguzaba el oído para ver si se oía cualquier sonido en la habitación secreta.

—¡Déjame ver tus papeles!

Saqué la bolsita que llevaba colgada al cuello. Cuando cogí mi carnet de identidad, cayó un rollo de billetes. El hombre se agachó, cogió el dinero del suelo y lo metió en el bolsillo. Entonces agarró mis papeles y los miró. Por un momento, la habitación quedó en silencio. ¿Por qué no se oía la respiración de María? El hombre me devolvió los papeles, tirándomelos encima.

—Date prisa.

Él no tenía ni idea de la prisa que yo estaba dispuesta a darme, con tal de escapar de esa sala. Me abroché mal mi suéter, a causa de la premura, y metí los pies en los zapatos sin molestarme siquiera en atármelos. A continuación, estuve a punto de coger mi equipaje para la cárcel, que estaba justo donde lo había dejado antes, en medio del pánico: directamente en la parte delantera del panel secreto. Y, cuando estaba a punto de ir a por él, pensé que en ese momento, con aquel hombre observando cada uno de mis movimientos, quizá podría atraer su atención precisamente hacia el último lugar de la tierra que yo quería que mirase.

Fue la decisión más difícil a la que nunca me había enfrentado, pero me di la vuelta y salí de ese cuarto, dejándome el bolso.

Tropecé al bajar la escalera, porque me temblaban mucho las rodillas, tanto a causa del miedo como de la gripe. Un soldado de uniforme se encontraba plantado ante las habitaciones de tía Jans; como la puerta estaba cerrada, me pregunté si la reunión habría terminado, si Willem y Nollie y Peter habrían logrado escapar. O acaso ¿todos estaban todavía allí dentro? ¿Cuánta gente inocente

podría estar implicada? El hombre que estaba detrás de mí me dio un pequeño empujón y me apresuré, escaleras abajo, hacia el comedor. Papá, Betsie y Toos estaban sentados en unas sillas apoyadas contra la pared. A su lado, sentados también, había tres colaboradores del movimiento clandestino, que debían de haber llegado después de que yo hubiera vuelto arriba, a mi habitación. En el suelo, bajo la ventana, roto en tres trozos, estaba el anuncio de «Alpina». Alguien se las debía de haber arreglado para tirarlo del alféizar.

Un segundo agente de la Gestapo en traje de calle estaba manoseando con impaciencia un montón de monedas de plata y de joyas amontonadas en la mesa de comedor. Eran los tesoros del escondite del hueco que había detrás del armario del rincón: en efecto, había sido el primer lugar en el que habían mirado.

—Aquí está la otra que aparece en la lista de los dirigentes –dijo el hombre que me había empujado. Según consta en mis informes, se trata de la líder de toda la célula.

El hombre que estaba en la mesa, al que llamaban Willemse, me miró de arriba abajo, luego se dio la vuelta hacia el botín que tenía frente a él.

—Ya sabe lo que tiene que hacer, Kapteyn.

Kapteyn me agarró del codo y me empujó delante de él para bajar los cinco escalones restantes, llevándome hacia la parte trasera de la tienda. Otro soldado de uniforme estaba de pie, custodiando esta puerta. Kapteyn me empujó a través de la estancia y me sujetó contra la pared.

—¿Dónde están los judíos?

—Aquí no hay judíos –el hombre me golpeó con fuerza en mitad de la cara.

—¿Dónde escondes las cartillas de racionamiento?

—No sé a qué cartillas se refiere –Kapteyn me golpeó otra vez. Me tambaleé contra el reloj astronómico. Antes de poder recuperarme, me abofeteó otra vez, y otra vez más, y otra; golpes punzantes sacudían mi cabeza hacia atrás.

—¿Dónde están los judíos? –otro golpe.

—¿Dónde está tu cuarto secreto? –noté que tenía sangre en la

boca. La cabeza me daba vueltas, me zumbaban los oídos, me di cuenta de que estaba a punto de perder la conciencia.

—¡Señor Jesús! –grité–, ¡protégeme!

La mano de Kapteyn se detuvo en el aire.

—Como vuelvas a decir ese nombre otra vez, ¡te mataré! –pero, en lugar de eso, su brazo cayó lentamente a su lado–. Si tú no vas a hablar, seguro que esa flaca lo hará.

Me encontré subiendo delante de él por las escaleras. Me empujó hacia una de las sillas que había contra la pared del comedor. Entre la niebla, le vi llevarse a Betsie de la habitación. Por encima de nosotros, se oían golpes de martillo y de madera astillada, que indicaban que un escuadrón de especialistas estaba investigando en busca de la habitación secreta. Luego, en el callejón, sonó el timbre. *Pero ¡el cartel! ¿Acaso no veían que el cartel de «Alpina» ya no estaba?* Entonces miré hacia la ventana y se me cortó la respiración. En el alféizar, habían recolocado cuidadosamente las piezas rotas, y ahí estaba, expuesto nuevamente, el triángulo de madera. Demasiado tarde, miré hacia arriba para ver a Willemse observándome fijamente.

—¡Ya me lo imaginaba! –dijo–. Era una señal, ¿no?

Bajó corriendo las escaleras. Por encima de nosotros, se habían detenido el martilleo y las pisadas de las botas. Oí abrirse la puerta del callejón y la voz de Willemse, insinuante y zalamera.

—Va a entrar, ¿verdad?

—¿Os habéis enterado? –dijo una voz de mujer–. ¡Han cogido a Oom Herman!

¿Pickwick? ¡Pickwick, no!

—¿Ah sí? –le oí decir a Willemse–. ¿Y quién estaba con él? La sonsacó tanto como pudo y, a continuación, tras proceder a su detención, la mujer acabó sentada con nosotros, parpadeando a causa del miedo y la confusión. Yo solo la conocía porque, en ocasiones, nos traía mensajes procedentes de la ciudad. Entonces miré con angustia la señal de la ventana, anunciando al mundo que todo marchaba como de costumbre en la Beje. Nuestra casa se había convertido en una trampa: *¿Cuántos más podrían caer en ella, antes de que el día acabase? ¡Y Pickwick! ¿Sería cierto que habían*

capturado a Pickwick?

Kapteyn apareció con Betsie en el comedor. Sus labios estaban hinchados y una contusión le oscurecía la mejilla. La sentaron en la silla que había al lado de la mía.

—¡Oh, Betsie! ¡Te han hecho daño!

—¡Sí! –dijo limpiándose la sangre de la boca–. ¡Me siento tan mal por él!

Kapteyn se volvió, su rostro blanco estaba aún más pálido.

—¡Los prisioneros permanecerán en silencio! –chilló.

Se oyó bajar con gran ruido a dos hombres por las escaleras que entraron en el comedor, llevando algo entre ellos. Habían descubierto la vieja radio debajo de las escaleras.

—¡Ciudadanos que acatan la ley, ¿verdad?! –Kapteyn se dirigió a papá–. ¡Usted! El anciano. Veo que cree en la Biblia –dijo señalando con su pulgar en el libro gastado, que estaba sobre su anaquel–. ¿Qué dice en ella sobre la obediencia al gobierno?

—Temed a Dios –citó papá, y en sus labios, en ese cuarto, las palabras sonaron como una tranquilizadora bendición–. Temed a Dios y honrad a la Reina.

Kapteyn le contempló:

—No creo que la Biblia diga exactamente eso.

—No –confesó Papá–. Dice: «Temed a Dios y honrad al Rey». Pero, en nuestro caso, es la Reina.

—¡No hay Rey ni Reina! –rugió Kapteyn–. ¡Ahora somos nosotros el gobierno legítimo y todos ustedes son transgresores de la ley!

El timbre de la puerta sonó de nuevo. Otra vez, preguntas; y de nuevo una detención. Apenas le habían asignado una silla al joven –uno de nuestros colaboradores– cuando sonó el timbre otra vez. Me daba la impresión de que nunca habíamos tenido tantos visitantes; el comedor estaba atestado. Lo lamenté especialmente por aquellos que habían venido simplemente para una visita social. Trajeron a un misionero mayor, ya jubilado, al que le temblaba la mandíbula a causa del miedo. Al menos, seguían oyéndose numerosos golpes en las habitaciones superiores, lo que significaba que todavía no habían descubierto el cuarto secreto.

Un nuevo sonido me hizo estremecer. El teléfono estaba sonando, abajo, en el pasillo.

—¡Eso es un teléfono! –gritó Willemse. Me fulminó con la mirada a través del cuarto, y luego, ensañándose con mi muñeca, tiró de mí hacia abajo por la escalera, obligándome a ir detrás de él. Me colocó el auricular en el oído, pero tapó el micrófono con la mano–. ¡Conteste! –dijo sin hablar.

—Aquí la residencia y la tienda de ten Boom –dije tan rígidamente como me atreví. Pero el que estaba al otro lado no pareció extrañarse.

—Señorita ten Boom, ¡están todos en peligro! ¡Han detenido a Herman Sluring! ¡Lo saben todo! ¡Tiene que tener cuidado! –fue revelando aquella voz de mujer al hombre que estaba a mi lado, escuchándolo todo… Apenas había colgado cuando sonó otra vez el teléfono. Esta vez era un hombre y de nuevo el mensaje:

—Se han llevado a la comisaría a Oom Herman. Lo saben todo…

Por fin, la tercera vez que repetí mi formal y atípico saludo, no se oyó nada al otro lado de la línea, salvo un chasquido. Willemse me arrebató el auricular de la mano.

—¡Hola! ¡Hola! –gritó. Presionó frenéticamente la base del auricular. La línea estaba muerta. Me empujó de nuevo hacia arriba y me sentó en mi silla otra vez.

—Nuestros amigos están sobre aviso –dijo a Kapteyn–. Pero he escuchado bastante.

Al parecer, habían permitido a Betsie dejar su silla, pues estaba cortando el pan en el aparador. Me sorprendió darme cuenta de que ya era la hora de comer. Betsie pasó el pan alrededor de la habitación, pero yo negué con la cabeza. La fiebre estaba en pleno apogeo de nuevo. Me dolía la garganta y mi cabeza palpitaba de dolor. Un hombre apareció en la puerta.

—Lo hemos registrado todo, Willemse –dijo–. Si hay un cuarto secreto aquí, lo ha construido el mismo diablo.

Willemse nos miró a Betsie, a papá y a mí.

—Hay un cuarto secreto –dijo en voz baja–. Y lo está utilizando, y ya verás cómo van a admitirlo. ¡Bueno! Montad guardia alrededor

de la casa hasta que salgan o se conviertan en momias.

En medio del silencio del horror que siguió, noté una suave presión sobre las rodillas. Maher Salal Hashbaz se había puesto de un salto en mi regazo para frotarse contra mí. Acaricié su pelo negro y brillante. ¿Qué sería de él ahora? No quería pensar en las seis personas que se encontraban arriba.

Había pasado media hora desde la última vez que había sonado el timbre de la puerta. Quienquiera que hubiera captado mi mensaje por teléfono debía haber dado la voz de alarma. Era un hecho: nadie más volvería a caer en la trampa de la Beje.

Willemse debía de haber llegado a la misma conclusión porque, de repente, nos ordenó que nos pusiéramos de pie y que saliéramos al pasillo con nuestros abrigos y nuestros sombreros. A papá, a Betsie y a mí nos dejaron en el comedor hasta el final. Por delante de nosotros, fueron bajando por la escalera los que se encontraban en las habitaciones de tía Jans. Contuve la respiración al verlos. Al parecer, la mayoría de los que estaban en el servicio religioso habían abandonado la casa antes de la redada. Pero no todos. Primero llegó Nollie; detrás de ella, Peter. Y el último de la fila era Willem. Así que había caído toda la familia: Papá, sus cuatro hijos y un nieto. Kapteyn me dio un empujón.

—¡Vamos, muévete!

Papá alcanzó su sombrero alto de la clavija de la pared. Fuera de la puerta del comedor se detuvo para levantar los pesos del viejo reloj de Frisia.

—¡Que no se nos acabe la cuerda! –dijo. ¡Papá! *¿Realmente estaba pensando que alguna vez volveríamos a casa después de todo lo que había pasado?*

La nieve había desaparecido de las calles; en las cunetas del callejón y de la Calle Smedestraat se acumulaban charcos de agua sucia, mientras caminábamos. Tardamos solo un minuto, pero, al atravesar las puertas dobles de la comisaría, estaba temblando de frío. Miré ansiosamente alrededor del vestíbulo para averiguar si Rolf y los demás estaban al corriente, pero no vi a nadie. Un contingente de soldados alemanes parecía complementar a los policías habituales.

Fuimos conducidos a través de un pasillo y atravesamos la pesada puerta de metal donde había visto por última vez a Harry de Vries. Al final de esta sala, había una habitación grande que obviamente había sido un gimnasio. Las altas ventanas estaban cubiertas con malla de alambre; y se habían pegado al techo las canastas de baloncesto. Ahora había un escritorio en el centro de la estancia, con un oficial del ejército alemán sentado detrás de él. Habían extendido varias esterillas para cubrir parte del suelo y yo me desplomé en una de ellas.

Durante dos horas, el oficial nos tomó los nombres, las direcciones y otros datos. Conté todos los que habían sido detenido con nosotros: treinta y cinco personas, procedentes de la incursión en el Beje.

La gente de arrestos anteriores estaban sentados o acostados sobre las alfombras también; algunos de esos rostros me eran conocidos. Busqué a Pickwick pero no estaba allí. Uno de ellos, un colega relojero que venía a menudo a la Beje por negocios, parecía especialmente preocupado por lo que nos había sucedido. Vino y se sentó justo entre papá y yo.

Por fin se fue el oficial. Por primera vez, desde que había sonado el timbre de la alarma podíamos hablar entre nosotros. Intenté sentarme.

—¡Rápido! –dije–. ¡Debemos ponernos de acuerdo sobre qué decir! La mayoría puede simplemente decir la verdad pero… –mi voz se me apagó en la garganta. Quizá la gripe me estuviera nublando el entendimiento, porque en ese momento vi que Peter me estaba dedicando el gesto más feroz que alguna vez le hubiera visto.

—¿No ves que, si se enteran de que el tío Willem estaba enseñando esta mañana el Antiguo Testamento, podría tener problemas serios? –concluyó Peter sin dejar de mirarme.

Señaló con la cabeza hacia un lado, me puse de pie, sintiendo la debilidad de todo mi cuerpo.

—¡Tía Corrie! –dijo entre dientes cuando ya estábamos solos, al otro lado de la habitación–. Ese hombre, el relojero, es un infiltrado de la Gestapo –me acarició la cabeza, como si yo fuera un niño enfermo–. Vuelve a acostarte, tía Corrie. Y ¡por el amor de Dios! No

hace falta que digas nada.

Me desperté con el ruido que hizo la pesada puerta del gimnasio al abrirse. Entonces, entró Rolf, dando grandes zancadas.

—¡Vamos a tener que permanecer un buen rato aquí! –gritó. Entonces, se inclinó cerca de Willem y dijo algo que no pude oír–. Los baños están en la parte de atrás –continuó en voz alta–. Pueden ir de uno en uno, pero siempre con un escolta.

Willem se sentó a mi lado.

—Me ha dicho que podemos librarnos de cualquier documento incriminatorio si lo cortamos en trozos lo suficientemente pequeños.

Rebusqué en los bolsillos de mi abrigo. Tenía varios trozos de papel y una billetera que contenía unos billetes. Revisé cada artículo, tratando de pensar cómo lo explicaría en un proceso judicial. Junto a la fila de los retretes al aire libre, había una palangana con una taza sujeta con una cadena. Con gratitud, me tomé un largo trago; era lo primero que bebía, desde el té que Betsie me había traído esa mañana.

Hacia el final de la tarde, un policía llevó al gimnasio una gran cesta de panecillos calientes recién hechos. Yo fui incapaz de tragar el mío. Solo el agua me aliviaba, aunque me daba vergüenza tener que pedir, una y otra vez, que me acompañaran afuera.

Cuando volví por última vez, un grupo se había reunido en torno a papá para la oración de la tarde. Todos y cada uno de los días de mi vida habían terminado así: con esa voz firme y profunda, confiada y segura, encomendándonos a Dios, para que velase por nosotros. La Biblia seguía en casa en su estante, pero él atesoraba sus enseñanzas en su corazón. Parecía que sus ojos azules estuvieran viendo más allá de aquella habitación cerrada y llena de gente, más allá de Haarlem, más allá de la tierra misma, cuando citó de memoria: «Tú eres mi refugio y mi escudo: yo confío en tu palabra… Abrázame y ofréceme tu guarda, y me sentiré a salvo…».

Ninguno durmió mucho. Cada vez que alguien salía de la habitación, tenía que pasar por encima de una docena de personas. Por fin, la luz empezó a entrar en la habitación, a través de las altas ventanas cubiertas de alambre. La policía trajo de nuevo panecillos. A medida que la larga mañana avanzaba, me dormí apoyando la

espalda contra la pared; el peor dolor que sentía en ese momento era el de mi pecho. Era mediodía cuando los soldados entraron en la estancia y nos dijeron que nos pusiéramos en pie. A toda prisa, nos enfundamos en nuestros abrigos y fuimos conducidos de nuevo a través de los fríos pasillos.

Ya en la calle Smedestraat, vimos a un buen grupo de personas agolpadas contra las barreras que había puesto la policía en la otra acera. Cuando Betsie y yo salimos con papá en medio de nosotras, un murmullo de terror se escuchó, ante la visión de que se llevaban a la cárcel al «Magnífico Anciano de Haarlem». Enfrente de la puerta había un autobús verde, con los asientos de atrás ocupados por los soldados. La gente estaba siendo subida a bordo mientras los amigos y familiares que estaban entre en la multitud lloraban o simplemente se agolpaban. Betsie y yo agarramos a papá por los brazos para ayudarle a subir los escalones. Entonces, nos quedamos de piedra. Tropezando, custodiado por dos soldados, sin sombrero y sin abrigo, llegó Pickwick. La parte superior de su cabeza calva era un amasijo de moratones y la sangre seca se aferraba a la barba en su barbilla. Ni siquiera alzó la vista cuando le arrastraron al interior del autobús.

Papá, Betsie y yo nos sentamos en un asiento doble situado en la parte delantera. A través de la ventana vislumbré que Tine estaba de pie, en medio de la muchedumbre. Era uno de aquellos días radiantes de invierno, en los que parecía que el aire brillaba con la luz. El autobús se estremeció y arrancó. La policía fue abriendo camino y fuimos avanzando poco a poco. Miré ávidamente por la ventana, en un intento de retener a Haarlem en mi retina. Ahora estábamos cruzando la Plaza Grote Markt; las paredes de la gran catedral brillaban emitiendo mil destellos grises, con la luz reflejándose en los cristales. Era extraño, pero me pareció que ya había vivido antes ese momento. Entonces me acordé. La visión. La noche de la invasión. Había visto todo esto. Willem, Nollie, Pickwick y Peter conducidos en contra de nuestra voluntad a través de esta plaza. Todos aparecíamos en el sueño, todos saliendo de Haarlem, sin posibilidad de volver atrás. Yendo… ¿hacia dónde?

10. Scheveningen

En las afueras de Haarlem, el autobús tomó la carretera hacia el sur, paralela al mar. A nuestra derecha se alzaban las típicas colinas de arena de dunas del país; siluetas de soldados se perfilaban en las crestas. Claramente, no nos estaban conduciendo a Ámsterdam.

Un viaje de dos horas nos llevó a las calles de La Haya. El autobús se detuvo frente a un edificio nuevo y funcional. Un susurro se extendió por todo el autobús: era la sede central de la Gestapo para toda Holanda.

—¡Nos vamos! –todos excepto Pickwick, que parecía incapaz de levantarse de su asiento. Nos llevaron a una gran sala, donde comenzó de nuevo el proceso interminable de tomar los nombres, direcciones y ocupaciones.

Me asusté al ver que, al otro lado de la habitación, estaban tanto Willemse como Kapteyn tras un mostrador. Cuando cada uno de los presos de Haarlem llegaba al escritorio, el uno o el otro se inclinaban hacia adelante y le decía algo a un hombre que estaba sentado ante una máquina de escribir y, entonces, se oía el sonido de las teclas. De repente, el interrogador principal se fijó en papá.

—¡Ese viejo! –gritó–. ¿Era imprescindible detenerlo? ¡Usted, anciano!

Willem llevó a papá hasta el mostrador. El jefe de la Gestapo se inclinó hacia adelante.

—Me gustaría enviarle a casa, viejo amigo –dijo–. Solo necesito que me dé su palabra de que no nos va a causar más problemas.

Yo no podía ver el rostro de papá, solo su porte erguido y el halo de su pelo blanco. Pero escuché su respuesta:

—Si me voy a casa hoy –dijo de manera firme y con claridad–, mañana le abriré mi puerta de nuevo a cualquier hombre necesitado que llame a ella.

La amabilidad desapareció de la cara del otro hombre.

—¡Vuelva a la fila! –gritó–. *¡Schnell!* ¡Este tribunal no tolerará

más retrasos!

Pero parecía que este tribunal solo existía para retrasarlo todo. A medida que avanzábamos lentamente, se repetían interminablemente las mismas preguntas, un sinfín de consulta de papeles y un interminable ir y venir de funcionarios. Al otro lado de la ventana, el corto día de invierno se estaba desvaneciendo. Nosotros no habíamos comido nada, aparte de los panecillos y el agua de madrugada. Delante de mí, Betsie respondió: «Soltera», por enésima vez ese día.

—¿Número de hijos? –preguntó el interrogador.

—Estoy soltera –repitió Betsie. El hombre ni siquiera levantó la vista de sus papeles.

—¡Número de niños! –espetó.

—No tengo niños –dijo Betsie con resignación.

Hacia el anochecer, un hombre bajo y corpulento que llevaba la estrella amarilla fue conducido hasta el otro extremo de la sala. El sonido de forcejeo nos hizo mirar hacia allí. El pobre desgraciado estaba tratando de aferrarse a algo que sostenía en sus manos.

—¡Es mío! –decía, sin parar de gritar–. ¡No pueden quitármelo! ¡Ustedes no pueden quedarse mi bolso!

¿Qué clase de locura lo poseía? ¿Para qué iba a servirle ahora el dinero? Pero continuó forcejeando, ante el evidente regocijo de los que lo rodeaban.

—¡Aquí, judío! –oí que decía uno de ellos. Levantó el pie y le dio con su bota una patada al hombre en la parte posterior de las rodillas–. Así es como le quitamos las cosas aquí a un judío.

Hacen mucho ruido. Eso era todo lo que podía pensar mientras seguían dándole patadas. Me agarré al mostrador para evitar caerme yo misma, mientras los sonidos continuaban golpeándole. Violentamente, sin razón, odié a aquel hombre, lo odié por estar tan indefenso y por dejar que le hicieran daño. Por fin oí que lo arrastraban afuera. Entonces, de repente, me di cuenta de que me encontraba ante el interrogador principal. Alcé la vista y solo pude ver los ojos de Kapteyn, que estaba detrás de él.

—Esta mujer era la cabecilla –dijo. En medio de la confusión que reinaba en mi interior, me di cuenta de que era importante que el

otro hombre le creyera.

—El Sr. Kapteyn está diciendo la verdad –dije–. Todos los demás no saben nada acerca de ello. Era todo mi…

—¿Nombre? –preguntó imperturbablemente el interrogador.

—Cornelia ten Boom, y soy la…

—¿Edad?

—Cincuenta y dos. El resto de esta gente no sabía absolutamente nada.

—¿Ocupación?

—¡Pero si ya lo he dicho por lo menos una docena de veces! –estallé presa de la desesperación.

—¿Ocupación? –repitió.

Era ya noche cerrada cuando, por fin, fuimos saliendo del edificio. El autobús verde se había ido. A cambio, pudimos distinguir la sombra de un camión grande del ejército, con el techo de lona. Dos soldados tuvieron que levantar a papá para que subiera a la caja. Allí no había ni rastro de Pickwick. Papá, Betsie y yo encontramos sitio para sentarnos en uno de los estrechos bancos colocados en los laterales.

El camión no tenía amortiguadores y saltaba sobre las calles, destrozadas por las bombas, de La Haya. Puse mi brazo detrás de la espalda de papá para que no se golpeara contra el borde. Willem, de pie cerca de la entrada, iba susurrándonos todo lo que podía ver de la ciudad, a oscuras a causa de las luces apagadas. Habíamos salido del centro y parecía que nos estábamos dirigiendo hacia el oeste, hacia el barrio de Scheveningen. Ese fue nuestro siguiente destino: la penitenciaría federal que tomaba su nombre de esta ciudad costera.

El camión dio un frenazo y se detuvo; oímos un chirrido de hierro. Nos movimos hacia adelante unos metros más y nos detuvimos de nuevo. Detrás de nosotros, se cerraron unas enormes puertas. Bajamos y nos encontramos en un gran patio, rodeado por un alto muro de ladrillo. El camión había desaparecido tras otro edificio; los soldados nos empujaron a todos hacia adentro. Parpadeé a causa del resplandor blanco y brillante de las luces del techo.

—*¡Nasen gegen Mauer!* ¡Narices contra la pared!

Sentí un empujón por detrás y me encontré contemplando el yeso rajado. Giré los ojos todo lo que pude, primero a la izquierda y luego a la derecha, y vi que, ahí mismo, estaba Willem. Dos puestos más allá, Betsie. Al lado, junto a mí, estaba Toos. Todos estaban, al igual que yo, de pie y con la cara contra la pared. ¿Dónde estaba papá? Hubo una interminable espera, durante la cual, las cicatrices de la pared que había delante de mis ojos se convirtieron en caras, paisajes o siluetas de animales. Entonces, en algún sitio a la derecha, se abrió una puerta.

—¡Todas las presas mujeres, que me sigan!

La voz de la matrona era tan metálica como el chirrido de la puerta. Ya que podía separarme de la pared, aproveché para echar un vistazo rápidamente alrededor del cuarto, para buscar a papá. Allí estaba, a unos centímetros de la pared, sentado en una silla. Una de las guardias la debía de haber traído para él. La matrona ya estaba empezando a recorrer el largo pasillo que podía verse a través de la puerta. Pero me quedé atrás, mirando fijamente, desesperadamente, a papá, a Willem, a Peter y a todos nuestros valientes colaboradores.

—¡Papá! –me puse a llorar de repente–. ¡Que el Señor esté con vosotros! –él volvió su cabeza hacia mí. La fría luz situada encima se reflejó en sus gafas.

—¡Y con vosotras, hijas mías! –dijo.

Me di la vuelta y seguí a las demás. Detrás de mí, la puerta se cerró bruscamente. ¡Y contigo! ¡Y contigo! *Oh, padre, ¿cuándo volveré a verte de nuevo?* La mano de Betsie se deslizó alrededor de la mía. Una alfombra de palmas de coco recorría el centro de la amplia sala de hormigón húmedo en la que entramos.

—Las prisioneras deben permanecer de pie a un lado –dijo la voz aburrida de la guardia que estaba detrás de nosotras–. Las prisioneras no pueden ponerse en la alfombra.

Sintiéndonos culpables, nos alejamos de aquel lugar privilegiado. Delante de nosotras había un escritorio y, detrás de él, una mujer de uniforme.

Cuando cada prisionera alcanzaba este punto, daba su nombre por enésima vez ese día y colocaba sobre la mesa todo lo que llevaba de valor. Nollie, Betsie y yo desabrochamos nuestros

hermosos relojes de pulsera. Cuando le entregué el mío a la oficial, ella señaló el sencillo anillo de oro que había pertenecido a mamá. Lo deslicé de mi dedo y lo puse en el escritorio, junto a mi cartera y unos florines de papel.

La procesión continuó por el pasillo. A lo largo de las paredes, a ambos lados, se sucedían estrechas puertas de metal. En ese momento, la columna de mujeres se detuvo: la matrona introdujo la llave en una de ellas. Oímos el ruido sordo de un perno retrocediendo y el chirrido de los goznes. La matrona consultó una lista que llevaba en la mano, y luego llamó por su nombre a una señora. Una de la que no conocía ni siquiera el nombre, una de las que habían estado en la reunión de oración de Willem. ¿Era posible que eso hubiera ocurrido el día anterior? ¿Había sido el jueves por la noche? Todos los sucesos de la Beje parecían ya parte de otra vida. La puerta se cerró de golpe; la columna siguió su camino. Abrió otra puerta y otro ser humano fue encerrado tras ella. Nunca metían a dos de Haarlem en la misma celda. Entre los primeros nombres de la lista estaba el de Betsie. Entró por la puerta; y, antes de que pudiera girarse o decir adiós, ya habían cerrado. Dos celdas más allá, me dejó Nollie. El sonido metálico de esas dos puertas resonó en mi interior, mientras la lenta marcha continuaba.

Ahora el corredor se ramificaba y giramos hacia la izquierda; luego hacia la derecha, luego a la izquierda de nuevo; un mundo sin fin de acero y hormigón.

—Ten Boom, Cornelia.

Otra puerta se abrió con un áspero chirrido. La celda era profunda y estrecha, apenas más ancha que la propia puerta. Una mujer yacía en la única cama, otras tres estaban en el suelo cubierto de paja, como garrapatas.

—Dadle a esta la cama –dijo la matrona–. Está enferma. –y, en efecto, en cuanto se cerró la puerta detrás de mí, un ataque de tos se me agarró al pecho y a la garganta.

—¡No queremos a una mujer enferma aquí! –gritó alguien. Tropecé con sus pies y retrocedí todo los lejos que el estrecho cubículo me permitía.

—Yo… Lo siento –empecé, pero otra voz me interrumpió.

—¡No lo sientas! No es culpa tuya. Vamos, Frau Mikes, déjale la cama –la joven se volvió hacia mí–. Déjeme que cuelgue su sombrero y su abrigo.

Con gratitud, le entregué mi sombrero, que añadió a una fila de ropa que colgaba de unos ganchos a lo largo de la pared. Pero seguí con el abrigo puesto. Habían desocupado la cama y me moví cuidadosamente, tratando de no estornudar o respirar, sorteaba a mis compañeras. Me hundí en la estrecha cama, y luego entré en un paroxismo frío de tos, cuando se levantó una nube de polvo negro del colchón de paja sucia. Por fin el ataque pasó y me acosté. El olor agrio de la paja invadía mi nariz. Podía notar cada listón de madera a través del delgado jergón. *No voy a ser capaz de dormir en una cama como esta,* pensé, y lo siguiente que supe es que ya era por la mañana y que golpeaban la puerta.

—Llamada para comer –me dijo mi compañera de celda. Hice un esfuerzo para ponerme de pie, cuando un panel de metal se abrió en la puerta, formando un pequeño estante. Sobre este, alguien en el pasillo estaba colocando unos platos de hojalata, llenos de gachas humeantes.

—¡Hay una nueva! –dijo la mujer llamada Frau Mikes, a través de la abertura–. ¡Necesitamos cinco raciones!

Pusieron otro plato encima del estante.

—Si no tienes hambre –añadió Frau Mikes–, yo puedo ayudarte. Me quedé mirando las acuosas gachas grises y le entregué el plato en silencio. Pasado un rato, recogieron los platos y la abertura de la puerta se cerró de golpe.

Más tarde, como a media mañana, se oyó una llave abrir en la cerradura; el perno golpeó al liberarse y la puerta se abrió lo suficiente para que sacaran el cubo sanitario. También vaciaron la palangana y la devolvieron con agua limpia. Las mujeres recogieron sus jergones de paja del suelo y los apilaron en un rincón, levantando una nueva nube de polvo que me hizo empezar a toser de nuevo, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

A continuación, el aburrimiento carcelario (que era lo que más había que temer) se apoderó de la celda. Al principio, intenté aliviarlo hablando con las demás, pero, aunque eran tan amables

como pueden serlo las personas que tienen que vivir literalmente hacinadas unas encima de las otras, acabaron rehuyendo mis preguntas y nunca llegué a saber mucho acerca de ellas.

Descubrí que la joven que me había hablado con tanta amabilidad la noche anterior era una baronesa de solo diecisiete años. Esta joven se paseaba constantemente, desde la mañana hasta que se encendía la bombilla por la noche: seis pasos hasta la puerta, seis pasos hacia atrás, esquivando a las que estaban sentadas en el suelo, yendo y viniendo como un animal enjaulado.

Frau Mikes resultó ser una mujer austriaca, que había trabajado de asistenta en un edificio de oficinas. A menudo lloraba por su canario.

—¡Mi pobre y pequeño bichito! ¿Qué será de él? Seguro que nadie se acuerda de darle de comer.

Esto me hizo pensar en nuestro gato. ¿Had Maher Salal Hashbaz habría conseguido escaparse a la calle o estaría muriéndose de hambre dentro de la casa sellada? Me lo podía imaginar rondando entre las sillas vacías del comedor, triste por no hallar ya hombros sobre los que tanto le gustaba caminar. Intenté que mi mente no fuera más allá… hacia arriba en la casa y ver si Thea, Mary, Eusie… ¡No! No podría hacer nada por ellos aquí en esta celda. Y solo Dios sabía si seguirían allí.

Una de mis compañeras de celda llevaba ya tres años aquí, en Scheveningen. Podía oír el traqueteo del carro de la comida mucho antes que el resto y decir, por la forma de andar, quién pasaba por el pasillo.

—Ese es el recluso de confianza del dispensario de suministros médicos. Alguien debe de estar enfermo…

—Esta es la cuarta vez que alguien de la 316 ha ido a juicio.

Todo su mundo giraba en torno a ese cubículo y el pasillo de fuera. Y pronto empecé a apreciar la sabiduría de esta visión tan reducida, y por qué los presos, de forma natural, rehuían las preguntas sobre su otra vida fuera de esos muros. Durante los primeros días de mi encarcelamiento, estuve sumida en un frenesí de ansiedad pensando en papá, Betsie, Willem, Pickwick… ¿Sería capaz papá de comerse esta comida? ¿Sería la manta de Betsie tan

delgada como esta? Pero estos pensamientos me llevaban a un grado tal de desesperación, que pronto aprendí a no caer en ellos.

En un intento por ocupar mi mente en algo, le pedí a Frau Mikes que me enseñase el juego de cartas al que ella jugaba, hora tras hora. Se había fabricado las cartas con los cuadrados de papel higiénico que se repartían (dos al día para cada prisionero); se sentaba en una esquina de la cama y se pasaba todo el día repartiéndolas en montones frente a ella y reuniéndolas de nuevo.

Yo era una aprendiz lenta, ya que en la Beje nunca se había jugado a las cartas. Ahora, cuando empecé a comprender el juego del solitario me pregunté a qué se debería la oposición de papá; sin duda nada podía ser más inocente que esta sucesión de formas llamadas tréboles, picas, diamantes… Pero, a medida que pasaban los días, empecé a descubrir una sutil trampa. Cuando las cartas me iban bien, me levantaban el ánimo. Aquello era un presagio: ¡seguro que alguien de Haarlem había sido puesto en libertad! Pero si perdía… Tal vez alguien estaba enfermo. O habían descubierto a los que se ocultaban en la habitación secreta… Finalmente tuve que dejar de jugar. En cualquier caso, me resultaba sumamente difícil permanecer sentada durante tanto tiempo. Me pasaba tanto los días como las noches pegando vuelcos en el jergón de paja tratando, en vano, de encontrar una posición en la que se me aliviaran todos los dolores a la vez. Me palpitaba la cabeza continuamente, el dolor me bajaba por los brazos y la tos empezó a producir sangre. Estaba ardiendo de fiebre en el catre una mañana, cuando se abrió la puerta de la celda y allí estaba la matrona de la voz de acero que había visto la noche que me metieron en la celda, dos semanas antes.

—Ten Boom, Cornelia –me esforcé para ponerme de pie–. Coja su sombrero y su abrigo y venga conmigo –miré a mi alrededor a las demás, a ver si me daban una pista sobre lo que estaba sucediendo.

—Vas al exterior –dijo nuestra experta en la prisión–. Cuando te piden que cojas la ropa de abrigo, siempre es para salir a la calle. El abrigo ya lo llevaba puesto, pero tomé el sombrero de su gancho y salí al pasillo. La matrona volvió a cerrar la puerta y luego empezó a andar con tanta rapidez que mi corazón se desbocó cuando troté tras ella, teniendo cuidado de no pisar la preciosa alfombra de hojas de

palmera. Me quedé mirando con nostalgia hacia las puertas cerradas que veía a ambos lados: no podía recordar detrás de cuáles habían desaparecido mis hermanos. Por fin salimos al ancho patio amurallado. ¡El cielo! Por primera vez en dos semanas, ¡el cielo azul! ¡Qué altas estaban las nubes!, parecían un relleno indeciblemente blanco y limpio. Recordé de repente cuánto había significado el cielo para mamá.

—¡Rápido! –dijo bruscamente la matrona.

Me apresuré hacia el automóvil negro brillante junto al que se encontraba. Me abrió la puerta trasera y entré. Otras dos personas ya estaban en el asiento trasero, un soldado y una mujer con una cara gris, completamente demacrada. Delante, al lado del conductor, se desplomó un hombre con aspecto de estar gravemente enfermo, cuya cabeza colgaba extrañamente hacia atrás. Cuando el coche se puso en marcha, la mujer que estaba a mi lado se llevó a la boca una toalla manchada de sangre y tosió en ella. Entendí que los tres estábamos enfermos, y pensé que tal vez nos iban a trasladar a un hospital.

La enorme puerta de la prisión se abrió y, de repente, estábamos en el mundo exterior, circulando a través de las amplias calles de la ciudad. Yo miraba con asombro por la ventanilla. Personas caminando, mirando en los escaparates, deteniéndose a hablar con amigos. ¿Realmente yo había sido tan libre como ellos, hacía solamente dos semanas?

El coche aparcó detrás de un edificio de oficinas; y el conductor y el soldado se bajaron para ayudar a subir al hombre enfermo los tres tramos de escaleras de la entrada. Entramos en una sala de espera atestada de gente y nos sentamos bajo la mirada vigilante del soldado. Cuando casi había pasado una hora, pedí permiso para usar el baño. El soldado habló con la enfermera de uniforme blanco que estaba detrás del escritorio de recepción.

—Es por aquí –dijo secamente. Me llevó por un corto pasillo, entró en el cuarto de baño conmigo y cerró la puerta.

—¡Rápido! ¿Hay alguna forma en que pueda ayudarla? –parpadeé, perpleja.

—Sí. ¡Oh, sí! ¡Una Biblia! ¿Podría conseguirme una Biblia? Y

¡aguja e hilo! ¡Y un cepillo de dientes! ¡Y jabón! –se mordió el labio, dubitativa.

—La verdad es que hay muchos pacientes hoy. Y además está el soldado, pero voy a hacer lo que pueda.

Y ya no estaba. Pero su bondad brilló en la pequeña habitación, tan brillante como los azulejos blancos brillantes y los grifos brillantes.

Se me animó el corazón cuando pude frotarme la mugre del cuello y la cara. Entonces se oyó la voz de un hombre en la puerta.

—¡Vamos! ¡Ya has estado ahí bastante tiempo!

Rápidamente me enjuagué el jabón y seguí al soldado, de vuelta a la sala de espera. La enfermera estaba ya en su escritorio, tan fríamente eficiente como antes; ni siquiera levantó la vista. Después de otra larga espera me llamaron por mi nombre. El médico me pidió que tosiera, me tomó la temperatura y la tensión arterial, me auscultó con su estetoscopio y anunció que tenía pleuresía con derrame, pre-tuberculosa. Después, escribió algo en una hoja de papel. Entonces, con una mano en el pomo de la puerta colocó la otra, durante un instante, en mi hombro.

—Tenga esperanza –dijo en voz baja–, en realidad, le estoy haciendo un favor con este diagnóstico.

El soldado estaba de pie en la sala de espera, esperándome. Al cruzar la sala, la enfermera se levantó enérgicamente de su escritorio y pasó por delante de mí. Sentí en la mano algo pequeño y nudoso, envuelto en papel. Lo deslicé en el bolsillo del abrigo mientras seguía al soldado por las escaleras. La otra mujer estaba ya de nuevo en el coche; el enfermo no volvió a aparecer. Durante todo el camino de vuelta, no podía dejar de averiguar el objeto que tenía en el bolsillo, trazando su contorno. *¡Oh, Señor, es tan pequeño!…, ¡pero, aun así, podría ser una Biblia!*

Los altos muros se alzaban hacia el cielo, la puerta sonó imponente al cerrarse detrás de nosotros. Finalmente, al final de los largos corredores, llegué a mi celda y saqué el paquete del bolsillo. Mis compañeras de celda se pusieron alrededor cuando desenvolví el periódico con manos temblorosas; incluso la baronesa detuvo su paseo para mirar.

Cuando aparecieron dos barras de un precioso jabón de antes de la guerra, Frau Mikes se llevó la mano a la boca para reprimir el grito de alegría. No había cepillo de dientes ni aguja, pero, en el colmo de la riqueza, ¡había varios paquetes de imperdibles! Y, lo más maravilloso de todo, no había toda una Biblia, pero en cuatro pequeños folletos estaban los cuatro Evangelios. Repartí el jabón y los imperdibles entre las cinco pero, aunque me ofrecí para dividir los libros también, se negaron.

—Si te pillan con ellos –dijo la experta–, es condena doble y también *kalte host. Kalte host*, una sola ración de pan, sin el plato diario de comida caliente, era el castigo que constantemente pendía sobre nuestras cabezas. Si hacíamos demasiado ruido, tendríamos *kalte host*. Si éramos muy lentas con el cubo, *kalte host*. Pero incluso el *kalte host* sería un pequeño precio, pensé mientras estiraba mi cuerpo dolorido en el jergón de paja, por los preciosos libros que tenía entre las manos.

Fue dos noches más tarde, cerca del momento en el que la bombilla solía comenzar a parpadear, cuando la puerta de la celda golpeó al abrirse y una guardia entró en ella.

—Ten Boom, Cornelia –gruñó–. ¡Coge tus cosas! –la miré fijamente; una loca esperanza se apoderó de mí.

—Esto significa que…

–¡Silencio! ¡No se habla!

No tardé mucho tiempo en ordenar mis «cosas»: Mi sombrero y una camiseta interior que estaba secando, después de un vano intento de dejarla limpia con el agua del cuenco, demasiado usada. Mi abrigo, con los preciosos contenidos de sus bolsillos, nunca se había despegado de mi espalda. ¿Por qué tan estricto silencio?, me pregunté. ¿Por qué no se me permite siquiera decirle adiós a mis compañeras de celda? ¿Sería tan malo que una guardia sonriera de vez en cuando o diera unas palabras de explicación?

Les dije adiós a las demás con los ojos y seguí a la estirada mujer hacia el pasillo. Se paró para cerrar la puerta, luego siguió por el pasillo. Pero ¡por el camino equivocado! No nos estábamos dirigiendo hacia la entrada exterior en absoluto, sino hacia lo más

profundo del laberinto de los pasillos de la prisión. Sin decir una sola palabra, se detuvo delante de otra puerta y la abrió con una llave. Yo entré. La puerta sonó detrás de mí. El cerrojo se cerró de golpe. La celda era idéntica a la que acababa de dejar; seis pasos de largo, dos de ancho, una sola cama en la parte posterior. Pero esta estaba vacía. En cuanto se desvanecieron los pasos de la guardia, allá lejos por el pasillo, me apoyé contra el frío metal de la puerta. *Sola. Sola detrás de estas paredes. No debo dejar que mis pensamientos corran como locos; debo ser muy madura y muy práctica. Seis pasos. Siéntate en la cama.* Apestaba aún más que la otra: parecía que la paja hubiera fermentado. Alcancé la manta: alguien había estado enfermo envuelto en ella. La lancé todo lo lejos que pude, pero ya era demasiado tarde. Me dirigí hacia el balde que había cerca de la puerta y me apoyé débilmente sobre él.

En ese momento, se apagó la bombilla del techo. Tanteé hacia atrás para encontrar la cama y me acurruqué allí en la oscuridad, apretando los dientes en medio de las apestosas sábanas, envolviéndome con el abrigo aún más. La celda era una nevera; el viento martilleaba contra la pared. Debía de estar situada cerca del borde exterior de la prisión: porque el viento nunca había ululado tanto en la otra.

¿Qué había hecho para ser apartada de la gente de esta manera? ¿Acaso habrían descubierto la conversación con la enfermera en el consultorio del médico? ¿O tal vez al interrogar a algunos de los de Haarlem habían dicho toda la verdad acerca de nuestro grupo? Tal vez me habían sentenciado a permanecer incomunicada durante años y años…

Por la mañana me había subido la fiebre. Ni siquiera fui capaz de moverme lo suficiente para conseguir mi comida del estante de la puerta y después de una hora, o así, se llevaron la bandeja intacta. Hacia la tarde, se abrió de nuevo la puerta y apareció el trozo de pan grueso de la prisión. A esas alturas yo estaba desesperada por la comida, pero me sentía más incapaz de caminar que nunca. El que estaba repartiendo la comida debió de darse cuenta del problema. Tomó el pan y me lo lanzó. Aterrizó en el suelo, junto a la cama; me estiré para alcanzarlo y lo mordí con avidez.

Durante varios días, mientras que persistió la fiebre, me entregaron la cena de esta manera. Por las mañanas, la puerta chirriaba al abrirse y una mujer con bata azul me acercaba un plato de gachas calientes a la cama. Yo estaba tan hambrienta de la visión de un rostro humano como de la comida e intentaba, como podía a causa de la fiebre, iniciar una conversación. Pero la mujer, obviamente una compañera en prisión, negaba con la cabeza, mientras dirigía una mirada temerosa hacia el pasillo.

La puerta también se abría una vez al día para dejar entrar al preso de confianza del dispensario de suministros médicos, que me administraba una dosis de un líquido viscoso y amarillo de una botella muy sucia. La primera vez que entró en la celda me aferré a su manga.

—¡Por favor! –dije con mi ronca voz–. ¿Has visto a un preso anciano, con el pelo blanco y una larga barba? ¡Se llama Casper ten Boom! Seguro que habrás tenido que llevarle alguna medicina –el hombre se soltó.

—¡No lo sé! ¡Yo no sé nada!

—La puerta de la celda se estrelló contra el muro, y apareció la guardia.

—¡A los prisioneros incomunicados no se les permite hablar! ¡Si le dices una sola palabra más a uno de los prisioneros de servicio, tendrás *host kalte* durante todo el tiempo que permanezcas aquí!

Y la puerta volvió a cerrarse detrás de los dos.

Ese mismo preso de confianza también era el encargado de anotar mi temperatura cada vez que venía. Tenía que quitarme la camisa y colocar el termómetro entre el brazo y el costado de mi cuerpo. No me parecía un sistema demasiado fiable: efectivamente, hacia el final de la semana, una voz muy irritante llamó a través de la ranura de alimentación:

—¡Levántate y coge la comida tú misma! ¡Ya no tienes fiebre; no pretenderás que te la llevemos otra vez!

Estaba segura de que la fiebre no se había ido, pero no podía hacer nada más que arrastrarme, temblorosa, hasta la puerta para tomar mi plato. Cuando había terminado, me acostaba de nuevo en la paja maloliente, preparándome mentalmente para aguantar los

berridos que, sabía a ciencia cierta, iban a venir.

—¡Mira la gran dama, de vuelta a la cama otra vez! ¿Vas a estar ahí tirada todo el día?

Nunca pude entender por qué el estar acostado era considerado un crimen. Ni tampoco lo que se suponía que iba a lograr si uno se levantaba…

Los pensamientos que me rondaban la cabeza, ahora que estaba sola, fueron un problema mayor que nunca. Ya ni siquiera podía rezar por mi familia y por mis amigos por sus nombres, tan grande era el temor y el anhelo que envolvía a cada uno de ellos. «Aquellos a los que amo, Señor», diría. «Tú los conoces. Tú puedes verlos. ¡Oh, Señor, bendícelos a todos!».

Los pensamientos eran mis enemigos. Aquel bolso que había preparado para la cárcel… ¡Cuántas veces lo abrí en mi mente y rebusqué entre todo lo que había dejado atrás! Una blusa limpia. Aspirinas, un frasco entero. Pasta de dientes con una especie de sabor a menta… ¡Y entonces me daba cuenta de lo ridículo de tales pensamientos! Si hubiera tenido otra oportunidad, ¿acaso habría antepuesto estas pocas comodidades personales por delante de las vidas humanas? ¡Por supuesto que no!, pero en las noches oscuras, cuando el viento aullaba y la fiebre me hacía tiritar, recuperaba el bolso de un oscuro rincón de mi mente y fantaseaba con él, una vez más. Una toalla para colocar sobre este trocito de paja. Una aspirina…

Aun así, esta nueva celda suponía una mejora con respecto a la primera. Tenía una ventana. Siete barras de hierro la cruzaban de lado a lado, y cuatro barras lo hacían de arriba abajo. Estaba situada demasiado alta en la pared como para poder asomarse, pero, a través de los veintiocho cuadrados, podía ver el cielo.

Todos los días mantenía los ojos fijos en ese pedacito de cielo, y a veces las nubes se movían a través de esos cuadrados, blancas, rosadas o con filos de oro, y cuando el viento era del oeste podía oír el mar. Y, lo mejor de todo, durante casi una hora diaria, que se alargaba gradualmente a medida que el sol de primavera subía más alto, un rayo de luz se colaba entre los cuadros, iluminando la pequeña y oscura habitación. A medida que el clima se volvía más

cálido y yo fui poniéndome más fuerte, me levantaba para que el sol me diera en la cara y en el pecho, deslizándome a lo largo de la pared, para seguir el movimiento de la luz, subiéndome al final en la cama, de puntillas, para aprovechar los últimos rayos.

A medida que recuperaba la salud, podía utilizar la vista para leer durante más tiempo. Hasta entonces, me alimentaba del Evangelio, un versículo cada vez; ahora, como un hambriento, devoraba los evangelios enteros en una sola lectura, contemplando todo el magnífico drama de la salvación.

Y, entonces, un pensamiento increíble me erizó la piel. ¿Era posible que nada de esto, que parecía tan inútil y tan innecesario –esta guerra, la prisión de Scheveningen, esta misma celda–, fuera imprevisto o accidental? ¿Podría ser parte del camino revelado por primera vez en los Evangelios? ¿Acaso el mismo Jesús –y aquí mi lectura se hizo aún más provechosa en efecto– no había sido derrotado tan completa e incontestablemente como lo había sido nuestro pequeño grupo y nuestros pequeños proyectos?

Pero… si los Evangelios nos mostraban realmente cómo actúa Dios, entonces la derrota era solo el comienzo. Miré a mi alrededor en la pequeña celda desnuda y me maravillé de asombro al concebir que la victoria podría venir de un lugar como aquel.

La experta en prisiones me había enseñado a fabricar una especie de cuchillo afilando una de las tiras del corsé contra el duro piso de cemento. Me parecía extrañamente importante no perder la noción del tiempo. Y así, con ese trozo de hueso afilado, fui grabando un calendario en la pared, detrás de la cama. Cuando cada día, largo y monótono, llegaba lentamente a su fin, yo iba marcando otro cuadrado. También comencé un registro de fechas especiales bajo el calendario:

28 de febrero de 1944. –Detención
29 de febrero de 1944. –Traslado a Scheveningen
16 de marzo de 1944. –Comienzo del aislamiento

Y ahora una nueva fecha:

15 de abril de 1944. –Mi cumpleaños en la cárcel

Un cumpleaños tenía que significar una fiesta, pero busqué en vano un solo objeto alegre. Al menos en la otra celda había ropa brillante de alegres colores: el sombrero rojo de la baronesa, la blusa amarilla de Frau Mikes… ¡Cómo me arrepentía ahora de mi propia falta de gusto para la ropa! ¡Al menos me gustaría tener una canción en mi fiesta! Elegí una sobre la novia de Haarlem; el árbol estaría ahora en plena floración. Aquella canción infantil trajo todo a mi memoria: las ramas reventando de flores, los pétalos cayendo, como copos de nieve, acumulándose en la acera de ladrillo…

—¿Qué pasa ahí? –una andanada de golpes sonó en la puerta–. ¡Los incomunicados deben guardar silencio!

Me senté en la cama, abrí el Evangelio de san Juan y leí hasta que se me apaciguó el dolor del corazón.

Dos días después de mi cumpleaños me llevaron por primera vez al gran cuarto de duchas, que se podía oír a lo lejos. Una guardia con cara de pocos amigos marchó a mi lado, prohibiéndome, con su ceño fruncido, poder disfrutar de la expedición. Pero nada podía atenuar la maravilla de entrar en ese amplio pasillo después de tantas semanas de confinamiento en solitario. En la puerta de las duchas, había varias mujeres esperando. Incluso en medio del estricto silencio, la proximidad de otro ser humano me infundía fuerza y me llenaba de alegría. Exploré las caras de las que salían, pero ni Betsie ni Nollie estaban allí, ni nadie más de Haarlem. Y, sin embargo, yo me imaginaba que eran mis hermanas. ¡Qué afortunado me parecía cualquiera que pudiera ver simplemente a otros seres humanos!

La ducha también fue gloriosa: agua limpia y caliente cayendo sobre mi piel enrojecida, chorros de agua pasando a través de mi pelo enmarañado. Volví a la celda con una nueva determinación: la próxima vez que me permitieran darme una ducha, llevaría conmigo tres de los Evangelios que tenía. La soledad me había enseñado que no era posible ser rico estando solo.

Y no estuve sola durante mucho tiempo más: a mi celda solitaria llegó una pequeña hormiga negra, muy laboriosa. Estuve a punto de

aplastarla una mañana, al llevar el balde a la puerta, cuando me di cuenta del honor que se me había concedido. Me puse en cuclillas y admiré el maravilloso diseño de sus patas y su cuerpo. Le pedí perdón por mi tamaño y le prometí que no volvería a andar de nuevo dando zancadas sin pensar en ella.

Al ratito desapareció a través de una grieta en el suelo. Pero, cuando mi pedazo de pan de la tarde apareció a través de la puerta, dispersé algunas migas y, para mi alegría, reapareció casi inmediatamente. Recogió la pieza heroicamente, luchó para poder pasar el agujero con ella y vino otra vez a por más. Era el comienzo de una relación. Ahora, además de la visita diaria del sol, tenía la compañía de esta valiente y hermosa invitada… de hecho pronto tuve la de un pequeño comité entero. Si estaba lavando la ropa en la palangana o afilando la punta de mi cuchillo casero y aparecían las hormigas, me paraba y dejaba lo que estaba haciendo para prestarles toda mi atención. ¡Habría sido impensable malgastar dos actividades en el mismo momento del día!

Una noche, mientras anotaba otro largo, largo día en el calendario rayado en la pared, oí gritos a lo lejos por el pasillo. Luego, fueron contestados más cerca. Ahora, las ruidosas voces venían de cada dirección. Era sumamente extraño que las presas estuvieran armando jaleo. ¿Dónde estaban las guardias? No habían cerrado el estante de la puerta desde que me trajeron el pan, hacía ya un par de horas. Pegué la oreja a la abertura, tratando de escuchar, pero era difícil entender el tumulto. Se pasaban nombres de celda a celda. La gente cantaba, otras golpeaban las puertas. ¡Todas las guardias debían de estar lejos!

—¡Por favor! ¡Vamos a tranquilizarnos! –suplicó una voz cercana–. ¡Vamos a aprovechar el tiempo antes de que regresen!

—Pero ¿qué está sucediendo? –grité a través de la ranura abierta.

—¿Dónde están las guardias?

—En la fiesta –me respondió la misma voz–. Es el cumpleaños de Hitler.

Lo que se escuchaba eran los nombres de cada una gritados por el pasillo. Era nuestra oportunidad de contar dónde estábamos, para

obtener información.

—¡Soy Corrie ten Boom! –grité a través de la puerta–. ¡Toda mi familia está aquí, en alguna parte! ¿Alguien ha visto a Casper ten Boom, Betsie ten Boom, Nollie van Woerden o Willem ten Boom? –grité los nombres hasta que me quedé afónica y escuché cómo los repetían de boca en boca por el largo pasillo. Pasé nombres también, a la derecha y a la izquierda, conformando así una especie de sistema de comunicación.

Después de un rato, las respuestas comenzaron a filtrarse de vuelta: «La Sra. van der Elst está en la celda 228…». «El brazo de Pietjes está mucho mejor…». Algunos mensajes eran realmente difíciles de transmitir: «La audiencia fue muy mal: está sentado en la celda sin hablar». «A mi marido Joost: nuestro bebé murió la semana pasada».

Junto a los mensajes personales, fueron llegando diversos rumores sobre el mundo exterior, el último cada vez más salvajemente optimista que el anterior: «Hay una revolución en Alemania». «¡Los Aliados han invadido Europa!». «¡La guerra no puede durar tres semanas más!». Pasado algún tiempo, alguno de los nombres que había gritado comenzaron a regresar. «Betsie ten Boom está en la celda 312. Ella dice que le diga que Dios es bueno». ¡Oh, mi Betsie! ¡Eso era cien por cien de Betsie! Y a continuación: «Nollie van Woerden estaba en la celda 318, pero fue liberada hace más de un mes». ¡Liberada! Oh, ¡gracias a Dios! ¡Toos, liberado! Las noticias de la sección masculina tardaron más en llegar, pero, cuando lo hicieron, mi corazón saltó alto y más alto. ¡Peter van Woerden. Liberado! ¡Herman Sluring. Liberado! ¡Willem ten Boom. Liberado!

Por lo que pude descubrir, cada uno de los detenidos en la redada hecha en la Beje –a excepción de Betsie y de mí– habían sido liberados. Fui incapaz de obtener ninguna noticia sobre papá, aunque grité su nombre repetidas veces en el pasillo para que preguntaran por todas partes. Parecía que nadie le había visto. Parecía que nadie sabía…

Aproximadamente una semana más tarde, la puerta de mi celda se abrió y un recluso de confianza me arrojó al suelo un paquete

envuelto en papel de embalar. Lo recogí, lo levanté, lo giré repetidas veces. Habían rasgado el papel y lo habían abierto sin el menor cuidado, pero incluso en medio de aquel desorden podía adivinarse el toque de cariño de Nollie. Me senté en el catre y lo abrí.

Allí, familiar y cercano como una visita de mi propia casa, estaba el suéter bordado de color azul claro. En cuanto me lo puse, me pareció sentir los brazos de Nollie rodeándome los hombros. Dentro del paquete también había galletas y vitaminas, aguja e hilo y una toalla de color rojo vivo. ¡Cómo entendía Nollie el hambre de color en prisión! Había envuelto hasta las galletas en celofán rojo alegre. Estaba mordiendo el primer trozo, cuando me vino la inspiración. Arrastré el catre desde la pared hasta ponerlo bajo la bombilla desnuda. Y subiéndome encima de él formé una pantalla de lámpara con el papel: un rojo alegre brilló inmediatamente cubriendo el pequeño y triste cuarto.

Estaba envolviendo de nuevo las galletas en el papel marrón del paquete, cuando mis ojos se fijaron en la dirección escrita por la mano cuidadosa de Nollie. Las líneas se inclinaban hacia arriba, hacia el sello. Pero Nollie siempre era muy cuidadosa… ¡El sello! ¿No había llegado una vez un mensaje a la Beje bajo un sello? Riéndome de mi propia imaginación sobreexcitada humedecí el papel en el agua de la palangana y tiré suavemente del sello para despegarlo. ¡Palabras! Definitivamente, alguien había escrito algo, pero tan diminuto que tuve que subirme otra vez en el catre y sostener el papel cerca de la bombilla.

«Todos los relojes de su armario están seguros». Seguro que… entonces Eusie y Henk y Mary ¡habían salido del cuarto secreto! ¡Se habían escapado! ¡Eran libres!

Estallé en un mar de sollozos incontrolables, luego escuché unos pasos pesados que llegaban por el pasillo. Apresuradamente salté de la cama y la empujé contra la pared. Se abrió una ranura en la puerta.

—¿Qué escándalo es este?

—No es nada. No volveré a hacerlo.

La ranura de la puerta se cerró. ¿Cómo lo habían logrado? ¿Cómo habían sido capaces de burlar a los soldados? En realidad da

igual, querido Señor. Tú estabas allí, y eso era todo lo que importa…

Se abrió la puerta de la celda y entró un oficial alemán, seguido por la mismísima matrona jefe. Mis ojos recorrieron ávidamente el uniforme bien planchado con sus hileras de cintas de batalla de brillantes colores.

—Miss ten Boom –comenzó el oficial en excelente holandés–. Tengo un par de preguntas con las que creo que me podría ayudar.

La matrona llevaba un pequeño taburete y se lanzó a colocarlo para que el oficial se sentara. La miré fijamente. ¿Esta criatura servil era la dueña de la horrible voz que sembraba el terror en el ala femenina?

El oficial se sentó, indicándome que tomara asiento en el catre. Había algo en ese gesto que demostraba que él pertenecía al mundo de fuera de la prisión. Cuando sacó una pequeña libreta y comenzó a leer los nombres, fui repentinamente consciente de mi ropa arrugada, y de mis uñas largas e irregulares.

Para mi alivio, sinceramente, yo no sabía nada de los nombres que estaba leyendo. En ese momento comprendí la sabiduría del omnipresente «señor Smit». El oficial se puso de pie.

—¿Cree que ya está lo suficientemente fuerte como para asistir pronto a su audiencia? –otra vez esos modales humanos normales.

—¡Sí, sí! Espero que sí.

El oficial salió al pasillo, y la matrona salió correteando tras él con el taburete.

Era el tres de mayo. Estaba sentada en mi cama, cosiendo. Desde que me habían entregado el paquete de Nollie, tenía una maravillosa nueva ocupación: iba tirando, uno a uno, de los hilos de la toalla roja y con ellos bordaba coloridas figuras en el pijama que había recibido recientemente y que llevaba debajo de la ropa. Una ventana con cortinas de volantes. Una flor con un número imposible de pétalos y hojas. Acababa de empezar a trabajar en la cabeza de un gato sobre el bolsillo derecho, cuando la ranura por la que pasaban los alimentos se abrió de golpe y se cerró con un solo movimiento. Y allí, en el suelo de la celda, había una carta.

Se me cayó el pijama y salté hacia adelante. Era la letra de

Nollie. ¿Por qué mi mano temblaba mientras la recogía?

La carta había sido abierta por la censura, y la habían retenido durante bastante tiempo: el matasellos era de hacía más de una semana. Pero era una carta, ¡una carta de casa! ¡La primera!

¿Por qué, de repente, tenía miedo? Desplegué el papel.

«¡Vamos!, tienes que ser muy valiente». ¡No, no! ¡No podía ser valiente! Tuve que obligarme a seguir leyendo.

«Tengo una noticia que me resulta muy difícil darte. Papá sobrevivió a la detención solo durante diez días. Él está ahora con el Señor…».

Me quedé con el papel entre las manos durante tanto tiempo, que el rayo de sol de cada día entró en la celda y lo iluminó. Papá… Papá… La letra brillaba bajo la luz mientras leía el resto. Nollie no daba detalles, ni cómo ni dónde había muerto, ni siquiera decía dónde había sido enterrado.

Se oyeron unos pasos sobre la alfombra de coco. Corrí a la puerta y apoyé la cara sobre la puerta cerrada.

—¡Por favor! ¡Oh, por favor!

Los pasos se detuvieron. Se abrió la ranura de la puerta.

—¿Qué pasa?

—¡Por favor! He recibido muy malas noticias. ¡Oh, por favor, no se vaya!

—Espere un minuto.

Los pasos se alejaron, entonces volvieron junto con un tintineo de llaves. La puerta de la celda se abrió.

—Aquí –la mujer joven me dio una píldora con un vaso del agua. –Es un sedante.

—Acabo de recibir esta carta –expliqué–. Trae noticias de mi padre; dice que mi padre ha muerto.

La muchacha me contempló.

—¡Su padre! –dijo en tono de sorpresa.

Me di cuenta de lo muy vieja y decrépita que le debía de resultar a esta mujer joven. Estuvo de pie en la entrada un rato, obviamente avergonzada de mis lágrimas.

—Independientemente de lo que haya sucedido –dijo por fin–, a usted la han traído aquí ¡por haber quebrantado la ley!

—Querido Jesús –susurré cuando la puerta se cerró de golpe y los pasos se desvanecieron–, ha sido muy tonto por mi parte haber pedido ayuda humana cuando Tú estás aquí.

Y pensé que papá se encontraba ahora ante Él, ¡mirándolo a la cara! Pensé que él y mamá estaban juntos de nuevo, caminando por calles brillantes… Separé el catre de la pared y debajo del calendario grabé otra fecha: *9 de marzo de 1944: Papá, liberado.*

11. El teniente

Caminaba con un guardia detrás de mí, e intentaba ir un poco a la derecha, evitando así que mis pies tocaran la sacrosanta esterilla, por un pasillo que no había visto antes. Giramos a la derecha, bajamos unos pocos escalones, a la derecha de nuevo… esta prisión era un laberinto interminable. Por fin fuimos a parar a un pequeño patio interior. Caía una fina llovizna. Era una mañana de crudo frío, a finales de mayo: después de tres largos meses de prisión, me habían llamado a una primera audiencia.

Ventanas enrejadas nos miraban desde los altos edificios en tres lados del patio; a lo largo del cuarto había un alto muro y, por delante, una fila de pequeñas cabañas. Así que este era el lugar donde tenían lugar los infames interrogatorios. Comencé a agitarme y me costaba respirar al pensar en a los relatos que había oído la noche del cumpleaños de Hitler.

—Señor Jesús, a ti también te juzgaron. Muéstrame lo que debo hacer.

Y entonces reparé en algo. Alguien había plantado una hilera de tulipanes junto a una de las cabañas. Ya se habían marchitado, solo quedaban los tallos y unas hojas amarillentas, pero…

—¡Querido Señor, haz que vaya a la cabaña número cuatro!

La guardiana se había detenido para desatar una larga correa sujeta al hombro de su uniforme militar. Protegida de la lluvia, avanzó por el sendero de grava. Pasó la primera cabaña, la segunda, la tercera. Se detuvo frente a la cabaña con el macizo de flores y llamó a la puerta.

—*¡Ja! ¡Herrein!* –respondió la voz de un hombre. La guardia abrió la puerta, hizo un saludo militar y se separó rápidamente. El hombre llevaba una pistola dentro de una funda de cuero reforzado y un uniforme lleno de insignias. Se quitó el sombrero y me encontré frente al hombre de modales suaves que me había visitado en mi celda.

—Soy el teniente Rahms –dijo, dando un paso hacia la puerta para cerrarla tras de mí–. Estás temblando, déjame encender el fuego.

Llenó una estufa barrigona con pequeños trozos de carbón. Ante los ojos de cualquiera, habría parecido que se trataba de un alemán, cabeza de familia, entreteniendo amablemente a un invitado. ¿Y si en realidad se trataba de una trampa?

Este tipo, con su buena educación, tal vez había considerado simplemente que era más eficaz engañar a los reclusos hambrientos de afecto que usar la brutalidad.

«¡Oh, Señor, no permitas que mi credulidad y mi debilidad pongan en peligro la vida de los demás!».

—Espero –estaba diciendo el oficial– que no tengamos muchos más días de primavera tan fríos como este.

Entonces, sacó una silla para que me sentara en ella y yo, cautelosamente, la acepté. Qué extraño resultaba, después de tres meses, sentir una silla en la que acomodarse, ¡con reposabrazos para las manos! El calor de la estufa calentó rápidamente la pequeña habitación. A pesar de mí misma, empecé a relajarme.

Aventuré un comentario tímido acerca de los tulipanes.

—Con la altura que tenían, debían de haber sido realmente hermosos.

—¡Sí que lo eran! –parecía ridículamente complacido–. Los mejores que he conseguido nunca. Y eso que en casa siempre tenemos de los holandeses. Hablamos de flores durante un rato y luego me dijo–: Me gustaría poder ayudarla, señorita ten Boom. Pero tiene que contármelo todo. Quizá pueda hacer algo por usted, pero solo si no me oculta nada.

Así que eso era. Toda su amabilidad, su preocupación que medio me había creído no era más que un dispositivo hábilmente montado para obtener información. Bueno, ¿por qué no? Este hombre era un profesional con un trabajo por delante. Pero, de alguna manera, yo también era una profesional.

Me interrogó durante una hora, utilizando todos los trucos psicológicos de los que los jóvenes de nuestro grupo ya me habían avisado. De hecho, me sentí como una estudiante que se ha

preparado a conciencia para un examen difícil y luego le preguntan solo las materias más elementales. Pronto quedó claro que creían que la Beje había sido el cuartel general donde se organizaban los robos en las oficinas de racionamiento en todo el país. De todas las actividades ilegales que tenía en mi conciencia, esta era probablemente sobre la que menos sabía. Aparte de recibir las tarjetas robadas cada mes y distribuirlas, no conocía ningún detalle acerca de esas operaciones. Al parecer, mi verdadera ignorancia comenzó a ser evidente, después de un tiempo el teniente Rahms dejó de tomar notas de mis irremediablemente estúpidas respuestas.

—Sus otras actividades, señorita ten Boom. ¿Le importaría hablarme de ellas?

—¿Otras actividades? ¡Oh! Se refiere a lo que hago en la iglesia con las personas con discapacidad mental –y me sumergí en una descripción detallada de los esfuerzos que dedicaba a predicar a los débiles mentales.

Las cejas del teniente se elevaban más y más.

—¡Qué desperdicio de tiempo y energía! –explotó por fin–. ¡Si quieres conversos, seguramente una persona normal vale más que todos los imbéciles del mundo!

Miré fijamente a sus ojos inteligentes de color gris pensando en que su verdadera ideología era la nacionalsocialista, y pensé en la cama de tulipanes. Y luego, para mi propio asombro, oí mi propia voz que decía confiadamente: ¿Puedo decirle la verdad, teniente Rahms?

—Esta audiencia, Srta. ten Boom, se basa en la suposición de que usted me hará ese honor.

—La verdad, señor –le dije, tragando saliva–, es que el punto de vista de Dios es a veces diferente del nuestro; tan diferente que ni siquiera se podría adivinar si no fuera porque Él ha tenido a bien darnos un libro en el que nos lo cuenta, –yo sabía que era una locura hablar de esta manera a un oficial nazi. Pero no dijo nada, así que seguí adelante–. En la Biblia he aprendido que Dios no nos valora por nuestra fuerza o nuestra inteligencia, sino simplemente porque somos obra suya. ¿Quién sabe? Quizá ante sus ojos, un imbécil puede valer más que una relojera. O un teniente.

El teniente Rahms se levantó bruscamente.

—Eso es todo por hoy –se acercó rápidamente a la puerta.

—¡Guardia! –oí pasos en el camino de grava–. La prisionera regresa a su celda.

Mientras seguía a la guardia a través de los largos y fríos pasillos, supe que había cometido un error. Había dicho demasiado. Había arruinado cualquier oportunidad de que aquel oficial pudiera tener el más mínimo interés en mi caso. Y, sin embargo, a la mañana siguiente fue el mismo teniente Rahms quien me abrió la puerta de mi celda y me llevó a la audiencia. Al parecer, no conocía la norma que prohibía a los presos pisar la estera, porque me indicó que caminara por delante de él, por el centro del pasillo. Evité los ojos de las guardias a lo largo de la ruta, culpable como un perro bien entrenado que ha sido descubierto subido en el sofá de la sala de estar.

En el patio, en ese momento, lucía un sol brillante.

—Durante el día de hoy –dijo–, vamos a estar fuera. Está pálida. No está recibiendo suficiente sol.

Agradecida, lo seguí hasta un rincón del pequeño patio donde el aire era cálido y suave. Entonces, apoyamos las espaldas contra la pared.

—Anoche apenas pude dormir –dijo el teniente–, pensando en ese libro en el que usted ha leído todas esas ideas tan diferentes. ¿Qué más cosas dice?

El sol, brillante y cálido, acariciaba mis párpados cerrados.

—Dice –empecé poco a poco– que una Luz tiene que venir a este mundo, por lo que ya no tendremos que seguir caminando en la oscuridad. ¿Hay oscuridad en su vida, teniente? –hubo un largo silencio.

—Hay una gran oscuridad –dijo al fin–. No puedo asumir el trabajo que hago aquí.

Entonces, de repente, comenzó a hablarme de su mujer y de sus hijos en Bremen, de su jardín, sus perros, sus vacaciones de senderismo en verano.

—Bremen fue bombardeada otra vez la semana pasada. Cada mañana me pregunto si seguirán vivos.

—Aunque no siempre pueda verlo, teniente Rahms, Jesús siempre me muestra a través de la Biblia el camino que tengo que seguir. Él es la Luz que puede brillar incluso en una oscuridad tan terrible como la suya.

El hombre se bajó la visera de la gorra, colocándosela sobre los ojos; la calavera con los dos huesos cruzados brilló bajo la luz del sol. Cuando habló, lo hizo tan bajo que apenas podía oírlo:

—¿Qué puede saber usted de una oscuridad como la mía…?

Las audiencias continuaron dos mañanas más. Él había abandonado toda pretensión de interrogarme sobre mis actividades clandestinas y parecía disfrutar especialmente oyéndome hablar de mi infancia. Mamá, papá, las tías… Quería oír sus historias una y otra vez. Y se enfureció al enterarse de que papá había muerto aquí, en Scheveningen. Y no hizo mención alguna a la documentación sobre mi caso.

Esos informes respondían a una pregunta: la razón de mi incomunicación: «El estado de salud de la prisionera puede resultar contagioso para las demás de la celda», contemplé el informe escrito a máquina, las palabras donde el dedo del teniente Rahms se había detenido. Recordé las largas noches, el viento, el ceño fruncido de las guardias y la regla del silencio.

—Pero, si no era un castigo, ¿por qué estaban tan enfadadas conmigo? ¿Por qué me trataban así?

El teniente cuadró los bordes de los papeles que tenía delante de él.

—Una prisión es parecida a cualquier otra institución, señorita ten Boom, ciertas reglas, ciertas formas de hacer cosas.

—¡Pero ya no soy contagiosa ahora! He estado mucho mejor ¡durante semanas y semanas y mi propia hermana está tan cerca…! ¡Teniente Rahms, si tan solo pudiera ver a Betsie! ¡Si pudiera hablar con ella solo unos minutos!

Levantó los ojos del escritorio y pude ver la angustia reflejada en ellos.

—Señorita ten Boom, es posible que a usted le parezca que soy una persona poderosa. Llevo un uniforme. Tengo cierta autoridad sobre mis subordinados… Pero yo también estoy prisionero, querida

señora de Haarlem, en una prisión aún peor que esta.

Esa fue la cuarta y última audiencia, y tuvimos que volver a la pequeña cabaña para la firma del proceso verbal. Recogió la transcripción completa y salió con ella, dejándome sola. Lamenté tener que decirle adiós a este hombre que estaba luchando con tanto ahínco por encontrar la verdad. Lo más difícil para él parecía ser que los cristianos debieran sufrir.

—¿Cómo se puede creer en Dios ahora? –me preguntaría él–. ¿Qué clase de Dios es el que permite que un hombre viejo muriera aquí, en Scheveningen?

Me levanté de la silla y mantuve las manos cerca de la pequeña estufa. Yo no entendía bien por qué papá había tenido que morir en un lugar así. No lo entendía muy bien y, de repente, me acordé de la fórmula que empleaba el mismo papá para responder a las preguntas difíciles:

—Algunos conocimientos son demasiado pesados… no puedes soportarlos… así que vuestro padre los soportará hasta que vosotras seáis capaces de hacerlo por vosotras mismas.

¡Sí! Es lo que le diría al teniente Rahms. A él siempre le gustaban las historias sobre papá. Pero, cuando regresó a la habitación, una guardia de la sección de mujeres estaba con él.

—La prisionera ten Boom ya ha completado sus audiencias –dijo– y volverá a su celda.

La joven se cuadró. Cuando estábamos saliendo por la puerta, el teniente Rahms se inclinó hacia adelante:

—Camine despacio –dijo– cuando pase por el Corredor F.

¿Caminar despacio? ¿Qué había querido decir? La guardia iba por los largos pasillos llenos de puertas con tanta rapidez que tuve que ir al trote para poder mantenerme a su lado. Delante de nosotros, una presa de confianza de la prisión estaba abriendo la puerta de una celda. Me pegué a la espalda de la guardia tanto como me atreví, mientras me latía el corazón salvajemente. ¡Esa era la celda de Betsie! ¡Lo sabía!

Me quedé mirando fijamente a la puerta. Betsie salió al pasillo de espaldas… Solo podía ver el gracioso moño de su pelo castaño. Las otras mujeres de su celda miraron con curiosidad al pasillo; la

cabeza permaneció agachada sobre algo que había en su regazo. Pero yo ya había visto el hogar que Betsie había creado en Scheveningen. Por increíble que pareciera y contra toda lógica, esta celda era acogedora. Mis ojos se fijaron solo en algunos detalles al pasar intentando hacerlo despacio. Los jergones de paja habían sido colocados, en lugar de apilarlos en un montón, de pie como pequeños pilares a lo largo de las paredes, cada uno con un sombrero de señora encima; y, de alguna manera, habían conseguido colocar un pañuelo en la pared, a modo de cabecero. Habían dispuesto en un pequeño estante el contenido de varios paquetes de alimentos; casi podía oír a Betsie diciendo: «¡La caja roja de galletas, aquí en el centro!». Incluso los abrigos colgando, como un muestrario, formaban parte de la bienvenida que parecía dar esa habitación, cada manga colocada sobre el hombro del abrigo de al lado, como una fila de niños bailando.

—¡Más rápido! ¡Venga! ¡Mucho más rápido!

De un salto, me coloqué detrás de mi escolta. Había sido apenas un vistazo de un par de segundos, como máximo, pero caminé a través de los pasillos de Scheveningen con el espíritu de Betsie cantando a mi lado.

Había oído durante toda la mañana puertas abriéndose y cerrándose. Ahora, los goznes que sonaban eran los de la mía; apareció una guardia muy joven con un uniforme reluciente y nuevo.

—¡Prisionera, de pie en posición de firmes! –chilló. Miré sus grandes ojos parpadeantes; la chica tenía un miedo enorme de algo o de alguien.

Entonces, apareció una sombra en la puerta y la mujer más alta que jamás hubiera visto entró en la celda. Sus rasgos eran de una belleza clásica, pero de una tallada en mármol; tenía la cara y la altura de una diosa. Ni siquiera parpadeé cuando sus ojos lo registraron todo.

—Veo que aquí tampoco hay sábanas –dijo en alemán a la guardia–. Procure que tenga dos el viernes. Una debe cambiarse cada dos semanas.

Entonces, sus ojos, fríos como el hielo, me tasaron exactamente

como lo habían hecho antes con la cama.

—¿Cuántas duchas se ha dado la prisionera desde que llegó?

La guardia se humedeció los labios:

—Alrededor de una a la semana, sargento.

¡Una a la semana! ¡Una ducha al mes sería bastante más exacto!

—A partir de ahora, irá dos veces por semana.

¡Sábanas! ¡Duchas regulares! ¿Acaso las condiciones iban a mejorar? La nueva directora dio dos zancadas en la celda; no necesitaba la cama para llegar a la elevada bombilla. De un tirón, arrancó mi pantalla de color rojo-celofán. Después, señaló una caja de galletas que me había enviado Nollie.

—¡No puede haber cajas en las celdas! –exclamó la guardia joven en holandés, como indignada, como si eso hubiera sido una regla de tiempo atrás.

Sin saber qué hacer eché las galletas sobre la cama. Ante aquella orden tácita, vacié un bote de vitaminas y una caja de pastillas de menta, de la misma manera.

A diferencia de la antigua matrona jefe, que gritaba y regañaba incesantemente con su voz de bisagra oxidada, esta mujer trabajaba en un silencio aterrador. Con un gesto ordenó a la guardia que registrara debajo del colchón. Se me puso mi corazón en la garganta; había escondido mi precioso Evangelio allí. La guardia se arrodilló y pasó las manos a lo largo de toda la cama. Pero no sé si estaba demasiado nerviosa para hacer un buen trabajo o si había una explicación más misteriosa, pero se levantó con las manos vacías.

Y, de repente, ya se habían ido. Me quedé mirando aturdida el revoltijo de comida en mi catre. Pensé en esta mujer llegando a la celda de Betsie y reduciéndola de nuevo a cuatro paredes y un triste catre. Un viento gélido soplaba en Scheveningen; limpieza, orden, matanza.

Fue esta misma mujer, alta y erguida, la que abrió la puerta de mi celda, una tarde durante la segunda quincena de junio, seguida por el teniente Rahms. Al ver la severidad en su rostro, me tragué el saludo que casi reventó en mi interior.

—Va a venir a mi oficina –dijo brevemente–. Ha llegado el

notario.

Podríamos haber pasado por dos auténticos extraños.

—¿El notario? –pregunté estúpidamente.

—Para la lectura del testamento de su padre –hizo un gesto de impaciencia; obviamente, este asunto menor le estaba interrumpiendo en un día ajetreado–. Según la ley, un familiar ha de estar presente cuando se lee la última voluntad.

Ya estaba saliendo de la celda hacia el pasillo. Rompí a correr torpemente para poder mantener el paso de la mujer que avanzaba en silencio a mi lado. ¿La ley? ¿Qué ley? ¿Y desde cuándo tenía el gobierno de ocupación alemán interés en los procedimientos legales holandeses? Familiar. Familiar presente… ¡No, no caigas en la trampa de creer en él!

En la puerta del patio, la matrona se volvió, erguida e impasible, de vuelta a lo largo del corredor. Seguí al teniente Rahms bajo el cálido sol de aquella tarde de verano. Me abrió la puerta de la cabaña número cuatro. Ante mis ojos, que apenas se habían acostumbrado a la penumbra, estaba Willem, que se fundió conmigo en un abrazo.

—¡Corrie! ¡Ven aquí, hermanita!

Habían pasado cincuenta años desde la última vez que me llamó así.

De repente, un brazo de Nollie también me estaba rodeando, mientras con el otro se aferraba a Betsie, como si la fuerza pudiera mantenernos juntas para siempre. ¡Betsie! ¡Nollie! ¡Willem! Yo no sabía qué nombre gritar primero. ¡Tine estaba también en esa habitación, y Flip! Y también había otro hombre; cuando tuve tiempo de mirar me di cuenta de que se trataba del notario de Haarlem, al que habíamos llamado en alguna ocasión para hacerle alguna consulta legal sobre la relojería. Nos mantuvimos abrazados, mientras balbuceábamos preguntas, los unos a los otros, todos a la vez.

Betsie tenía la delgadez y la palidez propias de la prisión. Pero fue Willem el que me impactó. Su rostro estaba demacrado, amarillo; era una máscara de dolor atormentado. Había llegado a casa en ese estado, al salir de Scheveningen, me dijo Tine. Dos de

los ocho hombres hacinados en su pequeña celda habían muerto de ictericia, mientras él estaba allí.

¡Willem! No podía soportar verlo en esas condiciones. Moví el brazo para pegarme a él, de modo que no tuviera que mirarlo, mientras escuchaba el amado sonido de su voz profunda. Willem no parecía consciente de su propia enfermedad; su única preocupación parecía ser por Kik. Habían detenido a su guapo hijo rubio el mes anterior, mientras ayudaba a un paracaidista estadounidense a llegar al Mar del Norte.

Creían que le habían enviado a uno de los trenes– prisiones que salían hacia a Alemania.

En cuanto a papá, habían conseguido obtener algunos datos más sobre sus últimos días. Al parecer, había perdido el conocimiento en su celda y lo habían trasladado en coche al hospital municipal de La Haya. No había camas disponibles y papá había muerto en un pasillo, sin haber sido registrado y sin ningún indicio de su identidad. Las autoridades del hospital habían enterrado al hombre de edad desconocida en el cementerio de los pobres. La familia creía que habían logrado localizar su tumba.

Miré al teniente Rahms. Estaba de pie, de espaldas a nosotros mientras hablábamos, mirando hacia abajo, en la fría estufa apagada. Rápidamente abrí el paquete que Nollie me había deslizado en la mano con el primer abrazo. Era lo que mi corazón me había dicho: una Biblia, todo el libro en un volumen compacto, escondido dentro de una pequeña bolsa con una cadena para llevar atada al cuello, como las que habíamos utilizado siempre para llevar nuestros documentos de identidad.

Me lo pasé rápidamente por la cabeza, dejándolo caer por la espalda, debajo de la blusa. Ni siquiera podía encontrar palabras con las que darle las gracias el día anterior. Había regalado el último Evangelio que me quedaba, mientras esperaba mi turno de ducha.

—No sabemos todos los detalles –le estaba diciendo Willem en voz baja a Betsie–, solo que, después de unos días, los soldados abandonaron su puesto de guardia en la Beje y que dejaron a la policía en su lugar. La cuarta noche, creemos, el jefe consiguió asignar allí a Rolf y a otro miembro de nuestro grupo en el mismo

turno. Habían encontrado a todos los judíos bien, aunque algo delgados y hambrientos, y los habían conseguido llevar a nuevos escondites.

—¿Y ahora? –le susurré–. ¿Están bien ahora? –Willem bajó sus ojos hundidos y me miró. Nunca había sido muy bueno ocultando verdades difíciles.

—Están bien, Corrie; todos excepto María.

Me contó que habían detenido a la Vieja María Itallie, un día caminando por una calle de la ciudad. ¿Dónde había sucedido y por qué se había expuesto de esa manera, a plena luz del día? Nadie lo sabía.

—El tiempo se ha terminado –el Teniente Rahms dejó su lectura sobre la estufa e hizo un gesto con la cabeza al notario–. Proceda con la lectura de la última voluntad.

Fue un breve acto informal: la casa de la Beje sería para Betsie y para mí, mientras así lo quisiéramos; en el caso de que alguna vez obtuviéramos dinero por la venta de la casa o de la relojería, él sabía que íbamos a recordar que su amor era igual para todos nosotros; nos encomendaba con alegría al cuidado constante de Dios. En el silencio que siguió, todos de repente agachamos la cabeza.

—Señor Jesús –dijo Willem–, te alabamos en este momento en el que hemos tenido la dicha de volver a estar juntos, gracias a la protección de este buen hombre. ¿Cómo podemos darle las gracias? No tenemos ninguna capacidad para hacerle algún servicio. Señor, permítenos compartir esta herencia de nuestro padre con él también. Te rogamos que lo bendigas también a él, y a su familia, con tu cuidado constante.

En el exterior, los pasos de una guardia sonaban en el camino de grava.

12. Vught

—¡Recoge todas tus cosas! ¡Prepárate para desalojar la celda! ¡Mete todo lo que tengas en la funda de la almohada!

Los gritos de las guardianas se oían a través del largo pasillo. Me puse de pie en el centro de la celda en un frenesí de emoción. ¡Evacuaban la prisión! ¡Entonces era verdad que algo estaba pasando! ¡Nos íbamos de la cárcel! Debía de haber comenzado la contrainvasión.

Arranqué la funda de la almohada de la pequeña bola de paja con que la había rellenado. ¡Qué riqueza había supuesto este grueso trozo de muselina en estas dos últimas semanas! Había sido como un escudo para la cabeza, que me protegía de los arañazos y del olor de la cama. Casi no importaba que las sábanas prometidas nunca hubieran llegado.

Con manos temblorosas, dejé caer mis pocas posesiones dentro de ella: el suéter azul, el pijama (cubierto ahora por detrás y por delante con figuras bordadas), el cepillo de dientes, un peine, unas galletas envueltas en papel higiénico… La Biblia estaba en su bolsa, colgado del cuello y a la espalda, donde permanecía siempre, menos cuando la estaba leyendo.

Me puse el abrigo y el sombrero y me quedé de pie junto a la puerta, agarrando la funda de almohada con ambas manos. Aún era temprano, el plato con el desayuno todavía no había sido retirado. No me había llevado nada de tiempo estar lista.

Pasó una hora. Me senté en el catre. Dos horas. Tres. Hacía calor en la celda, aquel día de finales de junio. Así que me quité el sombrero y el abrigo y los doblé poniéndolos a mi lado en el catre.

Pasó más tiempo. Me quedé mirando el hormiguero, con la esperanza de tener una última visita de mis pequeñas amigas, pero no aparecieron. Probablemente las había asustado con aquella actividad frenética temprana. Metí la mano en la funda, cogí una de las galletas y la puse sobre una pequeña grieta. No había hormigas.

Debían de estar escondidas en un lugar seguro…

Y de repente me di cuenta de que era un mensaje, una última comunicación sin palabras entre vecinos. Porque yo también tenía un escondite para cuando las cosas se ponían feas. Jesús era aquel lugar, mi hendidura en la roca. Presioné con un dedo de la mano sobre la pequeña grieta.

Los rayos de sol vespertinos aparecieron en la pared y fueron moviéndose lentamente a través de la celda. Y luego, de repente, hubo un estruendo. Un sonido metálico a través del pasillo. Las puertas chirriaron, los cerrojos se abrieron dando un golpe.

—¡Fuera! *¡Schnell!* ¡Todas fuera! ¡En silencio!

Recogí el abrigo y el sombrero. Mi puerta chirrió al abrirse.

—Formad filas de cinco.

La celadora ya estaba en la celda de al lado. Salí al pasillo, lleno de pared a pared: Nunca había soñado que hubiera tantas mujeres en este corredor. Intercambiamos miradas. *«In–va–sión»*, articulamos silenciosamente; la palabra se propagó, muda, entre todas las mujeres como una potente carga eléctrica. ¡Seguramente había comenzado la invasión de Holanda! ¿Por qué, si no, iban a vaciar la prisión?

¿Qué sería de nosotros ahora? ¿Adónde iban a llevarnos? ¡A Alemania, no! Querido Jesús, por favor, ¡que no nos lleven a Alemania!

Al fin llegó la orden y avanzamos arrastrando los pies por los largos y gélidos pasillos, cada una con una funda de almohada, con sus pertenencias formando un pequeño bulto en la parte inferior.

Por fin salimos al gran patio en el que estaba la puerta principal de la prisión y se inició otra larga espera. Pero esta resultaba agradable, con el sol de la tarde acariciando nuestras espaldas. Más a la derecha, pude ver las columnas de la sección de hombres. Pero, aunque estiré el cuello tanto como pude, no logré ver a Betsie por ningún lado.

Por fin, se abrió la enorme puerta y la atravesó un convoy de autobuses de transporte grises. Me mandaron a bordo del tercero. Habían quitado los asientos y habían pintado las ventanas. El

autobús dio una sacudida brusca en cuanto arrancamos, pero estábamos colocadas demasiado juntas para caernos. Cuando paró, nos bajamos a una zona de mercancías, situado en algún lugar en las afueras de la ciudad.

Otra vez fuimos formadas en filas. Las voces de las guardianas eran tensas y chillonas; teníamos que agachar la cabeza, sin girarnos, mirando siempre al frente. Por detrás, se escuchaba cómo iban llegando más autobuses, que descargaban y después volvían a irse pesadamente. Aún había luz, pero yo sabía, por el dolor del estómago, que había pasado hacía ya mucho tiempo la hora de cenar.

Y luego, un poco delante y a la izquierda, en el último grupo de prisioneros que acababa de llegar, pude ver un moño de color castaño. De alguna manera, no sabía cómo, pero de alguna manera, ¡tenía que llegar hasta aquella mujer! En lugar de desear el fin de aquel día, recé para que nos quedáramos donde estábamos hasta el anochecer.

Poco a poco, aquel largo día de junio fue desvaneciéndose. Retumbó un trueno y comenzaron a caer gotas de lluvia. Por fin una larga fila de vagones se acercó lentamente sobre las vías que había frente a nosotros. Con un golpe, hicieron una parada, y luego avanzaron un poco más, para, después, detenerse de nuevo. Al rato volvió a retroceder. Durante una hora o más el tren se movió adelante y atrás.

En el momento en el que nos dieron la orden de embarcar, había oscurecido por completo. Las filas de presos se lanzaron hacia adelante. Detrás, los guardias gritaban y maldecían: obviamente estaban nerviosos por tener que transportar a tantos prisioneros a la vez.

Me revolví y empujé con los codos y los hombros a cuantos estaban en mi camino, dirigiéndome a la izquierda. Retorciéndome, conseguí pasar por delante de todos. En los mismos escalones del tren, extendí mi mano y agarré la de Betsie.

Juntas, nos subimos al tren. Encontramos asientos juntos en medio del atestado habitáculo y juntas lloramos lágrimas de gratitud. Los cuatro meses en Scheveningen habían sido nuestra primera

separación en cincuenta y tres años, y me creía ser capaz de sobrellevar cualquier cosa si Betsie permanecía junto a mí.

Transcurrieron varias horas más, mientras cargaban el tren en aquel ramal. Pero para nosotras el tiempo voló, ¡había tanto que compartir! Betsie me lo contó todo de cada una de sus compañeras de celda y yo le conté a ella de las mías y del pequeño agujero en el que desaparecían ante cualquier emergencia. Como siempre, Betsie les había dado a las demás todo lo que tenía. La Biblia que Nollie le había pasado de contrabando, la había roto y la había repartido entre cuantos se encontraban alrededor, y se interesaban por el libro.

Debían de ser como las 2.00 o las 3.00 de la mañana, cuando el tren por fin comenzó a moverse. Presionamos la cara contra el cristal, pero no había ninguna luz que nos diera alguna pista y las nubes habían cubierto la luna. El pensamiento que atormentaba cada una de nuestras mentes era: ¿Nos llevarán a Alemania? En cierto momento, distinguimos una torre que Betsie aseguraba que era la de la catedral de Delft. Aproximadamente una hora más tarde el traqueteo del tren cambió de tono: estábamos cruzando un puente. ¡Pero uno muy largo! Cuando llevábamos varios minutos sin alcanzar aún la otra orilla, Betsie y yo intercambiamos unas miradas cómplices. ¡Era el puente Moerdijk! Por lo tanto, nos estábamos dirigiendo hacia el sur. No hacia la Alemania oriental, sino hacia el sur, hacia Brabante. Por segunda vez esa noche, lloramos lágrimas de alegría.

Apoyé la cabeza contra los listones de madera del asiento y cerré los ojos; reviviendo otro viaje en tren a Brabante. La mano de mamá había agarraba con fuerza la de papá, mientras el tren se balanceaba. Entonces, también era junio. El junio del primer sermón, en la parte posterior del jardín de la casa parroquial, el mes de Karel…

Debía de haberme quedado dormida, de vuelta a ese otro junio, porque para cuando abrí los ojos el tren ya se había detenido.

Voces nos gritaban para que nos moviéramos: *«¡Schneller! ¡Aber Schnell!»*. Un resplandor misterioso iluminaba las ventanillas. Betsie y yo fuimos tropezando siguiendo a los demás a lo largo del pasillo y bajamos los peldaños de hierro. Parecía que nos habíamos detenido en el centro de un bosque. Los reflectores montados en los

árboles iluminaban un amplio camino irregular, rodeado por soldados armados.

Estimuladas por los gritos de los guardias, Betsie y yo nos pusimos en marcha, avanzando por el camino entre los cañones de los fusiles.

—*¡Schneller!* ¡Formar filas! ¡Seguid! ¡De cinco en cinco!

A Betsie comenzó a faltarle el aliento y, aun así, nos gritaron para que fuéramos más rápido. Había llovido mucho, porque había charcos profundos en el camino. Delante de nosotras, una mujer con el pelo blanco se echó a un lado para esquivar uno; un soldado la golpeó en la espalda con la culata de un arma. Así que tomé la funda de Betsie junto con la mía, y la sujeté con el otro brazo cerca de mí para avanzar juntas.

La marcha de pesadilla duró un par de kilómetros o más. Por fin llegamos a una cerca de alambre de espino, que rodeaba una fila de barracas de madera. No había camas en la que entramos, solo largas mesas con bancos sin respaldo, colocados junto a estas. Betsie y yo nos desplomamos en uno de ellos. Podía sentir en un brazo el aleteo irregular de su corazón. Caímos en un profundo sueño, con la cabeza apoyada en la tabla.

El sol entraba a raudales por las ventanas del barracón cuando nos despertamos. Estábamos sedientas y hambrientas: no habíamos comido ni bebido nada desde el desayuno de la mañana del día anterior, en Scheveningen. Pero, a pesar de ello, no apareció ningún guardia ni ninguna otra persona en las barracas a lo largo de ese día. Por fin, cuando el sol ya estaba bajo en el cielo, un grupo de prisioneros llegó con una olla enorme llena de una sustancia espesa y humeante, que engullimos con voracidad.

Y así comenzó nuestra estancia en aquel lugar que, como supimos, habían llamado «Vught», pues así se llamaba el pequeño pueblo más cercano. A diferencia de Scheveningen, que había sido una clásica prisión holandesa habitual, Vught había sido construido durante la ocupación, especialmente como un campo de concentración para presos políticos. Todavía no estábamos en el campo propiamente dicho, sino en una especie de cuarentena exterior. Nuestro problema más grande era la ociosidad, obligada;

estábamos todas apiñadas alrededor de las largas filas de mesas sin nada que hacer. Nos custodiaban las mismas jóvenes que habían patrullado los pasillos en Scheveningen. Se habían comportado de forma bastante adecuada, mientras nos encontrábamos detrás de las puertas de las celdas cerradas con llave; aquí, sin embargo, parecían confusas. Su única técnica para mantener la disciplina consistía en gritar obscenidades y repartir castigos a todos por igual: Mitad de ración para todo el barracón. Permanecer rígidas, en posición de firmes. La prohibición de hablar durante veinticuatro horas…

Solo una de nuestras supervisoras no nos amenazaba nunca ni levantaba la voz. Esa era la matrona jefe, silenciosa, fuerte y alta, de Scheveningen. Apareció en Vught la tercera mañana, durante el pase de lista antes del amanecer, e inmediatamente se dedicó a poner fin a nuestras pequeñas rebeliones y a recolocar las filas que estaban desordenadas. Rápidamente juntamos líneas y cesaron todos los susurros cuando esos fríos ojos azules nos barrieron.

Entre nosotros la apodamos «la Generala». Durante un largo pase de lista, una mujer embarazada que estaba en nuestra mesa cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra el borde del banco. La Generala apenas hizo una pausa, y continuó, con su rostro impasible, la lectura del resto de nombres.

Llevábamos dos semanas como sardinas en lata, cuando Betsie y yo, junto a una docena más de mujeres, fuimos llamadas por nuestro nombre durante el recuento de la mañana. Cuando todos los demás volvieron a los barracones, la generala nos distribuyó unos impresos a máquina y nos instruyó para presentarlos en el cuartel de la administración a las 9.00 en punto.

Un trabajador del equipo de comidas –un preso de largo plazo del campo principal– nos sonrió alentadoramente cuando nos repartió el desayuno.

—Son libres –susurró–. ¡Esas hojas rosadas significan la liberación!

Betsie y yo miramos fijamente, con incredulidad, las hojas de papel en nuestras manos. ¿Libres? ¿Libre de irnos? ¿Libres de volver a casa? Las demás se apiñaron a nuestro alrededor, felicitándonos, abrazándonos. Las mujeres de la celda de Betsie en

Scheveningen lloraban sin pudor. ¡Qué cruel era dejarlas atrás a todas ellas!

—Sin duda, la guerra acabará muy pronto –les dijimos.

Vaciamos las fundas de almohadas, repartiendo nuestras pocas pertenencias entre las que tenían que quedarse.

Mucho antes de las 9.00 estábamos de pie en la gran antesala de madera del edificio de la Administración. Por fin, nos convocaron en una oficina interior, donde examinaron nuestros impresos, los sellaron y un guardián nos los entregó. Seguimos a ese hombre por un pasillo hasta otra oficina. El proceso continuó durante horas, a medida que nos llevaban de una habitación y de un funcionario a otro, respondiendo cuestionarios, comprobando las huellas digitales, enviando mensajes al siguiente. El grupo creció hasta que éramos cuarenta o cincuenta presos de pie, en una fila, al lado de una valla alta, rematada con alambre de espino. Al otro lado de la valla había un bosque de blancos abedules, y por encima de nuestras cabezas, el cielo azul de Brabante. También nosotros pertenecíamos a ese vasto mundo libre.

En el siguiente barracón en el que entramos, había una fila de escritorios con unas oficinistas sentadas detrás. En uno de ellos, me dieron un sobre de papel grueso. Lo vacié en la mano y un instante después estaba mirando, fijamente y con incredulidad, mi reloj Alpina, el anillo de mamá e incluso mis florines de papel. No había vuelto nada de esto desde la noche que llegamos a Scheveningen. El dinero… dinero que pertenecía al mundo de las tiendas y los tranvías. Podríamos ir a la estación de tren con ese dinero. Dos billetes a Haarlem, por favor…

Avanzamos por un largo camino entre grandes rollos de alambre de espino y pasamos por una amplia puerta a una zona del campo con barracones con el techo de metal. Hubo más filas, más espera, más ir y venir de escritorio en escritorio, pero ya el campo y sus procedimientos se habían convertido en algo irreal.

Y entonces, de pie ante un mostrador alto, un chico joven nos dijo:

—Dejen todos los efectos personales en la ventanilla marcada con una X.

—¡Pero si nos los acaban de devolver!

—Relojes, monederos, joyas…

Mecánicamente, como una máquina carente de voluntad, entregué el reloj, el anillo y el dinero a través de la pequeña ventana con barrotes. Una mujer uniformada los introdujo en una caja de metal.

—¡Muévase hacia adelante! ¡Siguiente!

Entonces… ¿no se trataba de la libertad? Fuera del edificio, un hombre con aspecto de oficial nos formó en una fila de a dos y luego nos sacaron a un amplio patio de armas. En un extremo, había un equipo de hombres con las cabezas afeitadas y monos a rayas que estaban cavando una zanja. ¿Qué significaba esto? ¿Qué es lo que quería decir todo este largo día de filas y esperas? La cara de Betsie se había vuelto de color gris a causa del cansancio e iba tropezando.

A través de otra valla, llegamos a un patio rodeado por tres lados por edificios bajos de hormigón. Una joven mujer, envuelta en una capa militar, nos estaba esperando.

—¡Los prisioneros deténganse! –gritó con la cara roja–. Explíqueles a las recién llegadas, *Fräulein*, la función de los bunkers.

—Los bunkers –comenzó la chica con el tono aburrido típico de un guía de museo– son para el alojamiento de aquellos que no cooperan con las reglas del campo. Las habitaciones son acogedoras, aunque un poco pequeñas: menos que un armario de gimnasio.

Mientras continuaba aquel recital, pudimos ver a dos guardias saliendo de los bunkers, llevando entre ellos la figura de un hombre. Estaba vivo, porque sus piernas se movían, pero no parecía tener control consciente sobre ellas. Tenía los ojos hundidos y en blanco.

—No todo el mundo –observó la chica empleando el mismo tono monocorde– parece apreciar el alojamiento en los bunkers.

Agarré el brazo de Betsie cuando nos dieron la orden de marchar de nuevo, más para no perder el equilibrio yo misma, que para sostenerla a ella. Recordé una vez más la frase de papá. Semejante crueldad era demasiado difícil de entender, demasiado difícil de soportar. *Padre Celestial, ¡lleva la carga por mí!*

Seguimos al oficial por una amplia calle con barracones a ambos

lados, hasta que se detuvo en uno de los cobertizos grises, sin rasgos distintivos. Era el final de un largo día de pie, esperando, esperando: simplemente habíamos llegado al campo principal en Vught.

Los barracones parecían casi idénticos a los que habíamos dejado atrás esa mañana, excepto que estos estaban amueblados con literas, además de tener mesas y bancos.

Y todavía no se nos permitió sentarnos: había una última espera que hacer mientras la matrona, con una parsimonia exasperante, comprobaba nuestros documentos con una lista.

—¡Betsie! –gemí–, ¿cuánto tiempo durará?

—Tal vez mucho, mucho tiempo. Tal vez muchos años. Pero ¿qué mejor manera de pasar nuestras vidas?

Me di la vuelta para mirarla:

—¿De qué estás hablando?

—Estas jóvenes. Esa chica que nos ha hablado sobre los bunkers. Creo que, si las personas pueden aprender a odiar, ¡también se les puede enseñar a amar! Tenemos que encontrar la manera de hacerlo, tú y yo, no importa el tiempo que se necesite…

Siguió hablando, casi olvidando en medio de su entusiasmo, que debía mantener su voz en un susurro, mientras poco a poco yo iba tomando conciencia de que se refería a nuestras guardianas. Le eché un vistazo a la matrona que estaba sentada en el escritorio delante de nosotras. Yo veía un uniforme gris y una gorra con visera; Betsie veía un ser humano herido. Y me pregunté, una vez más, qué clase de persona era esta hermana mía… ¿qué tipo de camino seguiría, mientras yo caminaba a su lado en esta tierra, demasiado hostil?

Pocos días después, nos llamaron a Betsie y a mí para la asignación de trabajos. Bastó una mirada al pálido rostro de Betsie y a su frágil figura para que la matrona le indicara, con un gesto despectivo, que se dirigiera hacia el interior del cuartel, donde los ancianos y los enfermos se pasaban el día cosiendo los uniformes de la prisión. Los uniformes de las mujeres, aquí en Vught, eran de color azul con una raya roja en el lado exterior de la pierna, prácticos y cómodos; y un cambio bienvenido después de haber llevado nuestra propia ropa desde el día que nos detuvieron.

Parece ser que a mí me consideraron lo suficientemente fuerte

como para trabajar más duro: Me dijeron que iba a ir a la fábrica Phillips. Esta «fábrica» resultó no ser más que otro gran barracón dentro del complejo del campo. A pesar de ser una hora tan temprana de la mañana, el alquitrán que había bajo el techo de tejas estaba empezando a hacer burbujas bajo el sol caliente de julio. Seguí a mi escolta hasta una enorme estancia, donde un centenar de hombres y mujeres se sentaban en largas mesas cubiertas de miles de piezas de radio diminutas. Dos oficiales, un hombre y una mujer, se paseaban por los pasillos entre los bancos, mientras los prisioneros se afanaban en sus tareas.

Me asignaron un asiento en un banco cerca de la parte frontal y me dediqué a la tarea de medir pequeñas varillas de vidrio, organizándolas en grupos, en función de sus longitudes. Era un trabajo monótono. El calor caía desde el techo como plomo encima de la cabeza. Tenía ganas de intercambiar al menos los nombres y nuestros lugares de origen con mis vecinos de banco, pero el único sonido en la habitación era el tintineo de las piezas de metal y el crujido de las botas de los oficiales. Llegaron a la puerta que estaba situada al lado de donde yo estaba sentada.

—La producción fue superada de nuevo la semana pasada –le dijo el oficial masculino en alemán a un hombre alto y delgado, con la cabeza rapada y uniforme de rayas–. Es algo digno de elogio por este aumento. Sin embargo, seguimos recibiendo quejas de cableado defectuoso. El control de calidad debe mejorar –el hombre calvo hizo un gesto de disculpa.

—Si hubiera más comida, *Herr* Oficial –murmuró–. Desde el recorte de las raciones se nota la diferencia. Se levantan con sueño, tienen problemas para concentrarse…

Su voz me recordó un poco a la de Willem; culto, su alemán tenía solo un rastro de acento holandés.

—¡Entonces debes despertarlos! ¡Que se concentran en el trabajo! Si los soldados en el frente pueden luchar con medias raciones, entonces estos vagos… –ante una terrible mirada de la mujer oficial, él se calló y se pasó la lengua por los labios–. ¡Ah!, es decir, se trata simplemente de un ejemplo. Naturalmente no hay ni un ápice de verdad en el rumor de que las raciones en el frente se

hayan reducido. Así que ¡lo hago responsable! –y, juntos, salieron del edificio, con paso majestuoso.

Por un momento el prisionero capataz les observó desde la puerta. Lentamente, levantó la mano izquierda y, a continuación, la dejó caer dándose un golpe en la pierna. La habitación, tranquila hasta ese momento, explotó. De debajo de las mesas apareció papel de escribir, libros, hilo de tricotar, latas de galletas. Las personas dejaron sus bancos y se unieron en pequeños grupos de amigos, charlando por toda la habitación. Media docena se congregaron a mi alrededor: ¿Quién era yo? ¿De dónde venía? ¿Tenía alguna noticia de la guerra?

Después de aproximadamente una media hora de charla entre las mesas, el capataz nos recordó que teníamos un día para llegar a la cuota y los prisioneros volvieron de nuevo a sus puestos de trabajo. Su nombre, supe, era Moorman y había sido director de la escuela católica. Él mismo vino a mi mesa de trabajo el tercer día que estuve allí; había oído que yo había estado observando toda la cadena de montaje, para saber qué se hacía con mis pequeños aburridos montones de varillas.

—Eres la primera mujer trabajadora –se dijo– que ha mostrado algún interés en lo que estamos haciendo aquí.

—Me interesa mucho –le dije–. Soy relojera.

Me miró con un nuevo interés.

—Entonces tengo un trabajo con el que vas a disfrutar más.

Me llevó a la parte final de la enorme nave, en la que se llevaba a cabo el montaje final de los conmutadores de relés. Era un trabajo complicado y exigente, aunque no tan difícil como la reparación de un reloj; y el Sr. Moorman estaba en lo cierto: me gustaba mucho y me ayudó a que la jornada de once horas se me pasara más rápido.

No solo me ayudaba a mí, sino que lo hacía con todos los trabajadores de Phillips. El Sr. Moorman actuaba más como un hermano mayor amable que como un jefe de cuadrilla. Me gustaba verlo en constante movimiento entre sus cientos de trabajadores, asesorándolos, alentándolos, encontrando un trabajo más sencillo para los que estaban cansados, una tarea más difícil para los más inquietos… Llevábamos en Vught más de un mes, cuando me enteré

de que su hijo, de veintiún años de edad, había recibido un disparo aquí mismo, en el campo, la misma semana que Betsie y yo habíamos llegado.

No había rastro alguno de su tragedia personal en el cuidado esmerado que nos dispensaba a todos. Durante las primeras semanas, se detenía con frecuencia en mi banco, más para comprobar mi estado de ánimo que la calidad de mi trabajo. Pero con el tiempo sus ojos se pararon en la fila de conmutadores que tenía delante de mí…

—Querida señora relojera. ¿Es necesario que le recuerde para quién está trabajando? ¡Estas radios son para sus aviones de combate! –y, llegando hasta el otro lado de la mesa, me indicó que sacara algún cable de su sitio o torciera un pequeño tubo–. ¡Ahora suéldelo de nuevo, pero mal! ¡Y no tan rápido! Ya ha cubierto su cuota de hoy y aún no es ni mediodía.

La hora del almuerzo habría sido el mejor momento del día, si me hubieran permitido pasarlo con Betsie. Sin embargo, a los trabajadores de Phillips no se les permitía salir del recinto de la fábrica hasta que terminaba la jornada de trabajo, a las 6.00 de la tarde. Los presos de la cocina llegaban arrastrando, en grandes cubos, unas gachas hechas a base de trigo y guisantes, insípidas pero nutritivas. Por lo visto había habido una reducción de las raciones recientemente; pero, de todos modos, la comida era mejor y más abundante que en Scheveningen, donde no nos dieron jamás ninguna comida al mediodía.

Después de comer éramos libres durante una media hora maravillosa para pasear por el complejo de Phillips, que aprovechábamos para tomar el aire fresco y el glorioso sol de Brabante. La mayor parte de los días, encontraba algún hueco a lo largo de la cerca y me tumbaba en la tierra caliente para dormir (los días empezaban con el recuento de nombres a las 5.00 de la mañana). Los olores dulces del verano llegaban con la brisa, procedente de las granjas que había alrededor del campo; a veces soñaba que Karel y yo andábamos de la mano, paseando por aquellas sendas.

A las 6.00 de la tarde había otro recuento y, entonces, nos

marchábamos de vuelta a nuestros distintos barracones para dormir. Betsie siempre estaba de pie en la entrada del nuestro esperándome; cada tarde era como si hubiera pasado una semana entera, teníamos tanto que contarnos la una a la otra…

—Ese muchacho belga y la muchacha que se sienta en el banco de al lado del mío ¡se han hecho novios este mediodía!

—La Sra. Heerma –cuya nieta fue enviada a Alemania– hoy me ha dejado rezar con ella.

Un día, una de las noticias de Betsie nos tocó directamente:

—Una señora de Ermelo ha sido trasladada a la sección de costura hoy. Cuando me presenté, me dijo: «¡Otra más!».

—¿Qué ha querido decir?

—Corrie, ¿te acuerdas que, el día que nos detuvieron, se acercó un hombre a la tienda? Estabas enferma y te tuve que despertar.

Lo recordaba muy bien. Recordaba su extraña mirada esquiva, el malestar que me produjo en la boca del estómago, que era más fuerte que la fiebre.

—Al parecer, todo el mundo en Ermelo lo conocía. Trabajaba con la Gestapo desde el primer día de la ocupación. Fue quien informó sobre dos hermanos de esa mujer que pertenecían a la resistencia y, finalmente, le denunció a ella y a su marido también.

Cuando ya habían capturado a todos los que interesaban en Ermelo, se había mudado a Haarlem y colaboraba con Willemse y Kapteyn. ¡Su nombre era Jan Vogel!

Llamas de fuego parecían saltar alrededor de ese nombre en mi corazón. Pensé en las horas finales de papá, solo y confundido, en un pasillo del hospital. En los colaboradores del movimiento, tan abruptamente detenidos. Pensé en María Itallie, arrestada mientras caminaba por la calle, y entonces supe que, si Jan Vogel se parara frente a mí en ese momento, sería capaz de matarlo.

Betsie señaló la bolsita de tela que llevaba debajo de su mono de trabajo y me la ofreció, pero yo negué con la cabeza. Betsie guardaba la Biblia durante el día, ya que tenía más oportunidades de leer y de dar clases con ella, que yo en el barracón de Phillips. Por la noche, hacíamos una reunión clandestina de oración con todos los que podían congregarse alrededor de nuestra litera.

—Dirige tú las oraciones esta noche, Betsie. Yo tengo dolor de cabeza.

En realidad tenía algo más que un dolor de cabeza. Me dolía todo a causa de la violencia de mis sentimientos hacia el hombre que nos había hecho tanto daño. Esa noche no dormí y al día siguiente, en mi banco de trabajo, apenas escuché las conversaciones a mi alrededor. A finales de la semana, mi enfermedad del cuerpo y del espíritu había obrado tales efectos, que el Sr. Moorman se detuvo en mi banco para preguntarme si algo iba mal.

—¿Mal? ¡Sí, algo está mal! –y me lancé a contárselo todo con furia aquella mañana. Yo estaba ansiosa por decirle al Sr. Moorman y a Holanda entera que Jan Vogel había traicionado a su país.

Lo que más me desconcertaba era Betsie. Había sufrido todo lo que yo y, a pesar de todo, no parecía cargar con ninguna rabia en su interior.

—¡Betsie! –le susurré una noche oscura cuando supe que, con mis constantes movimientos, no la estaba dejando dormir. Tres personas compartíamos ahora esta única cama, desde que el ya atestado campo siguió recibiendo nuevas llegadas a diario–. Betsie, ¿no sientes nada por Jan Vogel? ¿No estás sufriendo?

—Oh, sí, Corrie. ¡Terriblemente! No dejo de pensar en él desde que lo supe todo. Y rezo por él siempre que su nombre me viene a la mente. ¡Qué espantoso debe de ser su sufrimiento!

Me quedé en silencio durante mucho tiempo en la gran penumbra del barracón, inquieta con los suspiros, los ronquidos y los movimientos de cientos de mujeres. Una vez más tuve la sensación de que esta hermana, con quien había pasado toda mi vida, era, de algún modo, un ser que pertenecía a otro mundo. ¿Acaso no me estaba diciendo, de forma suave, que yo era tan culpable como Jan Vogel? ¿No me decía que, si él y yo nos pusiéramos juntos ante un Dios que todo lo ve, seríamos condenados por el mismo pecado de asesinato? Porque yo lo había asesinado con mi corazón y con mi lengua.

—Señor Jesús –susurré en aquel colchón lleno de bultos–, perdono a Jan Vogel y rezo para que Tú me perdones a mí. Sé que le he hecho un gran daño. Bendícelos, a él y a su familia…

Esa noche, por primera vez desde que conocí el nombre de nuestro delator, dormí profundamente y sin soñar hasta que el silbato nos convocó para el recuento de la mañana.

Los días en Vught eran una mezcla desconcertante entre lo bueno y lo malo. El recuento de la mañana era a menudo insoportablemente largo. Si se vulneraba mínimamente la más pequeña regla, como, por ejemplo, que una sola de las prisioneras llegara tarde, todo el cuartel era castigado con una llamada a las 4.00 de la mañana o incluso, a las 3.30; y nos obligaban a estar de pie en posición de firmes, hasta que la espalda nos dolía y las piernas parecían pesarnos el triple. Pero el aire de verano era cálido y se llenaba de pájaros a medida que se acercaba la mañana.

Poco a poco, por el este, un amanecer rosa y dorado iluminaba el cielo inmenso de Brabante, mientras Betsie y yo nos apretábamos las manos de puro asombro.

A las 5.30 teníamos pan negro y «café», amargo y caliente, y luego formábamos en filas para marchar hacia los distintos puestos de trabajo. Yo siempre esperaba con ilusión esa caminata hasta la fábrica de Phillips. Porque parte del camino por el que avanzábamos discurría junto a un pequeño bosque, separados solo por una valla de alambre de espino de un mundo reluciente de gotas de rocío. También caminábamos más allá de una sección del campo de hombres; muchas mujeres de nuestro grupo se esforzaban por identificar a un esposo o un hijo entre las filas de cabezas rapadas y los monos de rayas. Esa era otra de las paradojas de Vught. Yo estaba infinitamente agradecida por cada día que estaba de nuevo rodeada de personas. Pero de lo que no me había dado cuenta, cuando estaba en régimen de aislamiento, era de que el tener compañeros significaba también compartir sus penas. Todas sufríamos con las mujeres cuyos hombres se encontraban en este campo: la disciplina en la sección masculina era mucho más dura que en la nuestra; las ejecuciones eran frecuentes. Casi todos los días una salva de disparos arrancaba susurros de angustia a nuestro alrededor: ¿Cuántos esta vez? ¿Quiénes serían?

La mujer que trabajaba junto a mí, en el banco de al lado, era

una comunista convencida llamada Floor. Ella y su marido habían conseguido que sus dos hijos pequeños se quedaran con unos amigos antes de la detención, pero no dejaban de preocuparse en voz alta por ellos durante todo el día. Por ellos y por su marido, enfermo de tuberculosis. Trabajaba fabricando cuerdas en el recinto justo al lado de Phillips y cada mediodía se las apañaban para intercambiar unas palabras a través de la alambrada que separaba los dos recintos. Aunque ella estaba esperando un tercer hijo en septiembre, nunca se comía su ración de pan de la mañana; en lugar de eso, se lo pasaba a su marido a través de la valla. Ella estaba peligrosamente delgada, para ser una futura madre, y varias veces le entregué una parte de mi propio pan del desayuno. Pero también lo reservaba siempre para su marido.

Y sin embargo, a pesar del dolor y la ansiedad (de los que nadie en aquel lugar podía librarse), también había risas. Alguien que imitaba al pomposo y fanfarrón subteniente; otro que jugaba a la gallinita ciega; una canción que pasaba en rondas, de banco a banco…

—¡Nubarrones! ¡Se acercan nubarrones!

La contraseña podía provenir de cualquiera de los bancos que daban a una ventana. Los barracones de la fábrica se encontraban en el centro del amplio complejo de Phillips; no había forma de que un oficial del campo pudiera acercarse sin cruzar este espacio abierto. En un instante, todos enmudecíamos; el único sonido que se escuchaba era el de la fabricación de las piezas de radio.

Una mañana, aún seguían pasándose de banco a banco, a través del largo cobertizo las palabras del código cuando una guardiana cerró la puerta de sopetón. Miró furiosa nuestras caras rojas como un tomate, mientras decía: «¡Así que tengo el aspecto de un nubarrón!». Gritó y vociferó durante un cuarto de hora y luego nos privó de nuestro descanso al aire libre ese día. Después de aquello, adoptamos una contraseña más neutral: «quince». «¡He reunido quince diales!».

Durante las largas y calurosas tardes, las bromas y las conversaciones se reducían mucho, ya que cada uno se sentaba a solas con sus pensamientos.

Fui grabando en un lateral de la mesa el número de días que faltaban hasta el 1 de septiembre. No había nada oficial, solo un comentario casual de la señora Floor, indicando que la pena de prisión habitual para los delincuentes condenados por asuntos relacionados con las cartillas de racionamiento era de seis meses. Así que, si ese fuera el cargo y si incluíamos el tiempo pasado en Scheveningen, ¡el 1 de septiembre sería la fecha de nuestra liberación!

—Corrie –me advirtió Betsie una noche, cuando le anuncié triunfalmente que ya estábamos a mediados de agosto–, realmente no sabemos nada a ciencia cierta.

Tuve la sensación de que a Betsie casi le daba lo mismo. La miré, sentada en nuestra litera, antes de que apagaran las luces, cosiendo un descosido de mi mono, tal y como tan a menudo se sentaba antes a remendar bajo la luz del farol del comedor. Betsie adoptaba la misma postura que si estuviera sentada en una silla de respaldo alto, y hubiera una alfombra bajo sus pies, en lugar de esta fila interminable de camas de metal en un piso de pino desnudo. La primera semana que llegamos, había conseguido agujas de croché, y había añadido un cuello alto a su mono de trabajo, para protegerse la garganta. Mientras se dedicaba a esta tarea, tuve la sensación de estaba muy contenta de encargarse de la lectura de la Biblia en Vught, para aquellos que nunca habían oído hablar de ella, lo mismo que cuando servía sopa a pobres y vagabundos en el pasillo de la Beje.

En cuanto a mí, anhelaba cada día con más fuerza que llegara el 1 de septiembre.

Y, de repente, parecía que no tendríamos que esperar hasta ese momento. Se rumoreaba que un batallón procedente de Francia estaba trasladando a la Princesa Irene a Bélgica. El batallón formaba parte de las fuerzas holandesas que habían escapado a Inglaterra durante la guerra de cinco días; ahora marchaban sobre el país para reclamar lo suyo. Las guardianas estaban notablemente más tensas. Los recuentos eran una auténtica agonía. Los viejos y los enfermos que llegaban lentamente a sus puestos eran golpeados sin piedad.

Incluso «el comando de la luz roja» fue objeto de la dura disciplina. Se trataba de un grupo de jóvenes prisioneras a las que favorecían. Eran prostitutas, en su mayoría de Ámsterdam, que no estaban en la cárcel por su profesión, que era ensalzada como un deber patriótico, sino por infectar a los soldados alemanes. Normalmente, con los guardias del sexo masculino se comportaban de forma audaz y despreocupada; pero ahora incluso tuvieron que formar filas rectas y permanecer de pie durante horas, firmes y muertas de frío.

El sonido del pelotón de fusilamiento se escuchaba cada vez más y más a menudo. Un día, a la hora del almuerzo, cuando sonó la campana para volver al trabajo, la señora Floor no se presentó en el banco de trabajo a mi lado. Siempre pasaba un tiempo hasta que mis ojos se acostumbraban de nuevo a la tenue luz de la fábrica, después de permanecer fuera, bajo el sol brillante; pero tardé solo un instante en ver el pedazo de pan negro. Todavía seguía en su sitio sobre el banco. Ya no había ningún marido al que entregárselo.

Y así, todos los días esperando, suspendidos entre la esperanza y el horror. Los rumores eran lo único que teníamos. El batallón estaba al otro lado de la frontera holandesa. El batallón había sido destruido. En realidad no había venido nunca. Las presas que se habían mantenido al margen de las oraciones nocturnas en torno a nuestra cama se acercaban ahora, en busca de señales en la Biblia.

La mañana del 1 de septiembre, la señora Floor murió al dar a luz a una niña. La niña vivió cuatro horas. Varios días después, nos despertamos con el sonido de explosiones distantes. Mucho antes de que el silbato nos llamara para el recuento, todo el barracón estaba en pie, caminando en la oscuridad entre las camas. ¿Eran bombas? ¿Lo que se oía era el fuego de artillería? Seguramente, el batallón había alcanzado Brabante. ¡Ese mismo día podrían llegar a Vught!

Los ceños fruncidos y las amenazas de los guardias no nos intimidaron en absoluto. La mente de todo el mundo estaba puesta en la vuelta a casa; todo el mundo hablaba de lo que haría en primer lugar.

—Las plantas estarán todas muertas –dijo Betsie–, ¡pero conseguiré algunos esquejes de Nollie! Limpiaré bien las ventanas para que el sol pueda entrar.

En la fábrica, el Sr. Moorman intentó calmar los ánimos.

—No son bombas –dijo–, y ciertamente tampoco son armas. Se trata de los trabajos de demolición de los alemanes. Probablemente están volando los puentes. Eso significa que, efectivamente, están esperando un ataque, pero que todavía no se ha producido. Podría tardar una semana por lo menos.

Esto nos apaciguó un poco, pero, como las explosiones se oían cada vez más y más cerca, nada podía mantener a raya nuestra esperanza. Ahora que estaban tan cerca, me dolían los oídos.

—¡Dejad caer la mandíbula inferior! –clamaba el Sr. Moorman por toda la enorme estancia–. Mantened la boca abierta y no se os romperán los tímpanos.

Tuvimos la comida del mediodía en el interior, con las puertas y las ventanas cerradas. Llevábamos trabajando de nuevo alrededor de una, o más bien llevábamos una hora sentados en nuestros bancos, porque nadie podía trabajar, cuando nos dieron la orden de regresar a los dormitorios. Con repentina urgencia, las mujeres abrazaron a sus esposos y novios que trabajaban con ellas en Phillips. Betsie me estaba esperando fuera de nuestro barracón.

—¡Corrie! ¿Ha llegado la Brigada? ¿Somos libres?

—No, no, todavía no sé nada. ¡Oh, Betsie!, ¿por qué estoy tan asustada?

El altavoz en el campo de hombres estaba haciendo sonar la señal para pasar lista. A nosotras no nos llamaron y todas vagábamos sin rumbo, escuchando, aunque sin saber muy bien para qué. Los nombres de los hombres eran leídos a través del altavoz, pero estaba demasiado lejos para escucharlos con claridad. Y, de repente, un miedo insano se apoderó de las mujeres. Un silencio de muerte se cernía ahora sobre ambos lados del vasto campo. El altavoz se había quedado en silencio. Intercambiamos miradas sin palabras, casi teníamos miedo de respirar.

Entonces el fuego de los fusiles atravesó el aire. Alrededor de nosotras, las mujeres comenzaron a llorar. Una segunda descarga. Una tercera. Durante dos horas, continuaron las ejecuciones. Alguien las contó. Más de setecientos prisioneros fueron asesinados ese día.

Nadie consiguió dormir aquella noche, y no se produjo la llamada a la mañana siguiente. Sobre las 6 de la mañana se nos ordenó que recogiéramos nuestros efectos personales. Betsie y yo pusimos nuestras pertenencias en las fundas que habíamos traído de Scheveningen: cepillos de dientes, agujas e hilo, una pequeña botella de aceite, Davitamon (vitaminas que habían llegado en un paquete de la Cruz Roja), el suéter azul de Nollie que era lo único que habíamos traído con nosotras cuando salimos del campo de cuarentena, diez semanas antes. Trasladé la bolsa con la Biblia de la espalda de Betsie a la mía; estaba tan delgada que se le formaba un bulto perfectamente visible entre sus hombros.

Nos marchamos a un campo donde los soldados estaban repartiendo mantas que sacaban de las cajas de unos camiones.

Cuando nos llegó el turno, a Betsie y a mí, nos entregaron dos hermosas mantas, suaves y nuevas; la mía era blanca con rayas azules; la de Betsie, blanca con rayas rojas, obviamente, propiedad de alguna familia acomodada.

Avanzamos por las calles apagadas y grises de los barracones, pasamos por delante de los búnkeres, a través del laberinto de vallas de alambre de espino, y por fin llegamos al camino de tierra áspera que discurría a través de los bosques, por el que habíamos marchado aquella noche lluviosa de junio. Betsie se colgó con fuerza de mi brazo; a ella le costaba respirar, como siempre le ocurría cuando tenía que andar cualquier distancia.

—¡Avanzad! *¡Schnell!* ¡Paso ligero!

Pasé el brazo bajo los hombros de Betsie y la llevé medio en volandas durante el cuarto de milla restante. Por fin, el camino terminó y nos alineamos frente a la única vía; alrededor de un millar de mujeres permanecíamos en pie. Más adelante, la sección masculina también estaba en el apeadero; era imposible identificar quién era quién entre las cabezas rapadas, bajo el sol brillante de otoño. Al principio pensé que nuestro tren aún no había llegado; pero entonces me di cuenta de que los vagones de carga que estaban colocados en las vías eran para nosotros. A los hombres ya los estaban empujando para subir a bordo. No podíamos ver la locomotora, solo una fila interminable de pequeños vagones de

ruedas altas, que se extendía más allá de donde nos alcanzaba la vista, en ambos sentidos, y las ametralladoras montadas a intervalos en el techo. Los soldados iban acercándose a lo largo de la vía, haciendo una pausa en cada vagón, para abrir la pesada puerta corredera. Frente a nosotras, apareció un enorme interior negro, y las mujeres comenzaron a avanzar.

Agarrando nuestras mantas y nuestras fundas de almohada, fuimos arrastradas junto a las demás. El pecho de Betsie aún sonaba mal después de la rápida marcha. Tuve que levantarla para que pudiera subir al vagón del tren.

Al principio no podía distinguir nada dentro del coche oscuro; a continuación, en un rincón, vi una forma de altura desigual. Era una pila de pan, decenas de panes negros apilados los unos encima de los otros. Un largo viaje, entonces…

El pequeño vagón estaba atestado de gente. Fuimos empujadas contra la pared del fondo. Como máximo, podrían caber treinta o cuarenta personas. Pero los soldados forzaban a las mujeres mayores para que siguieran entrando por los lados, maldiciendo y golpeándolas con sus armas de fuego. Empezaron a oírse gritos del interior del coche, pero, aun así, presionaban más. Solo cuando habían apiñado a ochenta mujeres dentro, se cerró la puerta con un golpe y pudimos oír cómo corrían los cerrojos.

Muchas comenzaron a sollozar y bastantes se desmayaron, aunque, atrapadas en medio del grupo, siguieron en posición vertical. Cuando parecía que las de en medio iban a asfixiarse o a morir aplastadas, improvisamos una especie de sistema y así, medio sentadas, medio tumbadas, con las piernas encajadas, unas con otras, como un equipo de trineo, fuimos capaces de ponernos en el suelo del coche.

—¿Sabes por qué doy gracias? –la suave voz de Betsie me sobresaltó en medio de ese manicomio de cuerpos retorciéndose.

—¡Doy gracias porque papá esté hoy en el cielo! ¡Sí! ¡Oh papá! ¿Cuánto podría haber llorado hoy por ti?

El cálido sol caía a plomo sobre el tren inmóvil, y la temperatura comenzó a subir en el vagón cargado de gente; el aire escaseaba y se volvió irrespirable. A mi lado, alguien tiraba de un clavo de la vieja

madera del costado del vagón. Por fin consiguió sacarlo; y con el propio clavo se puso a golpear para poder hacer el agujero más ancho. Otras se hicieron eco de la idea y, en un rato, fuimos bendecidas con bocanadas del aire exterior que comenzó a circular entre nosotras.

Esto ocurrió horas antes de que el tren diera una sacudida repentina y comenzara a moverse. Casi inmediatamente se paró otra vez, y entonces volvió a avanzar lentamente hacia adelante. El resto del día y de la noche era lo mismo: parar, avanzar, golpear, tirones… Una vez, cuando me tocó el turno en el agujero, estaba mirando la luz de la luna, y vi un grupo de ferroviarios que transportaban una porción de raíles. Las vías por delante debían de haber sido destruidas. Pasé la noticia. Tal vez no fueran capaces de repararlas a tiempo. Tal vez todavía nos encontraríamos en Holanda cuando se produjera la liberación.

Noté que la frente de Betsie estaba caliente al tocarla con la mano. Una «luz roja», entre cuyas piernas estaba encajada, se movió ligeramente, en una torsión aún más complicada para que Betsie pudiera seguir manteniendo su cabeza casi apoyada en mi regazo. Yo también dormité, apoyando también, de cuando en cuando, la cabeza en el hombro de la muchacha que estaba detrás de nosotras. En un momento dado, soñé que el granizo golpeaba en las ventanas delanteras de tía Jans. Abrí los ojos. Realmente granizaba. Se podía oír el golpeteo contra el lateral del coche. Todas estábamos despiertas y hablábamos. Se oyó otra tormenta de granizo. Y a continuación oímos una ráfaga de fuego de la ametralladora del techo del tren.

—¡Son balas! –gritó alguien–. ¡Están atacando el tren!

De nuevo oímos el golpe de muchas piedras diminutas chocando contra la pared, y otra vez las ametralladoras contestaron. ¿Sería que el batallón nos había alcanzado por fin? El tiroteo se desvaneció. Durante una hora el tren se quedó inmóvil. Entonces, muy despacio, comenzamos a avanzar lentamente hacia adelante. Al amanecer alguien dijo que estábamos pasando por la ciudad fronteriza de Emmerich. Habíamos llegado a Alemania.

13. Ravensbruck

Durante dos terribles días, más sus dos noches, nos fuimos sumiendo cada vez más profundamente en la oscuridad de nuestros miedos. De vez en cuando, nos pasábamos algunos panes, de mano en mano. Pero ni siquiera se había hecho la provisión más elemental para la higiene y la salubridad en el vagón, así que el aire era tal que pocos podían comer.

Y, poco a poco, más terrible aún que los cuerpos aplastados unos contra otros y la suciedad, fue creciendo la obsesión por conseguir algo que beber. Dos o tres veces, al detenerse el tren, la puerta se había abierto apenas unos centímetros para pasarnos un cubo de agua. Pero nos habíamos convertido en animales, incapaces de organizarnos o de establecer un sistema. Así que los que estaban cerca de la puerta lo consumían todo.

Por fin, la mañana del cuarto día, el tren se detuvo de nuevo y la puerta se abrió en toda su anchura. Como niños, gateando sobre las manos y las rodillas, nos arrastramos hasta la apertura y bajamos por la borda como buenamente pudimos. Frente a nosotros, había un lago azul que parecía sonreír. En el otro extremo, se veía el campanario de una iglesia blanca entre árboles de plátanos.

Las presas más fuertes trajeron como pudieron cubos de agua desde el lago. Bebimos ávidamente, a pesar de los labios agrietados e hinchados. El tren era ahora más corto; los coches que llevaban a los hombres habían desaparecido. Solo un puñado de soldados, algunos que aparentaban tener no más de quince años, estaban allí para proteger a un millar de mujeres. No se necesitaban más. Apenas podíamos caminar, y mucho menos resistirnos.

Después de un rato nos agruparon en filas desordenadas y nos obligaron a marchar. Durante una milla, la carretera discurría por la orilla del lago, y luego se separaba de él para subir una colina. Me pregunté si Betsie podría llegar a la cima, pero poder contemplar los árboles y el cielo parecía haberla revivido y ella me apoyó a mí tanto

como yo a ella. Pasamos junto a un grupo de lugareños, que iban a pie y en carros tirados por caballos. Ellos, especialmente los niños, me parecieron maravillosos, con sus mejillas rosadas y saludables. Se volvían para mirarnos con interés, con los ojos muy abiertos; noté, sin embargo, que los adultos no nos miraban, y que volvían la cabeza a medida que nos acercábamos.

Desde la cima de la colina lo vimos, como una enorme cicatriz en el verde paisaje alemán: una ciudad de bajos barracones grises rodeados por muros de hormigón, sobre los que se elevaban torres de vigía a intervalos. En el centro, había una plaza en la que una chimenea expulsaba un fino vapor gris hacia el cielo azul: «¡Ravensbruck!».

La palabra fue pasando en voz baja a través de las filas, como una maldición. Era un famoso campo de exterminio de mujeres, cuyo nombre habíamos oído incluso en Haarlem. ¡Ese edificio de hormigón!, ese humo que desaparecía bajo la brillante la luz del sol. ¡No! ¡No quería ir hacia él! Al apoyarnos una a otra mientras bajábamos la colina, sentí la Biblia que golpeaba entre mis omóplatos. ¡Dios mío! Dame buenas noticias. ¿Era este el mundo del que Él había hablado?

Ya estábamos lo suficientemente cerca para ver el emblema del cráneo con las tibias cruzadas situado a intervalos en las paredes, para advertir de que los cables que había encima estaban electrificados. Las puertas de hierro macizo se abrieron y pasamos a través de ellas. Varias hectáreas de barracones de un color gris hollín se extendían por delante de nosotras. Justo en el centro, pudimos ver una pared con una fila de grifos situados como a un metro del suelo. Nos abalanzamos bajo ellos metiendo las manos, los brazos, las piernas e, incluso, las cabezas, bajo los chorros de agua, y eliminar el hedor de los vagones. Un escuadrón de guardianas, con uniformes de color azul oscuro, se precipitó sobre nosotras, gritando y blandiendo sus fustas, cortas y duras.

Finalmente nos alejaron de los grifos y nos condujeron como a una manada, por una avenida entre barracones. Este campo parecía mucho más sombrío que el que habíamos dejado atrás. Al menos, durante las marchas en Vught, podíamos divisar campos y bosques.

Aquí, todas las miradas se estrellaban siempre contra la misma barrera de hormigón; el campo se había construido en un extenso valle artificial, y aquellos imponentes muros, cubiertos de alambre, lo hacían aún más profundo.

Por fin nos detuvimos. Frente a nosotros se levantaba una enorme carpa con el techo de tela y sin paredes, de una hectárea o más, con el suelo cubierto de paja. Betsie y yo encontramos un hueco en uno de los bordes y nos hundimos con gratitud sobre la paja. Al instante, ya estábamos de pie nuevamente. ¡Piojos! Estuvimos de pie un rato, manteniendo las mantas y las fundas de almohada bien lejos de la tierra infestada. Pero, finalmente, acabamos extendiendo las mantas sobre aquella paja, parecía que se retorcía llena de vida y sentándonos sobre ellas.

Algunas presas se habían traído tijeras de Vught: por todas partes, bajo aquella enorme tienda de campaña, las mujeres se cortaban el pelo unas a otras. Nos pasaron un par. Dadas las circunstancias, nos dispusimos a hacer lo mismo, porque llevar el pelo largo era una locura en semejante lugar. Pero no pude evitar llorar, mientras cortaba las ondas castañas del pelo de Betsie. Hacia la tarde comenzó a oírse un alboroto en uno de los laterales. Una línea de guardianas de las SS estaba empujando a las mujeres, expulsándolas hacia fuera de la lona. Nosotras nos levantamos y agarramos rápidamente nuestras mantas, ya que se dirigían hacia nosotras. La persecución finalizó quizá a unos cien metros de la tienda de campaña; permanecimos de pie, sin saber muy bien qué hacer. Si la razón para expulsarnos de allí era la llegada de un nuevo grupo de presas u otro motivo, nadie lo sabía. Las mujeres comenzaron a extender las mantas en el suelo de cemento duro. Betsie y yo nos dimos cuenta de que íbamos a pasar la noche allí, en el mismo sitio donde nos encontrábamos. Pusimos mi manta en el suelo, estirándola al lado de la suya, y nos tumbamos sobre ellas.

—La noche es oscura y estoy lejos de casa… –la dulce voz de soprano de Betsie fue secundada por cientos de voces a nuestro alrededor–. Guíame…

Nos despertamos en algún momento, en medio de la noche, a causa de un trueno y una lluvia torrencial. Las mantas se empaparon

y el agua formó enormes charcos. Por la mañana, el campo era un enorme pantano: las manos, la ropa y las caras estaban negras, cubiertas de un barro de ceniza.

Todavía estábamos escurriendo el agua de las mantas, retorciéndolas, cuando nos dieron la orden de alinearnos para el café. En realidad, aquello no era café, sino un líquido inconsistente de un color parecido al café, pero todas estábamos agradecidas de podérnoslo tomar mientras andábamos arrastrando los pies hacia la improvisada cocina de campaña. Había un trozo de pan negro para cada una de las detenidas, y eso fue todo lo que nos dieron, hasta que recibimos una cuchara sopera, un nabo pequeño y una patata cocida, por la tarde. Entre tanto, permanecimos confinadas en posición de firmes, rígidas en medio de la plaza de armas empapada donde habíamos pasado la noche. Estábamos cerca de uno de los bordes del enorme campo de concentración; lo suficientemente cerca del muro exterior para ver la triple fila de cables electrificados a lo largo de la parte superior. Pasamos así dos días enteros, con sus correspondientes noches, en ese lugar. Ya no llovía, pero el suelo y las mantas seguían húmedos. Betsie comenzó a toser. Yo saqué el jersey azul de Nollie de mi funda de almohada y se lo envolví alrededor; también le di unas gotas de las vitaminas. Pero por la mañana tenía terribles retortijones. Una y otra vez, durante todo el segundo día, se vio obligada a pedirle permiso a la impaciente guardiana que estaba a la cabeza de nuestra fila, para ir a la zanja que hacía las veces de instalaciones sanitarias.

Era la tercera noche, y ya nos estábamos preparando para acostarnos de nuevo bajo el cielo, cuando nos dieron la orden de acudir al centro de procesamiento para los recién llegados. Tras diez minutos de marcha llegamos al edificio en cuestión. Entonces avanzamos por un pasillo hasta una enorme sala de recepción.

Y allí, bajo las frías luces del techo, vimos un espectáculo deprimente: cuando cada una de las mujeres se aproximaba a uno de los escritorios, en el que estaban sentados algunos oficiales, tenía que dejar su manta, su funda de almohada y cualquier otra cosa que llevase encima sobre una creciente pila de estos objetos. Unas mesas más adelante tenían que desnudarse, echando cada prenda de ropa en

una segunda pila, y caminar desnudas pasando por delante del escrutinio de una docena de hombres de las SS hasta el cuarto de baño. Al salir de la ducha, llevaban solo un fino uniforme y un par de zapatos. Nada más.

¡Pero Betsie necesitaba ese suéter! ¡Necesitaba también las vitaminas! Por encima de todo, necesitábamos la Biblia. ¿Cómo íbamos a sobrevivir sin ella en este lugar? Pero ¿cómo podría pasarla por delante de tantos ojos vigilantes sin el mono de trabajo ocultándola?

Casi habíamos llegado a la primera mesa. Rebusqué desesperadamente en mi funda, saqué el bote de vitaminas y lo escondí en mi puño cerrado. De mala gana, dejé el resto de cosas en el montón que estaba convirtiéndose rápidamente en una montaña. *Dios mío*, le rogué: *Tú que nos has dado este precioso libro, y lo has guardado y has permitido que permaneciera oculto en todos los controles e inspecciones, permite que siga sirviéndole a muchas personas.*

Sentí que Betsie se tambaleaba, cayéndose contra mí, y la miré alarmada. Su rostro era blanco, y tenía los labios apretados. Le rogué en alemán a un guardia que nos indicara dónde estaban los aseos. Sin dirigirnos siquiera una mirada, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la habitación de las duchas. Tímidamente, Betsie y yo salimos de la fila y nos dirigimos a la puerta de la sala grande, oscura y maloliente, con su fila de espitas en la parte superior de las paredes. Estaba vacía, a la espera del siguiente lote de cincuenta cuerpos desnudos y temblorosos.

—Por favor –le dije al hombre de las SS que custodiaba la puerta–, ¿dónde están los baños?

Tampoco nos miró.

—Usar los pozos de drenaje –nos espetó, y, cuando pasamos dentro, la puerta se estrelló detrás de nosotras. Nos quedamos solas en la habitación donde, unos minutos más tarde, volveríamos despojadas incluso de la ropa que llevábamos puesta. Aquí se encontraban los uniformes que tendríamos que ponernos, amontonados junto a la puerta. En la parte delantera y trasera de cada uno, había sido cortada una gran «X» y reemplazada con un

paño de otro color.

Y entonces vimos otra cosa: apilados en un rincón, había un montón de viejos bancos de madera. Estaban cubiertos de moho y plagados de cucarachas, pero a mí me parecieron los muebles del mismo cielo.

—¡El suéter! ¡Dame el suéter! –susurré, desenredando la cuerda de mi cuello. Betsie me lo entregó y, en un instante, había envuelto con él la Biblia y el frasco de vitaminas, y escondiendo el precioso paquete detrás de los bancos.

Y así fue como diez minutos más tarde, cuando estábamos hacinadas en esa habitación, a pesar de ser tan pobres, nos sentimos inmensamente ricas. Ricas ante esta nueva evidencia del cuidado que Dios nos dispensaba, incluso en el interior de Ravensbruck.

Nos pusimos de pie bajo de los grifos durante todo el tiempo que duró el flujo de agua helada, sintiendo que se suavizaba la sensación de que los piojos nos estaban comiendo la piel. Entonces nos agrupamos, goteando, mojadas, alrededor del montón de uniformes, sosteniéndolos, pasándolos por encima de nosotras, en busca de uno que se aproximara a lo que necesitábamos. Encontré uno largo y suelto para Betsie, que cubriría el suéter azul cuándo tuviera la posibilidad de ponérselo. Y también encontré otro similar para mí, entonces alcancé el paquete que había dejado detrás de los bancos y empujé el pequeño paquete rápidamente por el cuello del uniforme. Se marcaba tanto que podría haberse visto desde la otra punta de la Grote Markt. Lo aplané lo mejor que pude y me até el suéter como pude, alrededor de mi cintura; pero en realidad no había conseguido ocultarlo bajo el delgado vestido de algodón. Sin embargo, durante todo el tiempo, tuve la increíble certeza de que, en realidad, esto no importaba, porque esto ya no dependía de mí, sino que estaba en manos de Dios. Que todo lo que tenía que hacer era caminar en línea recta.

Cuando volvimos en tropel hacia atrás, a través de la puerta del cuarto de las duchas, los hombres de las SS cachearon a todas las prisioneras, por delante, por detrás y también por los costados. La mujer que iba delante de mí fue cacheada tres veces. Detrás de mí, Betsie fue registrada también. Pero a mí no me tocó ninguna mano.

En la puerta de salida del edificio había una segunda prueba que superar; una línea de mujeres guardianas estaban examinando de nuevo a cada reclusa. Reduje la velocidad cuando las alcancé, pero la teniente que estaba al mando me dio un fuerte empujón en el hombro.

—¡Muévete hacia adelante! ¡Estás retrasando la fila!

Betsie y yo llegamos al barracón número 8 en las primeras horas de esa mañana, llevando con nosotras no solo la Biblia, sino también una nueva comprensión de hasta dónde podía llegar el poder de Dios. Ya había tres mujeres durmiendo en la cama que nos habían asignado. Nos hicieron sitio como mejor pudieron, pero el colchón se inclinaba y yo fui deslizándome hasta caer al suelo. Por fin, las cinco nos colocamos de lado, atravesadas en la cama, y nos las arreglamos para intercalar los hombros y los codos. La manta, vieja y raída, resultaba muy pobre comparada con las que habíamos tenido que dejar atrás, pero al menos el hacinamiento nos calentó. Betsie se había puesto el suéter azul debajo del vestido y se había acoplado entre mí y las demás; su tiritona fue disminuyendo gradualmente y por fin consiguió dormirse. Yo estuve sin poder dormir un rato largo, mirando un reflector barriendo la pared trasera, formando arcos regulares y largos, y oyendo las llamadas distantes de los soldados que patrullaban los muros…

El recuento matutino en el campo de Ravensbruck era media hora antes que en Vught. Así que, a las 4.30, teníamos que estar fuera, de pie, en la fría oscuridad, antes del amanecer. En posición de firmes, organizadas para desfilar en bloques de cien mujeres, diez mujeres a lo ancho, diez de profundidad. A veces, después de horas de desfile, nos hacían volver a los barracones solo para escuchar el silbato: «¡Todo el mundo afuera! ¡Preparaos para pasar lista!».

El barracón número 8 estaba en un complejo que se usaba de cuarentena. Junto al nuestro, tal vez como una advertencia deliberada para los recién llegados, se encontraba el barracón de castigo. Desde allí, durante todo el día y muchas veces en medio de la noche, llegaban los sonidos del mismo infierno. No eran sonidos de ira ni de cualquier otra emoción humana, sino que eran de una

crueldad por completo indiferente: golpes que se asestaban a un ritmo regular, y gritos que mantenían el mismo ritmo. Permanecíamos de pie, en fila, con las manos temblando al costado, deseando poder moverlas y taparnos los oídos, para hacer que los sonidos despareciesen. En el mismo instante en el que terminábamos, asaltábamos en tromba el barracón número 8, pisando los talones de las demás, en nuestro afán por entrar en su interior, para reducir el tamaño del mundo a unas proporciones que nos resultaran nuevamente comprensibles.

Pero cada día se nos hacía más y más difícil. Incluso dentro de estas cuatro paredes había demasiada miseria, demasiado sufrimiento inútil. Cada día surgía algo más a lo que no le encontrábamos sentido alguno; algo más se volvía demasiado pesado. *¿Querrías llevar esta carga también, Señor Jesús?*

Pero, mientras el resto del mundo se volvía cada vez más extraño, una cosa se hacía cada vez más evidente. La razón por la que nosotras dos estábamos aquí. No se nos mostró la razón por la que sufrían las demás. Pero, en cuanto a nosotras, desde la mañana hasta que las luces se apagaban, siempre que no estuviéramos formando para el recuento, nuestra Biblia se convirtió en el centro de un círculo, cada vez más amplio, de ayuda y de esperanza. Nos reuníamos en torno a este libro, como vagabundos agrupados alrededor de la llama de una hoguera, poniendo nuestros corazones bajo el cobijo de su calor y su luz. Y, cuanto más negra era la noche a nuestro alrededor, más brillante, más verdadera y más hermosa ardía la palabra de Dios. «¿Quién nos puede separar del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación o la angustia o la persecución, el hambre o la desnudez, el peligro o la espada?…». No, en todas estas cosas éramos más que conquistadores, gracias a Su amor. Yo miraba en torno a Betsie cuando ella leía, observando cómo se extendía la luz en todos los rostros. Más que conquistadores… No era un deseo. Era un hecho. Lo sabíamos, lo experimentábamos cada minuto –la pobreza, el odio, el hambre–. Éramos más que conquistadores. No «íbamos a serlo». Nosotros ¡ya lo éramos! La vida en Ravensbruck transcurría a dos niveles separados, aparentemente incompatibles. Uno, la vida observable, externa, que se volvió cada día más

horrible. El otro, la vida que vivíamos con Dios, que se volvió cada día mejor, la verdad sobre la verdad, la gloria en la gloria.

A veces me habría gustado sacar la Biblia de su pequeño saco con mis manos y sacudirla; tan misteriosa se había vuelto para mí. Era completamente nueva; parecía que acabara de ser escrita. Llegaba incluso a maravillarme a veces de que la tinta se hubiera secado ya. Yo había creído siempre en la palabra de Dios, pero su lectura en estos tiempos no tenía nada que ver con las creencias. Se trataba simplemente de cómo funcionaban las cosas; del cielo y el infierno, de cómo actúan los hombres y cómo actúa Dios. Yo había leído una y mil veces la historia de cuando los soldados arrestaron a Jesús; de cómo le habían abofeteado, se habían reído de él y le habían azotado. Ahora, tales acontecimientos tenían rostros y voces concretos.

Los viernes nos sometían a la recurrente humillación de la inspección médica. El pasillo del hospital en el que esperábamos no tenía calefacción, y una fría humedad se había apoderado de las paredes. Nos prohibieron incluso rodearnos con nuestros propios brazos para darnos calor y teníamos que mantener la posición erguida, con las manos a los lados, mostrándolas cuando pasábamos lentamente por delante de una falange de guardias que sonreían abiertamente. ¿Cómo podrían encontrar algún placer en la visión de estas piernas, delgadas como palos, y de estos vientres hinchados a causa del hambre? Era algo que no podía llegar a comprender. Seguramente no hay una visión más miserable que la de un cuerpo humano descuidado y despreciado. Tampoco podía ver la necesidad de desvestirse completamente: cuando por fin llegábamos a la sala de reconocimientos, un médico exploraba las gargantas, otro –presumiblemente un dentista– miraba los dientes y un tercero examinaba la zona que hay entre cada uno de los dedos. Y eso era todo. Volvíamos a pasar de nuevo en tropel por el largo y frío pasillo y recogíamos nuestros vestidos marcados con una X en la puerta.

Y una de esas mañanas en las que estábamos esperando, temblando de frío, en el pasillo, otra página del Evangelio cobró vida ante mis ojos.

Vi a Jesús colgado desnudo en la cruz.

Yo no me había percatado, nunca lo había pensado… Los cuadros, y los crucifijos tallados mostraban al menos un pedazo de tela. Pero, de repente, me di cuenta de que eso era fruto del respeto y la reverencia de la artista pero, ¡oh!, en otro tiempo, aquel otro viernes, no había habido ningún tipo de respeto. No más de la que podía ver en las caras que había a nuestro alrededor en ese momento. Me acerqué a Betsie, que estaba delante de mí en la fila. Sus omoplatos se marcaban, agudos y delgados, por debajo de su piel moteada y azul.

—Betsie, también a Él le quitaron la ropa.

Por delante de mí, oí un pequeño suspiro.

—¡Oh, Corrie! Nunca le di las gracias.

Cada día, el sol salía un poco más tarde y la mordedura del frío tardaba más tiempo en dejar el aire. Seguro que será mejor, nos asegurábamos a todas las demás, cuando nos trasladen al barracón definitivo. Tendremos una manta para cada una. Y una cama propia. Cada una plasmaba en el cuadro su mayor anhelo. Para mí era un dispensario donde Betsie pudiera conseguir medicación para su tos.

—Habrá una enfermera asignada al barracón.

Lo dije tan a menudo que acabé por convencerme; mientras tanto, le daba una gota de Davitamon cada mañana en su pedazo de pan negro, pero ¿cuánto tiempo más podría durar la pequeña botella? Sobre todo –le decía–, si sigues compartiéndola con todo el mundo cada vez que alguien estornuda.

El traslado a los barracones permanentes se produjo durante la segunda semana de octubre. Fuimos trasladadas en bloques, de diez de ancho por diez de fondo, a lo largo de una amplia avenida de ceniza y luego por una calle más estrecha de barracones. La columna se paró varias veces mientras se leían los números en voz alta: nunca se empleaban nombres en Ravensbruck. Por fin nos llamaron a Betsie y a mí: «Presa 66729, presa 66730». Salimos de la línea con una docena más de prisioneras y contemplamos la larga fachada gris del Barracón 28. Tenía la mitad de los cristales rotos y sustituidos por harapos. Una puerta en el centro nos dejó en un cuarto grande, donde doscientas mujeres o más se inclinaban sobre

agujas de hacer punto. En las mesas situadas entre ellas había montones de calcetines de lana gris del ejército. A ambos lados se abrían sendas puertas que daban paso a dos cuartos, todavía más grandes, sin duda los dormitorios más grandes que jamás hubiéramos visto. Betsie y yo seguimos a una presa que nos hizo de guía, hasta la puerta situada en el lado derecho. A causa de las ventanas rotas, el enorme cuarto estaba solo medio a oscuras. Así, nuestras narices fueron las primeras en avisarnos de que, para empezar, ese lugar era asqueroso: las tuberías debían de haberse atascado en algún sitio, y la ropa de cama estaba sucia y rancia.

A continuación, cuando nuestros ojos se acostumbraron a las tinieblas pudimos ver que no había camas individuales, sino unas grandes estructuras altas, de tres alturas apiladas unas al lado de las otras, que llegaban de un extremo a otro de la habitación, con solo un estrecho pasillo ocasional entre ellas.

Seguimos a nuestra guía por el pasillo, una detrás de otra, pues no era lo suficientemente amplio para dos personas. Casi había que vencer la claustrofobia que producían estas plataformas gigantes que se elevaban por todas partes sobre nuestras cabezas. La enorme habitación estaba casi vacía; todos debían de haber sido distribuidos en diversos equipos de trabajo. Por último, señaló hacia el segundo nivel en el centro de un gran bloque. Para llegar hasta allí, tuvimos que avanzar por el nivel inferior durante un tramo y, luego, arrastrarnos lentamente a través de tres literas cubiertas de paja de otras plataformas; finalmente llegamos a la que compartiríamos ¿con cuántas personas? La cubierta que había por encima de nosotras estaba demasiado cerca para poderse sentar. Así que nos recostamos, luchando contra las náuseas que nos azotaron al percibir el olor apestoso de la paja. Podíamos oír al resto de mujeres que habían llegado con nosotras, encontrando sus respectivos lugares.

De pronto me senté, golpeándome contra los listones transversales de la litera superior anteriores. Algo me había picado en la pierna.

—¡Pulgas! –dije llorando–. ¡Betsie, este sitio es un hervidero de pulgas!

Bajamos intentando evitar golpearnos de nuevo y nos dejamos

caer hasta el pasillo. Allí nos abrimos paso, siguiendo el camino que mostraba un haz de luz.

—¡Ay! ¡Aquí hay una! ¡Y aquí otra! –gemí–. Betsie, ¿cómo vamos a ser capaces de vivir en un lugar así?

—Muéstranoslo. Muéstranos cómo.

Lo dijo con tanta naturalidad, que tardé unos instantes en darme cuenta de que estaba rezando. Cada vez más, la distinción entre oración y la vida en el campo parecía estar desapareciendo para Betsie.

—¡Corrie! –dijo con entusiasmo–. ¡Él nos ha dado la respuesta, antes de que ni siquiera le hubiéramos preguntado, como siempre hace! En la Biblia, esta mañana. ¿Dónde fue? ¡Vamos a leer esa parte de nuevo!

Miró por el largo pasillo oscuro para asegurarse de que no había ninguna guardiana a la vista, y luego señaló la Biblia de su bolsa.

—Fue en la Primera Carta a los Tesalonicenses –le dije. Estábamos en nuestra tercera lectura completa del Nuevo Testamento, desde que salimos de Scheveningen. En medio de la débil luz, pasé las páginas–. Aquí está: «Reconfortad a los que tienen miedo, ayudad a los débiles, sed pacientes con todos. Cuidad de que nadie devuelva mal por mal, y buscad siempre hacer el bien al prójimo y a todos…». Parecía escrito expresamente para Ravensbruck.

—Vamos, continúa –dijo Betsie–. Eso no era todo.

—Oh, sí: «… El uno al otro y a todos. Alegraos siempre, rezad constantemente, dad gracias, en todas las circunstancias; porque esta es la victoria de Dios en Cristo Jesús».

—¡Eso sí es todo, Corrie! Esa es su respuesta: «¡Dad las gracias en todas las circunstancias!». Eso es lo que podemos hacer. Podemos empezar ahora mismo a dar gracias a Dios por todo lo de este nuevo barracón.

La contemplé fijamente, luego miré a mi alrededor en el cuarto oscuro, mal ventilado.

—¿Como, por ejemplo, qué? –dije.

—Porque nos hayan destinado a este sitio a las dos juntas.

Me mordí el labio.

—¡Oh, sí, gracias, Señor Jesús!

—O por lo que estás sosteniendo ahora mismo en tus manos.

Miré la Biblia.

—¡Sí! ¡Gracias, querido Señor, porque no hubiera ninguna inspección cuando entramos aquí! Y gracias también por todas las mujeres, alojadas aquí, en este cuarto, que se reunirán en torno a Ti, para leer estas páginas.

—Sí –dijo Betsie–. Gracias por el hacinamiento que hay aquí. ¡Como estamos tan cerca las unas de las otras, muchas más podrán escuchar tu palabra! –ella me miró con expectación–. ¡Corrie! –me espoleó.

—Oh, perfecto. Gracias por el bloqueo, el hacinamiento, las asfixiantes multitudes.

—Gracias –prosiguió Betsie serenamente– por las pulgas y por…

¿Las pulgas? Esto ya era demasiado.

—Betsie, no hay ningún modo de que ni siquiera el mismo Dios pueda hacerme sentir agradecimiento por una pulga.

—«Dad gracias por todo» –citó–. No dice «en circunstancias agradables». Y las pulgas forman parte de este lugar donde Dios nos ha puesto.

Y, así, nos quedamos entre la fila de literas y dimos las gracias por las pulgas. Pero esta vez yo estaba segura de que Betsie se equivocaba.

Poco después de las 6.00, comenzaron a llegar el resto de mujeres del barracón 28, cubiertas de sudor y suciedad, cansadas de la larga jornada de trabajos forzados. El edificio, como nos había contado una de nuestras compañeras de litera, había sido diseñado para alojar a cuatrocientas personas. Sin embargo, había unas mil cuatrocientas acuarteladas, más todas las que iban llegando semanalmente. Muchos prisioneros procedentes de los campos de concentración de Polonia, Francia, Bélgica, Austria y Holanda estaban siendo evacuados hacia el centro de Alemania.

Éramos nueve mujeres las que compartíamos habitáculo, diseñado originalmente para cuatro personas, y hubo algunas quejas

cuando las demás descubrieron que tendrían que hacernos un hueco a Betsie y a mí. Solo ocho aseos apestosos servían para toda la habitación; para llegar a ellos debíamos arrastrarnos no solo por encima de nuestras propias compañeras de cama, sino también sobre las de las otras literas situadas entre la nuestra y el pasillo más cercano, siempre con el riesgo añadido de romper los desgastados listones y caer sobre las de debajo. Pasó varias veces durante la primera noche. Desde algún lugar del cuarto llegaba el sonido de madera astillada, y luego gritos y llantos ahogados.

Incluso cuando los listones aguantaban, el más mínimo movimiento provocaba una lluvia de polvo y paja sobre las personas que dormían debajo… seguido por una salva de maldiciones.

En el barracón número 8, la mayoría hablábamos holandés. Aquí, no había ni siquiera un lenguaje común y las peleas estallaban constantemente entre mujeres exhaustas y muertas de hambre.

En un momento dado, las que dormían cerca de las ventanas protestaron con rabia y las cerraron de golpe para protegerse del frío. Inmediatamente, decenas de voces exigieron que las abrieran de nuevo. Y la pelea se propagó arriba y abajo por aquel lado de la habitación; se oían forcejeos, golpes, sollozos.

En la oscuridad, sentí cómo Betsie agarraba mis manos.

—Señor Jesús –dijo en voz alta–, envía tu paz a esta habitación. Sé que se ha rezado muy poco aquí. Lo saben hasta las mismas paredes. Pero allí donde tú estés, Señor, el espíritu de contienda no puede existir…

El cambio fue lento, pero progresivo. Uno a uno, los ánimos se fueron apaciguando.

—¡Voy a hacerte una oferta! –la voz hablaba en alemán, con un fuerte acento escandinavo–. Si quieres, puedes dormir aquí, donde hace más calor, y yo ocuparé tu lugar, junto a la ventana.

—¿Y añadir tus piojos a los míos? –pero había una risa entre dientes en la respuesta–. No, gracias.

—¡Te propongo algo! –la tercera voz tenía un marcado acento francés–: puedes abrirlas solo hasta la mitad. Así, solo se congelará la mitad y se asfixiará la mitad.

Un murmullo de risas se extendió por la habitación. Me recosté

sobre aquella paja asquerosa y supe que había algo más por lo que dar gracias: porque Betsie hubiera venido al barracón 28.

El recuento de presas se hacía aquí a las 4.40 am, tal como durante la cuarentena. Un silbato nos despertaba a las 4.00. Entonces, sin siquiera pararse a sacudirse la paja de la ropa y el pelo, se producía una estampida general para la ración de pan y café en la sala central. Las últimas en llegar no encontraban nada.

El recuento se realizaba en el *Lagerstrasse*, la amplia avenida que conducía al hospital. Allí nos uníamos a los ocupantes de otros barracones –unos 35.000 en ese momento– que llegaban de más allá de donde alcanzaba la vista, bajo el pálido resplandor de las lámparas de la calle, con los pies cada vez más entumecidos sobre la fría ceniza del suelo.

Después de pasar lista, se llamaba a los equipos de trabajo. Durante varias semanas, Betsie y yo fuimos asignadas a la fábrica de Siemens. Este enorme complejo de fábricas y terminales ferroviarias estaba situado a una milla y media del campo. La «Brigada Siemens», formada por varios miles de prisioneras, salía por la puerta de hierro, por debajo de los cables electrificados, hacia un mundo de árboles, hierba y horizontes. El sol comenzaba a salir cuando bordeábamos el pequeño lago; los campos dorados de finales de otoño levantaban nuestros corazones. El trabajo en Siemens, sin embargo, era pura miseria.

Betsie y yo teníamos que empujar un pesado carro de mano hasta una vía muerta, donde descargábamos grandes placas y ruedas de metal de un vagón de carga, y las llevábamos hasta una de las puertas de recepción de mercancías de la fábrica. La agotadora jornada de trabajo duraba once horas. Por lo menos, al mediodía nos dieron una patata hervida y un poco de jabón; los que trabajaban en el interior del campo no tenían nada de comida al mediodía.

Cuando volvíamos, apenas podíamos levantar las piernas hinchadas y doloridas. Los soldados que nos llevaban, bramaban y nos maldecían, pero apenas podíamos avanzar unas pulgadas a cada paso. Me di cuenta de nuevo de cómo los lugareños se giraban, mirando hacia otro lado.

De vuelta en el barracón, formamos de nuevo en filas –¿es que nunca se iba a poner fin a las columnas y las esperas?– para recibir nuestra ración de sopa de nabo en el centro de la habitación. Entonces, tan pronto como pudimos escabullirnos del gentío, Betsie y yo nos encaminamos a la parte trasera de la habitación, donde celebrábamos nuestro «servicio» de oración en grupo.

En nuestra litera no había suficiente luz para leer la Biblia, pero, aquí atrás, una triste bombilla proyectaba un pequeño círculo de luz, amarillo pálido, en la pared, y aquí se reunía un gran grupo de mujeres. Eran servicios muy especiales los de los tiempos del barracón 28. En una sola noche podíamos rezar el himno del Magníficat, en latín, por un grupo de católicas, algún himno pronunciado por alguna luterana y una canción en voz baja de mujeres ortodoxas.

A cada momento, el número de personas crecía alrededor de nosotras, colocándose en las literas más próximas, llenándolas hasta los bordes, hasta que la estructura gemía y se balanceaba. Y, por fin, Betsie o yo abríamos la Biblia.

Debido a que solo los holandeses podían entender el texto, escrito en lengua neerlandesa, lo íbamos traduciendo en voz alta al alemán. Y entonces empezaban a escucharse palabras que dan vida, pasando de nuevo a través de los largos pasillos en francés, polaco, ruso, checo y de nuevo al holandés. Eran como pequeños momentos de cielo, estas noches debajo de la bombilla. Y, como ya es sabido, la verdad de Dios brilla más claro en la oscuridad.

Al principio Betsie y yo convocábamos las reuniones con gran timidez. Pero, como pasaron noches y más noches sin que ningún guardia pasara cerca, nos volvimos cada vez más audaces. Eran tantas las que querían unirse, que acabamos celebrando un segundo servicio después del recuento de la noche.

Allí, en la *Lagerstrasse* siempre estábamos bajo la rígida vigilancia de las guardianas, envueltas en sus cálidas capas de lana, marchando constantemente hacia arriba y hacia abajo. Ocurría lo mismo en la sala central de los barracones: media docena de guardias o de policías estaban siempre presentes. Pero en las habitaciones compartidas no había ninguna supervisión en absoluto.

Nosotras no entendíamos por qué.

Además, sucedía otra cosa muy extraña: de la botella de Davitamon seguían saliendo gotas. Apenas parecía posible; era una botella muy pequeña y se administraban muchas dosis al día; porque ahora, además de Betsie, otra docena de mujeres también las tomaba.

Mi instinto me decía que la guardara, porque Betsie se estaba debilitando a pasos agigantados. Pero las demás también estaban enfermas, y resultaba muy difícil decir que no a esas mujeres cuyos ojos ardían de fiebre a quienes les temblaban las manos por el frío. Yo trataba de guardarlo solo para las que estuvieran muy débiles, pero incluso este grupo pronto se compuso de quince, veinte, veinticinco…

Y, aun así, cada vez que inclinaba la botellita, aparecía una gota en la punta del tapón de vidrio. ¡No podía ser! Lo sostuve frente la luz, tratando de ver cuánto quedaba en realidad, pero el vidrio de color marrón oscuro era demasiado grueso para ver nada.

—Había una mujer en la Biblia –dijo Betsie–, cuyo frasco de aceite nunca estaba vacío.

Se puso a buscar en el Libro de los Reyes, la historia de la pobre viuda de Sarepta que dio a Elías una habitación en su casa: «El tarro de la harina no escaseó, ni menguó la botija del aceite, conforme a la palabra de Jehová que había hablado por Elías».

Estaba muy bien, pero esas cosas maravillosas solo pasaban en la Biblia. Y una cosa era creer que eso era posible miles de años atrás, y otra muy distinta era creer que pudiera pasarnos ahora, a nosotras, ese mismo día. Y, a pesar de ello, esto siguió ocurriendo ese día, y al siguiente, y al siguiente… Hasta un pequeño grupo de impresionadas espectadoras se quedaba de pie, sin poder quitar la mirada de las gotas, que seguían cayendo en las raciones diarias de pan.

Muchas noches me quedé despierta, bajo la ducha de paja y polvo que caía desde el colchón de arriba, tratando de comprender la maravilla de aquella medicina que se nos prodigaba.

—Tal vez –le susurré a Betsie–, solo una molécula o dos pasan

realmente a través de ese pequeño agujero, del tamaño de un alfiler, y luego en el aire se expanden.

Escuché su risa suave en la oscuridad.

—No trates de buscarle una explicación demasiado compleja, Corrie. Solo tienes que aceptar que se trata del regalo de un Padre que te ama.

Y, entonces, un día Mien se abrió paso hasta nosotras en la fila de la comida nocturna.

—Mira lo que tengo para ti.

Mien era una mujer holandesa bastante joven con la que habíamos coincidido en Vught. Le habían asignado al hospital y, a menudo, se las arreglaba para llevar al barracón 28 algún tesoro robado de allí; desde una hoja de periódico para ponerla en una ventana rota, hasta una rebanada de pan que alguna enfermera hubiera dejado intacta en su plato. Entonces, miramos dentro del pequeño saco de tela que había traído.

—¡Son vitaminas! –grité, y luego lancé una mirada nerviosa al policía del campo que estaba más cerca–. ¡Compuestas de levadura! –susurré.

—¡Sí! –dijo entre dientes–. Había varios tarros enormes. Y vacié la misma cantidad de cada uno de ellos.

Nos tragamos el insípido caldo de nabo, maravillándonos de las riquezas que nos habían llegado de manera repentina. De vuelta en la litera, saqué la botella de entre la paja.

—Bueno, primero nos terminaremos las gotas –decidí. Pero esa noche, a pesar de que mantuve la botella boca abajo durante un buen rato, y la sacudí unas cuantas veces, no volvió a aparecer ni una sola gota más.

El primer día de noviembre nos entregaron un abrigo a cada prisionera. El de Betsie y el mío eran ambos de una marca rusa y, probablemente, en algún momento, debieron de haber estado adornados con pieles; los hilos sueltos demostraban que habían arrancado algo de los cuellos y los puños.

Ya no nos llamaban para ir a la fábrica de Siemens y todas especulábamos sobre la posibilidad de que las instalaciones se

hubieran visto dañadas en uno de los bombardeos que llegaban ahora hasta nuestros oídos, casi todas las noches. A Betsie y a mí nos pusieron a trabajar allanando algunos terrenos irregulares, situados justo en el interior del muro del campo. También era un trabajo agotador. A veces, cuando me inclinaba para levantar una carga, mi corazón se encogía de una forma muy extraña; por la noche los espasmos de dolor me atenazaban las piernas. Pero el mayor problema eran las escasas fuerzas de Betsie. Una mañana, después de una dura noche de lluvia, nos encontramos al llegar con el suelo empapado y más pesado que nunca. Betsie nunca ha sido capaz de levantar mucho peso; pero ese día sus paladas eran microscópicas y se tropezaba con frecuencia mientras iba a verter las cargas.

—*¡Schneller!* –le gritó una guardiana–. ¿Es que no puedes ir más rápido?

¿Por qué hay que gritar?, me preguntaba mientras hundía nuevamente mi pala negra en la inmundicia. ¿Por qué no nos hablan como a seres humanos?

Me incorporé lentamente, mientras me secaba el sudor de la espalda. Intentaba recordar dónde habíamos escuchado ese sonido maníaco por primera vez. En la Beje. En las habitaciones de tía Jans. Una voz procedente del altavoz en forma de concha, un grito que se había quedado flotando en el aire, hasta que Betsie se había lanzado a la radio, para apagarla…

—¡Holgazana! ¡Cerda perezosa!

La guardiana le arrebató la pala a Betsie de sus manos y corrió de grupo en grupo exhibiendo el puñado de tierra que era todo lo que Betsie había sido capaz de levantar.

—¡Mira lo que está llevando la señora baronesa! ¡Seguramente le habrá supuesto un sobreesfuerzo!

Los otros guardias e incluso algunos de los presos se rieron. Animada, la guardiana se lanzó a parodiar el tambaleante caminar de Betsie. Un guardia masculino estaba hoy con nuestro equipo y, en presencia de un hombre, las guardias femeninas siempre se animaban más todavía.

A medida que se multiplicaban las risas, empecé a sentir que una rabia asesina se apoderaba de mí. Los guardias eran jóvenes y estaban bien alimentados. ¿Acaso era culpa de Betsie ser vieja y estar muriéndose de hambre? Pero, para mi asombro, Betsie también se estaba riendo.

—Eso es cierto –admitió–. Pero será mejor que me deje tambaleándome con mi pequeña cucharada o voy a tener que parar por completo.

Las mejillas regordetas de la guardiana se volvieron carmesíes.

—¡Yo decidiré quién para!

Y, cogiendo la fusta de cuero de su cinturón, la estrelló contra el pecho y el cuello de Betsie.

Sin saber siquiera lo que estaba haciendo, agarré mi pala y me abalancé sobre ella. Pero Betsie se interpuso por delante de mí antes de que nadie me hubiera visto.

—¡Corrie! –me dijo, empujándome el brazo hacia un lado–. ¡Corrie, sigue trabajando! –me arrancó la pala de la mano y cavó en el barro.

La guardiana tiró la pala de Betsie despectivamente hacia nosotras. La cogí, todavía aturdida. Una mancha roja apareció en su cuello; una roncha, que estaba empezando a hincharse. Betsie se dio cuenta de lo que miraba, y se puso la mano suavemente sobre la marca del látigo.

—No la mires, Corrie. Mira solo a Jesús.

Y, dicho esto, apartó la mano: la tenía pegajosa a causa de la sangre.

A mediados de noviembre, las lluvias comenzaron en serio; el frío y los chaparrones que caían durante todo el día lo empapaban todo y dejaban huellas de humedad, incluso en las paredes interiores. El *Lagerstrasse* ya no se secaba nunca; incluso cuando la lluvia amainaba, permanecían profundos charcos en el camino. No se nos permitía dar ni un paso para esquivarlos cuando formábamos en filas; así que, a menudo, permanecíamos de pie, con el agua hasta los tobillos, y por la noche el barracón apestaba con el olor de los zapatos de cuero podridos.

La tos de Betsie comenzó a producir sangre. Fuimos a la

consulta médica en el hospital, pero el termómetro registró solo 39°, lo que no se consideraba suficiente para ingresarla.

¡Ay de mis fantasías de una enfermera y un dispensario en cada barracón! Este gran cuarto desnudo del hospital era donde todos los enfermos del campo se reunían, a menudo habiendo esperado fuera, bajo la lluvia, durante horas solo para conseguir pasar por la puerta.

Odiaba ese lugar sombrío, lleno de enfermos y de mujeres que sufrían, pero tuvimos que volver, una y otra vez, porque Betsie empeoraba cada vez más. Ella no sentía aversión por la sala como yo. Para ella era simplemente otro lugar más en el que hablar de Jesús, como de hecho hacía en todas partes, cada vez más. Dondequiera que estuviese, en el trabajo, en la cola para la comida, en el dormitorio, Betsie hablaba a cuantos la rodeaban acerca de Su cercanía y de Su anhelo de entrar en sus vidas. A medida que su cuerpo se debilitaba, su fe parecía crecer más osada. Y me recordaba que el consultorio médico era: «¡un lugar muy importante, Corrie! Algunas de estas personas se encuentran en el umbral de los cielos».

Y, entonces, una noche la fiebre de Betsie llegó a los 40º requeridos. Tuvimos que hacer otra larga espera hasta que una enfermera las condujo, a ella y a otra media docena de mujeres, al área adecuada del hospital. Me quedé con ella hasta que llegamos a la puerta de la sala, luego me dirigí lentamente de vuelta al barracón.

Como de costumbre, mientras permanecía de pie ante la puerta del dormitorio, aquello me recordó a un hormiguero. Algunas mujeres ya estaban dormidas, después de la larga jornada de trabajo, pero la mayoría se agitaba inquieta, algunas esperando su turno en los baños, otras quitándose piojos (a sí mismas y a sus vecinas). Giré y me colé hasta los concurridos pasillos de la parte trasera, donde estaba terminando la oración. Durante las noches en las que Betsie y yo habíamos tenido que ir a la consulta, se había hecho cargo de la Biblia la señora Wielmaker, una santa mujer católica de La Haya, que era capaz de leer la Palabra de Dios en holandés, alemán, francés, latín o griego.

Las mujeres se arremolinaron alrededor de mí y me preguntaron por Betsie. ¿Cómo estaba? ¿Durante cuánto tiempo iba a tener que quedarse? Las luces parpadearon y comenzó la lucha por subir a las

literas. Me alcé para llegar al nivel de en medio y me arrastré por encima de las que ya están en sus puestos. ¡Qué diferente era todo desde que Betsie había llegado a esta habitación! Donde antes este habría sido el momento idóneo para las peleas y las maldiciones, esta noche el enorme dormitorio zumbaba con «¡Lo siento!», «¡Discúlpeme!» y «¡No pasa nada!».

Encontré nuestra litera en la oscuridad y me apreté en un lugar del medio. Desde la puerta, un reflector barrió el cuarto, deteniéndose en los bloques donde se movía alguno. El codo de alguien se clavó en mi espalda, los pies de otra mujer estaban a dos centímetros de mi cara. ¿Cómo era posible, tener tantas personas tan cerca y, sin embargo, sentirse tan completa y miserablemente sola?

14. El suéter azul

Por la mañana, una niebla fría y húmeda se cernía sobre la Lagerstrasse. Yo daba gracias porque Betsie no tuviera que soportarla.

Durante todo el día, la niebla espesa dio a Ravensbruck un aire misterioso, sobre todo cuando los sonidos llegaban atenuados; el sol no pudo salir en ningún momento. Yo estaba en «el equipo de las patatas», una cuadrilla que se dedicaba a transportar cestas de patatas hasta más largas trincheras para cubrirlas luego con tierra, a fin de protegerlas de la ola de frío glaciar que se avecinaba. Me alegré del duro trabajo físico que amortiguaba algo la frialdad que se me había metido hasta los huesos y de poder darle algún bocado ocasional a las patatas crudas, cuando los guardias no estaban mirando.

Al día siguiente, cuando el manto blanco aún yacía sobre el campamento, el sentimiento de soledad, sin Betsie, me resultó imposible de soportar. Tan pronto como terminó el recuento, hice algo desesperado. Mien me había enseñado cómo entrar en el hospital, sin tener que pasar por el puesto de guardia de la puerta. La letrina de la parte trasera, dijo, tenía una ventana muy grande, demasiado retorcida como para que cerrara bien. Como no se permitían las visitas, los familiares de los pacientes del hospital a menudo utilizaban este sistema para pasar al interior.

La niebla era tan densa que era fácil llegar hasta la ventana sin que nadie te viera. Me elevé, pasando a través de ella, y, a continuación, me tapé la nariz con la mano, para protegerme del olor repugnante que había allí. Una fila de inodoros, sin puertas y sin tapas, completamente desbordados, se extendía a lo largo de toda una pared. Corrí hacia la puerta, luego me detuve en seco, para volver a avanzar muy lentamente. Contra la pared opuesta, yacían una docena de cadáveres desnudos, unos al lado de los otros, tumbados de espaldas. Algunos tenían los ojos abiertos y parecían

mirar fijamente sin parpadear al techo.

Yo estaba de pie, paralizada a causa del horror, cuando dos hombres empujaron la puerta y pasaron dentro, llevando un paquete envuelto con sábanas entre ambos. Ni siquiera me miraron y me di cuenta de que me habían tomado por una paciente. Los esquivé y salí de allí; me paré un momento, con un nudo en el estómago, a causa de lo que acababa de ver.

Tras unos instantes, avancé sin rumbo hacia la izquierda. El hospital era un laberinto de pasillos y puertas. ¡Y no estaba segura del camino de regreso a las letrinas! ¿Qué pasaría si el equipo de las patatas terminaba antes de que consiguiera volver? Y, luego, un pasillo me resultó familiar. Me apresuré, casi corriendo, de puerta en puerta. ¡Por fin, encontré la sala en la que había dejado a Betsie! No había ningún miembro del personal del hospital a la vista: Caminé ansiosamente por los pasillos, yendo de cama en cama y mirando todas las caras.

—¡Corrie!

Betsie estaba sentada en una cama cerca de la ventana. Se veía más fuerte, tenía los ojos brillantes y había un ligero toque de color en sus mejillas hundidas. Me contó que ninguna enfermera ni ningún médico la habían visto todavía, pero que la simple oportunidad de descansar y permanecer en el interior del edificio había supuesto toda una diferencia.

Tres días después, Betsie regresó al barracón 28. No le habían dado ninguna medicina de ningún tipo y la frente seguía notándose febril al tacto. Pero la alegría de tenerla a mi lado superaba mi ansiedad.

Lo mejor de todo fue que, como resultado de su hospitalización, la asignaron de forma permanente a la «brigada de las tejedoras», las mujeres a las que habíamos visto el primer día, sentadas a las mesas de la sala central. Este trabajo estaba reservado para las prisioneras más débiles, y ahora eran tantas que parte tuvo que instalarse también en los dormitorios.

Las que trabajaban en los dormitorios tenían bastante menos supervisión que las de las mesas, y Betsie se encontró con la posibilidad de poder rezar la mayor parte del día, junto con todas las

que la rodeaban. Ella tejía veloz como el rayo; tan rápida, que completaba su cuota de calcetines diarios mucho antes del mediodía.

La Biblia se quedaba con ella, y se pasaba varias horas cada día leyéndola en voz alta, moviéndose de litera en litera. Una noche llegué tarde al barracón. Había estado trabajando recogiendo madera fuera de las murallas. Había una fina capa de nieve y era difícil encontrar palos y ramitas para las pequeñas estufas de cada habitación. Betsie me estaba esperando, como siempre, para ir juntas a la fila de la comida. Sus ojos brillaban.

—Te veo especialmente satisfecha hoy –le dije.

—Sabes que nunca hemos entendido por qué nos dan tanta libertad en las habitaciones –dijo–. Pues bien, hoy lo he averiguado –me contó que esa tarde se había producido una confusión sobre las tallas de los calcetines y habían llamado a la supervisora para que viniera a aclararlo–. Pero no fue capaz de cruzar el umbral de la puerta, y ninguna de las guardianas tampoco. Y ¿sabes por qué? –Betsie no pudo evitar el tono de triunfo de su voz–: ¡Debido a las pulgas! «¡Ese lugar está plagado de pulgas!», eso es lo que dijo.

Mi mente regresó a las primeras horas que pasamos en este lugar. Recordé la cabeza inclinada de Betsie, recordé cómo daba gracias a Dios por aquellas criaturas, de las que yo no podía encontrar absolutamente nada positivo.

Aunque Betsie ahora estaba a salvo de los trabajos pesados al aire libre, todavía tenía que salir para pasar lista dos veces al día; y, a causa de las bajas temperaturas de diciembre, se habían convertido en verdaderas pruebas de resistencia, y muchos no sobrevivieron. Una mañana oscura, cuando el hielo formaba un halo alrededor de cada farola, una chica deficiente mental que estaba dos filas por delante de nosotras de repente se hizo caca encima. Una guardiana se abalanzó sobre ella, blandiendo su fusta de cuero sobre ella, mientras la niña gritaba de dolor y de terror. Siempre resultaba aún más terrible cuando golpeaban a los inocentes. Pero continuó azotándola. Era la guardiana a la que habíamos apodado «la serpiente», debido al vestido brillante que llevaba. Yo podía verlo en ese momento, debajo de su larga capa de lana, brillando a la luz de la farola, mientras levantaba su brazo. Me sentí agradecida cuando

la chica dejó de gritar al fin y se quedó inmóvil en medio de la calle de ceniza.

—Betsie –le susurré cuando «la serpiente» estaba lo suficientemente lejos–. ¿Qué podemos hacer por estas personas? Después de que salgamos de aquí, quiero decir. ¿No podríamos hacer una casa para ellos, para cuidarlos y darles cariño?

—Corrie, yo pido todos los días que se nos dé la oportunidad de hacer algo así, ¡para demostrarles que el amor es más grande!

Y no fue hasta que estaba recogiendo ramitas, horas más tarde, ya avanzada la mañana, cuando me di cuenta de que yo había estado pensando en los deficientes mentales y Betsie, en sus perseguidores.

Varios días más tarde, ordenaron a todo mi equipo de trabajo que fuera al hospital para la inspección médica. Dejé mi vestido sobre la pila junto a la puerta y me uní al grupo de mujeres ya desnudas. Delante de nosotras, para mi sorpresa, un médico estaba usando un estetoscopio, con toda la parsimonia de un examen real.

—¿Para qué es esto? –le susurré a la mujer que estaba delante de mí en la fila.

—La inspección para el traslado –dijo entre dientes, sin ni siquiera mover la cabeza–. Trabajo de municiones.

—¡Traslado! ¡Pero yo no puedo! ¡No pueden enviarme lejos! ¡Querido Dios, no dejes que me alejen de Betsie!

Pero, para mi desgracia, fui pasando una fase tras otra –corazón, manos, cuero cabelludo, garganta– y todavía estaba en la fila. Muchas fueron descartadas a lo largo del proceso, pero las que permanecíamos en la fila debíamos de parecer algo más fuertes. Estómagos hinchados, costillas marcándose bajo la piel, piernas largas y delgadas como alambres: ¡qué desesperada de mano de obra debía de estar Alemania!

Me detuve ante una mujer con una bata blanca llena de manchas. Me dio la vuelta para ponerme frente a un cuadro en la pared y puso su fría mano sobre mi hombro desnudo.

—Lee la línea más abajo que seas capaz.

—Yo… yo no puedo leer ninguna de ellas. *(¡Señor, dame fuerzas!).* Solo la letra de más arriba. Esa gran E. –la letra superior

del cuadro era una F.

—¡Tú lo puedes hacer mejor! ¿Es que quieres que te rechacen?

En Ravensbruck, el traslado a las fábricas de municiones era considerado como un privilegio; se decía que la alimentación y las condiciones de vida en las fábricas eran mucho mejores que aquí, en el campo.

—¡Oh, sí, doctora! ¡Mi hermana está aquí, en Ravensbruck! ¡Ella no se encuentra bien! ¡No puedo alejarme de ella!

La médico se sentó a su mesa y garabateó algo en un pedazo de papel.

—Vuelva usted mañana, para que le pongamos unas gafas.

Me volví a mi puesto en la fila y desplegué el pequeño papelito azul: «La prisionera 66.730 es requerida y deberá presentarse para una adaptación óptica a las 6.30 mañana por la mañana».

A las seis y media era cuando cargaban los convoyes de transporte. Y mientras las enormes camionetas retumbaban por la Lagerstrasse al día siguiente, yo estaba de pie en un pasillo del hospital, esperando mi turno en la clínica oftalmológica.

Tal vez la joven que estaba al cargo era realmente una oftalmóloga cualificada, pero todo su equipo consistía en una caja de diversos tipos de gafas; desde bifocales con el borde de oro hasta un par de gafas de montura de plástico, propias de un niño. No encontré ninguna que me encajara y, al fin, se me ordenó regresar a mi equipo de trabajo.

Pero, por supuesto, no tenía ningún trabajo asignado, porque me habían marcado para el traslado. Regresé con incertidumbre hacia el barracón 28. Entré en la habitación central. La supervisora miró por encima de las cabezas del equipo de tejedoras.

—¿Número? –dijo. Se lo di y ella lo escribió en un libro de cubiertas negras.

—Coge tu lana y una hoja de patrón –continuó.

—Vas a tener que encontrar un sitio en alguna de las camas, aquí no hay ningún sitio libre.

Y, dicho esto, se volvió hacia la pila de calcetines terminados que estaba encima de la mesa.

Me quedé de pie, parpadeando, en el centro de la habitación.

Entonces cogí una madeja de lana gris oscuro y me lancé a través de la puerta del dormitorio. Y así comenzó la semana más cálida y más alegre de todo el tiempo que llevaba en Ravensbruck. De un lado a otro, en el santuario de las pulgas de Dios, Betsie ejercía de ministro de la palabra de Dios para todos los que trabajaban allí. Nos sentábamos en los lechos de la muerte, que se convirtieron en las puertas del cielo. Nosotras, las mujeres que lo habíamos perdido todo, nos enriquecíamos en la esperanza. Las tejedoras de punto del barracón 28 nos convertimos en el corazón orante del gran cuerpo enfermo que era Ravensbruck, intercediendo por todos en el campo: tanto por los guardias, como por las presas, impulsadas por Betsie. Y rezamos, más allá de los muros de hormigón, por la salvación de Alemania, de Europa y del mundo, tal como mamá lo había hecho un día, desde la cárcel de su cuerpo mutilado.

Y, mientras orábamos, Dios nos habló del mundo que nos encontraríamos después de la guerra. Fue extraordinario; en este lugar, donde eran los silbatos y los altavoces los que nos dirían lo que teníamos que hacer, Dios nos indicó lo que íbamos a hacer en los próximos años. Betsie siempre tuvo muy claro cuál era la respuesta a esa pregunta, en lo que se refería a ella y a mí. Nosotras íbamos a tener una casa; una mucho más grande que la Beje, a la que vendrían personas que habían sufrido daños en un campo de concentración, hasta que se sintieran preparados para vivir nuevamente en el mundo «normal».

—¡Será una casa maravillosa, Corrie! Los suelos serán de madera, con estatuas en las paredes y una amplia escalera de caracol. ¡Y jardines! Jardines alrededor, en los que poder plantar flores. ¡Les hará tanto bien, Corrie, poder cuidar de las flores!

Me gustaba mirar a Betsie, cuando ella hablaba de estas cosas. Hablaba siempre como si estuviera describiendo cosas que veía, como si esas anchas escaleras de caracol y los jardines luminosos estuvieran allí mismo, en realidad, como si el hacinamiento y las sucias barracas no fueran más que un mal sueño.

Pero no eran un sueño. Todo era real, dolorosamente y eternamente verdadero; y siempre era durante los recuentos cuando

la miseria acumulada amenazaba con desbordarse.

Una mañana, tres mujeres del barracón 28 se quedaron dentro unos minutos más para evitar el frío. Durante toda la semana siguiente, todo el cuartel fue castigado con una hora extra de formación. Las luces en el *Lagerstrasse* ni siquiera estaban encendidas cuando nos levantaban de nuestras literas.

Una mañana vi, durante esta formación adelantada, algo que en el fondo todos nos negábamos a creer. Unos faros aparecieron en el otro extremo de la larga calle, vacilantes sobre la nieve. Unos camiones con plataformas planas en su parte trasera se estaban acercando, salpicándolo todo de lodo, a medida que pasaban. Se detuvieron en la puerta principal del hospital. La puerta se abrió y apareció una enfermera, sobre la que se apoyaba una anciana con las piernas torcidas, mientras iba cojeando al caminar. La enfermera la subió suavemente en la parte de atrás de un camión. Mientras, en ese mismo momento, estaban saliendo por la puerta, inclinándose sobre los brazos de las enfermeras y los ayudantes del hospital, los más ancianos y los más enfermos. Por último, llegaron enfermeros con camillas.

Nuestros ojos se fijaron en cada detalle de la escena; nuestros cerebros se negaban a asumirlo. Habíamos sabido, por supuesto, que, cuando el hacinamiento llegaba hasta un cierto punto, los más enfermos eran llevados al edificio de ladrillo, situado a los pies de la gran chimenea cuadrada. Pero, que estas mujeres lo estuvieran haciendo aquí, delante de nosotras, en nuestras mismas narices, ¡no era posible! Sobre todo, yo era incapaz de concebir algo así, junto a la amabilidad de las enfermeras. Una de las que estaban justo delante, se inclinaba, solícita, incluso con ternura, sobre su paciente… ¿Qué estaría pasando por su mente en ese momento?

Y el tiempo se volvió cada vez más frío. Una noche, durante el pase de lista de la tarde, un pelotón, en algún sitio lejano, más abajo Lagerstrasse, comenzó a dar pisadas rítmicas. El sonido fue creciendo a medida que todos lo secundaban. Las guardias no nos pararon y por fin la calle entera fue marchando en el sitio, golpeando los zapatos andrajosos contra el suelo congelado, activando la circulación en los pies y las piernas entumecidos. A partir de ese

momento, ese era el sonido durante los recuentos, las pisadas al compás de miles de pies en la calle larga y oscura.

Y, a medida que aumentaba el frío, también creció la tentación fruto de la vida del campo de concentración: la tentación de pensar solo en uno mismo. La astucia apareció bajo mil formas. Rápidamente descubrí que, si, al dirigirme al recuento, me iba poniendo hacia el centro de la formación, teníamos un poco más de protección contra el viento. Sabía que esto era muy egoísta: si Betsie y yo estábamos en el centro, otras personas tenían que estar en el borde. ¡Y qué fácil era darle otro nombre!: Lo hacía solo por amor hacia Betsie. Estábamos desarrollando una importante misión y debíamos mantenernos bien. Además, hacía más frío en Polonia que en Holanda; y a estas mujeres polacas probablemente no les afectaba el frío del mismo modo que a nosotras. El egoísmo tenía vida propia. Cuando observé que la bolsa con vitaminas de levadura de Mien disminuía a pasos agigantados, empecé a sacarlo de debajo de la paja solo después de que las luces se apagaran, cuando las demás no podían verlo, evitando así que nos pidieran un poco. ¿Acaso la salud de Betsie no era lo más importante? *(¡Tú sabes, Dios mío, todo lo que puede hacer por los demás! ¡Recuerda la casa que montará, después de la guerra!).*

E, incluso, si no estaba bien del todo, tampoco estaba tan mal, ¿verdad? Al menos no era tan malo como el sadismo, el asesinato y el rato de monstruosos que veíamos en Ravensbruck cada día. ¡Oh!, esa era la gran estratagema de Satanás en ese su reino: exhibir un mal tan ostensible que uno podría llegar a creer que los propios pecados secretos no tenían importancia.

Y el cáncer se extendió. La segunda semana de diciembre, a todas las ocupantes del cuartel 28 se nos hizo entrega de una manta extra. Al día siguiente, llegó de Checoslovaquia un gran grupo de evacuadas. Una de ellas, asignada a nuestra plataforma, no tenía ninguna manta con la que cubrirse y Betsie insistió en que le diéramos una de las nuestras. Así que esa noche le «presté» una manta. Pero no «se la di». En mi corazón, me aferré al derecho que tenía sobre la manta.

¿Fue una coincidencia que fuera perdiendo la alegría? Mis

oraciones se tornaron mecánicas. Incluso la lectura de la Biblia era opaca y sin vida. Betsie trató de leer ella, pero su tos le hacía imposible hacerlo en voz alta. Así que me esforcé con el culto y las enseñanzas, que habían dejado de ser reales, hasta que una cruda tarde lluviosa, cuando entraba la suficiente luz por la ventana para leer, llegué al relato de Pablo y su «aguijón en la carne». Tres veces, dijo, le había rogado a Dios que le librara de su debilidad, como fuera. Y, cada una de las tres veces, Dios le había dicho: confía en mí. Por fin, Pablo concluyó (y las palabras parecían saltar de la página) que su misma debilidad era algo por lo que dar gracias. Porque ahora Pablo sabía que ninguna de las maravillas y de los milagros que siguieron de su predicación podrían deberse a sus propias virtudes. Toda la fuerza residía en Cristo, nunca en Pablo.

Y así fue.

La verdad resplandeció como la luz del sol en medio de la oscuridad del barracón 28. El verdadero pecado que había estado cometiendo no era el de irme refugiando en el centro del pelotón, porque tenía frío. El verdadero pecado provenía de pensar que cualquier poder para ayudar y transformar a los demás venía de mí. Por supuesto, no era mi integridad, sino la de Cristo, la que marcaba la diferencia.

Aquel corto día de invierno se desvanecía; ya no podía distinguir las palabras en la página. Así que cerré la Biblia y les confesé la verdad sobre mí al grupo de mujeres que se habían agrupado a mi alrededor, les hablé de mi egocentrismo, de mi tacañería y de mi falta de amor. Y esa noche recuperé la alegría.

Cada recuento, el viento parecía más gélido. Siempre que podía, Mien nos pasaba de contrabando los periódicos de la sala de médicos en el hospital, y nosotras nos los poníamos por dentro de nuestra ropa. El suéter azul de Nollie, bajo el vestido de Betsie, se había vuelto negro con el papel de periódico.

El frío parecía afectar a las piernas de Betsie. A veces, por la mañana era totalmente incapaz de moverlas, y dos de nosotras teníamos que llevarla. No resultaba muy duro, porque no pesaría más que un niño. Pero ella ya no podía golpear sus pies contra el suelo, mientras las demás lo hacíamos para que la sangre siguiera

fluyendo. Cuando regresábamos al dormitorio le frotaba los pies y las manos, pero solo conseguía recoger algo del frío de las suyas.

En la semana antes de Navidad, Betsie se despertó incapaz de mover ni las piernas ni los brazos. Me abrí camino a través de los pasillos llenos de gente hasta la sala central. «La serpiente» estaba ocupada en sus tareas.

—¡Por favor! –le rogué–. Betsie está enferma. ¡Oh, por favor, tiene que ir al hospital!

—Ponte en posición de firmes. Indícame tu número.

—Prisionera 66.730 –informé–. ¡Por favor, mi hermana está enferma!

—Todas las prisioneras deben presentarse para el recuento. Si está enferma, puede registrarse en la consulta médica.

Maryke de Graaf, una holandesa de la litera por encima de la nuestra, me ayudó a formar una cuna con los brazos y a llevar a Betsie al exterior. Las pisadas rítmicas se habían iniciado ya en el Lagerstrasse. La llevamos al hospital, luego nos detuvimos. A la luz de las farolas de la calle, la fila de bajas por enfermedad se extendía hasta el borde del edificio y continuaba, fuera de la vista, al doblar la esquina. En la nieve, cubierta de hollín, yacían tres cuerpos que habían permanecido justo donde habían caído.

Sin decir una sola palabra, Maryke y yo nos dimos la vuelta y llevamos nuestra carga de vuelta a la *Lagerstrasse*. Después de pasar lista, volvió a la cama. Su discurso era lento y velado, pero estaba tratando de decir algo.

—Un campo, Corrie, un campo de concentración. Pero nosotras nos haremos… cargo… –tuve que ponerme muy cerca para poder oírla–. El campo estará en Alemania. Ya no será una prisión, sino una casa donde la gente que ha sido arrastrada por esta filosofía de odio y rencor podrá venir a aprender que existe otro camino. No habrá muros con alambre de espino y los barracones tendrán ventanas con jardineras. Será muy bueno para ellos… mirar cómo crecen las cosas. La gente puede aprender a amar a través de las flores…

Yo sabía en ese momento que a quien se refería era al pueblo alemán. Pensé en «la serpiente», apostada permanentemente en la

puerta de los barracones por la mañana. «Indique su número. Todos los prisioneros deben personarse para el recuento».

Y miré la cara encogida, a causa del dolor, de Betsie.

—¿Entonces vamos a tener ese campo en Alemania, Betsie? ¿En lugar de la casa grande en Holanda?

—¡Oh, no! –ella parecía sorprendida–. ¡Tú sabes que debemos tener la casa primero! Está lista y esperándonos… ¡con sus ventanas altas; tan altas…! El sol está entrando… –un ataque de tos se apoderó de ella; cuando finalmente pudo volver a tumbarse, una mancha de sangre ennegrecía la paja.

Dormitaba a ratos durante el día y, durante la noche siguiente, se despertó varias veces con la emoción de algún nuevo detalle sobre nuestro trabajo en Holanda o en Alemania.

—Los barracones son de color gris, Corrie, ¡pero podemos pintarlos de verde! Un verde claro y luminoso, como la primavera.

—¿Vamos a estar juntas, Betsie? ¿Crees que vamos a ser capaces de hacer todo eso las dos juntas? ¿Tú estás segura de eso?

—¡Siempre juntas, Corrie! Tú y yo… Siempre juntas.

Cuando las sirenas sonaron a la mañana siguiente, Maryke y yo nos llevamos de nuevo a Betsie del dormitorio. «La serpiente» estaba de pie en la puerta de la calle. Cuando cruzamos y vio nuestra frágil carga, se puso delante de nosotras.

—Llevadla nuevamente a las literas.

—Yo creía que todas las pris…

—¡Llevadla!

Alucinadas, volvimos a meter a Betsie en la cama. El aguanieve sacudía contra las ventanas. ¿Era posible que la atmósfera del barracón 28 hubiera afectado incluso a esta cruel guardiana? Tan pronto como terminó el pase de lista volví corriendo al dormitorio. Allí, al lado de la cama de Betsie, estaba «la serpiente». Junto a ella, dos camilleros le estaban colocando bajo ella una camilla. «La serpiente» se enderezó, casi culpablemente, mientras me acercaba.

—¡La prisionera está lista para el traslado! –espetó ella.

Miré a la mujer más de cerca: ¿Estaba corriendo el riesgo de infestarse con las pulgas y piojos para evitarle a Betsie la fila de la

consulta médica? Tampoco me detuvo cuando comencé a caminar detrás de la camilla. Nuestro grupo de tejedoras estaba entrando en la sala grande. Cuando pasamos, una amiga polaca se dejó caer de rodillas e hizo la señal de la cruz.

El aguanieve nos picó cuando llegamos a la parte exterior. Di un paso adelante, colocándome cerca de la camilla para formar un escudo para Betsie. Pasamos por delante de la cola de enfermos, pasamos a través de la puerta y llegamos a una gran sala. Colocaron la camilla en el suelo y me incliné para poder escuchar las palabras de Betsie.

—… Hay que decirle a la gente lo que hemos aprendido aquí. Hay que decirles que no hay pozo lo suficientemente profundo, que Él todo lo puede. Ellos nos escucharán, Corrie, porque nosotras hemos estado aquí.

Me quedé mirando fijamente su silueta desgastada.

—¡Pero lo haremos cuando pase todo esto, Betsie! ¡Ahora! ¡Ahora mismo! ¡Sí, muy pronto! Para primeros de año, Corrie, estaremos fuera de prisión.

Una enfermera me había visto. Retrocedí hasta la puerta de la habitación y vi cómo colocaban a Betsie en un catre estrecho, cerca de la ventana. Corrí al exterior y bordeé el edificio. Vi a Betsie una vez más, desde fuera de la ventana, e intercambiamos sonrisas y palabras sin sonido hasta que uno de los policías del campo me gritó que me fuera de allí.

Sobre la hora del mediodía, dejé mi labor de punto y fui a la sala central.

—Prisionera número 66.730. Solicito permiso para visitar el hospital –me quedé tiesa como un palo. «La serpiente» levantó la mirada, luego garabateó un pase.

Fuera seguía cayendo aguanieve. Llegué a la puerta de la sala, pero una horrible enfermera no me dejó entrar, ni siquiera con el pase. Así que me fui de nuevo a la ventana que estaba al lado del catre de Betsie. Esperé hasta que la enfermera salió de la habitación, y entonces entré con cuidado.

Betsie abrió los ojos y, poco a poco, volvió la cabeza hacia mí.

—¿Estás bien? –le dije susurrando. Ella asintió con la cabeza.

—Tienes que conseguir descansar bien –continué. Ella movió los labios para responder, pero no pudo articular palabra. Ella lo intentó de nuevo. Me incliné, poniendo la cabeza de lado, a la altura de la suya. Los labios azules se abrieron de nuevo:

—… Tanto trabajo que hacer…

«La serpiente» no estuvo de servicio durante la tarde ni la noche y, aunque yo se lo pedí a las otras guardianas en varias ocasiones, no me dieron permiso de nuevo para salir. Apenas unos minutos después de que terminara el pase de lista de la mañana siguiente, me dirigí hacia el hospital, ¡total! daba igual tener permiso o no.

Llegué al exterior de la ventana y apoyé la frente para ver mejor. Una enfermera estaba de pie, justamente entre mí y Betsie. Me retiré de la ventana, esperé un minuto, luego miré de nuevo. Una segunda enfermera se había unido a la primera, interponiéndose entre mí y lo que quería ver. Y entonces se pusieron a la cabeza y los pies de la cama: yo miré fijamente y con curiosidad a lo que había en ella. Era una talla de antiguo marfil amarillo. No había ropa en la figura; podía ver cada costilla de marfil, y el contorno de los dientes a través de las mejillas de pergamino. Me tomó un momento darme cuenta de que era Betsie.

Las enfermeras habían agarrado cada una de las esquinas de la sábana y, entre las dos, levantaron el bulto y se lo llevaron de la habitación, antes de que mi corazón hubiera comenzado a latirme de nuevo en el pecho.

¡Betsie! ¡Pero tenía demasiado que hacer! ¡Ella no podía…! ¿Dónde se la estaban llevando? *¿Cuánto hace que se había ido?*

Me aparté de la ventana y empecé a correr a lo largo del muro del edificio, pero el dolor en el pecho apenas me dejaba respirar. Entonces me acordé del baño. Esa ventana en la parte trasera, que era donde…

Mis pies me llevaron mecánicamente a la parte posterior del edificio. Y allí, con la mano ya en el alféizar de la ventana, me detuve. *Suponte que está aquí, que han colocado a Betsie en el suelo de las letrinas*…

Empecé a caminar de nuevo. Caminé durante un largo tiempo, aún con ese dolor en el pecho. Y cada vez que mis pies me llevaban

de nuevo a la ventana del baño… *No, no entraré. No miraré. Betsie no puede estar allí*. Caminé un poco más. Curiosamente, a pesar de que pasé varias veces junto a la policía del campo, nadie me detuvo ni me interrogó.

—¡Corrie! –me di la vuelta para ver a Mien corriendo detrás de mí–. ¡Corrie, te he buscado por todas partes! ¡Oh, Corrie, tienes que venir!

Me agarró del brazo y me atrajo hacia la parte trasera del hospital. Cuando vi a dónde se dirigía me solté de su mano.

—Lo sé, Mien. Ya lo sé.

Pero ella no parecía escucharme. Me agarró de nuevo, me llevó a la ventana de baño y me empujó por delante de ella. En la habitación pestilente había una enfermera. Retrocedí alarmada, pero Mien estaba detrás de mí.

—Esta es la hermana –le dijo Mien a la enfermera.

Volví la cabeza hacia un lado, no quería mirar hacia los cuerpos que se alineaban en la pared del fondo. Mien puso un brazo alrededor de mi hombro y me llevó al otro lado de la habitación, hasta que nos situamos justo al lado de esa fila desgarradora.

—¡Corrie! ¡Tienes que mirarla!

Alcé los ojos hacia el rostro de Betsie. ¡Señor Jesús! *¿Qué has hecho? ¡Oh Señor!, ¿qué me quieres decir? ¿Qué me estás dando?* Porque allí estaba Betsie, con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. Su rostro lleno y joven. Las arrugas de preocupación, las arrugas de dolor, los profundos desgarros del hambre y las enfermedades, simplemente habían desparecido. Delante de mí estaba la Betsie de Haarlem, feliz y en paz. ¡Más fuerte! ¡Más libre! Esta era la Betsie celestial, llena de alegría y salud. Incluso su pelo estaba graciosamente en su lugar, como si un ángel se lo hubiera arreglado.

Por fin me volví con asombro hacia Mien. La enfermera se dirigió en silencio hacia la puerta y la abrió ella misma para que saliéramos.

—Puedes salir a través de la sala –me dijo en voz baja. Miré una vez más el rostro radiante de mi hermana. Entonces Mien y yo salimos juntas. Una pila de ropa estaba amontonada en el pasillo; en

la parte superior, estaba el suéter azul de Nollie. Me agaché para recogerlo. El suéter estaba raído y manchado con tinta del papel de periódico, pero era un vínculo tangible con Betsie. Mien me agarró del brazo.

—¡No toques esas cosas! ¡Están sucias y llenas de piojos! Van a quemarlo todo.

Y, así, dejé atrás el último lazo físico. Estaba bien. Quizá fuera lo mejor. Ahora lo que me unía a Betsie era la esperanza del cielo.

15. Las tres visiones

La belleza del rostro de Betsie fue lo que me sostuvo durante el día siguiente, mientras me dirigía, una a una, a todas las presas que la habían querido, describiéndoles su paz y su alegría.

Dos mañanas después de su muerte, cuando finalizó el pase de lista, nuestro barracón 28 tuvo que permanecer en formación, con la vista al frente, mientras los demás se iban. El altavoz emitió un pitido y se oyó una voz: una mujer había desaparecido; todo el barracón permanecería en la *Lagerstrasse* hasta que la encontraran. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, sin parar de andar en el sitio para expulsar el frío de nuestras piernas cansadas. Salió el sol, un pálido sol invernal, que no calentaba en absoluto. Me miré los pies: las piernas y los tobillos se me estaban hinchando grotescamente. Al mediodía ni siquiera los sentía.

Betsie, ¡qué feliz debes de ser hoy! Ni el frío, ni el hambre, ¡ya no hay nada que se interponga entre ti y el rostro de Jesús!

La orden de romper filas se produjo por la tarde. Nos enteramos más tarde de que se había encontrado a la mujer desaparecida, muerta en una de las literas superiores.

A la mañana siguiente, se produjo una llamada por el altavoz, y se escucharon las palabras: «¡Ten Boom, Cornelia!».

Por un instante me quedé alelada en el mismo sitio en el que estaba. Había sido la prisionera 66.730 durante tanto tiempo, que casi no logré reaccionar al oír mi nombre. Caminé hacia adelante.

—¡Quédate a un lado!

¿Qué iba a suceder? ¿Por qué había sido señalada? ¿Alguien me había delatado por la Biblia?

El recuento se prolongó. Desde donde me encontraba, podía ver casi toda la *Lagerstrasse*, decenas de miles de mujeres que llegaban hasta más allá de donde alcanzaba la vista, exhalando su aliento blanco en el aire de la noche.

La sirena emitió su sonido para deshacer la formación y la

guardiana me indicó que la siguiera. Me lancé a través del aguanieve, tratando de mantenerme al paso de sus altas botas. Tenía las piernas y los pies todavía dolorosamente hinchados, como recuerdo del día anterior; mis zapatos no se desintegraban, gracias a unos trozos de cuerda que los sujetaban…

Cojeando, entré detrás de la guardiana en el barracón administrativo, situado en el extremo opuesto de la Lagerstrasse desde el hospital. Varios presos se encontraban en fila, ante un gran escritorio. Un oficial sentado detrás estaba estampando un sello en un papel y entregándoselo a la mujer que estaba delante de él.

—*Entlassen* –decía.

¿Entlassen? ¿Liberación? Entonces, ¿la mujer era libre? ¿Era este el motivo por el que estábamos allí?

Dijo otro nombre y otra presa se acercó al escritorio. Una firma, un sello: *«¡Entlassen!»*.

Por fin dijo: «Ten Boom, Cornelia».

Caminé hacia el escritorio, apoyándome en él para poder sostenerme. Escribieron, estamparon el sello y, un instante después, lo sostenía en las manos: un pedazo de papel con mi nombre y mi fecha de nacimiento escritos en él, y en la parte superior, en grandes letras negras: «CERTIFICADO DE LIBERACIÓN».

Aturdida, seguí a los demás a través de una puerta situada a nuestra izquierda. Allí, en otro escritorio, me entregaron un pase de ferrocarril que me daba derecho al transporte, a través de Alemania, hasta la frontera con Holanda. Fuera de esa oficina había un guardia, que me indicó que lo siguiera por un pasillo hasta otra habitación. Allí, el resto de prisioneras que habían estado delante de mí en la fila se quitaron los vestidos por encima de la cabeza y se alinearon contra la pared posterior.

—¡La ropa, aquí! –me dijo una prisionera de confianza sonriendo–. *Entlassen* física –me explicó.

Me saqué la Biblia por encima de la cabeza, junto con el vestido, los enrollé juntos y enterré el paquete en la parte inferior de la pila de ropa. Me uní a las demás, notando la áspera pared de madera contra mi espalda desnuda.

Es extraño cómo la propia palabra «Liberación» podía hacer que

los procedimientos de la prisión resultaran cien veces más odiosos. ¿Cuántas veces, Betsie y yo, habíamos permanecido de pie, esperando para un examen como este? Pero la idea de la libertad se había despertado en mí y la vergüenza que sentía ante esta inspección era superior a la de todas las demás.

Por fin llegó el médico, un chico pecoso con cara de niño, metido en un uniforme militar. Miró a lo largo de la fila sin disimular su desprecio. Una a una, tuvimos que doblarnos, darnos la vuelta, extender las manos. Cuando me llegó el turno, sus ojos se dirigieron a mis pies y frunció los labios en una mueca de disgusto

—Edema –dijo–. Hospital.

Y se fue. Junto con otra mujer que no tenía el «Pase» me puse de nuevo la ropa y seguí a la prisionera de confianza, fuera del edificio. Ya había amanecido; un triste cielo gris parecía desplomarse sobre la nieve. Recorrimos el Lagerstrasse, más allá de las interminables calles de barracones.

—¿Entonces no somos… no vamos a ser puestas en libertad?

—Me imagino que en cuanto remita la hinchazón de tus piernas –dijo la presa de confianza–. Solo te liberan si estás en buenas condiciones.

Vi la mirada que le dirigió a la otra prisionera: su piel y sus ojos eran de un color amarillo oscuro y opaco.

La fila para la consulta médica se extendía alrededor del hospital, pero nosotras pasamos directamente por la puerta y entramos en una sala situada en la parte trasera. La sala estaba abarrotada de literas de dos pisos. Me asignaron un lugar en la cama superior, junto a una mujer que tenía el cuerpo cubierto con una erupción de pústulas. Pero al menos estaba cerca de una pared sobre la que pude mantener elevadas mis piernas hinchadas. Eso era lo importante: que disminuyera la hinchazón, para poder pasar la inspección médica.

No sabría decir si la esperanza de la libertad derramó una nueva luz, dándome una visión implacable de Ravensbruck, o si realmente este era el lugar más salvaje del mundo. El sufrimiento era inimaginable. A mi alrededor se encontraban las supervivientes de

un tren carcelario que había sido bombardeado mientras se dirigía hacia aquí.

Las mujeres estaban mutiladas horriblemente y sufrían terribles dolores, pero, ante cada gemido, dos de las enfermeras se burlaban, imitando los sonidos.

Incluso pude ver indiferencia en las demás pacientes, que parecían de piedra; esa era la enfermedad más mortal del campo de concentración. Sentí cómo se me contagiaba a mí misma: ¿cómo se podría sobrevivir si se mantenían vivos los sentimientos?

Los paralíticos se caían inconscientes de las camas estrechas y atestadas; esa primera noche, cuatro mujeres se cayeron de las literas superiores y murieron en el suelo. Lo mejor era concentrarse en las propias necesidades, para no ver y no pensar. Pero no había manera de parar los sonidos. Todas las mujeres se pasaban la noche gritando una palabra alemana que yo no conocía.

—*¡Schleber!* –salía una y otra vez de sus gargantas roncas–. ¡Schleber!

Finalmente me di cuenta de que estaban pidiendo cuñas. Estaba fuera del alcance de la mayoría poder ir a la letrina sucia que se encontraba al lado.

Por último, aunque renuente por mis piernas, me bajé de la cama y me dediqué a aquella tarea. La gratitud de las pacientes fue desgarradora.

—¿Quién es usted? ¿Por qué hace esto? –como si la crueldad y la insensibilidad fueran lo normal y la decencia fuera algo extraordinario.

Cuando un amanecer invernal se deslizó a través de las ventanas, me di cuenta de que era el día de Navidad.

Yo iba cada mañana a la clínica, situada en el frontal del hospital, y desde allí podía escuchar los golpes de los pies fuera, en el Lagerstrasse, para recibir siempre el mismo diagnóstico: «Edema de pies y tobillos».

Muchas de las que asistían a la clínica eran, como yo, prisioneras liberadas. Hacía algunos meses que habían sido liberadas: sus papeles de liberación y los pases de ferrocarril estaban desgastados

de tanto abrirlos y volver a doblarlos.

Y… ¿y si Betsie hubiera seguido viva? Seguramente nuestra condena de prisión habría finalizado al mismo tiempo. Pero Betsie nunca, nunca habría superado la inspección física si hubiera estado aquí conmigo. ¿Y qué habría hecho yo si hubiera pasado la inspección y ella…?

No existen «si hubieras» en el reino de Dios. Podía oír su voz suave diciendo que Sus tiempos son perfectos y Su voluntad es nuestro refugio. *Señor Jesucristo, guárdame en Tu voluntad. No permitas que me vuelva loca.*

Seguí buscando a alguien para pasarle la Biblia. Qué fácil sería, de vuelta en Holanda, conseguir otra, ¡cien! No había muchas holandesas en la sala capaces de leerles el texto al resto de holandesas, pero por fin pasé la bolsa alrededor del cuello de una joven y agradecida mujer de Utrecht.

Durante la sexta noche que pasé en el pabellón, dos de los orinales desaparecieron repentina y misteriosamente. En la parte superior de una litera, en el pasillo central, había dos gitanas húngaras, cuyos constantes murmullos eran parte de la algarabía de la habitación.

Yo nunca pasaba junto a su cama, porque una de ellas tenía un pie gangrenoso que ponía siempre en la cara de cualquiera que se le acercara. En ese momento alguien gritó que las gitanas tenían los orinales, ocultos bajo sus mantas, para evitar tener que ir a los aseos. Fui a su cama y me encaré con ellas, aunque no sabía si hablaban alemán o no. De repente, en la oscuridad, algo húmedo y pegajoso se enrolló alrededor de mi cara. La mujer se había quitado el vendaje del pie y lo había lanzado contra mí. Me lancé sollozando por el pasillo y me lavé y me lavé debajo del grifo de la pared de la letrina. ¡Nunca volvería a pasar de nuevo por ese pasillo! ¿Qué me importaban a mí las miserables cuñas? ¡No podía soportarlo…! Pero por supuesto que volví. Había aprendido mucho, durante el pasado año, acerca de lo que podía y no podía soportar. Cuando las gitanas me vieron caminando por el pasillo hacia ellas, las dos cuñas resonaron en el suelo.

A la mañana siguiente, el médico de guardia de la clínica selló la aprobación médica en mi hoja de liberación. Los acontecimientos, que se habían arrastrado tan lentos, ahora se precipitaban con una velocidad asombrosa. El vestuario, situado cerca de la puerta exterior del campo, estaba equipado con ropa. Ropa interior; una falda de lana; una blusa de seda, verdaderamente hermosa; zapatos robustos y casi nuevos; un sombrero; un abrigo. Me entregaron un documento para que lo firmara, en el que se indicaba que nunca había estado enferma en Ravensbruck, que nunca había tenido un accidente y que el tratamiento había sido bueno. Firmé.

En otro edificio recibí la ración de pan de un día y cupones de alimentos para tres días adicionales. También me devolvieron mi reloj, mi dinero holandés y el anillo de mamá. Y entonces, de repente, me encontré con un grupo de diez o doce personas más, justo en la salida.

Las pesadas puertas de hierro se abrieron; pasamos a través de ellas, pegadas a los talones de una guardiana. Subimos la pequeña colina: ahora podía ver el lago, congelado de orilla a orilla. Los pinos y el campanario de la iglesia distante brillaban bajo el sol de invierno, como una tarjeta de Navidad a la antigua. Yo no me lo podía creer. Tal vez solo íbamos a la fábrica de Siemens; y esta noche nos harían volver al campo. Pero, en la parte superior de la colina, giramos hacia la izquierda, hacia el centro de la pequeña ciudad. Podía sentir mis pies hinchándose en los nuevos zapatos que me apretaban, pero me mordí los labios y continué dando grandes zancadas hacia adelante. Me imaginaba a la guardiana dándose la vuelta, apuntándome con un dedo desdeñoso: «¡Edema! ¡Vamos, regresa al campo!».

En la pequeña estación de tren, la guardiana se volvió y nos dejó allí, sin mirar atrás. Al parecer, todas íbamos a viajar hasta Berlín. A continuación, cada una seguiría su camino a casa por separado. Hubo una larga espera en los fríos bancos de hierro.

La sensación de irrealidad seguía persistiendo. Solo una cosa me resultaba muy real: el vacío del hambre en mi estómago. Me decidí a atacar el pan que me habían asignado mientras pudiera, así que metí la mano en el bolsillo de mi abrigo. ¡El paquete ya no estaba! Me

levanté de un salto del banco, miré debajo de él, y volví sobre mis pasos por la estación. Ya fuera porque se me hubiera caído o porque me lo habían robado, el caso era que el pan había desaparecido y, con él, los cupones de racionamiento.

Por fin un tren entró en la estación y nos llenó de entusiasmo a todas, pero resultó que era solamente para personal militar. A última hora de la tarde se nos permitió subir a bordo de un tren correo, solo para dejarnos dos paradas más adelante, ya que había que hacer sitio a un envío de alimentos. El viaje se volvió borroso. Llegamos a la enorme terminal de Berlín, destripada por las bombas, en algún momento después de la medianoche.

Era el día de Año Nuevo de 1945. Betsie había estado en lo cierto: ella y yo estábamos fuera de la cárcel…

La nieve se colaba por un tragaluz destrozado y vagaba, como yo, confundida y asustada, a través de la estación cavernosa. Yo sabía que tenía que encontrar el tren a Uelzen, pero todos esos meses en los que me habían ordenado qué hacer en todo momento me habían robado la iniciativa. Por fin alguien me dirigió a un andén lejano. Cada paso era ahora una agonía con el nuevo par de zapatos. Cuando llegué al andén, por fin, la señal no indicaba Uelzen, sino Olsztyn, una ciudad en Polonia en la dirección exactamente opuesta. Tuve que cruzar las hectáreas de suelos de hormigón de nuevo.

Delante de mí un hombre mayor, de mejillas rosadas, estaba trabajando en aquella estación sin techo, rastrillando los escombros de las bombas en una pila. Cuando le pregunté por la dirección que buscaba, me cogió del brazo y me condujo él mismo al andén correcto.

—Yo estuve en Holanda una vez –dijo con su voz melancólica–. Cuando mi esposa estaba viva, ya sabes. Nos alojamos exactamente junto al mar.

Un tren estaba parado en la vía y me subí a bordo. Era muy pronto. Aún no había nadie más, pero yo no me atrevía a bajar por temor a no encontrar el camino de vuelta de nuevo. En el momento en que el tren se puso en marcha estaba mareada a causa de la falta de alimento. En la primera parada fuera de Berlín seguí a los demás pasajeros hasta la cafetería de la estación. Le enseñé a la mujer que

estaba detrás de la caja registradora mis florines holandeses y le dije que había perdido los cupones.

—¡Ese es un cuento muy viejo! ¡Fuera de aquí, antes de que llame a la policía!

El viaje fue interminable. Muchos kilómetros de vía solo se podían recorrer a paso de tortuga. Algunas secciones estaban destruidas por completo y había que dar largos e interminables rodeos y hacer muchos cambios de tren. A menudo nos deteníamos en algunas estaciones, por miedo a los ataques aéreos.

Y, durante todo el trayecto, veía por la ventana la que alguna vez fuera la hermosa Alemania. Bosques ennegrecidos por el fuego, las costillas descarnadas de una iglesia que aún permanecía en pie, en medio de un pueblo en ruinas. La visión de Bremen hizo que se me saltaran las lágrimas. En toda esa tierra baldía solo vi a un ser humano, una anciana que estaba hurgando en un montón de ladrillos.

En Uelzen me esperaba una larga espera para coger el siguiente tren. Ya era muy tarde, la noche había caído hacía ya mucho tiempo, y la estación estaba desierta. Mientras dormitaba en una cafetería vacía, mi cabeza cayó hacia adelante, hasta quedar apoyada en la pequeña mesa que había delante de mí. Un golpe en el oído me hizo dar tumbos hasta que casi me caigo al suelo.

—¡Esto no es un dormitorio! –gritó furioso el agente de la estación–. ¡No puede usar nuestras mesas para dormir!

Trenes que llegaban. Trenes que no paraban. Me subí en uno y se paró. Y luego estaba de pie en un andén, junto a la caseta de la aduana. En el letrero de la pequeña estación que habían construido ponía Nieuweschans. En cuanto dejé el edificio, un trabajador que llevaba una gorra azul y un mono azul se dirigió hacia mí.

—¡Venga aquí! ¡No llegará muy lejos con esas piernas! Apóyese en mi brazo.

Había hablado en holandés. Me agarré a él y anduve cojeando a través de algunas vías hacia donde esperaba otro tren, con el motor ya encendido y resoplando humo. Estaba en Holanda. De una sacudida, comenzó a avanzar. Llanuras, campos cubiertos de nieve deslizándose por delante de la ventanilla. Estaba en casa. Holanda

todavía estaba ocupada, los soldados alemanes todavía estaban de pie a intervalos a lo largo de las vías… ¡pero estaba en casa! El tren solo iba hasta Groningen, una ciudad holandesa situada no muy lejos de la frontera. Más allá, las vías estaban destruidas y todos los viajes, excepto los del gobierno, estaban prohibidos. Con las últimas fuerzas que me quedaban, llegué cojeando a un hospital, cerca la estación. Una enfermera, con un uniforme blanco brillante, me invitó a pasar a una pequeña consulta. Cuando terminé de contarle mi historia, se fue del cuarto. Unos minutos más tarde, estaba de vuelta con una bandeja de té y galletas.

—Deje la mantequilla –dijo–. Usted sufre de desnutrición. Debe tener cuidado con lo que come.

Se me cayeron las lágrimas en el té caliente, mientras bebía. Ahí mismo había una persona que se preocupaba por mí. No había camas disponibles en el hospital, dijo, pero uno de los miembros del personal estaba de viaje y podría utilizar su cuarto.

—Y ahora le voy a preparar un baño caliente.

La seguí por relucientes pasillos en una especie de sueño feliz. En el baño, grandes nubes de vapor se elevaron de la bañera blanca y reluciente. Nunca en toda mi vida había experimentado alguna vez una sensación tan placentera como la de aquel baño. Me quedé sumergida hasta la barbilla, sintiendo cómo el agua tibia calmaba mi piel llena de costras.

—¡Solo cinco minutos más! –le rogaba a la enfermera cada vez que llamaba a la puerta.

Por fin dejé que me entregara un camisón y me condujera a una habitación donde una cama, recién hecha, me estaba esperando. Sábanas. Sábanas blancas. No podía dejar de pasar las manos sobre ellas. La enfermera colocó una segunda almohada debajo de mis pies hinchados. Y yo trataba de luchar para mantenerme despierta: era tal la alegría de sentirme limpia y cuidada, que no quería perderme ni un solo minuto de todo aquello durmiendo.

Me quedé en el hospital de Groningen diez días, recuperando, poco a poco, las fuerzas. Durante la mayoría de las comidas, me unía a las enfermeras en su propio comedor. La primera vez que vi

esa larga mesa con vasos y cubiertos de plata, me di la vuelta, asustada de nuevo.

—¡Vas a tener una fiesta!

—¡Déjame que me lleve la bandeja a la habitación! –no me sentía preparada todavía para las risas y la charla social. La joven que estaba a mi lado se rió mientras sacaba una silla para mí.

—¡No es una fiesta! Es solo una cena. Y bastante escasa, por cierto –me senté, mirando, uno a uno, los cuchillos, los tenedores, el mantel. *¿Había comido alguna vez así, en todos los días del año pasado?* Como si fuera un salvaje, asistiendo a su primera comida civilizada, copié los gestos pausados de los demás cuando pasaron el pan y el queso y, sin prisas, removí el café.

Mi mayor anhelo era poder llegar al lado de Willem y de Nollie, pero ¿cómo iba a lograrlo, si estaba prohibido viajar?

El servicio telefónico también estaba más limitado que nunca, pero, por fin, la chica de la centralita del hospital consiguió contactar con el telefonista de Hilversum, transmitiendo la noticia de la muerte de Betsie y la de mi liberación.

A mediados de la segunda semana, las autoridades del hospital organizaron mi viaje en un camión de comida que se dirigía hacia el sur. Hicimos aquel viaje ilegal por la noche y sin faros, ya que la comida había sido desviada de un envío destinado a Alemania. De madrugada, el camión gris se detuvo junto al gran hogar de ancianos de ladrillo de Willem.

Una chica alta, de hombros anchos, salió a abrirme cuando llamé y luego se fue corriendo por el pasillo con la noticia de que yo estaba allí.

En menos que canta un gallo, mis brazos estaban rodeando a Tine y a dos de mis sobrinas. Willem llegó más lentamente, cojeando por el pasillo con la ayuda de un bastón. Y después pasamos sentados un largo rato, mientras yo les contaba todos los detalles acerca de la enfermedad y la muerte de Betsie.

—Casi –dijo Willem lentamente–, casi podría desear que me dieran esta misma noticia sobre Kik. Seguro que lo mejor para él sería estar con Betsie y con papá.

No habían sabido ni una sola palabra de este hijo, rubio y alto,

desde su deportación a Alemania. Entonces recordé su mano en mi hombro, guiándome con la bicicleta por las calles oscuras, en dirección a la casa de Pickwick. Recordé también sus pacientes entrenamientos: «No tienes cartillas, tía Corrie, aquí no hay ningún judío». ¡Kik! ¿Serían los jóvenes valientes tan vulnerables como los ancianos?

Pasé dos semanas en Hilversum, tratando de acostumbrarme a lo que mis ojos me habían dicho desde el primer momento: que Willem se estaba muriendo. Solo él parecía no darse cuenta de lo que ocurría, mientras cojeaba por los pasillos de su casa, dando consejos y procurando todos los cuidados a los enfermos que tenía a su cuidado. Tenían más de cincuenta pacientes en ese momento, pero lo que no podía quitarme de la cabeza era la gran cantidad de mujeres jóvenes que prestaban ayuda: auxiliares de enfermería, pinches de cocina, secretarias. Pasaron varios días antes de que me diera cuenta de que la mayoría de estas «chicas» eran en realidad chicos jóvenes que se estaban escondiendo, para evitar ser reclutados como mano de obra forzosa.

Y, de todas formas, había algo que no me dejaba descansar tranquila: y era la necesidad de regresar a Haarlem. Nollie estaba allí, por supuesto. Pero también se trataba de la Beje; había algo en la propia casa que me llamaba, algo que me reclamaba, algo que me decía que volviera a casa. Pero, de nuevo, me encontraba con el problema del transporte. Willem tenía permiso para el uso de un coche oficial como ambulancia, pero solo dentro de un radio limitado, dentro de Hilversum. Finalmente, después de hacer muchas llamadas telefónicas, me dijo que el viaje había sido arreglado.

Las carreteras estaban desiertas cuando salimos; solo nos cruzamos con otros dos coches en todo el camino hasta el punto de encuentro donde estaría el vehículo que me llevaría a Haarlem. Un poco más adelante, parado en medio de la nieve que habían retirado a ambos lados de la carretera, lo vimos: una limusina negra con placas oficiales del gobierno y cortinas en las ventanas traseras. Besé a Willem y le dije adiós y después, caminando rápidamente, como me habían indicado, me dirigí a la parte trasera de la limusina.

Incluso en la penumbra de las cortinas, el desgarbado bulto a mi lado resultaba inconfundible.

—¡Oom Herman! –lloré.

—Mi querida Cornelia –su gran mano se cerró alrededor de las mías.

—Doy gracias a Dios porque me haya permitido volver a verte.

La última vez que había visto a Pickwick, estaba sentado entre dos soldados en el autobús de la prisión en La Haya, su pobre cabeza calva presentaba múltiples contusiones y sangraba. Ahora estaba aquí, dejando a un lado mi compasión, como si ese hubiera sido un incidente demasiado trivial como para recordarlo.

Parecía tan bien informado como siempre de todo lo que pasaba en Haarlem, y, cuando el conductor vestido de uniforme aceleró a lo largo de las carreteras vacías, me dio todos los detalles que ansiaba. Todos los judíos que se habían refugiado en la Beje estaban seguros, a excepción de María Itallie, que había sido enviada a Polonia después de que le arrestaran en la calle. Nuestro grupo todavía seguía funcionando, aunque muchos de los jóvenes se encontraban en la clandestinidad.

Me advirtió que iba a encontrar algunos cambios en la Beje. Después de irse la policía, unas cuantas familias sin hogar se habían alojado allí, aunque él creía que, en ese momento, los cuartos de encima de la tienda estaban vacíos. Incluso antes de que la casa hubiera sido desprecintada, la leal Toos había regresado de Scheveningen y había reabierto el negocio de la relojería. El Sr. Beakers, el óptico de la puerta contigua, había cedido espacio en su tienda para los pedidos que les hacían a nuestros técnicos en sus casas.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí la cara de mi amigo más claramente. Había tal vez uno o dos bultos extra en su cabeza deforme, y le faltaban varios dientes, pero la paliza no había hecho ninguna verdadera diferencia en absoluto a su enorme fealdad, que redoblaba su aspecto amable.

Y, entonces, la limusina ya estaba recorriendo las estrechas calles de Haarlem. Por el puente sobre el Spaarne. Al otro lado de la plaza Grote Markt, bajo la sombra de San Bavón. En la Calle

Barteljorisstraat. Yo ya estaba fuera del coche casi antes de que se hubiera detenido, corriendo por el callejón, cruzando a través de la puerta de acceso y abrazando a Nollie. Ella y sus hijas había estado allí toda la mañana, limpiando las ventanas y aireando las sábanas para mi regreso a casa. Por encima del hombro de Nollie pude ver a Toos, de pie en la puerta trasera de la tienda, riendo y llorando ambos a la vez. Riendo, porque yo estaba en casa; llorando porque papá y Betsie, las dos únicas personas que alguna vez ella se había permitido amar, nunca volverían.

Juntos, en tropel, recorrimos la casa y la tienda, buscando, acariciando nuestros recuerdos.

—¿Recordáis cómo Betsie colocaba estas tazas?

—¿Te acuerdas de cómo Meta regañaba a Eusie por dejar su pipa aquí?

Me quedé en el rellano, fuera del comedor, y recorrí con mi mano la banda de madera lisa del reloj de Frisia. Podía ver a papá parado, con Kapteyn pegado a su espalda.

«No debemos dejar el reloj funcionando…».

Abrí la tapa de vidrio, moví las manecillas hasta ponerlas en hora con mi reloj de pulsera, y lentamente bajé los pesos. Ya estaba en casa.

La vida, como el reloj, empezó a funcionar de nuevo: por las mañanas la reparación de relojes en el taller, casi todos los mediodías, pedaleaba con fuerza en mi incansable bicicleta hacia Bos en Hoven Straat.

Y sin embargo… de alguna extraña manera, yo aún no estaba en casa. Todavía estaba esperando, todavía sentía que seguía buscando algo. Pasé días rondando por las calles y las riberas del canal cercano, llamando a Maher Salal Hashbaz por su nombre. La anciana señora de la tienda de verduras, tres tiendas más abajo, me dijo que el gato había estado maullando en su puerta, la noche de nuestra detención, y que ella lo había recogido. Durante meses, dijo, los niños pequeños del barrio se habían unido para llevarle comida al «gatito de Opa». Habían traído sobras de los contenedores de basura e incluso exquisiteces de sus propios platos, escasos, de contrabando, burlando la vigilancia de sus madres, y el Sr. Hashbaz

había seguido gordo y con su aspecto elegante.

Fue a mediados de diciembre, dijo ella, cuando él no apareció una noche a su llamada, y no había vuelto a verlo. Y, así, seguí buscándolo, pero con el corazón encogido, en medio de ese invierno de hambre en Holanda, pero durante toda mi búsqueda no respondió a mi llamada ni un solo gato o mi perro.

Pero yo echaba de menos algo más que el gato; la Beje necesitaba gente que llenara sus habitaciones. Me acordé de las palabras de papá al jefe de la Gestapo en La Haya: «Voy a seguir abriendo mi puerta a cualquier persona que lo necesite…». Y nadie en la ciudad tenía una necesidad mayor que los deficientes mentales, que desde el inicio de la ocupación nazi habían sido secuestrados por sus propias familias y los habían encerrado en casa; se habían cerrado los centros de formación, para ocultárselos a un gobierno que había decidido que no estaban en condiciones de vivir. Pronto, un grupo de ellos vivía en la Beje. Todavía no podían salir a las calles, pero aquí al menos tendrían un nuevo ambiente y un programa de clases, durante los momentos que podía salir de la tienda.

Y aun así mi inquietud seguía presente. Yo estaba en casa, estaba trabajando y ocupada… ¿o no era yo? A menudo comenzaba una reparación en mi mesa de trabajo, para darme cuenta de que había permanecido sentada durante una hora mirando al vacío. Toos había encontrado –entrenada por papá– unos excelentes técnicos. Y yo pasaba cada vez menos tiempo en el taller; lo que fuera o quienquiera que estaba buscando no estaba allí. Ni tampoco arriba. Me encantaba la gente amable que estaba bajo mi cuidado, pero la casa en sí había dejado de ser mi casa. En memoria de Betsie, compré plantas para cada ventana, pero se me olvidó regarlas y se murieron.

Tal vez echaba de menos el desafío del movimiento clandestino. Cuando el grupo de resistencia se acercó a mí de nuevo con una petición, acepté sin pensarlo dos veces, con gran excitación. Tenían papeles falsos de liberación para un preso de la cárcel de Haarlem. ¿Qué podría ser más sencillo que llevar este documento hasta allí, atravesando aquellas puertas de madera tan familiares? Pero, cuando

las puertas se cerraron detrás de mí, se me desbocó el corazón. ¿Y si no pudiera salir? ¿Y si me atrapaban?

—¿Qué desea? –un joven teniente de la policía, con el pelo brillante y anaranjado, salió de detrás del mostrador de recepción–. ¿Tenía usted cita?

Era Rolf. *¿Por qué era tan frío conmigo? ¿Estaba arrestada? ¿Iban a meterme en una celda?*

—Rolf –le dije–. ¿No me conoces? –él me miró como si estuviera tratando de refrescar su memoria.

—¡Por supuesto!, –dijo suavemente–. ¡La señora de la tienda de relojes! He oído que ustedes cerraron durante un tiempo.

Yo me quedé boquiabierta. ¿Por qué Rolf me preguntaba eso, si *conocía la respuesta perfectamente*? Y entonces recordé dónde estábamos. En el vestíbulo central de la estación de policía, con media docena de soldados alemanes mirándonos. Y yo había saludado a un miembro de nuestro grupo por su nombre, prácticamente admitiendo con ello que existía una relación especial entre nosotros, cuando la regla cardinal de la clandestinidad era… Me pasé la lengua por los labios. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Rolf tomó los documentos falsos de mis manos temblorosas y los examinó detenidamente.

—Estos documentos deben ser aprobados por el jefe de la policía y del comando militar –dijo–. ¿Puede usted volver con ellos mañana por la tarde sobre las cuatro? El jefe estará en una reunión hasta…

Yo ya no escuché nada más. En cuanto oí las palabras «mañana por la tarde», me escapé por la puerta. Por suerte, estaba ya en la acera cuando mis rodillas empezaron a temblar. Si necesitaba una prueba de que ya no tenía la audacia o la astucia necesaria, ahí la tenía, ante mis narices. Estaba claro que mi antigua valentía había sido un regalo de Dios, puro préstamo del talento necesario para hacer un trabajo. Y estaba claro, ante la falta de esas virtudes, que este ya no era Su trabajo para mí. Me deslicé mansamente hasta la Beje. Y en ese momento, cuando entré en el callejón, supe qué era lo que había estado buscando durante tiempo: a Betsie.

Era Betsie lo que había estado buscando en cada momento de cada día que había pasado desde que me asomé a la ventana del hospital y me encontré con que ella había abandonado Ravensbruck para siempre. Fue a Betsie a quien había pensado encontrarme, aquí en Haarlem, aquí en la relojería y en el hogar que amaba.

Pero ella no estaba aquí. Y ahora, por primera vez desde su muerte, recordé: «Tenemos que contárselo a la gente, Corrie. Debemos decirles lo que hemos aprendido…».

Esa misma semana empecé a hablar de ello. Si esta era la nueva misión de Dios para mí, entonces Él me proveería del valor y de las palabras necesarias. A través de las calles y los suburbios de Haarlem, me encontré subida en mi bicicleta, llevando el mensaje de que la alegría va más allá de la desesperación. Esas eran las palabras que todos necesitaban escuchar durante esa triste primavera de 1945. Ninguna «novia de Haarlem» llenaba el aire con su fragancia; solo quedaba el tocón del árbol, demasiado grande como para armarse de valor y hacerlo leña. Ningunos tulipanes convertían los campos en alfombras de color: todos los bulbos habían sido devorados. No había familia alguna que no tuviera su propia tragedia. En las iglesias y en los clubes, en los cuartos y en las casas privadas, en aquellos días desesperados, yo fui contando las verdades que Betsie y yo habíamos aprendido en Ravensbruck.

Y en estas reuniones siempre hablaba de la primera visión de Betsie: una casa, aquí en Holanda, donde los que había sido heridos podrían aprender a vivir de nuevo sin miedo.

A raíz de una de estas conversaciones, una esbelta y aristocrática señora se me acercó. Yo la conocía de vista: la señora Bierens de Haan, cuya casa, situada en el barrio de Bloemendaal, se decía que era una de las más hermosas de Holanda. Yo nunca la había visto, solo había visto los árboles en el borde del enorme parque en el que se asentaba, y por eso me sorprendió cuando esta dama, elegantemente vestida, me preguntó si yo todavía estaba viviendo en la antigua casa de la calle Barteljorisstraat.

—¿Cómo lo sabe? Sí, sigo allí. Pero…

—Mi madre a menudo me hablaba de ella. Ella iba allí con

frecuencia para ver a una tía suya que, creo, se dedicaba a obras de caridad.

Y, de repente, todo regresó. La puerta lateral abriéndose para dejar entrar un murmullo de satén y un susurro de plumas. Un largo vestido y un sombrero de plumas rozando ambos lados de las estrechas escaleras. Y tía Jans de pie, en el umbral, con una mirada que helaba la sangre, solo con que a alguien se le hubiera ocurrido botar una pelota.

—Yo soy viuda –me dijo la señora Bierens de Haan–, pero tengo cinco hijos en la Resistencia. Cuatro aún siguen vivos y a salvo. Del quinto no hemos sabido nada desde que se lo llevaron a Alemania. Cuando usted hablaba, hace un momento, algo dentro de mí me decía: «Jan volverá sano y salvo y, en agradecimiento, vas a abrir tu casa para hacer realidad esa visión de Betsie ten Boom».

Habían pasado dos semanas cuando un muchacho me entregó un sobre perfumado por la puerta lateral; dentro, un mensaje con letras inclinadas de color púrpura decía: «Jan está en casa».

La misma Sra. Bierens de Haan me recibió en la entrada de su finca. Juntas, caminamos por una avenida de robles antiguos que proyectaban su sombra por encima de nuestras cabezas. Al girar la última curva del camino, la vimos; una mansión de cincuenta y seis habitaciones, situada en el centro de un gran césped. Dos jardineros ancianos estaban hurgando en los macizos de flores.

—Hemos dejado que los jardines se estropeen –dijo la señora Bierens de Haan–. Pero pensé que podríamos volver a ponerlos en forma. ¿No cree que los presos liberados podrían encontrar terapéutico el ver cómo crecen las cosas?

No le respondí. Estaba mirando hacia el tejado a dos aguas y las ventanas emplomadas. Y esos altos y enormes ventanales…

—¿Hay… –tenía la garganta seca–, hay pisos de madera en el interior, y una amplia galería situada en torno a un hall central y… y bajorrelieves a lo largo de las paredes?

La Sra. Bierens de Haan me miró con sorpresa.

—¡Entonces ha estado aquí antes! No lo recuerdo.

—No –le dije–. He oído hablar de esta casa en… –me detuve. ¿Cómo podría explicar lo que yo misma no era capaz de entender?

—A alguien que ha estado aquí –terminó por mí, sin entender mi perplejidad.

—Sí –le respondí–. A alguien que ha estado aquí.

La segunda semana de mayo, los aliados retomaron Holanda. La bandera holandesa colgaba de cada ventana y el «Wilhelmus» se podía escuchar, día y noche, en todas las emisoras de radio. El ejército canadiense se apresuró a abastecer las ciudades con la comida que habían ido acumulando.

En el mes de junio, el primero de muchos cientos de personas llegaron a la hermosa casa en Bloemendaal. Silenciosos o hablando sin parar sobre sus pérdidas; retraídos o ferozmente agresivos, cada uno de ellos era un ser humano herido. No todos habían estado en los campos de concentración; algunos habían pasado dos, tres, incluso cuatro años escondidos en las habitaciones de los áticos y tras los armarios, aquí en Holanda.

Una de las primeras en llegar fue la señora Kan, viuda del dueño de la tienda de relojes de nuestra calle. El señor Kan había muerto; vino a nosotros sola, se había convertido en una encorvada mujer de pelo blanco que se sobresaltaba con cada sonido. Otros llegaron a Bloemendaal, con el cuerpo lleno de cicatrices a causa de los bombardeos y el alma herida por la pérdida de sus familias o por cualquiera de los interminables dislates de la guerra.

En 1947 comenzamos a recibir a los holandeses que habían estado prisioneros de los japoneses en Indonesia.

Aunque nada de esto había venido junto de algo programado, resultó ser el mejor escenario posible para los que habían sido encarcelados en Alemania. Entre ellos tendían a vivir y revivir sus problemas como si fueran algo especial; y en Bloemendaal se les recordó que ellos no eran los únicos que habían sufrido. Y para todos por igual, la clave para la curación resultó ser la misma. Cada uno había sufrido un daño que tenía que perdonar: al vecino que le había delatado, a un guardia brutal, a un soldado sádico…

Por extraño que parezca, no era a los alemanes o a los japoneses a quienes más costaba perdonar; era a sus propios compatriotas holandeses, que se habían aliado con el enemigo.

Yo los veía con frecuencia en las calles, antiguos miembros del NSB, con la cabeza rapada y los ojos furtivos. Estos antiguos colaboradores estaban ahora en unas condiciones verdaderamente lamentables; expulsados de las casas y los apartamentos en los que habían vivido, incapaces de encontrar trabajo, abucheados en las calles.

Al principio me pareció que deberíamos invitarlos también a Bloemendaal, para que vivieran al lado de aquellos a los que habían perjudicado, para buscar una nueva compasión por parte de ambos lados. Pero resultó ser demasiado pronto: las dos veces que lo intenté, terminaron en enfrentamiento. Y, por eso, tan pronto como volvieron a abrirse otra vez por todo el país los hogares para deficientes mentales, dediqué la Beje a acoger a estos antiguos miembros del NSB.

Así fue como transcurrieron aquellos años después de la guerra: experimentando, cometiendo errores, aprendiendo. Los doctores, psiquiatras y dietistas que venían gratuitamente a cualquier lugar en el que hubiera víctimas de guerra, se sorprendían a veces de nuestros métodos, que a la vez trataban de dirigir y de dar libertad. En los servicios religiosos de la mañana y de la tarde, la gente entraba y salía a su antojo, las maneras en la mesa eran atroces, un hombre daba un paseo por Haarlem cada mañana a las 3.00. Y yo nunca me atreví a hacer sonar un silbato, ni quise abroncar a nadie ni me planteé el cierre de puertas o un toque de queda.

Y, efectivamente, cada uno a su ritmo y a su manera, todos luchaban contra el profundo dolor que habitaba dentro de ellos.

En la mayoría de los casos, el camino se iniciaba, tal como Betsie había dicho que sucedería, en el jardín. Cuando las flores florecían o las verduras maduraban, la charla dejaba de girar en torno al amargo pasado y se hablaba más del tiempo que haría mañana.

Cuando se ampliaban los horizontes, yo les contaba cosas de los que vivían en la Beje, gente que no recibía nunca una sola visita, ni siquiera una carta. Cuando la mera mención de los de la NSB ya no provocaba un ataque de ira, entonces sabía que la curación de esa persona ya no estaba muy lejos. Y el día en que alguien decía: «esa

gente de la que usted me habla… Me pregunto qué cambiaría si hubieran cultivado sus propias zanahorias», entonces yo sabía que el milagro se había obrado.

Yo seguí dando charlas, en parte, porque la casa en Bloemendaal corrió con los gastos necesarios, en parte, debido a que había un gran deseo de conocer la historia de Betsie.

He viajado por toda Holanda, a otras partes de Europa e incluso a los Estados Unidos. Pero el lugar en el que esa necesidad era mayor era en Alemania. Alemania era un país en ruinas. Las ciudades estaban cubiertas de cenizas y escombros, pero aún más aterradoras resultaban las cenizas que cubrían las mentes y los corazones. Nada más cruzar la frontera, se podía percibir claramente el gran peso que se cernía sobre esa tierra.

Estaba en un oficio religioso en Múnich cuando vi a un ex-miembro de las SS que había estado montando guardia en la puerta del cuarto de las duchas en Ravensbruck. Era el primero de nuestros carceleros que había visto desde entonces. Y, de repente, todo se encontraba allí mismo… el cuarto lleno de hombres burlándose, los montones de ropa, la cara empalidecida a causa del dolor de Betsie. Se acercó hasta mí cuando la iglesia se estaba vaciando, radiante y reverente.

—¡Qué agradecido estoy por su mensaje, Fraulein! –dijo–. Gracias a él, empiezo a creer que, de verdad, como usted dice, Él ¡ha lavado mis pecados!

Entonces me tendió la mano para estrechar la mía. Y yo, quien tan a menudo había predicado a los de Bloemendaal sobre la necesidad de perdonar, guardé mi mano en un bolsillo.

Justo cuando los pensamientos enojados y vengativos hervían en mi interior, vi el pecado que había en ellos. Jesucristo había muerto por este hombre; ¿iba a pedirle más aún? *Señor Jesús*, recé, *perdóname y ayúdame a perdonarle.* Traté de sonreír, me esforcé por levantar la mano. Yo no era capaz de sentir nada, ni la chispa más leve de calor o caridad. Y por tanto otra vez respiré en un silencioso rezo: *Jesús, yo no le puedo perdonar. Dame Tu perdón.*

Cuando le cogí la mano, sucedió algo increíble. Desde mi hombro, a lo largo de mi brazo y a través de mi mano, una corriente

parecía pasar de mí hacia él, y mientras, en mi corazón, surgió un amor por este desconocido que casi me abrumaba.

Y así descubrí que la curación del mundo no estaba realmente en nuestro perdón, sino en Su bondad. Cuando Él nos decía que amáramos a nuestros enemigos, Él nos daba, junto con ese mandato, el amor mismo. Y era mucho el amor que se necesitaba.

La necesidad más apremiante en la Alemania de posguerra eran las viviendas; nueve millones de personas se habían quedado sin hogar. Vivían en montones de escombros, en edificios abandonados y en camiones del ejército.

Un grupo me invitó a dar una charla a un centenar de familias que vivían en una fábrica abandonada. Habían colgado sábanas y mantas, a modo de habitaciones, en un intento de hacer un simulacro de la vida privada. Pero no había ni el más mínimo aislamiento de los sonidos: el llanto de un bebé, el estruendo de la radio, las disputas familiares. ¿Cómo iba a hablar con esta gente de la realidad de Dios y, a continuación, volver a mi cómoda y tranquila habitación en el albergue, fuera de la ciudad? No, antes de poder llevarles un mensaje, yo tendría que vivir entre ellos. Y entonces, durante los meses que pasé en la fábrica, vino a verme el director de una organización de ayuda humanitaria. Había oído hablar de mi trabajo de rehabilitación en Holanda, dijo, y se preguntaba si… yo ya estaba abriendo la boca para decirle que en realidad yo no tenía formación profesional en ese tipo de cosas, cuando sus siguientes palabras me hicieron callar.

—Hemos localizado un lugar para realizar el trabajo –dijo–. Se trata de un antiguo campo de concentración que acaba de ser liberado por el gobierno.

Nos dirigimos a Darmstadt para revisar el campo. Los rollos de alambre de espino aún lo rodeaban. Caminé lentamente por un camino de cemento entre barracones de color gris apagado. Abrí una puerta chirriante; anduve entre las filas de catres metálicos.

—Jardineras en las ventanas –le dije–. Todas las ventanas deben tener la suya. El alambre de espino tiene que desaparecer, por supuesto, y también necesitamos pintura; pintura verde y también amarilla brillante. Verde, el color de las cosas que surgen nuevas en

primavera…

Epílogo

Corrie abrió el campo de Darmstadt, en1946, como un lugar de renovación. Siguió funcionando de esta forma hasta 1960, cuando fue derribado para dejar espacio a nuevos proyectos de construcción de una nueva y próspera Alemania.

La casa de Bloemendaal atendió exclusivamente a ex-prisioneros y otras víctimas de la guerra hasta 1950, año en que comenzó a recibir a todo tipo de personas necesitados de descanso y de cuidados. Actualmente sigue en funcionamiento, en un nuevo edificio, atendiendo a pacientes procedentes de muchas partes de Europa.

Willem murió de tuberculosis osteoarticular en la columna vertebral en diciembre de 1946. Escribió su último libro de pie porque el dolor de su enfermedad no le permitiría sentarse en un escritorio. Justo antes de su muerte, Willem abrió los ojos para decirle a Tine: «Estaré bien –muy bien– con Kik». Hasta 1953 la familia no supo definitivamente que su hijo de veinte años había muerto en 1944, en el campo de concentración de Bergen-Belsen. En la actualidad, hay una calle llamada «Ten Boom» en Hilversum, en honor a Kik.

Como consecuencia de sus experiencias en la guerra, Peter van Woerden puso sus dotes musicales al servicio de Dios, componiendo muchas canciones de contenido religioso, y viaja con su esposa y sus cinco niños por Europa y Oriente Próximo como grupo musical familiar.

En 1959, Corrie formó parte de una visita a Ravensbruck, en Alemania Oriental, para homenajear a Betsie y a las otras noventa y seis mil mujeres que murieron allí. Allí Corrie supo que su propia liberación había sido el resultado de un «error» administrativo; una semana más tarde, todas las mujeres de su edad fueron conducidas a las cámaras de gas. Con sus ochenta años, Corrie siguió viajando incansable, fiel a la idea de Betsie de que debían «contárselo todo a

la gente»; ha trabajado en sesenta y un países, a ambos lados del Telón de Acero, con estudiantes africanos en las orillas del Lago Victoria, con aventadores en un campo de azúcar cubano, con presos en una penitenciaría inglesa, con obreros industriales en Uzbekistán, enseñándoles que, gracias a la muerte, había aprendido una verdad en Ravensbruck: que Jesús puede convertir la pérdida en gloria.

Sus últimos años los pasó en un agradable hogar en el condado de Orange, California, gracias a la generosidad de sus amigos.

Allí, una apoplejía limitó primero sus habilidades motoras, después, su capacidad de escribir y, finalmente, incluso su habla. Pero los que iban a alegrar a la anciana, que permanecía postrada en la cama y sin hablar, contaban, maravillados, que ellos habían resultado ser los verdaderos animados, elevados y desafiados. Solo los compañeros cercanos de esos últimos años supieron cuán ansiosamente anhelaba ir a su «verdadera casa», donde su familia se había ido tanto tiempo atrás.

La «vuelta a casa» de Corrie tuvo lugar en su nonagésimo primer cumpleaños, el 15 de abril de 1983.